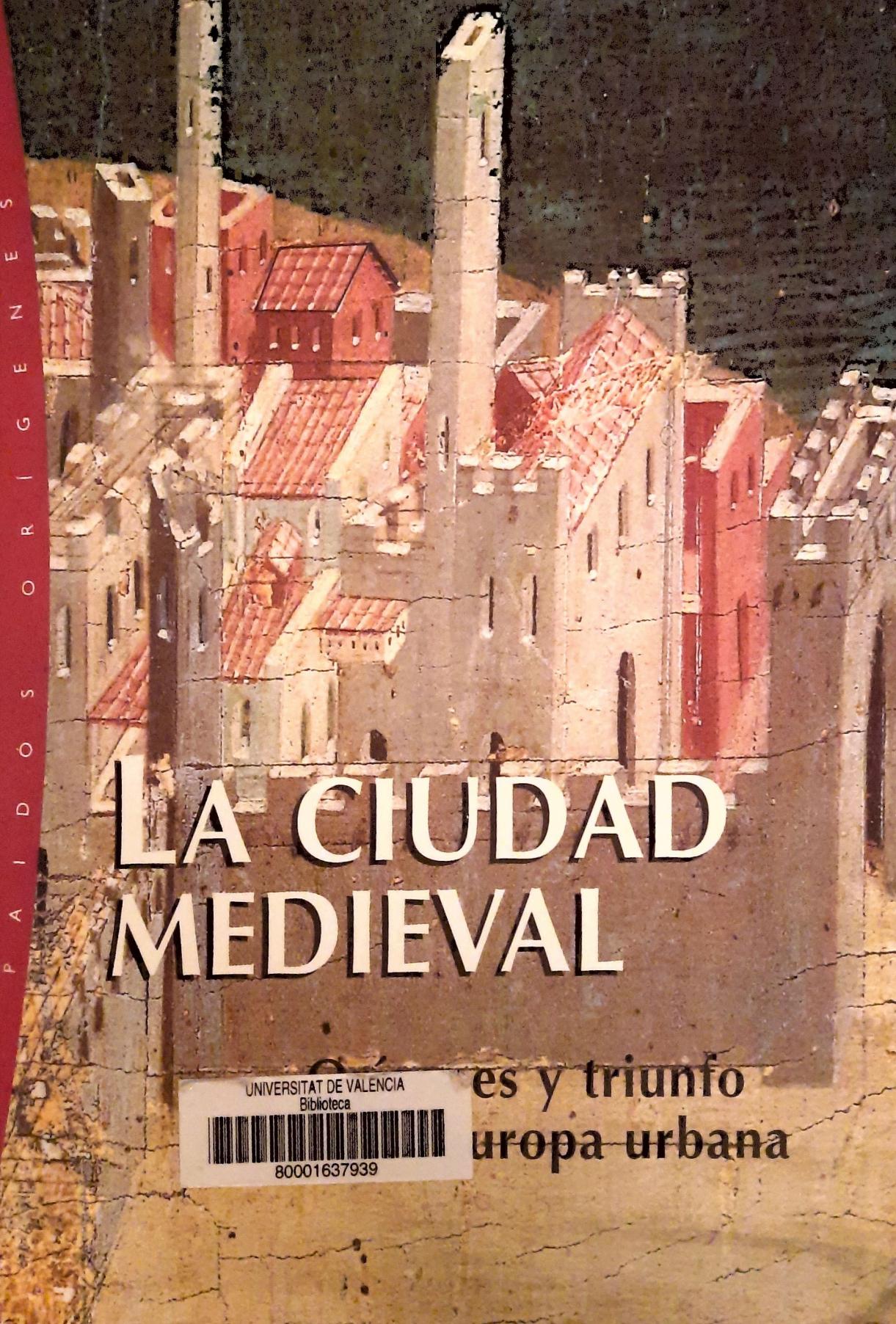


THIERRY DUTOIR

P A I D O S O R I G E N E S

LA CIUDAD MEDIEVAL



UNIVERSITAT DE VALENCIA
Biblioteca



80001637939

es y triunfo
Europa urbana

THIERRY DUTOUR

LA CIUDAD MEDIEVAL

Orígenes y triunfo de la Europa urbana



PAIDÓS

Barcelona
Buenos Aires
México

R.27464 HU M/940-2/431

Título original: *La Ville médiévale*
Publicado en francés, en 2003, por Éditions Odile Jacob, París

Traducción de Godofredo González

Cubierta de Joan Batallé



Rb.15528777

Re.1827863

Dedico este libro a Lidia, Laetitia e Irène

Esta obra se benefició del P.A.P. GARCÍA LORCA, Programa de Publicación del Servicio de Cooperación y de Acción Cultural de la Embajada de Francia en España y del Ministerio francés de Asuntos Exteriores.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2003 Éditions Odile Jacob
© 2003 de la traducción, Godofredo González
© 2004 de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S. A.,
Mariano Cubí, 92 - 08021 Barcelona
<http://www.paidos.com>

ISBN: 84-493-1518-4
Depósito legal: B. 45/2004

Impreso en A & M Gràfic, S.L.
08130 Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

Sumario

Introducción	15
1. PERSPECTIVAS PARA UNA EXPLORACIÓN DE LA CIUDAD	
MEDIEVAL	21
Un procedimiento	21
Definición de la ciudad	27
Historia urbana e historia social	33
2. ¿QUÉ ES UNA CIUDAD EN LA EDAD MEDIA? EL TESTIMONIO	
DE LOS CONTEMPORÁNEOS	37
✓ La ciudad en los siglos VI y VII	38
✓ La ciudad ideal de los tiempos carolingios	48
La revelación de la novedad del esplendor urbano en el siglo XII	53
El triunfo de las ciudades a partir del siglo XIII	64
3. EL TIEMPO DE LAS CIUDADES EPISCOPALES:	
LA ALTA EDAD MEDIA	75
El destino de las ciudades entre la Antigüedad y la Edad Media	77
Tres casos	84
El afianzamiento de la ciudad episcopal	89
Las primeras manifestaciones de un progreso que se generaliza (siglos VII-IX)	96

4. LA URBANIZACIÓN DE LA EUROPA LATINA EN EL SIGLO X	107
Medir el desarrollo urbano	108
Tres casos de ciudades del siglo X	111
Las ciudades de Germania vistas por un viajero del año 965	111
Pavia y el reino de Italia antes del año 991 según las <i>Honorantie civitatis Papiae</i>	114
Salerno en el siglo X según ciertas transacciones privadas	119
Identidad urbana y nueva distribución de los papeles urbanos	124
5. DESARROLLO URBANO Y EXPANSIÓN AGRARIA (SIGLOS VIII-XIV)	137
Crecimiento demográfico y expansión agraria	137
La intensificación del crecimiento	140
Encuadramiento y renovación de la expansión agraria por parte de las ciudades	145
La multiplicación del número de ciudades	157
El paso del poblado a la ciudad	162
6. DESARROLLO URBANO Y ORGANIZACIÓN DE LAS RELACIONES SOCIALES (SIGLOS VIII-XIV)	167
El vínculo íntimo de las ciudades con un país interior aldeano	168
El desarrollo de las ciudades y de los poderes locales en la edad señorial (siglos IX-XII)	173
La consolidación de las élites urbanas (siglos XI-XIV)	191
7. MOVILIDAD DE LAS PERSONAS Y VIDA URBANA	205
Inmigración de origen rural y vida urbana	205
El desarrollo de la movilidad de los ciudadanos	217
Hacia el turbanismo: nuevas formas de habitar	225
8. CREACIONES URBANAS	233
Una diversificación inédita de las élites sociales	233
La promoción de valores sociales nuevos	241
La diversificación de las formas adoptadas por los vínculos entre las personas	248
La aparición de nuevas instituciones sociales	251

9. CIUDAD, EDAD MEDIA Y CAMBIO SOCIAL	269
Desarrollo urbano y Edad Media	269
Desarrollo urbano y cambio social	279
CONCLUSIÓN: DESARROLLO URBANO Y URBANIZACIÓN	295
El movimiento del desarrollo urbano	296
La dimensión urbana de las actividades sociales	299
Bibliografía	307

Introducción

La evolución social que, en la Edad Media, desemboca en el crecimiento de las ciudades existentes, en la proliferación constante de ciudades nuevas y en la creación de un mundo urbano nuevo es el tema de este libro.

En la imagen más generalizada que hoy se tiene de la Edad Media, la tierra ocupa el primer lugar: los campesinos la trabajan, los señores obtienen sus ingresos de la propiedad del suelo y del dominio de los rústicos, las relaciones entre campesinos y señores se definen en el marco del señorío, las relaciones de los señores entre ellos se organizan al amparo de las relaciones derivadas del vasallaje y de la concesión de feudos, en la magnificencia de los ritos de la caballería. El 90 % y, como mínimo, en algunas regiones, los dos tercios de la población que vivía, se reproducía, esperaba y moría en los tiempos medievales fueron rústicos, y la mayoría campesinos, es decir, lo mismo que hoy, dedicados a la explotación agrícola, pero también eran hombres para quienes la tierra tenía una consistencia, un color, un olor, un pasado familiar, un nombre; hombres para quienes el tiempo diario, la lluvia o el frío después de la siembra tenían tanta importancia como, para los ciudadanos, el precio del pan, el montante del impuesto directo retenido para financiar la construcción de las murallas, o la próxima entrada jubilosa de un potentado cualquiera. En resumen, la Edad Media europea fue una civilización rural.

No obstante, la Edad Media llegó a ser una auténtica civilización urbana. En efecto, los tiempos medievales conocieron una urbanización

de una importancia sin precedentes en la historia del continente europeo, y el desarrollo de las sociedades urbanas, que responde a las necesidades del campo, marcó profundamente la civilización medieval. Cuando se clausura la Edad Media, en los mapas de la Europa urbanizada y rica, lugares que viven de la transformación mediante el trabajo de los productos de la naturaleza en objetos manufacturados y centros de cultura se superponen casi con exactitud. Brujas, Florencia Francfort, Gante, Génova, Hamburgo, Lisboa, Londres, Milán, París, Roma, Venecia y tantas otras ciudades son tan representativas de la Edad Media como el señorío, el feudo, el vasallaje o las expediciones de los cruzados.

La consolidación de la ciudad medieval corresponde, por añadidura, a una de las tres fases mayores de la urbanización del continente europeo. Es la única de las tres que ofrece la posibilidad de interrogarse sobre cuáles serían los rasgos urbanos específicos de Europa. En la primera, bajo el Imperio Romano, Europa descubre la vida urbana, pero como una forma de existencia social impuesta por los conquistadores y a veces desaparecida con ellos: cuando las legiones de Roma, por ejemplo, abandonan Inglaterra, las ciudades desaparecen. Es en la segunda fase de la Edad Media cuando la civilización europea se convierte realmente en civilización urbana: en adelante, el nacimiento y el desarrollo de las ciudades son el resultado de la evolución de las sociedades en las que aparece. El crecimiento urbano medieval es en gran medida espontáneo; es el resultado de la elección de un gran número de personas de vivir en un lugar determinado. En la tercera fase, con la industrialización, los ciudadanos se convierten, de una forma más o menos rápida, en mayoría en todos los países desarrollados, europeos o no, y las ciudades europeas pierden entonces una buena parte de su especificidad.

Este libro viene a ser un ensayo, es decir, un escrito de carácter crítico, que reagrupa diversas reflexiones sobre un tema determinado sin la intención de agotarlas.¹ De hecho, yo intento poner de relieve las principales evoluciones que desembocaron en el desarrollo de la ciudad medieval y, de este modo, delimitar su singularidad. Digámoslo de entrada: ésta consiste en una cierta relación entre la ciudad y el campo, entre los ciudadanos y la tierra. Fijarse en la ciudad medieval sin ocuparse de lo

1. La naturaleza de la obra presupone una parte de arbitrariedad o de preferencia en la elección del autor, esta arbitrariedad o preferencia junto a la ausencia de cualquier pretensión de agotar el tema tratado explican por qué las referencias citadas se limitan a lo estrictamente necesario.

que la rodea sería un contrasentido. «Las raíces urbanas de la palabra "civilización" en ninguna parte son más evidentes que en la negligencia que manifiestan los historiadores hacia el campesino, su vida y sus trabajos», decía Lynn White.² Así pues, en este libro se tratará también del medio rural.

Algunas de esas evoluciones se tratarán en varios capítulos sucesivos, siempre bajo un punto de vista distinto: el lector descubrirá, o al menos así lo espero, que esto constituye una ventaja y no un inconveniente. El *capítulo primero* delimita ciertos caminos que se van a seguir. El *segundo* presenta las observaciones y el discurso de diversos contemporáneos. El *tercero* expone las razones por las cuales el tiempo de las ciudades episcopales, hasta el siglo IX, se debe distinguir, por diversas razones, de los siglos posteriores. El *cuarto* aborda estos últimos al presentar la urbanización de la Europa latina en el siglo X. Su examen muestra que el dinamismo del crecimiento urbano hay que buscarlo en evoluciones de larga duración, cuyo origen se halla en el campo. Esas evoluciones son el objeto del *capítulo quinto*, que trata de las relaciones entre el impulso demográfico, la expansión agraria y el gran crecimiento urbano de los setecientos años que van del siglo VIII al XIV. El *sexto* está consagrado a las grandes evoluciones de la organización de las relaciones sociales que acompañaron al desarrollo urbano durante esos setecientos años: la expansión de las aldeas, la de los poderes locales, la consolidación de élites urbanas. Esas evoluciones se ven fomentadas por una movilidad de las personas que es la causa y a la vez la consecuencia; el *septimo* examina las nuevas formas de vivir que de allí se derivan. De este modo podemos preguntarnos en el *capítulo octavo* sobre las características de la vida social ligadas a la vida urbana. El hecho más característico es una diversificación inédita de las élites; esta diversificación se desenvuelve en una evolución de los fundamentos de su identidad, a la vez que nacen nuevas instituciones sociales en la ciudad. Así llega el momento de extenderse por fin, en el *capítulo noveno*, en la noción misma de Edad Media —cuyos contornos son imprecisos y la definición habitual obsoleta—, de precisar el lugar, la influencia, la importancia de las ciudades en las evoluciones propias de los tiempos llamados «medievales» y, por fin, volver sobre los métodos de análisis puestos en práctica en este libro y la forma de considerar la ciudad medieval que se deriva de ellos.

2. White, L., *Medieval Technology and Social Change*, Oxford, 1962 (trad. cast.: *Tecnología medieval y cambio social*, Barcelona, Paidós, 1982).

Las formulaciones graciosas y bien sopesadas que dan la impresión y tienden a hacer creer que el historiador, por su saber y su arte, incluso por una especie de intuición, encuentra e incluso siente el movimiento de la vida pasada son para cualquier autor que trate del pasado una verdadera tentación. Caer en ella es sumamente fácil, aunque la definición misma del oficio de historiador implica rechazarla. Los hombres de la Edad Media «están muertos, ¡Dios acoga sus almas en su seno! / En cuanto a sus cuerpos, ya están podridos» (François Villon). Están muertos y la Edad Media está muerta. No se la puede resucitar: se la inventa si uno es un Walter Scott, o bien se estudian las huellas de su existencia pasada si se es un historiador.

Sin embargo, el prodigioso fenómeno de la ciudad no ha desaparecido. Ésa es la razón por la que tantas veces he buscado la ciudad medieval en las ciudades actuales y, preferentemente, en las que no existían en la Edad Media. A quien se interesa por ella le será muy provechoso sumergirse en el bullicio de Nueva York, recorrer el puerto de Amberes, descubrir Abidjan, deambular por Tegucigalpa o pasar en Choluteca un día de mercado. Visitar museos o sumergirse en la contemplación entusiasta de viejas piedras bien decentradas está de acuerdo con la idea que uno se hace del hombre honrado; sin embargo, la observación de las ciudades que están ante nuestros ojos acerca más a la comprensión de la vida urbana. Son un elemento indispensable de la reflexión sobre la ciudad medieval, porque ésta no es una realidad incomparable, sino una encarnación, entre tantas otras, del fenómeno urbano.

Llevar a cabo esta obra me ha obligado a contraer muchas deudas y no puedo citar aquí a todos aquellos ante quienes me siento deudor. Mencionaré a quienes han tenido a bien leerla en todo o en parte antes de su publicación para que yo pudiera beneficiarme de sus puntos de vista y de sus críticas: me siento infinitamente agradecido a Henri Dubois, profesor emérito de la Universidad de París-Sorbona, a Jean-Luc Fidel, a Olivier Ghirardi, a Nicolas Offenstadt, a Marie-Noëlle Polino por haberlo aceptado; ni que decir tiene que ellos no son los responsables de los defectos del libro, puesto que el autor no siempre aceptó los consejos que se le daban. No me olvido de quienes tuvieron la generosi-

dad de poner a mi disposición una documentación a la que, de otro modo, yo no hubiera tenido acceso: que Henri Dubois, Dominique Albert, Michèle Croiez, profesora en la Universidad de Berna, Philippe Hamon y Hervé Oudart hallen aquí la expresión de mi sincera gratitud. En fin, tengo especial interés en darles las gracias a mis estudiantes. «Siempre ha sido para mí un placer aprender, enseñar y escribir», escribió Beda el Venerable en su monasterio de Yarrow en el 731. Él consideraba que estas tres tareas son inseparables. Sin ser venerable (según todos los indicios), yo también lo creo así. Aquellos a quienes he tenido el placer de enseñar en la Sorbona siempre me han parecido perfectamente dignos de la reputación antaño adquirida por tal lugar. Así pues, que aquellos que fueron mis estudiantes —y entre ellos, de modo especial, François Bachelet, Sébastien Charbault, Marie Dubois, Marie Gispert, Grine Lahreche, Raphael Loffreda, Nicolas Nivert, Thomas Pfirsch—, si por casualidad hojean estas páginas, sepan que he elaborado la mayoría de las ideas expuestas en este libro ante ellos, con ellos y por ellos.

Se lo ofrezco a Lidia, a Laetitia y a Irène.

Capítulo 1

Perspectivas para una exploración de la ciudad medieval

¿Se puede mantener un discurso general sobre las ciudades sin negar su diversidad? Por lo demás, ¿qué es una ciudad? ¿Y cabe alguna posibilidad de comprender las relaciones de los hombres en sociedad por el hecho de estar rebosante de erudición, de sentido común y de nada más? La reflexión sobre estas cuestiones es una introducción necesaria a la investigación. Ésta procede de un procedimiento. Se basa en un cierto modo de contemplar la naturaleza del fenómeno urbano. De este procedimiento, y de la definición de ciudad que lo acompaña, procede la convicción de que la historia urbana es historia social.

UN PROCEDIMIENTO

El hecho social entendido como situación

Lo que me interesa en el fenómeno urbano es la existencia de formas particulares en las relaciones entre los hombres.¹ En efecto, yo creo,

1. De ahí que la historia de la arquitectura, y de las formas materiales adoptadas por el paisaje construido que es la ciudad, no sea la principal preocupación de esta obra, excepto en la medida en que el paisaje urbano aparece como una manifestación de una forma de organización social. Pero no es precisamente en este ámbito donde más abunda la bibliografía que existe sobre los tiempos medievales, tal como lo ha subrayado recientemente Maureen Miller (Miller, M., *The Bishop's Palace: Architecture and Authority in Medieval Italy*, Ithaca, Nueva York, 2000).

lo mismo que algunos otros, que las relaciones interpersonales constituyen el objeto de los estudios históricos. Hay hombres que viven juntos, en vez de ir cada uno por su parte o de matarse unos a otros. Construyen ciudades en vez de vivir cada uno en su granja. ¿Por qué? ¿Cómo? Desde Aristóteles (que escribió que el hombre es un animal urbano (*zoon politikon*)²) hasta John Rawl pasando por Hobbes, ésta les ha parecido a eminentes pensadores la cuestión esencial. Planteársela equivale a preferir prestar atención a la complejidad de cualquier vida social y de cualquier sociedad. Equivale a admitir desde un principio que todo intento de explicación de esta complejidad es fragmentario y provisional; fragmentario, porque la explicación, sea cual fuere su grado de generalidad, es una construcción mental que muestra el vínculo entre los datos elegidos, interpretados y elaborados por el autor de la explicación; provisional, porque otros datos u otras elecciones darán como resultado una explicación distinta. Ante tales perspectivas, yo intento fijar mi atención en las enseñanzas y en las herramientas conceptuales puestas a disposición de los eruditos por la sociología y la antropología social. Las contemplo bajo una perspectiva interaccionista.³ Esto quiere decir que me sitúo en una de las corrientes del pensamiento que apelan a la reflexión en las ciencias sociales. Esta corriente del pensamiento aglutina a autores muy diversos cuyo punto común es la importancia que dan al encuentro y al cotejo de los hombres, creadores en último término de la realidad social que ellos comparten. De este modo hay que admitir que los hechos sociales son construcciones que adquieren forma en las relaciones y mediante intercambios individuales, concretos y cotidianos, en función del sentido que los individuos dan a las situaciones, tal como las viven y las sienten en la relación con los demás. Partiendo de ahí, no se considerarán los hechos sociales como cosas, sino como situaciones que no se pueden comprender sin preguntarse por el modo en que los autores las definen.⁴

Para aplicar esta perspectiva a las ciudades existe una doble dificultad. Por una parte, obliga a pensar juntas y simultáneamente las situacio-

2. Aristóteles, *Política*, 1, 1, 18-20.

3. Dutour, T., «La fécondité d'un tournant historiographique. Perspectives d'analyse interactionniste et histoire médiévale», en P. Laborier y D. Trom (comps.), *L'Historicité de l'action publique. Activités pratiques et histoire des dispositifs publics*. Amiens 5-6 octubre 2000, Paris, 2002.

4. Dutour, T., «La réhabilitation de l'acteur social en histoire médiévale», *Genèses. Sciences sociales et histoire*, n° 47, *L'Individu social*, 2002, págs. 21-41.

nes que implican a individuos y al fenómeno global de la ciudad: si se puede concebir la ciudad como fenómeno colectivo es porque asocia existencias sociales individuales; disertar sobre el primero olvidándose de las segundas es algo así como hacer elucubraciones. Por otra parte, invita a preguntarse por la naturaleza misma de un discurso que tenga por objeto la ciudad medieval en general. Elaborar ese discurso equivale a admitir que se puede hacer una declaración general sobre la extraordinaria diversidad de las ciudades que han existido en el continente europeo, declaración que, a la fuerza, niega en cierto modo esta diversidad. Los escollos de tal empresa son bastante importantes, puesto que hace correr riesgos cuya gravedad, desde el punto de vista metodológico, es manifiesta.

El primero es el de inventar la imagen de una ciudad inexistente construida por superposición de fragmentos aislados del contexto que permite comprenderlos, y el de desestimar las ciudades cuya existencia estaría en contradicción con la lógica explicativa utilizada. Y sin embargo hay que aceptarlo, puesto que es necesario poder razonar sobre la ciudad en general para poder poner el acento en lo que parece específicamente urbano y específicamente medieval en la existencia de las ciudades medievales. Esto llevará a desestimar en cierto modo, no lo que contradice la explicación, sino lo que no le es útil en absoluto o le es poco útil, pero que también formaba parte de la realidad vivida por los hombres de la Edad Media. Es decir, que no se pretende resucitar una realidad que, en cuanto tal, ha desaparecido definitivamente y queda fuera del alcance de una aprensión inmediata o intuitiva, sino razonar sobre las huellas que quedan de ella.

El segundo riesgo no es menor; es el de pasar de un razonamiento sobre la ciudad medieval en general a la invención de un personaje imaginario del mismo nombre y elaborar después el relato de sus aventuras. Porque si nos hallamos ante una especie de ser, eso significa que, como tal, ha nacido (se buscará por lo tanto un nacimiento, las causas y los orígenes, y finalmente una separación de lo que le precede); ha vivido (junto a otros; por lo que se tratará de buscar otros personajes imaginarios junto a los de la ciudad: la feudalidad, el noble, el campesino, el Estado, por ejemplo); ha prosperado (se buscará un apogeo, un tiempo de equilibrio, una ciudad medieval clásica), y ha entrado sin lugar a dudas en declive (se buscará una decadencia, una decrepitud). Ahora bien, en realidad sólo han existido los hombres, sus actos, sus relaciones, sus creencias y su visión del mundo. La ciudad medieval es un ser del lenguaje; es

una representación global, descriptiva y a la vez explicativa. Su objeto es la organización de la existencia social de hombres que, en determinados tiempos y en determinados lugares fueron ciudadanos. Por eso es necesariamente parcial, provisional, discutible y, por supuesto, perfectible —y no es más que una representación—.⁵ Es útil y necesaria con tal de que no se la tome más que por lo que es.

Sencillez y complejidad

En esta perspectiva, yo he evolucionado entre la sencillez y la complejidad.

Ambas son ante todo las de las interpretaciones. Las interpretaciones simples constituyen una imagen, pueden traducirse en fórmulas incisivas, ayudan a ordenar en el pensamiento la complejidad del mundo social. Las interpretaciones complejas permanecen generalmente desconocidas fuera del círculo estrecho de los sabios especialistas. Ambas tienen su parte de utilidad y sus inconvenientes. Síntesis e interpretación de conjunto son a veces difíciles de separar de las controversias entre los más doctos; las fórmulas fulgurantes las ponen en el candelabro: ¡son preciosas! Pero su gran defecto consiste en prolongar la existencia, *post mortem*, podriamos decir, de respuestas que han quedado obsoletas a las cuestiones que se plantean los investigadores, y de hacer pasar por realidades observables que han existido lo que era ante todo una construcción mental y el resumen de una explicación, es decir, de una interpretación, que, por su misma naturaleza, se puede poner en entredicho.

¿Los bárbaros conquistadores del Imperio Romano en el siglo V? Muchos vinieron porque se les llamó; formaban por entonces el esqueleto de los ejércitos de campaña del Imperio; esos ejércitos que vencieron a Atila en el año 451 jamás traicionaron a Roma y, abandonados por la autoridad imperial venida a menos, sobrevivieron al mismo Imperio. ¿Los francos conquistadores de la Galia? La libraron de la amenaza de los visigodos a los que los galorromanos tenían por opresores. ¿Los merovingios incultos, brutos, malvados y mugrientos? Henri Pirenne ha hecho a este respecto evocaciones apocalípticas («embriaguez, desenfreno, codicia, adulterios, homicidios, cruelez abominables [...]». La corte

5. Howell, M. y Prevenier, W., *From Reliable Sources: An Introduction to Historical Methods*, Ithaca, 2001, sobre todo págs. 143-150.

de los merovingios es un lupanar; Fredegunda, una espantosa tarasca [...]. Por doquier reina una falta de moralidad casi increíble [...]. Todo el mundo se vende»⁶ pero fruto de la fantasía. La lectura de los capítulos consagrados a las guerras del emperador Justiniano (527-565) en Italia por Agatías, historiador griego contemporáneo de lo que describe e informado por compatriotas residentes en Marsella, suena de un modo muy distinto: «Esos franceses no son nómadas [...]. Utilizan la administración y las leyes romanas [...]. De hecho no se distinguen de los romanos más que por su lengua y su vestido. Lo que más admira en ellos es su rectitud y su unión [...]. No existe entre ellos ni el derecho ni la costumbre de que el Estado se halle en dificultades por culpa de una querella entre reyes. Por eso los franceses tienen un poder sólido y leyes estables».⁷

¿El paso de la esclavitud antigua al estado de siervo de los tiempos medievales? Es sobre todo el paso de una simplificación a otra simplificación, ya que el sistema agrario basado en la existencia de plantaciones cultivadas por esclavos totalmente al cargo de su dueño existió, sin duda, sobre todo en Italia central, pero después del siglo II de nuestra era ya no se habla más de él. ¿El gran dominio carolingio y sus arrendatarios deudores de prestaciones de trabajo en la reserva del señor como sucesor de las grandes propiedades de esclavos de la época romana? ¡Hay una laguna de cinco siglos de por medio!

¿Los cambios que en torno al año 1000, en medio de la violencia que se ejerció sobre los aldeanos, dieron origen a la sociedad feudal? Una ilusión debida a los progresos de la documentación. ¿La sociedad feudal? «Un esquematismo heredado de la ideología medieval»,⁸ que nadie está obligado a tomar como moneda de curso legal. ¿La ciudad, cuna de las burguesías conquistadoras que destruyeron la feudalidad? Los burgueses eran con frecuencia nobles y ni más ni menos feudales que los demás. ¿Las comunas, una novedad antifeudal? Éstas eran con frecuencia, en tanto que personas morales, vasallas de un señor feudal y eso es lo que estableció la paz de Constanza (1183) entre el emperador

6. Pirenne, H., *Mahomet et Charlemagne*, Bruselas, 1937, págs. 17-18 (trad. cast.: *Mahoma y Carlomagno*, Madrid, Alianza, 2003).

7. Werner, K.-F., *Histoire de France*, t. 1, *Les Origines (avant l'an mil)*, París, 1984, págs. 313-314.

8. Barthélémy, D., *La Mutation de l'an Mil a-t-elle eu lieu? Servage et chevalerie dans la France des X^e et XI^e siècles*, París, 1997, pág. 103.

Federico I Barbarroja y las comunas de la Liga lombarda. ¿Las ciudades-Estado de la Italia de las comunas? Muchas de ellas no eran Estados. La Edad Media incluso, ¿es algo más que una etiqueta usada que ha perdido sentido, color, consistencia, y que se halla arrinconada en un cajón donde se almacenan diez siglos y cuarenta generaciones? También habrá que definir aquí la Edad Media.

Sencillez y complejidad pertenecen también a los tipos de saberes utilizados. El interés por la historia de las sociedades y su aplicación al fenómeno urbano exige una cierta variedad de fuentes de reflexión, y de ahí el interés de la pluridisciplinariedad. Es un ideal del que se está convencido que no se va lograr nunca, y un horizonte que se aleja a medida que uno cree acercarse a él, pero hacia el que hay que dirigirse a pesar de las dificultades que originan las condiciones del ejercicio de la actividad de los sabios.⁹ Trabajar en esta perspectiva es seguir la enseñanza ofrecida por aquellos —desde Fustel de Coulanges hasta nuestros días, pasando por François Simiand y Marc Bloch— a quienes se deben los mayores logros de la historia tal como se ha practicado en Francia, y que se apoyan en la toma en consideración del carácter pluridisciplinar de cualquier reflexión sobre el pasado. Es seguir igualmente el movimiento de conjunto que afecta a las ciencias sociales en general. Desde hace más de un siglo, ese movimiento de conjunto las lleva (a una tras otra, y a algunas con mayor rapidez que a otras) a otorgar a las preocupaciones científicas un lugar determinante. Esas preocupaciones son incompatibles con el esfuerzo por mantener fronteras intelectuales que compartimentan la reflexión y separan universos de pensamiento que ganarían mucho yendo unidos. Sea cual fuere la delimitación de las fronteras que identifican las ciencias sociales unas con respecto a otras, la reflexión sobre la naturaleza de la realidad social y la manera de concebirla es necesariamente común a todas ellas, porque todas son como otros tantos puntos de vista sobre un objeto también común, como es la vida del hombre en sociedad.

Sencillez y complejidad están, en fin, entre los métodos y los principios de análisis. Los discutiremos en el primer capítulo de esta obra.

⁹ Spiz, J. F., «Les termes majeurs de l'universitaire médiévale», *Le Débat*, 2000, págs. 4-17.

DEFINICIÓN DE LA CIUDAD

Relaciones entre los hombres

Explorar la ciudad medieval es preguntarse sobre las relaciones de unos hombres con otros, sobre la razón de ser de esas relaciones y sobre la forma que adoptan. Es analizar la sociedad urbana considerándola un cúmulo de individuos creadores, mediante sus diversas relaciones, de una realidad social que forman entre ellos y que, a la vez, les forma, en un doble movimiento permanente del que trataremos de precisar su configuración. Aquí se impone la constatación que domina la reflexión de quienes se interesaron por el fenómeno urbano, desde Aristóteles en el siglo IV antes de nuestra era hasta Louis Wirth veinticuatro siglos después: en la ciudad los hombres se concentran en un espacio restringido; de ahí que las posibilidades que tienen de establecer relaciones entre ellos se vean aumentadas y a la vez modificadas. En efecto, en la ciudad se ha creado una gama infinita de formas organizadas de la vida colectiva. Dentro de esa gama hay formas nuevas que aparecieron en la Edad Media, por ejemplo tipos sociales que jamás habían existido antes, o cuya existencia no había tenido las mismas consecuencias. Dar cuenta de esta diversidad y de los modos de organización que están implicados en ella es uno de los objetivos de este libro. Intentaré lograrlo concediendo la máxima atención a las regiones en las que se puede apreciar el lugar de las evoluciones decisivas.

La ciudad se puede concebir perfectamente como un modo particular de relaciones entre los hombres. Es más fácil identificar el fenómeno en la vida corriente que delimitarlo en una definición que sea capaz de dar cuenta de él de forma general. Es cierto que todo el mundo tiene en la mente, de forma consciente o no, una representación de la ciudad —cuyo elemento básico es el hecho de que ciudad y vida completamente civilizada se identifican: quien tenga dudas al respecto puede leer, para refrescar sus conocimientos, las aventuras del elefante Babar, narradas por Jean Brunhoff— pero definir el fenómeno es un trabajo arduo. La abundancia de respuestas inadecuadas o embrolladas, en cualquier caso insuficientes, o pertinentes pero prolíficas hasta extenderse a lo largo de ciento cincuenta páginas, a la cuestión aparentemente sencilla de saber lo que es una ciudad es suficientemente significativo. Así, según el *Dictionnaire de la langue française* de Robert, una ciudad es «un medio geográfico y social formado por una reunión orgánica y relativamente

¹⁰ «Un ser humano: hombres y mujeres».

considerable de construcciones (sobre todo de viviendas) que cumplen funciones importantes para toda la sociedad y que ofrece a sus habitantes un género de vida particular». Esta definición no aclara nada al lector. Recurre a nociones cuyo sentido debe determinarse con mucha mayor precisión, y podría aplicarse tanto a un campus universitario de hoy en día, a una plataforma petrolera o a un monasterio benedictino de la Edad Media que son, sin la menor duda, «reuniones orgánicas de construcciones». Pero podemos fijarnos en dos ideas: una ciudad se define por la combinación de varias características, ninguna de las cuales, tomada por separado es suficiente como para que se considere una aglomeración como ciudad; una ciudad es un centro para un territorio, puesto que cumple, para los habitantes de ese territorio, ciertas funciones útiles para ellos. Vayamos al diccionario Larousse; para él la ciudad es una «aglomeración donde la mayoría de los habitantes están ocupados en el comercio, la industria o la administración»; opone la ciudad al pueblo, que es una «aglomeración cuyos habitantes viven principalmente del trabajo de la tierra». La definición del Larousse es el ejemplo de un concepto de ciudad propio de los tiempos industriales (preconizado sobre todo por Max Weber):¹⁰ pone en primer plano criterios sociales y económicos, a la vez que distingue claramente entre actividades agrarias y no agrarias. Se acerca mucho a la realidad de la ciudad simplemente porque la opone al campo. Hay en ella un elemento digno de atención, pero él solo no basta.

En efecto, distintas épocas y distintas civilizaciones han tenido un concepto distinto de ciudad. Tanto es así que en ciertas épocas se consideraron ciudades las aglomeraciones cuyos habitantes, en su mayoría, vivían del trabajo de la tierra. Pongamos tres ejemplos, uno de los tiempos de la Grecia antigua, otro de la Edad Media y uno de nuestros días.

En la Grecia antigua no se habla más que de *polis*. Pero la *polis* consiste en una aglomeración dotada de santuarios, de una fortaleza (*acrópolis*), de un mercado (*ágora*) y rodeada de campos. La unidad que forman todos esos elementos y los campos constituye la ciudad. Los ciudadanos pueden habitar en esa aglomeración rodeada de campos o directamente en ellos, pero los órganos del gobierno de la ciudad tienen su sede en la aglomeración. La *polis* es ante todo un fenómeno religioso, y por lo tan-

10. Weber, M., «Die Städte», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 1921, reed. en M. Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, Tübingen, 1947 (trad. cast.: *La ciudad*, Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1987).

to pedirán; carece de importancia el que sea habitante urbano del trabajo de la tierra o de cualquier otra cosa. La cultura griega está llena de mitos en los que dioses o semidioses fundan ciudades, como Dióscuri fundó Corinto, por ejemplo; en esta perspectiva, al ser la ciudad de iniciación divina, la relación entre el hombre y la ciudad entra en el campo de lo sagrado.¹¹ Este concepto de ciudad pone el acento en uno de los criterios que permiten distinguir ciudad y campo, un criterio que, en la civilización europea, tiene una importancia considerable: la ciudad es la sede de poderes que se ejercen sobre el campo y, a la vez, es (al menos con mucha frecuencia) la sede de una comunidad política.

En ciertas épocas de la Edad Media, la muralla que rodeaba la ciudad era un elemento importante de definición: una ciudad es una aglomeración rodeada por una muralla. El *Dictionnaire de l'Académie française*, en su edición de 1694, transmite aún este concepto; define la ciudad como «reunión de muchas casas dispuestas en calle y encerradas dentro de un recinto común que suele ser de muros y fosos»; esa misma definición la conserva hasta la edición de 1835. Pero no faltan los pueblos fortificados. ¿Qué es lo que distingue a un pueblo grande fortificado de una pequeña ciudad fortificada? No es la muralla.

Hoy en día se da una importancia considerable al número y a la medida, es decir, al criterio del tamaño; según eso, no hay más remedio que señalar unos límites más allá de los cuales se supone que estamos en una ciudad. Actualmente en Francia (y ya desde 1846) se considera como ciudad una cabeza de distrito que reagrupa al menos 2.000 habitantes, 2.500 en Estados Unidos. Pero basta recorrer un poco el territorio de estos dos países para ver que esta definición es arbitraria. Adorna con el bello nombre de ciudad a no pocas poblaciones (en las que a veces la calle mayor, calle única por lo demás, muestra un panel que anuncia al viajero que se está dirigiendo al «centro de la ciudad», donde hallará el ayuntamiento, la iglesia, la oficina de correos y, con un poco de suerte, una tienda de ultramarinos). Este criterio varía considerablemente de un país a otro: 10.000 habitantes en Italia, por ejemplo. También varía según las épocas: las ciudades del mundo preindustrial, y entre ellas las ciudades medievales, son con frecuencia muy pequeñas. El criterio del tamaño no es una prueba.

11. Riva, F., «La città e l'origine. Indagine filosofico-religiosa sulla natura della città», en F. Riva (comp.), *La Città. Un'alba o un tramonto*, Roma, 1999, págs. 3-32.

Según esto, no hay más que dos formas de definir la ciudad de manera pertinente.

La primera no es del todo satisfactoria. Consiste en dar tantas definiciones cuantas han existido del concepto de ciudad, en las diferentes civilizaciones o tradiciones culturales y a veces en diferentes épocas; en efecto, las tradiciones culturales pueden tener, y tienen con frecuencia, su propia definición del carácter urbano y, por lo tanto, de lo que merece que se le llame ciudad, por más que ese concepto sea explícito o implícito. De este modo se hablará de la ciudad griega, de la ciudad medieval, de la ciudad china, de la ciudad americana, y así sucesivamente. No cabe la menor duda de que esto es cómodo; y también es útil, porque permite identificar tipos de ciudad muy distintos en su modo de formación y en las condiciones de su desarrollo.¹² Por ejemplo se puede apreciar en este libro una ciudad de la Alta Edad Media. Pero esta forma de proceder, aunque bastante útil, no se basta a sí misma, porque no permite captar la esencia del fenómeno urbano.

Una forma específica de la vida del grupo humano

La segunda posibilidad consiste en utilizar un principio explicativo capaz de dar testimonio de la existencia de todas las ciudades, sean cuales fueren, dejando bien claro que, por encima de ese principio explicativo, cada civilización da del fenómeno general que es la ciudad una declinación particular. Ésa es la forma de proceder que mantendremos en esta obra.

Y es casi obligado porque «una definición de la ciudad sociológicamente significativa trata de seleccionar los elementos del urbanismo que la caracterizan como forma específica de la vida del grupo humano» (L. Wirth).¹³ Así pues, consideraremos la ciudad la forma más compleja de interdependencia entre los hombres, cuya aparición es, después de la de la agricultura sedentaria, uno de los grandes hitos de la historia.¹⁴

12. Ennen, E., «Les différents types de formation des villes européennes», *Le Moyen Age*, t. 62, 1956, págs. 397-411.

13. Wirth, L., «Urbanism as a way of life», *American Journal of Sociology*, 1938; trad. it.: do, 1998, pág. 62.

14. Eisenstadt, S. N. (comp.), *The Origins and Diversity of Axial Age Civilization*, Al- bany, Nueva York, 1986.

En esta perspectiva se la puede definir como una aglomeración de hombres que desempeña papeles que la hacen distinta del campo y que van acompañados de particularidades sociales, entre las que se hallan siempre la reunión de individuos socialmente heterogéneos, y a veces —sólo a veces— un régimen jurídico particular. Estas características van unidas. La urbanización indica una especialización y una diversificación del cuerpo social.¹⁵ Va unida a una acentuación de la división del trabajo; la ciudad desempeña funciones, proporciona servicios que son útiles para los habitantes de un territorio. A este respecto da la impresión de ser un equipamiento colectivo en una sociedad determinada. La ciudad, desde el punto de vista social, es cualitativamente diferente del medio en el que se desarrolla. Ofrece una estructura social más compleja, relaciones entre los hombres más diversos y muchas más ocasiones de encuentro y de contacto. Facilita la coexistencia de medios sociales, de oficios, de funciones sociales diversas. Según esto, hay dos aspectos de la vida social en medio urbano que merecen nuestra atención: la transformación social, porque la ciudad es un organismo que intensifica y facilita las relaciones entre los hombres, y la concentración o aglomeración de características sociales heterogéneas, porque esta transformación social es imposible si no hay aglomeración humana.¹⁶ En esta perspectiva hay dos características del fenómeno urbano que debemos subrayar, por más triviales y conocidas que sean.

*La ciudad depende del campo tanto
que sus propias formas comienzan
a hacerse.*

En primer lugar, excepto en los casos particulares (que los hay), la ciudad se desarrolla según procesos que la vinculan con el campo. La ciudad supone una especialización de las actividades cuyo corolario es que no pueden sustentarse a sí mismas.¹⁷ A eso hay que añadir una característica general de las ciudades preindustriales, el déficit demográfico: la tasa de mortalidad es superior en ellas a la tasa de natalidad. La inmigración, procedente ante todo y sobre todo del campo, es necesaria

15. Claval, P., *La Logique des villes. Essai d'urbanologie*, París, 1981.

16. Low, S. M., *Theorizing the City. The New Urban Anthropology Reader*, New Brunswick, Nueva Jersey, 1999.

17. Childe, V. G., «The urban revolution», *The Town Planning Review*, vol. 21, n.º 2, 1950, págs. 3-17; Mumford, L., *The City in History*, Londres, 1961.

para el simple mantenimiento de los efectivos de población y, evidentemente, para su aumento.¹⁸ Así pues, no se puede hacer la historia de las ciudades haciendo abstracción del campo, lo que significa, tratándose de la Edad Media, haciendo abstracción del movimiento de crecimiento demográfico y de expansión agraria que caracteriza los siglos VIII-XIII; el tipo de comercio que se impone inmediatamente a la atención del historiador de las ciudades es el comercio local.

Ciudad y comuna - Valores sociales propios de las ciudades

En segundo lugar, al ser la sociedad urbana distinta, bajo varios puntos de vista, a la del campo, sus miembros hallan, en la toma de conciencia de esta distinción, el punto de partida para la elaboración de valores sociales propios.

De entre las consecuencias de esta elaboración se puede observar la aparición de regímenes jurídicos específicos de la ciudad; su origen se halla en el hecho de que las necesidades de los ciudadanos difieren de las de la gente del campo. Esos regímenes organizan instituciones que, en la Edad Media, manifiestan en particular la existencia de comunidades políticas urbanas. Durante mucho tiempo se ha visto en esas comunidades, siguiendo a M. Weber,¹⁹ una originalidad capital de la civilización europea, al mostrarse ésta como característica gracias a un concepto particular de la ciudad. Sin embargo, ciudad y comunidad (o ciudad y comuna cuando la comunidad adopta la forma de lo que se llama comuna en la Edad Media) no son la misma cosa. La asociación de personas en comunidad no tiene nada de específicamente urbano (y la vida social en los tiempos medievales no se comprende si se hace abstracción de la existencia de las comunidades rurales), incluso si la vida urbana brinda a la asociación de personas un carácter particular, e incluso si en la ciudad nacen asociaciones de personas cuyos caracteres se explican gracias a las especificidades de la vida urbana. Consideraremos según Edad Media, a la existencia de esas comunas y de esas ciudades-Estado cuya existencia ha impresionado a los contemporáneos, ni por lo demás

18. Bairoch, P., *De Jérusalem à Mexico. Villes et économie dans l'histoire*, París, 1985; De Vries, J., *European Urbanization 1500-1800*, Londres, 1984.

19. Weber, M., «Die Städte», op. cit.

oponer por esta razón una Italia de las comunas a una Europa de los señores y de los campesinos.

De este modo llegamos a una segunda consecuencia de la elaboración por los ciudadanos de valores sociales propios. El punto de vista de los contemporáneos sobre el fenómeno urbano es un elemento constitutivo de él; ofrece a la investigación un punto de partida útil y necesario. No obstante, es un elemento de un discurso social que no constituye una descripción, incluso cuando está presente como tal gracias a aquél que la formula. En otras palabras, no sólo es legítimo, sino incluso necesario, desde el punto de vista de una reflexión sobre el fenómeno urbano, llamar ciudad a lo que la Edad Media no consideraba tal, o viceversa. Tendremos ocasión de precisar estas afirmaciones y de extraer ciertas consecuencias.

HISTORIA URBANA E HISTORIA SOCIAL

A fin de cuentas, explorar la ciudad es plantearse la cuestión del fenómeno urbano, sean cuales fueren la ciudad o el conjunto de ciudades que se consideren. La historia de las ciudades puede aparecer, bajo ciertos aspectos, como la historia de casos siempre particulares. Pero la historia no es el estudio de lo particular, a pesar de que por culpa de un prejuicio bastante extendido se defienda con cierta frecuencia lo contrario. El estudio de lo particular, al que por necesidades prácticas los historiadores consagran a veces lo esencial de su energía, es un trabajo preparatorio, llevado a cabo con la intención de comprender: ésa es la ambición de los historiadores; desde Tucídides y Su-Ma-Tsien hasta Marc Bloch («una palabra, para decirlo todo, domina e ilumina nuestro estudio: comprender»), ha sido siempre la misma. Salvo limitándose «al juego exclusivo de causalidades locales y fraccionadas»,²⁰ es decir, salvo contentándose con anécdotas, investigar sobre la particularidad no puede de hacernos olvidar que desde la invención de la agricultura sedentaria la ciudad, poco a poco, ha comenzado a existir por doquier en el mundo: ésta constituye un fenómeno sometido a interrogantes que se pueden formular acerca de todas las ciudades.

La historia urbana ha cambiado al tomar en cuenta esos interrogantes. Durante mucho tiempo ha sido un conjunto de biografías de ciudades.

20. Roncayolo, M., *La Ville et ses territoires*, París, 1997, pag. 31 (trad. cast.: *La ciudad, Barcelona, Paidós, 1988*).

des tratadas como seres colectivos, conjunto amenizado de obras generales, cuyo argumento era la búsqueda del lugar de la ciudad medieval en una evolución que desembocaba en el mundo actual, y su caracterización en función del papel que se le asignara. La investigación contemporánea se ha liberado de esas perspectivas de tiempos pasados; pero la evolución, al fin y al cabo, es reciente. En efecto, el interés por la historia urbana en cuanto tal data de la década de los años sesenta de siglo pasado sobre todo. Incluso estos últimos años han estado marcados por la ambición de una «historia total» —esta utopía ya no es de recibo— y por perspectivas macrosociales vinculadas a las «estructuras», de cuya vanidad se han percatado los investigadores actuales y las han abandonado.

Las investigaciones de los últimos veinte años dan fe de una renovación que se constata en tres niveles distintos. Desde el punto de vista de los temas y al unísono con la orientación del interés por lo que constituye la especificidad de la vida urbana (y no ya por cualquier cosa, con tal que suceda en la ciudad), la búsqueda de los principios y de las fuerzas de la cohesión de las sociedades urbanas adquiere mayor importancia. Si se considera el origen geográfico y disciplinar de las influencias que impelen a la renovación, se constata que proceden, en particular, de Estados Unidos, con la sociología interaccionista, de Inglaterra, con la antropología social, y de Italia, con los trabajos, de historia de los siglos XVI-XVIII en particular, agrupados bajo el nombre de «microhistoria». Esas corrientes tienen como punto común un modo de aprensión de la realidad social que ha demostrado ser particularmente fecundo. Por eso, desde el punto de vista de la necesaria reflexión previa sobre el objeto del estudio y sobre los cuestionamientos, creadores de ese objeto, que es necesario utilizar, esas influencias instan a poner en tela de juicio la indiferencia hacia el actor social de las perspectivas antiguas. De ahí procede la renovación: de la atención a los comportamientos, a la experiencia social, a los intereses y a las estrategias de los actores de la vida social. Esta orientación del interés hacia las relaciones interpersonales, este hecho de tener en cuenta al actor social, son las características de una nueva actitud.

Así pues, hay una evolución que afecta a los estudios de historia medieval. El interés por el actor social considerado en sus relaciones con otro es patente. Quienes manifiestan ese interés adoptan, en consecuencia, una forma de contemplar los problemas que se plantean altamente tributaria —a veces de forma directa y, con más frecuencia, de forma indirecta— de las perspectivas interaccionistas desarrolladas, sobre todo,

por sus colegas sociólogos. El segundo aspecto de esta evolución es nuevo. El interés por el actor social no es algo inédito en los autores medievalistas, pero ha sido marginal durante mucho tiempo, ya que no se apoyaba en una reflexión que tuviera por objeto los procesos de organización que constituyen el vínculo social. Esta época ha quedado superada. El interés por el actor social reposa en adelante en un conjunto coherente de líneas de reflexión; ya no es marginal. La consecuencia de este giro historiográfico ha sido una renovación, cuya presentación de conjunto ya se ha llevado a cabo.²¹ Así pues, se conservará en este libro lo que interesa para su fin: la reflexión sobre el individuo que vive en sociedad y el interrogante, que es inseparable de ella, sobre la forma de enfrentarse al gran problema que se les presenta a los historiadores, el cambio.

Por eso será menester reservar un espacio, en el último capítulo y después de haberlos aplicado, para una breve exposición de ciertos imperativos metodológicos y principios de análisis propios de las perspectivas interaccionistas.

Así podemos subrayar que renunciamos desde ahora a cualquier continuidad ilusoria. Eso es lo que se ha hecho durante mucho tiempo, más en el estudio de las ciudades que en cualquier otro ámbito de la investigación. La permanencia de la ocupación humana de lugares construidos, el patriotismo local, el amor de lo bello y el deseo de preservar un marco arquitectónico, en fin, las historias de las ciudades invitan a ello. Éstas se marcan como objetivo un lugar. Con ello dan por supuesta una continuidad de la historia humana en ese lugar, tratan de acreditar la idea de la existencia de un ser que se perpetúa a través de los siglos, ponen al menos de forma implícita el acento sobre las señales de la permanencia, un lugar, un plano, un catastro, determinismos geográficos invocados más que demostrados, construcciones. De este modo definen la ciudad por lo que es no la ciudad, sino un conjunto de manifestaciones de su existencia. De los moluscos muertos que se encuentran en la playa sólo queda ya la concha. El animal ya no está. Por lo que respecta al decoro arquitectónico de las ciudades del pasado, es muy importante no confundir el animal con su concha. Es cierto que los edificios, torres, calles, iglesias, plazas, palacios y casas que subsisten de la Edad Media nos enseñan algo sobre la sociedad que los produjo, pero no más de lo

²¹ Dutour, T., «La fécondité d'un tournant historiographique. Perspectives d'analyse interaccionistes et histoire médiévale», op. cit.

que un esqueleto puede decirnos sobre si un hombre era alegre o huraño, inteligente o palurdo. Ahora bien, lo esencial son los hombres, no las piedras, incluso cuando éstas, bien labradas, quedan dispuestas en forma de catedral; la continuidad de la permanencia humana en el mismo lugar no es la continuidad de la sociedad.

Esto vale sobre todo para la larguísima historia de las ciudades medievales. Conviene distinguir en ella dos épocas, la primera que va hasta el siglo IX, y la segunda que comienza con el siglo X.

¿Cuándo comienza la primera y cuándo termina la segunda? En el último capítulo trataremos de dilucidar esta cuestión. Necesita respuestas argumentadas. De momento admitamos simplemente que este libro, respetando en esto las convenciones relativas a la historia medieval, estudiará, con la excepción de unas pocas cosas, un período que va del siglo V al XV; admitamos también, de forma provisional que, como hemos dicho en la introducción, la ciudad medieval sucede a la ciudad antigua y ensombrece definitivamente cuando adquiere consistencia la ciudad industrial.

Sin embargo, el camino más corto para la comprensión de la ciudad medieval no pasa necesariamente por su vinculación con la ciudad romana. Roma legó a los siglos posteriores una magnífica herencia hecha de ciudades, pero las tres cuartas partes de las ciudades europeas que existían en 1500 nacieron en la Edad Media y la ciudad medieval no es la ciudad romana. Los hombres de la Edad Media reinventaron la ciudad.

Capítulo 2

¿Qué es una ciudad en la Edad Media? El testimonio de los contemporáneos

Los contemporáneos nos ayudarán, al principio, a delimitar la particularidad de la ciudad medieval y a trazar las grandes líneas de su evolución. Su visión de la ciudad para unos, el itinerario de su existencia para otros, y finalmente el discurso social permiten identificar épocas en la existencia del fenómeno urbano en la Edad Media. Su testimonio nos introduce en la realidad de la ciudad tal como ha sido contemplada, concebida, y a veces soñada; ese testimonio ofrece un valioso punto de partida para la reflexión.

A lo largo de una primera época, hasta el siglo IX, es decir, durante la Alta Edad Media, la ciudad es sobre todo una ciudad episcopal. Se pueden distinguir de forma sumaria dos momentos en esta primera época. Los primeros ejemplos elegidos se refieren a la ciudad de los siglos VI y VII, es decir, a un mundo complejo y convulsionado por sucesos trágicos, el de los dos siglos que siguieron a la desaparición de la autoridad imperial en la parte occidental del Imperio Romano, época de los reinos directamente procedentes de la instalación de pueblos germánicos en el Imperio, en los siglos V y VI, en especial los francos en la Galia y los lombardos en Italia, fundadores de los dos dominios más duraderos. Después vienen los dos siglos carolingios —los siglos VIII y IX— de los que dan testimonio, no los autores cuyos textos se citan expresamente, sino las imágenes, testigos de una cierta forma de concebir la ciudad y la justificación de su existencia.

Durante una segunda época, a partir de finales del siglo IX y el siglo X, aparece a plena luz un desarrollo de las ciudades sobre nuevas

bases, ya comenzado en los tiempos carolingios, que llega pronto a su plena expansión. Entonces adquiere forma lo que con tanta frecuencia se ha considerado la ciudad medieval por excelencia. En los siglos de su existencia se pueden distinguir dos momentos. El primero, hasta el siglo XII, corresponde a un impulso masivo de las ciudades que deja estupefactos a los contemporáneos: éstos valoran la novedad de un fenómeno que consideran, con toda la razón, algo sin precedentes. En el segundo, a partir del siglo XIII, el desarrollo de las ciudades deja sentir sus efectos en toda su amplitud. En ese momento, los contemporáneos dan testimonio de un mundo profundamente marcado por la existencia de las sociedades y por la importancia de su papel.

LA CIUDAD EN LOS SIGLOS VI Y VII

Gregorio de Tours y el castrum de Dijon

Gregorio, obispo de Tours, ha logrado un renombre permanente ante la posteridad como autor de esos *Diez libros de historia* que se conocen comúnmente con el nombre de *Historia de los francos*. Nacido en el año 538 en Clermont, en Auvernia, y muerto en el año 594, pasó toda su existencia en la Galia. Es un hombre del rey de los francos del Rín a quien se llama, *a posteriori*, rey de Austrasia, y debe el momento decisivo de su carrera —el acceso al episcopado para ocupar la sede de Tours— a la benevolencia del rey Sigeberto de Austrasia (561-575) y de la reina Bruneilda. Además es, por sus orígenes y por su cultura, un heredero de los tiempos antiguos. Procedía de una prestigiosa e influyente familia de rango senatorial cuyos miembros estuvieron al servicio de los emperadores romanos, después de los reyes frances, y regentaron desde el siglo V varias sedes episcopales, sobre todo las de Lyon, Tours, Arles y, por parte de su familia materna, la de Langres. En su formación desempeñaron un gran papel dos hombres, en parte, sin duda, porque de muy joven había quedado huérfano de padre: su tío Gall, obispo de Clermont, y otro tío, Nizier, obispo de Lyon. A la edad de 34 años, en el año 573, fue elevado al obispado de Tours, ciudad bajo la autoridad austrasiana, donde sucedió a un pariente. Desde ese momento ejerce su episcopado en el difícil contexto de las luchas civiles que oponen en la segunda mitad del siglo VI a los herederos de Clodoveo y desgarran el reino franco, viajando con frecuencia para tratar asuntos

políticos o para participar en concilios. Y además escribe. Su obra, abundante, da testimonio de un hombre de gran cultura, lector de Virgilio, de Sidonio Apolinar y de Marciano Capella. Es un obispo con vocación de educador del pueblo cristiano, redacta vidas de santos, concibe una obra destinada a proporcionar a su clero regular y secular una guía para la determinación exacta del tiempo litúrgico, y considera la historia una búsqueda del sentido moral de los acontecimientos pasados.

Citaremos un pasaje muy conocido, comentado con frecuencia,¹ de sus *Diez libros de historia*, consagrado a la villa de Dijon en el siglo VI:

Por esta época, el bienaventurado Gregorio residía en la ciudad de Langres. Era un gran obispo de Dios, célebre por sus milagros y sus virtudes. Y ya que hacemos alusión a este pontífice [que es el bisabuelo materno del autor y fue obispo de Langres desde el año 506 hasta el año 538], he pensado que se me perdonará el hecho de insertar en este capítulo una descripción de la localidad de Dijon donde residía con frecuencia. Es una plaza fuerte dotada de murallas muy robustas en medio de una llanura muy agradable; las tierras son fértiles y fecundas hasta el punto de que tras haber pasado el arado una sola vez se arroja la simiente y se obtiene una grande y opulenta cosecha. Al mediodía está el río Ouche, muy rico en peces; por la parte norte penetra otro pequeño río que tras entrar por un portillo y pasar bajo un puente sale por otro portillo; tras haber regado todo el contorno del recinto con su cauce tranquilo, mueve los molinos con prodigiosa velocidad. Se han hecho cuatro puertas a los cuatro vientos y treinta y tres torres adornan todo el recinto; la muralla de este recinto se ha edificado en piedra de sillería hasta una altura de veinte pies, y por encima de mampostería; tiene treinta pies de altura y quince de ancho. No sé por qué esta localidad no tiene la calificación de ciudad. En torno a ella hay fuentes preciosas. Por el occidente hay colinas muy fértiles llenas de viñedos que proporcionan a los habitantes un falerno tan noble que desdibujan el vino de Ascalón. Los ancianos cuentan que la ciudad fue edificada por el emperador Aureliano.²

El interés de este texto reside ante todo en que ofrece una descripción de la ciudad. Está situada en una llanura bordeada por el oeste por

1. En último lugar en Orselli, A. M., «Simboli della città cristiana fra Tardoantico e Medioevo», en F. Cardini (comp.), *La Città e il sacro*, Milán, 1994, págs. 419-450, y en Dutour, T., *Une société de l'bonneur. Les notables et leur monde à Dijon à la fin du Moyen Âge*, París, 1998.

2. Gregorio de Tours, *Historia de los francos*, libro III, cap. 19.

colinas y atravesada por dos ríos; la llanura es la de Saône, que acaba en una especie de amplio declive bastante empinado, en forma de cornisa, llamado en Borgoña «la Ladera», que da a la llanura calcárea de Langres. La región posee recursos agrícolas que señala Gregorio: la llanura está bien dotada para la cerealicultura y la cuesta es apta para la viña.

La ciudad se presenta ante todo como una fortaleza y las excavaciones arqueológicas confirmarán las indicaciones dadas por Gregorio. Está rodeada de una muralla cuyas dimensiones específica (4,44 m de ancho por 9,5 m de alto). Está reforzada por torres de las que doce han sido identificadas, de forma semicilíndrica y de 6 a 7 m de diámetro formando un saliente hacia el exterior de la muralla en tres metros de radio. Es cierto que hay cuatro puertas, tal como se indica, dos grandes y dos pequeñas; se sabe cuál era la anchura de una de las dos puertas pequeñas: 1,25 m. La muralla protege una superficie de 11 hectáreas. La ciudad fortificada es pequeña, como ocurre con frecuencia. En Clermont, por ejemplo, las murallas protegen una superficie de 3 hectáreas cuando la ciudad abierta del tiempo de la paz imperial ocupaba 200.³ Sólo son una excepción las antiguas capitales imperiales como Roma o Tréveris, o las ciudades importantes, como Reims, capital de la segunda Bélgica, cuya muralla protege una superficie de 60 hectáreas.⁴

El paisaje urbano que se describe es el de las ciudades de Occidente desde que éstas se rodean de murallas en la segunda mitad del siglo III, para protegerse contra el pillaje de los invasores bárbaros; está dominado por la muralla, sus torres y sus fosos. La ciudad es una fortaleza. Eso explica su tamaño reducido: el valor defensivo de una muralla se calcula también por el número de hombres que pueden defenderla, y cuanto mayor sea ésta, tantos más hombres necesita para su defensa, razón por la cual el valor defensivo de las grandes ciudades es menor que el de las pequeñas. Así pues, Dijon, en cuanto ciudad y en cuanto fortaleza, aventaja a muchas otras ciudades. Por eso Gregorio se pregunta «por qué esta localidad no tiene la calificación de ciudad». Se ha llegado a pensar que Gregorio se plantea esta cuestión porque «la ciudad es una realidad demográfica que la distingue de las demás aglomeraciones»,⁵ o porque

3. Brown, P., *The Rise of Western Christendom. Triumph and Diversity, AD 200-1000*, Oxford, 1997; trad. fr.: *L'essor du christianisme occidental. Triomphe et diversité 200-1000*, París, 1997, pág. 81 (trad. cast.: *El primer milenio de la cristianidad*, Barcelona, Crítica, 1997).

4. Desportes, P. (comp.), *Histoire de Reims*, Toulouse, 1983.

5. Docheard, R., *Le Haut Moyen Âge occidental. Economies et sociétés*, París, 1982, pág. 119.

«Dijon [está] rodeada de una sólida muralla [...] dotada de más de treinta grandes torres»,⁶ que, sin embargo, no bastan para hacer de un *castrum* una *civitas*. No obstante, el mismo Gregorio no dice que se la plantea porque el obispo de Langres «residía en ella con mucha frecuencia» desde la toma y saqueo de Langres por los bárbaros en el año 407.

En el siglo VI se llama «ciudad» cada vez con más frecuencia a la localidad de residencia del obispo. La evolución del paisaje urbano refleja la importancia de la función religiosa de la ciudad. Ésta posee edificaciones dedicadas al culto que las demás ciudades no poseen, la iglesia catedral y el baptisterio, basílicas de camposanto, así como las moradas del obispo y de los miembros del clero de la catedral. Todo este conjunto puede ser imponente —la catedral debe poder acoger a multitudes importantes, el obispo reside en un palacio, el servicio de limosnas a los pobres requiere almacenes mientras el clero sólo se ocupa de la asistencia a los necesitados—, y lo es de hecho tanto más cuanto que la Iglesia construye constantemente en un tiempo en que ya no se construyen edificios laicos. Ése es el caso de Dijon, por más que Gregorio no cite aquí edificios religiosos, porque ya lo hace en otra parte en sus *Diez libros de historia*. Pero si el obispo, su entorno y su clero proporcionan a los ciudadanos una clientela y, a la vez, al gozar el obispo de importantes ingresos, un movimiento constante de negocios, la ciudad no se reduce a la sola presencia del obispo, y Gregorio procura extenderse sobre los campos de labranza que rodean Dijon. Las tierras son fértiles y no necesitan que se las arre más que una sola vez, el río abunda en pesca, hay molinos (de trigo, sin lugar a dudas) instalados ante las puertas de la muralla y el viñedo que crece en la ladera tiene fama. Los intercambios comerciales le parecen algo normal: los habitantes prefieren tal vino, lo cual quiere decir que podrían preferir y buscarse cualquier otro. Sin embargo, nada de eso, que nos indica que la ciudad puede existir, basta para explicar que una localidad sea una villa o que una villa tenga el rango de ciudad.

Si Gregorio cita Dijon es únicamente por el obispo que residía en ella y no por su interés por la localidad. ¿Qué es una ciudad para él? Es el elemento principal de la civilización romana y Gregorio es un aristócrata galorromano, procedente de Auvernia por parte de su padre, región enormemente romanizada; como la mayoría de los jóvenes de su

6. Heers, J., *La Ville au Moyen Âge en Occident. Paysages, pouvoirs et conflits*, París, 1990, pág. 50.

medio, ha recibido una educación clásica sólida dirigida por preceptores particulares y por miembros de su familia; está plenamente de acuerdo con los modelos romanos de civilización. Hay elementos clave de su discurso que lo demuestran: la villa es una ciudad, el centro de un territorio agrícola. Estas anotaciones nos remiten a un concepto antiguo de la ciudad, la *urbs*; es un lugar geográfico, aquel en que se da la aglomeración, inserto en una comunidad mayor, cuyo todo forma la ciudad, la *civitas*. He ahí por qué nuestro autor insiste sobre las tierras; ¿son tan fértiles como dice? En cualquier caso se trata de una llanura muy «agrable», porque ofrece un paisaje de acuerdo con el concepto romano de la agricultura, una agricultura de llano y una cerealicultura, en la que la cría de ganado —que Gregorio, como hemos visto, no menciona— desempeña un papel secundario, pero que va unido necesariamente al cultivo de la viña. Gregorio es un auténtico heredero de los tiempos antiguos, y de un concepto de Roma y de su imperio que los convierte ante todo en una cultura compartida y en un ideal y un modo de vida urbana.

Pero también es un testigo de los nuevos tiempos. Menciona la fortificación y se explaya ampliamente en ella. De la noción de *civitas* y del oficio de cabeza de distrito que desempeña la villa como centro de él, no cita más que el papel del obispo. Nada dice de la sociedad urbana, ideal o real. La ciudad es la villa por excelencia, pero la villa por excelencia es la ciudad del obispo. De este modo Gregorio de Tours nos muestra claramente lo que es la ciudad para un miembro eminente de la élite social y política de la Galia del siglo VI: una fortaleza, la sede de una diócesis.

El papa Gregorio Magno y la tragedia romana por los tiempos de la invasión lombarda

Otro Gregorio, contemporáneo de Gregorio de Tours y también obispo, el papa Gregorio Magno, da testimonio por su misma existencia de dicha realidad y del concepto que va unido a ella. Nacido en Roma en el año 540 y muerto en el año 604, pertenece a una *gens* patricia, la *gens Anicia*, cristiana desde hacía mucho tiempo —su bisabuelo era el papa Félix II, muerto en el año 492, y dos de sus tías paternas eran monjas—. Destinado a una carrera secular, recibió una sólida formación intelectual.

El mundo en el que le tocó vivir pasaba por momentos trágicos. Los ejércitos del Imperio reconquistaron Italia a los godos al precio de veinticinco años de guerra. Roma, desde entonces, es una ciudad del Imperio

Romano de Oriente (al que se suele llamar Imperio Bizantino, para dejar claro que su carácter griego le distingue profundamente del antiguo Imperio), pero deja de ser una capital: Rávena es la sede de la autoridad imperial desde el año 402. Apenas catorce años después del final de la guerra grecogoda, en el año 568, Italia queda invadida por los lombardos. Sus bandas se extienden por toda la península. Ocupan la mayor parte del norte de Italia y se instalan en el Apenino central, en torno a Espoleto y a Benevento. En Génova, en las marismas donde más tarde se edificará Venecia, en torno a Rávena, a Roma y en el Lacio, en el sur, el Imperio mantiene su dominación. Pero Italia, en adelante, quedará troceada durante siglos. La aristocracia senatorial «activa, competente, letizada, había garantizado la continuidad de la Italia romana a través de los sucesivos regímenes de emperadores fantoches y de reyes bárbaros».⁷ Pero ahora está arruinada, exterminada, o ha huido hacia el Oriente. El espectáculo que ofrece Roma en esos momentos es un verdadero desastre y, de entre las ciudades imperiales en las que tiene su residencia un patriarca —Constantinopla, Jerusalén, Alejandría—, Roma, que ya no es capital desde hace mucho tiempo, tiene el aspecto de una ciudad asolada.

La lista de desgracias de las que sus habitantes han sido testigos y víctimas a la vez desde comienzos del siglo V es muy larga.⁸ El 24 de agosto del año 410 los godos la toman y la someten a saco durante tres días dedicándose al pillaje de los barrios aristocráticos.⁹ Cuarenta y cinco años después, en el año 455, la ciudad es tomada por los vándalos de Genserico, que se habían apoderado del norte de África entre los años 429 y 442. Se dedican a «despojarla sistemáticamente»¹⁰ de todo lo que tiene algún valor, hasta de las tejas doradas de los monumentos. En julio del año 536 las tropas imperiales a la orden de Belisario desembarcan en el sur de Italia y comienzan a reconquistar la península a los godos. Entran en Roma el 10 de diciembre del año 536. El ejército imperial marcha detrás de los estandartes tradicionales del Imperio, adornados con la sigla SPQR, *Senatus Populusque Romanus* —el senado y el pueblo romano—, pero sus soldados son griegos, alanos, lombardos, hunos e incluso persas. En el año 537 Belisario es asediado en Roma por los godos

7. Musset, L., *Les Invasions: les vagues germaniques*, París, 1965, pag. 100.

8. Gregorovius, F., *Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter*, 1859-1866; trad. it.: *Storia di Roma nel Medioevo*, vol. 1, Roma, 1972.

9. Pignani, A., *Le Sac de Rome*, París, 1964.

10. Grimal, P., *Rome*, París, 1962, pag. 127.

durante un año. El rey godo Vitiges manda cortar catorce acueductos que suministran el agua a la ciudad mientras que Belisario manda que se tapien sus entradas a la ciudad para que no puedan introducirse por ellas: no quedarán restablecidas antes del siglo XVI. El efecto inmediato del corte de los acueductos es la parada de los molinos de trigo, instalados en las laderas del Janículo, en la orilla derecha del Tíber y alimentados por el llamado acueducto de Trajano. Belisario se deshace finalmente de los hambrientos que piden la rendición o una tregua, y hace que se expulsen las «bocas inútiles», que no volverían jamás. Este primer asedio fracasa, pero el segundo tiene éxito. Desde el verano del año 545 hasta finales del año 546 los imperiales se ven nuevamente asediados en Roma y el 17 de diciembre del año 546 el rey godo Totila entra en Roma. En esos momentos, caminando por las calles de Roma, se puede uno cruzar con la hija de Simaco (senador y cónsul en el año 522), Rusticana, reducida a tal miseria que mendiga su pan por las calles como tantas otras. Es la viuda de Boecio (480-524), administrador y filósofo, nombrado en el año 523 *Magister officiorum* en la corte de Teodorico y dos veces cónsul con él, comentarista y traductor de Aristóteles, ejecutado el año 524 por los godos por una supuesta traición en favor del Imperio. Boecio es autor de una de las últimas grandes obras de la Antigüedad, obra que escribió en prisión antes de ser ejecutado y que ejerció una profunda influencia en toda la Edad Media: *De consolatione philosophiae*. A comienzos del año 547 las tropas imperiales vuelven a recuperar Roma, custodiada por una guarnición goda muy reducida. En la primavera del año 547 el ejército godo trata de tomar de nuevo la ciudad perdida. Lo intenta una vez más en el año 549 —para prepararse al asedio, el comandante de la guarnición imperial manda sembrar trigo en todas las zonas no edificadas de la ciudad— y se apodera de ella rápidamente. En el año 552 los imperiales vuelven a recuperarla, esta vez de forma definitiva. «Era [...] la quinta vez, bajo el reinado de este príncipe [Justino], que la ciudad era tomada», escribe Procopio de Cesarea, historiador de las guerras del emperador Justino.¹¹

Pero era un cadáver de ciudad. Su población, según se cree, llegaba a lo sumo a 40.000 habitantes,¹² cuando hacia el año 400 era de 500.000

11. Procopio de Cesarea, *Guerre des Goths*, IV, 33-34, en D. Comparetti, *La guerra gothica* de Procopio de Cesarea, t. III, Roma, 1898, pág. 247-253, citado por O. Guyotjeannin, *Archives de l'Occident*, t. I, *Le Moyen Âge V-XV^e siècles*, París, 1992, pág. 67.

12. Luzzatto, G., *Breve Storia economica dell'Italia medievale. Dalla caduta dell'Impero romano al principio del Cinquecento*, Turín, 1958, pág. 71.

y de un millón en los tiempos de esplendor de la ciudad, es decir, una 25^a parte de lo que había sido. «La muralla de Roma —escribe Procopio con motivo de uno de los asedios que la ciudad tuvo que soportar durante la guerra grecogoda— era tan larga que ni los romanos en su asalto ni los godos en su defensa podían atenderla. Por aquí o por allá, los unos se acercaban al asalto, tal como la ocasión se presentaba, y los otros corrían a rechazarlos.» De hecho, la muralla construida entre los años 270 y 275 en tiempos del emperador Aureliano, tiene 18 km de longitud, y delimita un espacio de 1.230 hectáreas. Se pueden distinguir cuatro zonas en la Roma del siglo III. El centro (Palatino, Capitolio, Campo de Marte) está ocupado sobre todo por monumentos públicos (templos, palacios, teatros, circos, foros). El centro está rodeado de colinas residenciales ocupadas por ricas mansiones dotadas de jardines (Pincio, Aventino, Celio). Los valles que separan las colinas están ocupados por los barrios populares con una población densa, como la Suburra; fuera de las murallas y en la orilla derecha del Tíber están los suburbios. La considerable disminución de habitantes en los siglos V y VI va acompañada de una profunda modificación del reparto de la población de *intramuros*. Los barrios altos (Quirinal, Esquilino, Viminal y de una forma generalizada todo lo que cae al este del Foro) quedan sin agua tras el corte de los acueductos en el año 537 y se abandonan poco a poco. La población efectiva tiende paulatinamente a concentrarse en el Campo de Marte y a la orilla derecha del Tíber (el *Trastevere*, o «ultradíber») en torno a la basílica de San Pedro. El resto queda prácticamente desocupado o en ruinas, excepto los edificios del culto cristiano y los monasterios, separados de hecho de las zonas habitadas. Se abandona el cuidado de los monumentos públicos y de los templos de la Antigüedad. Éstos, durante mucho tiempo, sirven de cantera a todos los que así lo desean: ya la emperatriz Eudoxia, esposa del emperador Valentiniano III, había utilizado para la iglesia de San Pedro *ad vincula*, que ella misma había mandado construir y que se consagró en el año 439, veinte columnas dóricas de mármol de un templo pagano.¹³

Este es el contexto en el que Gregorio es nombrado en el año 573 *praefectus urbis*, prefecto de la ciudad, el mismo año en que otro Gregorio es nombrado obispo de Tours; pero renuncia muy pronto a esta pesada carga, se hace monje y, a la muerte de su padre, transforma su casa familiar de Roma en monasterio con el nombre de San Andrés. En

13. Grimal, P., *op. cit.*, págs. 127 y 144.

el año 579 tiene que renunciar a la vida monástica: el papa Pelagio II le ordena diácono y le envía como apocrisiario, es decir, como su representante personal, a Constantinopla; el patriarca de Roma debe estar representado en la capital del Imperio. Vuelto a Roma en el año 585 o 586, Gregorio regresa de nuevo a la vida monástica. Pero en febrero del 590, cuando el papa Pelagio II muere de la peste, es elegido Papa por consentimiento del clero y del pueblo de Roma. Su actividad pone entonces de manifiesto las tareas abrumadoras que pesan sobre un obispo del siglo VI. Los ingresos de las posesiones de la Iglesia le permiten la distribución de limosnas para socorrer a los pobres. Pero la peste se hace virulenta, el avituallamiento de la ciudad es insuficiente y arrecia el hambre. Lo mismo que muchos otros obispos,¹⁴ el Papa, administrador de los vastos dominios que pertenecen a la Iglesia de Roma,¹⁵ soluciona el avituallamiento; escribe al pretor de Sicilia para pedirle que envíe grano y, sobre todo, que haga llegar los bienes de la Iglesia. Interviene ante las autoridades imperiales de Rávena para pedir que se reparen los acueductos de Roma, pero en vano. Levanta los ánimos con sermones y mediante la organización de procesiones con cánticos de letanías. De hecho, es la única autoridad de la que los ciudadanos pueden esperar algo. Cuando la ciudad se ve amenazada por los lombardos en el año 592, el socorro del Imperio apenas llega o no llega en absoluto; los soldados griegos de la guardia no reciben su paga. En un ataque del ejército del rey de los lombardos, en el año 592, el Papa predica en la basílica de San Pedro:

¿Queda alguna cosa en este mundo capaz de alegrarnos? Todo son lamentos y dolor; se destruyen las ciudades, se arrasan los castillos, se devastan los campos y la tierra ya no es más que un desierto. Ya no quedan labradores en el campo ni habitantes en la ciudad. Y los pocos que quedan se ven zarandeados por toda clase de desgracias [...]. Hemos visto a muchos hombres convertirse en esclavos y a otros sufrir la mutilación o la muerte. Está bien claro hasta qué punto Roma, la antigua reina del mundo, ha venido a menos: oprimida por un gran dolor, queda despoblada de sus ciudadanos; atacada por el enemigo, no es más que un montón de ruinas [...]. ¿Dónde está el Senado? ¿Dónde está el pueblo? [...] El esplendor

14. Doeberd, R., *op. cit.*, pág. 55.

15. Noyé, G., «Villes, économie et société dans la province de Bruttium-Lucanie du IV^e au VIII^e siècle», en R. Francovich y G. Noyé (comps.), *La Storia dell'Alto Medioevo italiano (VI-X secolo) alla luce dell'archeologia*, Florencia, 1994, págs. 693-733.

de las dignidades civiles se ha extinguido. La multitud de los ciudadanos ha desaparecido y nosotros, los que sobrevivimos, nos vemos desgarrados día y noche por un sinnúmero de tribulaciones.¹⁶

El Papa trata entonces con el rey Agilulfo. Logra el levantamiento del asedio con la promesa de un tributo anual de 500 libras de oro,¹⁷ entregadas sin duda por la Iglesia de Roma. Negocia una tregua, lo mismo que el papa León había negociado con Genserico, rey de los vándalos, cuando éste tomó Roma en el año 455, y después un acuerdo con el fin de delimitar geográficamente la *Tuscia Romana* (el ducado romano en su parte situada en la orilla derecha del Tíber) y la *Tuscia* propiamente dicha —la futura Toscana—, en adelante lombarda. Este acuerdo queda ratificado en el año 593 de más o menos buena gana por el representante del Imperio en Italia, el exarca que residía en Rávena. ¿Existe aún el Senado? Hay serias dudas al respecto. En caso afirmativo, no interviene para nada en los acontecimientos del pontificado de Gregorio. El Papa no menciona nunca en su correspondencia las grandes familias senatoriales, desaparecidas o socialmente venidas a menos, si exceptuamos las que se exiliaron a Constantinopla y se guardan bien de volver. Los funcionarios imperiales tienen la costumbre de dirigirse a él lo mismo que al exarca. ¿Habrá sobrevivido Roma sin la presencia del papado? Su obispo es pastor, administrador, diplomático, jefe político y militar cuando la gravedad y la urgencia de las circunstancias lo requieren.¹⁸ En eso es comparable a Gregorio de Tours. Da testimonio de la misma realidad, tanto por su vida como por sus escritos, sobre todo la *Regula pastoralis*, manual de moral y de predicación destinada a los obispos, que está imbuida de su propia práctica y alcanzó un éxito considerable.¹⁹

En resumidas cuentas, como escribe A. M. Orselli, la imagen que se tiene de la ciudad se modifica poco a poco.²⁰ La ciudad ya no es ante todo ese lugar de la vida reposada y de la dignidad de la vida civil que

16. Citado por Gregorovius (1866), *op. cit.*, t. I, págs. 313-314.

17. Capitani, O., *Storia dell'Italia medievale 410-1216*, Bari, Laterza, 1986, pág. 54.
18. Dèlogù, P., «Il passaggio dall'Antichità al Medioevo», en A. Vauchez (comp.), *Roma medievale*, Roma y Bari, 2001, págs. 3-40.

19. Judic, B., «La diffusion de la *Regula pastoralis* de Grégoire le Grand dans l'Église de Cambrai, une première enquête», *Revue du Nord*, n° 71, 1994, págs. 207-230.

20. Orselli, A. M., «Coscienza e immagini della città nelle fonti tra V e IX secolo», en G. P. Brogiolo (comp.), *Early Medieval Towns in West Mediterranean*, Mantua, 1996, págs. 9-16.

describen los elogios de las ciudades de la Antigüedad tardía; es una comunidad de cristianos, que halla en la firmeza de su fe y su unión en torno al obispo la razón de ser de su existencia, y la explicación de su supervivencia.

LA CIUDAD IDEAL DE LOS TIEMPOS CAROLINGIOS

Doscientos años después, en tiempos de los carolingios, esta evolución halla una salida sorprendente. Algunos contemporáneos manifiestan una nueva visión de la ciudad, coherente, rica según ellos de significados relativos a la concepción de la organización de la vida en sociedad y de sus fines.

Esa nueva visión se pone de manifiesto en textos, más bien raros,²¹ en la arquitectura de las iglesias y monasterios carolingios y, en fin, en las imágenes. Éstas las conocemos gracias a trabajos recientes sobre las imágenes —sobre todo los de Dominique Alibert—, en especial las imágenes de ciudades, iluminaciones, pinturas murales, mosaicos, esculturas de marfil, monedas,²² que nos ayudarán a comprender por qué la idea de ciudad es siempre familiar a los hombres cultivados, en un Occidente cristiano cuyas ciudades, si se las compara con las de Oriente, parecen fantasmas alicaídos de las *civitates* antiguas, un Occidente cuyas ciudades más grandes, dejando aparte los territorios bizantinos, no sobrepasan los 30.000 habitantes.

De las imágenes de la ciudad...

La ciudad no aparece, o muy poco, en las imágenes de los siglos VII y VIII, pero su presencia es manifiesta en las del siglo IX, de una manera

21. Riché, P., «La représentation de la ville dans les textes littéraires du V^e au IX^e siècle», en C. Lepelley (comp.), *La fin de la cité antique et le début de la cité médiévale. De la fin du II^e siècle à l'avènement de Charlemagne*, Bari, 1996.

22. A los trabajos de Dominique Alibert hay que añadir los de su discípulo E. Pinsolle; Alibert, D., *Les Carolingiens et leurs images. Iconographie et idéologie*, tesis doctoral de la Universidad de París Sorbona, París, 1994; Pinsolle, E., *La Représentation de la ville dans l'Iconographie carolingienne*, memoria para la obtención del diploma de estudios superiores, mecanografiada, Universidad de París Sorbona, París, 1999; Pinsolle, E., *L'Image de la ville dans l'art des VIII^e-XI^e siècles*, memoria para la obtención del diploma de altos estudios, mecanografiada, Universidad de París-Sorbona, París, 2000.

que, a primera vista, puede parecer desconcertante. En efecto, la imagen de la ciudad no tiene por objeto la representación del aspecto exterior de las cosas, sino la identificación de la ciudad como tal. No describe, sino que califica, por eso no es ni descripción, ni siquiera figuración, sino signo, y a veces —hasta tal punto el signo es escueto—, ideograma. Una puerta, un muro, un edificio pueden bastar para simbolizar la ciudad. Las monedas acuñadas desde el año 812, bajo Carlomagno, hasta el reinado de su nieto Carlos el Calvo, representan así una puerta en una muralla vista de frente, enmarcada entre dos torres angulares. A veces se representan las ciudades enteras, por ejemplo en las grandes biblia ilustradas. Tal es el caso de la *Primera biblia de Carlos el Calvo*, proyectada para hacer un presente a este rey y llevada a cabo a partir del año 845 en la abadía de San Martín de Tours. Contiene ocho pinturas a toda página que introducen las principales secciones del Antiguo y del Nuevo Testamento, de las que dos incluyen imágenes de ciudades. Pero, incluso en este caso, están representadas siguiendo un esquema con pocas variantes. Se ve, en una perspectiva en picado, una muralla poligonal o a veces circular, con frecuencia almenada, punteada de torres cuadradas o redondas con ventanas, a veces una puerta, que encierra pocos edificios (de ordinario de tipo antiguo, entre los que suele haber un templo), y con el suelo de la ciudad algo elevado para mostrar con mayor facilidad los edificios encerrados en las murallas. De este modo se evoca la ciudad mediante un conjunto de elementos característicos, o a veces mediante uno solo de esos elementos. A primera vista no hay ninguna relación entre las ciudades que los contemporáneos podían ver y las imágenes de ciudades mencionadas en el Antiguo y el Nuevo Testamento que nos transmiten; así pues, la ciudad no está representada de forma realista, sino ideal.

...a la imagen ideal de la ciudad

Se viene señalando desde hace tiempo que esta representación ideal, elaborada por el mundo cultivado, es decir, por los hombres de Iglesia, propone la ciudad como modelo a los contemporáneos.²³ Pero aquí hay una paradoja que es la de un mundo rural de poblaciones en su mayoría

23. Fixot, «Une image idéale, une réalité difficile: les villes du VII^e au XI^e siècle», en G. Duby (comp.), *Histoire de la France urbaine*, t. I. *La Ville antique*, París, 1980, págs. 497-563.

miserables²⁴ a las que ese mundo cultivado no se preocupa por describir, mientras se le obsesionado por una visión de la ciudad ideal.

Esta ciudad ideal, es cierto, está relacionada con las preocupaciones inmediatas de los hombres del siglo IX y con la realidad material de su universo. La imagen de la ciudad aparece en manuscritos iluminados al mismo tiempo que en Occidente se elabora una teoría de la imagen, como consecuencia de los debates provocados por los posicionamientos sucesivos y contradictorios de la Iglesia griega sobre la veneración de las imágenes pintadas (iconos) de Cristo, de su Madre y de los santos. Que el recinto fortificado pueda simbolizar la ciudad —mientras que ése no es el caso respecto de las imágenes producidas por el Imperio Bizantino contemporáneo— no necesita extensos comentarios; la importancia dada a las puertas y a las torres tampoco sorprende si se comprende su importancia esencial en el sistema defensivo. En fin, comienza la representación de las ciudades en el mismo momento en que aparece, entre las élites de aquel tiempo, un cuidado especial por la apariencia de la ciudad y por la funcionalidad de su organización, manifestada sobre todo en la reconstrucción de catedrales y en la edificación de claustros que permitan al clero de las catedrales llevar una vida comunitaria.

Pero esas circunstancias son, en cierto sentido, secundarias si se tiene en cuenta la voluntad de figurar o de representar la ciudad. Se trata ni más ni menos que de una elección. La ciudad, para los iluminadores y escultores carolingios, es el marco necesario de ciertas escenas.²⁵ Y lo esencial es el valor simbólico de su representación. La imagen de la ciudad rodeada de una muralla define un lugar sagrado,²⁶ reservado a Cristo o a las personas en relación con Dios, sobre todo por mediación del texto bíblico,²⁷ o bien a que en él se realice un milagro. Uno de los paneles de un díptico en marfil esculpido probablemente en Aquisgrán a principios del siglo IX representa la Natividad del siguiente modo: María está en cama, cerca del Niño Jesús colocado en un pesebre delante del buey y la mula; la escena tiene lugar en un recinto fortificado que cuenta con tres puertas de las que una está flanqueada por dos torres.

24. Hubert, J., «La topographie et l'aspect des villes de Gaule du V^e au X^e siècle», *Città nell'alto Medioevo* (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo, VI), Espoleto, 1959, págs. 529-558.

25. Pinsolle, E., *L'image de la ville dans l'art des VIII^e-XI^e siècles*, op. cit., pág. 108.

26. Alibert, D., *Les Carolingiens et leurs images*, op. cit., pág. 475.

27. Pinsolle, E., *La Représentation de la ville dans l'iconographie carolingienne*, op. cit., pág. 95.

Cristo y su madre están en el interior de la muralla, pero José está fuera, y por lo tanto fuera del lugar sagrado.²⁸ Así pues, las murallas de la ciudad protegen el saber más preciado, el que los textos del Antiguo y del Nuevo Testamento dan a conocer a los hombres. La ciudad es el lugar de ese saber. En la *Biblia de San Pablo extramuros*, que lleva el nombre de la gran basílica romana donde fue realizado el manuscrito, la traducción de la Biblia al latín bajo la dirección de san Jerónimo se lleva a cabo en el interior de las murallas y, sólo una vez bien establecido, ese texto sale del recinto para su difusión. La ciudad, en una época en que la ciudad temporal es la del obispo, es también el lugar del poder legítimo, donde se hallan aquellos a quienes Dios ha investido de su autoridad: el rey David que recibe el texto de los salmos, los evangelistas, o el rey cristiano, rey consagrado, mediador entre Dios y los hombres. La consagración, el saber, el poder legítimo: no es nada sorprendente ver las imágenes carolingias de la ciudad evocar con frecuencia, lo mismo que los elogios escritos sobre las ciudades,²⁹ la Jerusalén celestial, destino y arquetipo («la Jerusalén de arriba es libre, ésa es nuestra madre», Epístola de san Pablo a los Gálatas, 4,26); a fin de cuentas, el modelo elegido para representar el más allá es el de la ciudad más bien que el del jardín del Edén.

Estos ejemplos son una muestra de la concepción de las ciudades episcopales como comunidades gobernadas por su obispo, que hallan la justificación de su existencia temporal en la prefiguración de la Ciudad de Dios; y también el mundo, los reyes consagrados y encargados de conducir a su pueblo a la Salvación; en fin, un mundo que, por muy rural que haya podido ser, jamás ha dejado de reivindicar su herencia urbana y de identificar la ciudad con lo que consideraba más precioso y más sagrado. El recurso a los modelos de la Antigüedad tardía, y por lo tanto cristiana, se explica de ese modo. Esos modelos indican que la ciudad es parte integrante de una herencia recibida y aceptada, reivindicada y preservada, en la que se pueden distinguir dos dimensiones: la cultura del mundo antiguo, y los modos de organización propios de la Iglesia en los primeros siglos de su existencia, en los que la Iglesia local es una comunidad ciudadana. Las monedas de Carlomagno que representan la puerta de una ciudad recogen un tipo de moneda de la época de Constantino; la representación de la ciudad como lugar fortificado

28. *Ibid.*, págs. 100-101.

29. Frugoni, C., *Una Lontana città. Sentimenti e immagini nel Medioevo*. Turin, 1983.

existe ya en la Antigüedad cristiana. Para los hombres de cultura y de fe de los tiempos carolingios, la civilización es la ciudad, y más exactamente la ciudad episcopal. Este concepto fue un concepto compartido durante mucho tiempo. Por ejemplo, a finales del siglo XIII, el dominico Santiago de Vorágine, autor de una crónica de la ciudad de Génova y su arzobispo de 1292 a 1298, escribe todavía que «hablando de forma precisa, una ciudad no se llama ciudad si no se ve honrada con la dignidad episcopal» (*nam loquendo proprie civitas non dicitur nisi que episcopali honore decoratur*).³⁰

La ciudad, modelo de la vida civil

Un ejemplo entre tantos otros puede ilustrar el peso duradero de tales representaciones. En la Cataluña del tiempo de Ramón Berenguer I (1035-1076), hay juramentos de fidelidad de grandes personajes que se hacen al príncipe y que se conservan por escrito; se pueden contar aún cerca de doscientos. Según el estudio que de ellos ha hecho Michel Zimmermann,³¹ esos juramentos comienzan por una promesa de fidelidad y enumeran los elementos de los que esa promesa será objeto, sobre todo la autoridad del conde. Ésta es objeto de un «inventario geográfico y a la vez tipológico» que «tiene como objetivo describir de manera ordenada el territorio gobernado por el conde barcelonés que, desde finales del siglo IX, ejerce su autoridad indivisa sobre los tres condados de Barcelona, Gerona y Vic/Ausona». Ahora bien, se deduce de los textos estudiados que el marco fundamental de la descripción, y por lo tanto de la identificación y de la localización de los lugares y espacios mencionados es «un condado organizado en torno y a partir de la ciudad (*civitas*) que le da su nombre»; «es la ciudad la que denomina y organiza el espacio político». Para M. Zimmermann ésta es la prueba del «vigor de la herencia romana en Cataluña». Y así es realmente. Pero ¿cómo se ha transmitido? No hay nada que imponga por la fuerza esta herencia. La futura Cataluña fue romano-goda en tiempos del reino visigodo de Espa-

30. Bertini Guidetti, S. (comp.), *Iacopo da Voragine, Cronaca della città di Genova da le origini al 1297*, Génova, 1995, pág. 436.

31. Zimmermann, M., «Le château contre la cité: Les représentations de l'espace politique dans la Catalogne féodale (XI^e-XII^e siècles)», en P. Lardin y J.-L. Roch (comp.), *La Ville médiévale en deçà et au-delà de ses murs. Mélanges Jean-Pierre Leguay*, Ruán, 2000, págs. 387-402.

ña, musulmana desde la década de los años 720, franca desde su conquista por los ejércitos de Carlomagno entre 780 y 803, y si sus élites reivindican una herencia, ésta es la de los godos: el conde Borrell de Barcelona (947-992) utiliza el título de *dux Gothiaz*.³² Según esto, salvo creyendo sinceramente en las virtudes propias de una herencia romana que se impone por sí misma, hay que pensar que la conquista de los frances es un episodio decisivo; en este momento es cuando «las ciudades dan inmediatamente origen a condados herederos de su nombre». La ciudad de origen romano, lugar por excelencia de la inserción de lo sagrado en rituales y en construcciones, lugar de organización de un espacio político, no es un modelo, sino el modelo único tanto de la vida urbana como, más ampliamente, de la vida social. Las observaciones que acabamos de hacer aquí sobre Cataluña valdrían de la misma forma para la Germania, convertida poco a poco al cristianismo y al mundo franco entre los siglos VII y IX.³³

A fin de cuentas, el mundo carolingio, podríamos decir aunque la afirmación sea evidentemente paradójica, no es rural sino profundamente urbano —a su manera—. Sus ciudades corroboran el hecho de que, como decía Joseph Comblin, «si los hombres construyen ciudades, no es sólo para habitar en ellas, es porque se sienten movidos por una idea, por un sueño».³⁴

LA REVELACIÓN DE LA NOVEDAD DEL ESPLendor URBANO EN EL SIGLO XII

«En tiempos de Carlomagno, de feliz memoria, que murió hace ya casi treinta años, como el pueblo caminaba por una misma senda derecha, la senda pública del Señor, la paz y la concordia reinaban por doquier; pero en la actualidad, por el contrario, puesto que cada uno sigue el sendero que quiere, las disensiones y las querellas se manifiestan por todas partes. Entonces había por doquier alegría y abundancia; ahora,

32. Zimmermann, M., «Entre royaume franc et califat, soudain, la Catalogne», en R. Delort (comp.), *La France de l'an Mil*, París, 1990, pág. 84.

33. Bührer-Thierry, G., «De saint Germain de Paris à saint Ulrich d'Augsbourg: l'évêque du Haut Moyen Âge, garant de l'intégrité de sa cité», en P. Boucheron y J. Chiffreux (comp.), *Religion et société urbaine au Moyen Âge. Etudes offertes à Jean-Louis Biger par ses anciens élèves*, París, 2000, págs. 29-41, sobre todo pág. 31.

34. Comblin, J., *Théologie de la ville*, París, 1908, pág. 22.

sin embargo, no hay más que miseria y tristeza. Los elementos mismos eran entonces favorables a cada uno de los reyes, pero ahora son contrarios a todos.»³⁵ Así evocaba Nithard, un nieto de Carlomagno, en el siglo IX, este eclipse de los poderes reales que comenzaba por entonces y que marca la nueva organización política de los tiempos poscarolingios. Al mismo tiempo se confirma, a partir de finales del siglo IX y durante el siglo X, un desarrollo inédito de la urbanización. Este desarrollo otorga a las ciudades, episcopales o no, un puesto nuevo en la vida de los hombres. El fenómeno es continuo y masivo a la vez, y muy pronto provoca comentarios.

Rupert de Deutz y lo pernicioso de la ciudad

Un monje, Rupert de Deutz, nos ofrece su visión de la ciudad de los tiempos nuevos, de sus orígenes, de su desarrollo y de su perniciosaidad al comentar un incendio que arrasó en 1128 la aglomeración que se elevaba en torno a su monasterio. Rupert, nacido en 1075, valón de noble origen de Lieja, se educó como oblato de la abadía de Saint-Laurent-de-Liège, fue ordenado sacerdote en 1108, elegido abad de la abadía de San Heriberto en Deutz, en 1119, y murió en 1129. Deutz es una pequeña aglomeración situada en la orilla derecha del Rin, en frente de Colonia, con la que la unen dos puentes, de tal forma que viene a ser un arrabal de la ciudad. Rupert, que había llegado de niño al monasterio, pasó toda su vida bajo la regla de san Benito, y aunque no quedó al margen de los debates de su tiempo, este notable pensador³⁶ participó en ellos más bien como exégeta de los textos sagrados y como teólogo. El claustro y la regla, la oración y la lectura ardiente de la Escritura son las fuentes de su pensamiento.

No obstante, es un ciudadano y, desde su punto de vista, tiene mucho que decir sobre las ciudades y una opinión clara que comunicarnos. Se dirige a sus monjes tras el incendio de Deutz, en una homilía a la que, sin lugar a dudas, se le dio forma posteriormente; veamos algunos extractos del *De incendio oppidi Tuitii*:

35. Nithard, *Histoire des fils de Louis le Pieux*, Paris, col. «Les classiques de l'histoire de France au Moyen Âge», vol. 7, 1926, págs. 143-145.

36. Chenu, M. D., *La Théologie au XII^e siècle*, pág. 52.

(Cap. 8) Permitáseme ahora decir por qué el incendio triunfante se apoderó con tal rapidez de las torres de este odioso castillo [...]. Tened bien en cuenta, queridos amigos, [...] que lo que yo odio intensamente no son las piedras o las murallas, sino la injusticia que habita en ellas [...]. ¿Quién ignora que la posesión de este castillo [...] fue consagrada a Dios? Las tradiciones sobre la construcción del castillo varían; unos piensan que fue obra de Julio César [...]. Este castillo, notable por su belleza y su poderío, subsistió hasta el emperador Otón I. El hermano de éste, Bruno, arzobispo de Colonia, [...] lo mandó demoler [...]. San Heriberto [...] consagró a Dios el lugar del castillo, completamente en ruinas; utilizó las ruinas para la edificación de un monasterio [...] y purificó el lugar de cualquier habitación secular, instalando en la parte externa de la muralla a aquellos a quienes había expulsado [...]. (Cap. 9) Pero con el tiempo, la enorme negligencia de nuestros predecesores, demasiado acotadística para con los hombres del siglo, ha alejado el desenfreno [...]. Éstos han ocupado el castillo. Y no son sólo las torres y las murallas lo que han vuelto a levantar, para albergar en ellas a personas decentes según el mundo; han alquilado a gente de vida dudosa, de condición desconocida, sin reputación, los subterráneos llamados bodegas, similares a cavernas oscuras y a recovecos casi invisibles. Por eso las personas serias de nuestro entorno consideran esos locales negocios inmundos [...]. Precisamente, aunque el incendio tuviera otras causas, yo diría que ésa es la causa mayor y que se trata de un juicio de Dios. Así es como yo, en sueños, había visto el incendio antes de que se produjera [...]. (Cap. 10) Fue Caín el primero que construyó una ciudad [...]. (Cap. 12) Abraham, Isaac y Jacob no construyeron ciudades ni castillos, al contrario, huyeron de las ciudades para habitar en tiendas y construyeron lo más opuesto a las ciudades y a los castillos: un altar en honor de Dios [...].

El abad no siente gran simpatía, y muy poca consideración, por los vecinos de su monasterio. Pero los conoce. Solícito por comprender lo que transmite la revelación de la Verdad en los acontecimientos contingentes («aunque el incendio tuviera otras causas [...] se trata de un juicio de Dios») y, por lo tanto, de «garantizar el paso de la historia al espíritu»³⁷ (Henri de Lubac), nos ofrece un resumen de los orígenes de Deutz, arrabal formado en torno a una abadía en la periferia de una gran ciudad.

Al principio era un castillo, muy antiguo —aunque Rupert, hombre cultivado, duda en admitir que se remonte a Julio César («Las tradicio-

37. De Lubac, H., *Histoire et esprit*, París, 1950, pág. 278.

nes sobre la construcción del castillo varían»)—, cuya función, sin lugar a dudas, era el control de la circulación por el Rin; por lo que en tiempos de Otón I (936-976) se destruyó. Después el terreno se cedió a un monasterio, para cuya construcción se utilizaron las mismas ruinas del castillo. El lugar estaba habitado; no dejó de estarlo a pesar de la destrucción del castillo, y los seglares tomaron muy pronto posesión del terreno, en el siglo XI sin duda: se forma entonces un *burg* (una aldea). La lógica de su desarrollo es clara: estamos en el Rin, cerca de un puente, al lado de Colonia, y las posibilidades de intercambios comerciales son bien claras. Además, la tumba de san Heriberto atrae a los peregrinos, y los monjes tienen bienes, empleados para administrarlos, y también necesidades, y por lo tanto proveedores. Los ciudadanos, al menos una parte de ellos, se dedican a negociar, en los «locales inmundos» que evoca el abad y, por supuesto, utilizan almacenes («los subterráneos llamados bodegas [...] que han alquilado»). El noble abad, monje desde siempre, sacerdote desde hace veinte años, comentarista de Juan, considera sus actividades, su existencia, su persona, con un desprecio cuyo fundamento es moral. Rupert de Deutz condena lo que para él es el principio mismo de la existencia de la ciudad: el dinero.

Insiste en tres puntos: la ciudad es el dominio del dinero y eso es lo que atrae a los que en ella se instalan; los ciudadanos constituyen una realidad social particular; Dios no tiene nada que ver en eso. Sobre el primer punto, naturalmente, tiene toda la razón: la ciudad medieval se desarrolla a la vez que la economía de intercambio. Deutz, aglomeración mercantil, es lo más apto para ilustrar tal aserto. También ella ilustra el segundo punto: la sociedad urbana se organiza según valores sociales que chocan a Rupert de Deutz: el desprecio que le inspira la ciudad, a él que es noble y monje, es también social —¿qué son esos tenderos, esos negociantes sino gente de poco pelo?—. En cuanto al tercer punto, nuestro autor sabe muy bien que las ciudades no nacieron con Deutz. Sin embargo, en cuanto al eminentе comentarista del Evangelio, que en otra parte defiende el derecho de los monjes a ejercer la predicación, no parece estar entre sus principales preocupaciones la comunicación de la palabra de Dios a los ciudadanos. Menciona a Abraham, que vivía en la tienda, pero no recuerda que «esperaba él ciudad asentada sobre firmes cimientos, cuyo arquitecto y constructor sería Dios» porque «Dios [...] les tenía preparada una ciudad» (Epístola a los Hebreos, 1,10 y 16). En este aspecto, Rupert es tributario de la opinión dominante en su tiempo y se podrían citar muchos otros autores que la compartían: san

Bernardo, por ejemplo, que ve en la ciudad el lugar por excelencia de todas las formas de orgullo, o Adalberón de Laón, que explica hasta qué punto es detestable la asociación de vecinos en una comuna.

En un mundo para el que la ciudad no tiene nada de nuevo —«Caín fue el primero que construyó una ciudad [...]»³⁸ todos son testigos de la difusión y de la expansión de una realidad urbana nueva, muy distinta de la que imperaba en la Alta Edad Media.

Otón de Freising y el descubrimiento de la Italia de las comunas

Otón de Freising es uno de los mejores testigos de esta novedad. No le gusta mucho más que a los otros, pero se toma a pecho el describirla.

Es un aristócrata de muy alto rango, un monje, un obispo, un intelectual, un viajero. Nacido entre 1111 y 1114, hijo de Leopoldo de Austria y de Inés, hija del emperador Enrique IV es —por el primer matrimonio de su madre con Federico I, duque de Suabia— medio hermano del emperador Conrado III, elegido en 1138, y tío del emperador Federico I Barbarroja, elegido en 1152. Aún muy joven, es elegido preboste del capítulo de canónigos de Klosterneuberg, cerca de Viena. Estudia después la teología en París, se hace monje cisterciense, es elegido abad de Morimond, en la Champaña, y desde 1138 es obispo de Freising, en Baviera. Allí despliega una gran actividad de reformador de la vida monástica e introduce en Freising el estudio de Aristóteles. En 1147 acompaña al emperador Conrado III a Palestina y queda al mando de un cuerpo del ejército. En 1154 acompaña a Italia a Federico I Barbarroja, del que se constituye en biógrafo. En 1158 se halla en Francia para un capítulo general de la orden cisterciense y, en visita a su antigua abadía, Morimond, cae enfermo y muere el 22 de septiembre de 1158. Otón de Freising añade a sus numerosas actividades el estudio y la reflexión. Es autor de dos obras históricas de gran éxito, una crónica universal que es el testimonio de una concepción personal de la historia (*Chronicon seu rerum ab initio mundi ad sua usque tempora 1146 libri VIII*) y una obra que es una historia del reinado de Federico y a la vez un estudio de los acontecimientos que han marcado las relaciones entre el emperador y el Papa desde Enrique IV (*Gesta Frederici I Imperatoris*). De esta se-

³⁸ Génesis, 4,17: «Conoció Caín a su mujer, que concibió y parió a Enoc. Pusose aquél a edificar una ciudad, a la que dio el nombre de Enoc, su hijo».

gunda obra citaremos unos pasajes en los que Otón de Freising describe la Italia que halló en 1154:

Aman la libertad de tal forma que rechazan cualquier exceso de poder y prefieren, para dirigirlos, a cónsules más bien que a jefes. Entre ellos hay tres órdenes, el de los capitanes, el de los valvasones y el del pueblo. Para evitar cualquier insolencia, eligen sus cónsules no en un solo orden, sino en los tres, y para impedir que cedan a la sed de poder, se cambian todos los años. De ahí viene el que, al estar casi toda la tierra dividida entre las ciudades (*tota illa terra inter civitates ferme divisa*), cada una obliga a los habitantes de su territorio a permanecer con ella, de tal forma que sería muy difícil encontrar un noble o un grande tan ambicioso como para no someterse a las órdenes de su ciudad. De acuerdo con ese poder de reunir a los hombres, a sus diferentes territorios los llaman *comitatus* (contado). Y, para no privarse de medios de oprimir a sus vecinos, no juzgan indigno de ellos el dejar que los jóvenes de baja condición, incluso artesanos que ejercen despreciables oficios mecánicos, ciñan el talabarte de caballeros y accedan a las más altas funciones (mientras que los demás pueblos los alejan como a la peste de los empleos más honorables y más libres). De este modo, sobrepasan en riqueza y en poderío a las demás ciudades del mundo. A esto contribuye, como hemos visto, no sólo su actividad, sino también la ausencia de sus príncipes que, de ordinario, se hallan en los países ultramontanos [...]. Casi nunca reciben con respeto a su príncipe, a quien por propia iniciativa deberían mostrar una respetuosa obediencia, y no prestan obediencia alguna a sus decisiones tomadas con el máximo respeto a las leyes si él no les hace sentir su autoridad con la ayuda de un poderoso ejército [...].³⁹

Este texto lo ha redactado un hombre a quien las realidades políticas y sociales de Italia tenían todas las garantías de sorprenderle. Como alemán y, por lo tanto, procedente de un país por entonces poco urbanizado, noble y obispo imperial convencido de la legitimidad de las pretensiones del emperador a la soberanía, pertenece a un mundo que tiene poco en común con la Italia de las comunas.

Se ve sorprendido ante todo por la riqueza y el poderío de las ciudades, pero también por su número. Cuando dice que «casi toda la tierra estaba dividida entre las ciudades», cuando la ciudad es la capital de la diócesis y que, por definición, cualquier tierra cristiana pertenece a una

diócesis, quiere decir a sus lectores que no hay territorio que escape a la influencia de una ciudad. Tal observación se ve corroborada por lo que dice de la sociedad italiana. Otón de Freising distingue «tres órdenes» entre los ciudadanos y añade más adelante los artesanos. Ahora bien, de entre los «habitantes [del] territorio», los rurales, no menciona más que a los «nobles» o a los «grandes»; los demás, medianos o pequeños propietarios, contribuyentes de toda especie, no cuentan. Por lo tanto lo que cuenta para él, si no en Italia en 1150, al menos en la Italia que Freising ha visto, la del reino de Italia, desde los Alpes a Roma, son social, política y económicamente las ciudades. Éstas cuentan tanto más cuanto que dominan el campo: las ciudades tienen el «poder de reunir a los hombres» y de imponer su voluntad a los nobles de su territorio.

Así se comprende el que Otón de Freising quiera transmitir sus observaciones sobre la sociedad urbana y sus instituciones políticas. Al tratarse de jerarquías sociales, dice lo esencial al distinguir capitanes, valvasones y pueblo, simplificando de forma notable unas realidades muy complejas. Los capitanes, *capitanei*, son vasallos directos del obispo o del conde, al menos por lo que respecta a una parte de sus bienes, y en el campo son señores de extensos señoríos territoriales que forman zonas⁴⁰ en las que su autoridad, de carácter público, es de la misma clase que la de un conde; a veces dominan también diferentes barrios de una ciudad. Los valvasones, también llamados vasallos segundos o vasallos de vasallos, poseen señoríos rurales menos importantes; son vasallos del obispo o de los *capitanei*, y son numerosos, tanto más cuanto que ser admitido al vasallaje de un importante es una forma de promoción social. El 28 de mayo de 1037, el *Edictum de beneficiis* del emperador Conrado II reconoce a los valvasones la heredad de su feudo; eso disminuye en gran medida su dependencia de los *capitanei*. En cuanto al pueblo, es el pueblo ciudadano, es decir, una comunidad organizada, formada esencialmente por individuos cuya existencia social se desarrolla principalmente en la ciudad. Sus miembros más eminentes (entre los que están los valvasones y los *capitanei*) también son vasallos del obispo, pero el pueblo no se reduce a su medio dirigente: de ahí la alusión que hace Otón de Freising a sus actividades artesanales, y el énfasis que pone en la participación de todos en la vida pública. Ésta está organizada de una

³⁹ Otón de Freising, *Gesta Frederici, seu rectius Cronica I...I*, libro II, párr. 13 a 16, ed. V. J. Schmale, Berlín, 1965, págs. 304-313.

⁴⁰ Cammarosano, P., «Feudo e proprietà nel Medioevo toscano», *Nobiltà e ceti dirigenti in Toscana nei secoli XI-XII. Strutture e concetti*. Atti del IV convegno, Firenze 12 dicembre 1981, Florencia, 1982.

forma que él juzga digna de consideración: a la cabeza de las comunas no hay jefes, sino mandatarios de la comunidad; por lo tanto el poder emana de ésta, por más que los cónsules, en la práctica, sean los nobles.

En todo esto, Otón de Freising identifica bastante bien las razones del poderío de las ciudades italianas: sus actividades de producción y de intercambio, su organización social y política —y la ausencia del príncipe, rey de Italia, rey de Germania, emperador, pero residente de ordinario en Germania—. Su diagnóstico se vio pronto confirmado: dieciocho años después de su muerte, en 1176, en Legnano, el ejército imperial quedó derrotado por el ejército ciudadano de la liga lombarda compuesto de varios contingentes de «jóvenes de baja condición, incluso de artesanos que ejercían despreciables oficios mecánicos». Tal suceso no se producía desde hacía novecientos años. Fuera del reino de Italia sólo se halla un caso similar en Flandes y en las inmediaciones de Flandes. También los flamencos, entre tantas batallas, libraron una que, ciento veinticinco años después de la batalla de Legnano, hizo época y se grabó con fuerza en los espíritus. En 1302, cerca de Courtrai, la infantería de Brujas y de las ciudades aliadas, hecha de artesanos, aplastó al ejército de caballeros del rey de Francia. Este encuentro se llamó batalla de las Espuelas de oro —las de los caballeros de Francia muertos, que sirvieron para tapizar los muros de Notre-Dame de Courtrai; entre ellos estaba el jefe del ejército real, Robert d'Artois, hijo del hermano de san Luis.⁴¹

→ Guy de Bazoches y el nuevo prestigio de París, ciudad real

Fuera de Italia y de Flandes, las ciudades no se prestan a la consideración de los contemporáneos de forma tan estrepitosa. Sin embargo les impresionan. A lo largo del siglo XII las reacciones ante la novedad urbana evolucionan y se comienza a hallar fuera de Italia —donde existen desde el siglo VIII— descripciones de ciudades cuyo tono no es el del reproche y la condena, sino más bien el de la admiración y la alabanza.

Ése es el caso de Guy de Bazoches, canónigo letrado y admirador de París, cuyo elogio escribe en 1175, un año antes de la batalla de Legnano. Este ciudadano es también un aristócrata de alto rango; está emparentado con una rama de la familia de Châtillon, de la que muchos miembros fueron obispos de Soissons, y sobrino de Haimon, obispo de Châlons-

41. Favier, J., *Philippe le Bel*, París, 1978, pág. 283.

sur-Marne. Su hermano combatió con el ejército real en la batalla de Bouvines en 1214. Tras estudiar en Montpellier y en París, Guy de Bazoches es nombrado canónigo de la catedral de Châlons-sur-Marne. Participa en la tercera cruzada en el entorno del conde de Champaña en 1190, y habría muerto en 1203. Es una persona letreada, lector de Beda el Venerable, autor de un tratado de geografía, de una historia universal, de poemas y de una colección de cartas de las que extraemos su elogio de París. Conservó buenos recuerdos de la ciudad:

Estoy en París, en esa ciudad real que retiene por la tranquilidad y la abundancia de sus dones naturales no sólo a quienes habitan en ella, sino que atrae a quienes se hallan lejos e invita a quienes están ausentes. Lo mismo que la Luna, que por la majestad y el mayor brillo de su espejo eclipsa la claridad de los demás, así esta ciudad levanta por encima de las otras su cabeza alta, ceñida con la diadema de la dignidad real. Está situada en un valle delicioso que corona un círculo de montañas, engalanado por las atenciones fecundas de Ceres y de Baco. El Sena, que está muy lejos de ser despreciable entre la cohorte de los ríos y se enorgullece de su cauce, llega al oriente y forma una isla, rodeando con sus dos brazos la cabeza, el corazón, la médula de toda la ciudad. A derecha e izquierda se extienden dos arrabales, de los que el menor suscita la envidia de las ciudades envidiosas. Uno y otro tienden hacia la isla dos puentes de piedra; a uno y otro se les conoce por su tamaño; porque el puente grande es aquel cuya cara mira al aquilón y a la mar inglesa; y, en la parte opuesta, al que se abre en dirección al Loira, se le llama el puente pequeño. El puente llamado grande, ancho, rico, comerciante, hiere, exhala, abunda en barcos, en riquezas, en mercancías sin número, hiere de barcos, exhala riquezas, abunda en mercancías. He ahí un lugar que no tiene parangón. En cuanto al puente pequeño, está dedicado a los «filósofos» que pasan por allí, se pasean o discuten. De dentro de esta isla se eleva dominante el palacio real [...]. Desde hace mucho tiempo la filosofía ha instalado en esta isla un trono real, ella que es la única que al aceptar el estudio como sola compañía y poseyendo la ciudadela perenne de la luz y de la inmortalidad, holla con pie victorioso la flor árida de un mundo desde antaño senescente. En esta isla las siete hermanas han creado un imperio perpetuo y, entonando la trompeta de la más noble elocuencia, aquí se dictan los decretos y las leyes [...].⁴²

42. R. de Lasteyrie, *Cartulaire général de Paris*, t. I, París, 1887, págs. 438 y sigs.; véase también Adolfsson en DLF, pág. 583.

El canónigo de Châlons y el abad de San Heriberto de Deutz no sienten de la misma forma el murmullo de la muchedumbre que se mueve por las calles de las ciudades: el canónigo goza al describir París. Evoca el lugar de asentamiento, las colinas que la rodean («un círculo de montañas», las colinas de Montmartre, Vaugirard, Sainte-Geneviève), un río que dibuja en la llanura amplios meandros («El Sena [...] se engrullece de su cauce»), una ciudad que se extiende a las dos partes del río, una isla (l'île de la Cité), un emplazamiento que, sin embargo, no tiene nada de particular y que no carece de inconvenientes: amplias zonas de la ciudad tanto a la orilla izquierda del río como a la derecha, en la zona que más tarde recibiría el nombre de Le Marais [La Marisma], son pantanosas, o inundables, y la misma île de la Cité, por ejemplo, se inundó completamente en 1197.

Pero, sobre todo, el antiguo estudiante de París identifica las causas del desarrollo de la ciudad. La principal es el desarrollo económico, que va acompañado de una intensa circulación por el Sena, principal arteria mercantil de toda la cuenca parisina. París se convierte en un lugar de comercio y sobre todo en un lugar de concentración del comercio de exportación de vinos llamados «de Francia», es decir, de la región parisina. Ésa es la razón por la cual Bazoches insiste en el puente grande, que desde 1141 es de piedra, y al que se comienza a llamar «puente del cambio» porque por allí se instalan las tiendas de los cambistas. Cuando escribe Bazoches, los comerciantes de París están organizados; han formado la «hansa [confederación] de los comerciantes del agua», que existe desde 1121 como muy tarde;⁴³ ésta acaba precisamente de obtener del rey, en 1170, la confirmación de la prórroga de usos antiguos que le otorgan el monopolio del comercio que pasa por París. Así pues, se lee en el documento real:

Nuestros ciudadanos de París que son comerciantes fluviales han venido ante nos pidiéndonos que les concedamos y confirmemos las costumbres que tenían por los tiempos de nuestro padre el rey Luis. Aprobando su demanda con un favor benevolente, hemos dado a sus ruegos nuestro condescendiente asentimiento. Sus costumbres son éstas: desde hace mucho tiempo nadie tiene derecho a llevar a París o a sacar de ella cualquier clase de mercancía desde el puente de Mantes hasta los puentes

^{43.} Fourquin, G., *Les Campagnes de la région parisienne à la fin du Moyen Âge, du milieu du XIII^e siècle au début du XVI^e siècle*, Paris, 1964.

de París si no es comerciante fluvial de París o si no tiene esa mercancía en sociedad con algún comerciante fluvial de París. Si alguien osare actuar de forma distinta perderá todo, y la mitad de ese todo irá al rey en concepto de impuesto y la otra mitad a nuestros comerciantes fluviales de París.⁴⁴

Como vemos, según este privilegio, todo barco que se dirija a París río abajo debe pararse en Mantes-la-Jolie para pasar un control; si la carga pertenece a un comerciante que no es miembro de la hansa se le impone un socio miembro de la hansa que se quedará con la mitad del beneficio de la empresa. Este privilegio, concedido cuando el duque de Normandía era rey de Inglaterra, y los comerciantes de Ruán eran rivales de los parisinos, a quienes el rey no tenía motivo alguno para favorecer, se mantiene cuando, en 1204, el rey de Francia se apodera de Normandía. Así pues, el poder de la hansa fue un poder duradero; ésta se convirtió en la representante de los negocios parisinos y su jefe, el preboste de los comerciantes, en una especie de alcalde.

Sin embargo, para Guy de Bazoches, París no se reduce a su prosperidad. La vida de las escuelas llama la atención en la isla de la ciudad. En ella se estudian las siete artes liberales, y por lo tanto la lógica. Allí está también el palacio del rey. En suma, en la isla, cuyo paisaje se caracteriza por la presencia, al oeste, del palacio real y sus jardines, y al este por la de la catedral —una nueva catedral está en construcción desde 1163— y los edificios canonicales, residen los poderes, los administradores y los clérigos instruidos, y la escuela aún por cierto tiempo, antes de que maestros y estudiantes, sobre todo en el siglo XIII, se instalen en la orilla izquierda del Sena. El prestigio de la ciudad, la reputación que le da la presencia de un príncipe poderoso y la actividad muy estimable de hombres de estudio y de reflexión contribuyen a hacer de ella no sólo una ciudad, sino un lugar prestigioso. La ciudad significa el dinero, sin duda, pero Bazoches, al contrario que Rupert de Deutz, no la reduce a eso. La dignidad, el prestigio y el honor de la ciudad también existen y llaman su atención.

Así se vislumbra, a caballo entre los siglos XII y XIII, ese triunfo de las ciudades que ya se ha operado en Italia, pero que también está apareciendo en otras partes y que marca los siglos siguientes de la Edad Media.

^{44.} R. de Lasteyrie, *op. cit.*, pág. 404.

EL TRIUNFO DE LAS CIUDADES A PARTIR DEL SIGLO XIII

En esta nueva situación, el interés por la ciudad de quienes escriben sobre ella se convierte con frecuencia en un interés práctico que está motivado por la necesidad de comprender o de actuar. Por encima de este imperativo, las visiones comunes sobre la ciudad evolucionan de manera profunda.

Philippe de Beaumanoir y la novedad de las jerarquías sociales urbanas

Quien nos va a dar ahora el testimonio de un renovado interés por la ciudad es un administrador. Philippe de Remy, llamado de Beaumanoir, no pertenece a la alta aristocracia, sino a los escalones intermedios de la nobleza del Beauvaisis, una nobleza media instalada en señoríos en el campo, pero que trabaja al servicio de los príncipes. Su abuelo fue preboste de Compiègne, y su padre, con residencia en Lorris, baile del Gâtinais para el conde de Artois y autor de una obra poética abundante. En cuanto a nuestro hombre, primero trabajó para el conde de Clermont como baile condal de Clermont-en-Beauvaisis desde 1279 hasta 1283. Por ese tiempo redactó su obra principal, las *Costumbres de Beauvaisis*, en la que pone por escrito el derecho consuetudinario del país, derecho que ha aprendido y practicado en sus funciones de baile. Los bailes del siglo XIII (llamados senesciales en Languedoc y en Aquitania) son empleados que administran circunscripciones bien definidas del dominio de un señor, de un príncipe o del rey. Beaumanoir desempeñó una larga carrera de baile, hasta su muerte en 1296, y pasó en 1283 al servicio del rey, que le nombró senescal de Poitou y baile de Vermandois, de Tours y de Senlis. El baile, representante de su señor, es administrador y, a la vez, cuando se necesita, hombre de guerra (se pone a la cabeza del contingente de vasallos de la bailía). Pero también es el juez delegado por su señor para la bailía y, a la vez, juez de apelación para todos aquellos que dependen de un vasallo de su poderdante.

Así pues, Beaumanoir es un procurador de la administración y a la vez del derecho, pero del derecho que se practica: la costumbre. Lo propio de la costumbre es no estar escrita, a condición de que el juez se informe de las reglas que aplica. Éste es el motivo de que a partir del siglo XIII aparezcan redacciones privadas de la costumbre, para uso de los procuradores y de los docentes. Esas redacciones son heterogéneas.

¿QUÉ ES UNA CIUDAD EN LA EDAD MEDIA? EL TESTIMONIO [...]

En ellas está la costumbre propiamente dicha, pero también la jurisprudencia de los tribunales, las ordenanzas del poder real o principesco y las observaciones del autor. La síntesis es obra personal de un hombre instruido, que se interesa por las costumbres por motivos de eficacia, para una mejor administración de la justicia. Pero lo que se escribe es un derecho local, fragmentario, que no vale más que para las relaciones sociales que existen antes del siglo XIII: la condición de las personas, las relaciones familiares, el régimen de las tierras, las sucesiones.⁴⁵

El interés del testimonio de Beaumanoir es doble. Como experto en derecho, propone una visión de la sociedad en la que la condición jurídica de los individuos determine su posición social. Sin embargo, al ejercer por otra parte cargos de gobierno y de administración, tiene en cuenta la realidad de los modos de funcionamiento propios de las sociedades urbanas. Así el autor explica que se pueden distinguir tres estados entre los laicos: los gentilhombres, los «verdaderos *Homo potestatis*»* entre los siervos. Se nace en uno u otro de estos tres estados y el derecho debe poder resolver las dificultades que se originan como consecuencia de los matrimonios mixtos. Pero cuando trata de las ciudades en particular, el autor divide los hombres de otra forma y así distingue pobres, de clase media y ricos; estos últimos se caracterizan por su riqueza material de una parte y por su pertenencia a un linaje de otra:

Vemos en muchas buenas ciudades que los pobres y los de clase media no tienen ninguna parte ante las magistraturas de la ciudad, y que los ricos las tienen todas porque son temidos por lo común a causa de sus haberes y de su linaje. Y sucede que unos son alcalde o jurado o recaudador, y al año siguiente ceden el oficio a sus hermanos o a sus sobrinos o a sus parientes próximos, de tal forma que a los diez o doce años los ricos han ocupado todas las magistraturas de la ciudad, y después, cuando el pueblo pide revisar las cuentas, se cubren diciendo que ya han rendido cuentas unos a otros.⁴⁶

45. Dutour, T., *Une société de l'honneur. Les notables et leur monde à Dijon à la fin du Moyen Âge*, París, 1998.

* El *Homo potestatis* (*homme de poosté*) era una especie de siervo cuya servidumbre se reducía a pagar ciertos derechos o a hacer determinados trabajos. (N. del t.)

46. De Beaumanoir, P., *Coutumes de Beauvaisis*, 2 vols., París, A. Salmon, 1899-1900, trad. 1970; texto modernizado, artículos 1434, 1451, 1522.

19

[11]

Mme Polo o el intérprete de Petruszki la cuestionó

Quis de forma mispergata, la obra de Marco Polo conulta
comprended del universo social sobre la que Beaumanor llama la auto-
nos. Nos sentimos aquí del exocente estudio que dc clla ha hecho.

Marcos Polo procedía de una familia de mercaderes vascitanos. Era hijo de un vecino con intención de llegar hasta China. Los dos hombres se casaron en 1720, emprendieron el viaje con su padre Nicolás y su tío Melchor. Ellos llegaron a la India en 1725, donde se establecieron en la ciudad de Calcuta. Allí se dedicaron a la compra y venta de especias y telas. En 1730, Marcos Polo se casó con una india llamada María. De su matrimonio nació un hijo, Francisco, que más tarde se convirtió en un famoso explorador y escritor. Marcos Polo falleció en 1750, dejando un legado importante para la historia del comercio mundial.

to *Leptospiral*? A comparative review of the history of Leptospiral disease and Leptospiral seroconversion.

the first time in the history of the country, the people have been compelled to do this.

que les permettiremos sociables. Hay una multitud de centros de distinción
sociales que permitirán ordenar los individuos y los grupos en un concurso
de belleza, jerarquizando. El director doce más que uno de ellos, y hay que
nominar la descripción de Bellumamor se cumple la cual los trios es importante
quiero producirse de tal manera, al poco tiempo nos su lata. Esta obsesión
brotos de los grandes lirios preparados en botones, cuando es el caso
cuidado de mismo tiempo de representaciones que los premios. "Si empe-
go en actos que d darse es uso de los centros de la distinción social. Se
pueden que las relaciones y las celebraciones podrían siempre ser en estable-
plos que no se viven y en vivirlos
que cada uno de los centros de la distinción social. Se

Beacumano utiliza dos criterios diferentes de estratificación sociocultural, en función del cual los hombres van de la mayor libertad a la más estricta. Esta se invoca a propósito de las clínicas, los servicios de formación clara su obliganidad social. Hay villas que considerados, cuyos ingresos son preferentemente comparables a las de fortuna media.⁴⁷ Hay rambla seños de los hilos sehoras de fortuna media. Beaumanor lo sabe. Pero cuando do habla de las ciudades es cuando describe, sin preconción de la que se basa en marimónio a los primores. Beaumanor lo sabe. Porque las ciudades, una esterilización social determinada por la rigüesa. Es sarrallo urbano ha dejado obsoleto —porque quedó incompleto— el decreto heredado de los signos pasados; que han querido informar de las ciudades nacionales de derechos que existían entre los habitantes de las ciudades rurales que no poseían tales costumbres. El desarrollo urbano ha hecho mas compleja la situación popular. En fin, el desarrollo urbano ha hecho mas compleja la situación de las comunidades constitutivas de la gente que viven en el campo.

de las maravillas, llamado aún *Devisement du monde*; la obra se redacta en francés, lengua de las novelas de caballería. No habla de las ciudades europeas, sino de lo que Marco Polo ha visto en sus viajes, sobre todo del Imperio Mongol. No obstante, tiene mucho que decirnos sobre el continente del que procede el ciudadano veneciano que es el autor.

Su libro tiene tres partes: las peripecias del viaje de ida por un itinerario terrestre, las del viaje de vuelta que se hace, en parte, por mar, en el océano Índico, y la estancia en el Imperio Mongol de Kubilai-khan que se compone esencialmente de la China, conquistada por Kubilai-khan en la década de los años 1250. En esta parte central, presentada siempre como la relación de un viaje, se utilizan los conocimientos adquiridos por el autor durante diecisiete años pasados en China al servicio de Kubilai-khan. Este servicio es el de un administrador, al ocupar según Polo puestos de confianza. Se le envía a Anam en 1277, a Bengala en 1282, es gobernador o adjunto del gobernador de Guangzhou [Cantón] de 1277 a 1282 y lleva a cabo una misión en Ceilán. Según advierte C. Deluz, «podemos perfectamente preguntarnos si no es el administrador el que habla para darnos su visión de la China más bien que el viajero». En efecto, antes de su entrada en el Imperio Mongol, «los capítulos se organizan [...] según las provincias, como por ejemplo las dos Armenias, según los reinos, como los siete reinos de Persia, incluso según las regiones sin denominación precisa», mientras que «en toda la parte china [...] el armazón de la obra está constituido por las ciudades que, con la mayor frecuencia, dan su nombre a la provincia [...]. De esta forma Marco Polo cita setenta ciudades en total y lo que dice de ellas sigue una especie de plan tipo». Respecto de las ciudades mencionadas, siempre se dan al lector la misma clase de informaciones. «La ciudad queda de entrada calificada como noble, o la más noble, grande, vasta, señora, lo que establece en cierto modo su estado [...]. Se la presenta en el entorno de otras aglomeraciones [...]. Se hace mención también del entorno natural, de la riqueza del territorio donde está situada y de las posibilidades de avituallamiento o de otros recursos que pueda ofrecer [...]. Se nos habla de los habitantes, de su religión, "idólatras", musulmanes o cristianos, de sus actividades y se advierte una insistencia particular sobre la moneda en curso [...]. Con frecuencia se mencionan las rutas que siguen los mercaderes cuando salen de la ciudad y, a veces, tal o cual monumento o construcción notable.»

Hay un concepto de la ciudad que aglutina y organiza estas descripciones; C. Deluz trata de despejarlo. No tiene nada en común con el que

se tenía en la Alta Edad Media. Para Marco Polo, «la riqueza de la ciudad depende en gran medida de la riqueza de su territorio. La ciudad y su entorno campestre no sólo no están opuestos, sino que se hallan en estrecha simbiosis. Sin embargo, la ciudad se define por sus actividades no rurales. La ciudad son los artesanos que trabajan la seda o el algodón, son los comerciantes y mercaderes [...], lo que explica el interés por la moneda en curso y por lo tanto por las actividades de compra-venta. La ciudad es una impulsora por excelencia de las relaciones y es sorprendente ver la importancia que se da no sólo al entorno campestre, sino también al urbano». Así pues, la ciudad es el dinero, sí, pero como advierte Guy de Bazoches, es algo más que eso. Polo atribuye, o no, a las ciudades que cita calificativos distribuidos según sus funciones, de su papel en la administración, de sus actividades artesanales y mercantiles, de su papel en la historia del país. Cuando una ciudad se distingue por el ejercicio de una función única, no se califica. Así, de setenta ciudades citadas, cincuenta ejercen una función administrativa; las ciudades que no la ejercen, o no son más que la capital de una circunscripción secundaria, no se las califica, o muy poco, mientras que el papel de las otras se indica claramente: tal ciudad es «ciudad maestra» o «jefe y señor de toda la provincia». Pero cuando una ciudad es una importante cabeza de distrito «no recibe calificación alguna si no tiene ni oficios ni comercio». Para Marco Polo hay una relación entre la importancia de una ciudad y la pluralidad de las funciones que ejerce. El pasado contribuye a determinar el estatus de la villa en el presente. «Las ciudades capitales de antiguos reinos, aunque hayan perdido sus funciones administrativas, se califican como "ciudad señora" [...]. Para el veneciano, por lo tanto, la dimensión histórica es inseparable de la noción de gran ciudad», incluso cuando el pasado del que se trata es un pasado lejano. «Califica a Cotán (Hotan) de "jefe del reino", cuando el reino ha quedado anexionado al Imperio Chino a mediados del siglo VII.» Y, por supuesto, se explora ampliamente sobre Karakorum, antigua capital de los mongoles, y sobre Hang-keu, antigua capital de la dinastía china vencida por Kubilai-khan. En resumen, con Marco Polo adquiere un nuevo valor la complejidad del fenómeno urbano, la capacidad de las ciudades para organizar de forma duradera las relaciones entre los hombres y, por ello, el espacio y el papel que desempeñan en la construcción de un pasado histórico. No cabe duda de que ésta es, como piensa C. Deluz, la prueba «de una contribución de la geografía china a la geografía occidental; es también el esfuerzo de una escritura y de un análisis que utilizan las

categorias de la reflexión aristotélica;⁵¹ es, finalmente, el testimonio profundo de una evolución de la ciudad medieval y de su lugar en la civilización a la que pertenece.

Cuando Marco Polo muere en 1324 a la edad de unos setenta años aproximadamente, la ciudad se ha convertido en algo honorable. Jamás se le ocurriría a alguien, como a Rupert de Deutz, describirla bajo el aspecto de un lugar sospechoso donde tienen lugar turbios negocios indicios de un hombre de Dios o simplemente de un hombre honrado.

Ciudades, buenas ciudades y ciudades notables en el discurso social en Francia

La ciudad ya no es sólo un hecho que se constata y un poder con el que hay que contar por voluntad o por fuerza. Se ha convertido en uno de los lugares por excelencia de la vida social, en un cuerpo autónomo, en el objeto, en cuanto ser colectivo, de una consideración social. Por eso las ciudades se distinguen entre sí por su reputación, por la impresión que producen, por la influencia de la que gozan, por el peso político de sus autoridades y por el prestigio que se les reconoce. A finales de la Edad Media, en el reino de Francia, esta visión de las cosas es un sentimiento compartido; así, según el poeta Maximiano, que escribía por el año 1500,

en Francia hay tres ciudades excelentes,
a saber, París, Reims y Lyon.⁵²

Pero en su región hay muchas otras que son «ciudades excelentes» y la misma constitución de esas regiones en cuerpo político confirma su rango. En Borgoña, la primera entrada del duque a Dijon es para la solemne ceremonia de posesión del ducado, pero no puede hacerla antes de haber jurado respetar los privilegios de la ciudad.⁵³ En el reino de Francia en general y en los principados que dependen de él, como la Borgoña, a las ciudades, en función de la importancia que se les atribuye, se

51. Schmidlein, M., *Entstehung des Preoderer. Die Beschreibung Ortsnamen in den Augsburger Urkunden des 13. und 14. Jahrhunderts*. Berlín, Akademie-Verlag, 2000, págs. 110-112.

52. Cited by Moliné de Joncet, M., *Le Commerce maritime normand à la fin du Moyen Âge*. Paris, 1952, pág. 529.

53. Saurier, T., op. cit., pág. 110.

las invita a enviar delegados a las llamadas asambleas de Estados, que reúnen a clérigos, a nobles (que se representan a sí mismos y a los rurales) y a ciudades. El tercer estado, en el reino, son las ciudades. Esta situación confirma una evolución en la forma de ver el fenómeno urbano por parte de los contemporáneos. El discurso social constituye un valioso testimonio que lo corrobora con la aparición en Francia, en el siglo XIII, de la expresión «buena ciudad». Esta expresión queda registrada por vez primera en 1221, su uso se extiende —Beaumanoir la emplea como hemos visto— y el rey Luis IX la introduce en el lenguaje de su cancellería en 1254.⁵⁴ En el siglo XIV es una expresión trivial.⁵⁵

La aparición de una expresión de uso corriente que caracteriza una aglomeración como ciudad no es nada sorprendente. En el ambiente francés,* *ville* significa «aglomeración». Por eso si a la aglomeración que es una ciudad se la quiere designar expresamente como tal hay que calificarla mediante un adjetivo que remite a una dimensión urbana; por ejemplo, «ciudad cerrada» o «ciudad amurallada». Una población reducida se llama «villa campesina». No obstante, es la primera vez que aparece una expresión que asocia, en el sentido que se le da, las dos características siguientes: por una parte, designar específicamente como ciudades, y no como villas o pueblos, las aglomeraciones consideradas, sin definirlas mediante una característica extrínseca que no tiene en sí misma nada de específicamente urbano (una muralla, la presencia de un obispo, la constitución en comuna, por ejemplo); y por otra parte, asociar el hecho, para una aglomeración, de ser una ciudad, una verdadera ciudad, y la alabanza (reflejada en el calificativo de «buena» ciudad). La buena ciudad es el objeto de una consideración.

Seguramente que, por esta razón, nadie sabe cuántas «buenas ciudades» hay; la buena ciudad es aquella a la que se la tiene por tal —que es notable, y por lo tanto se la considera excelente y digna de aprecio, caracterizada por la combinación de valor social reconocido, de prestigio y de lustre que define la notabilidad—.⁵⁶ Al contrario de lo que se ha

54. Maduech, G., «La "bonne ville": origine et sens de l'expression», *Annales Économie, Société, Civilisations*, vol. 27, 1972, págs. 1.441-1.448; François, M., «Les bonnes villes. Académie des inscriptions et belles-lettres. Comptes rendus», 1975, pág. 551-560.

55. Chevalier, B., *Les Bonnes villes de France du XIV^e au XVI^e siècle*, París, 1982, pág. 8. Para la recta comprensión de algunas expresiones de este capítulo, tengan en cuenta laclaración del autor: se trata del ámbito francés. (N. del t.)

56. Dutour, T., «La supériorité sociale à Dijon à la fin du Moyen Âge (XIII^e-début XV^e siècle)», *Les élites urbaines au Moyen Âge. 27 congrès de la SHMES* (Roma, mayo 1996), Roma y París, 1997, págs. 305-318; Dutour, T., *Une société de l'honneur...* op. cit.

creido con frecuencia en el pasado, la buena ciudad no se define ni por un estatus (que nadie ha logrado jamás definir de manera convincente por la sencilla razón de que no existe) y menos aún por el interés que muestran por ella los poderes centrales —el rey, los príncipes— o las relaciones que entablan con ellos, sino por un consenso. Éste va ligado a una consideración cuya noción es difícil de delimitar con precisión —lo que no significa que sea algo indefinido— pero cuya importancia es capital. Lo demuestra el vocabulario utilizado por las cartas de convocatoria a las *asambleas de Estados*. En 1359, en Normandía, el lugarteniente del duque envía convocatorias para una reunión a la gente de Iglesia, a los nobles «y a las buenas ciudades notables»: las buenas ciudades son ciudades notables. En 1365, el rey Carlos V envía a sus emissarios a Normandía, «a las buenas ciudades» de Caen, Bayeux, Saint-Lô «y a otras ciudades notables» a recoger el dinero: las buenas ciudades son las más notables de las ciudades notables. En 1389 una instrucción del rey Carlos VI convoca en Arras a la gente de Iglesia, a los nobles y a «todas las buenas ciudades cerradas y otras notables»,⁵⁷ en el contexto de la guerra las ciudades dotadas de un recinto amurallado se consideran más notables que otras.

Los testimonios que hemos aducido establecen elementos de definición y de caracterización de la ciudad. Llaman la atención sobre una larga lista de rasgos característicos del hecho urbano. La ciudad es una institución humana perenne; el lugar de su instalación, su situación en el entorno, las razones de su permanencia merecen un examen. La ciudad existe gracias a las funciones que desempeña, lugar de residencia de quien o de quienes detentan un poder y el ejercicio de una autoridad sobre un territorio, fortaleza, lugar de producción y por lo tanto de reunión de una población de artesanos, lugar de intercambio comercial, lugar de ejercicio en general de actividades útiles a los habitantes del territorio que rodea la ciudad. La ciudad puede estar aislada o ciertos núcleos de población formar una red urbana. La sociedad urbana se distingue de la rural por ciertos rasgos específicos. Las ciudades pueden tener o no una organización política propia que les distingue del medio rural. La ciudad puede considerarse un modo especialmente apto de establecimiento humano y de organización de las relaciones entre los

hombres, y dotada por ello de una dignidad. Esos rasgos característicos del hecho urbano dan pie a otros tantos interrogantes sobre él. Su pertinencia es independiente del lugar y de la época que se considere.

Al mismo tiempo, los testimonios aducidos llaman la atención sobre la forma en que esos interrogantes se pueden precisar para delimitar, en la realidad universal del hecho urbano, la combinación de rasgos característicos de una ciudad medieval. El desarrollo de un burgo, como en Deutz, poblado de artesanos y de hombres que se ganan su pan mediante actividades mercantiles, el papel de la riqueza en la atribución de posiciones sociales, la existencia de valores sociales propios de la ciudad, la transformación de ciudades en poderosas comunidades políticas autónomas, por ejemplo, son otros tantos de esos rasgos característicos. Iluminadores.

Su enumeración, incluso parcial, da pie para preguntarse si existen puntos comunes entre la ciudad episcopal del tiempo de Gregorio de Tours o de los iluminadores carolingios, las comunidades italianas del siglo XII y las buenas ciudades francesas del siglo XIV —dicho de otro modo, si existe una ciudad medieval—. Ya es hora de comenzar a responder esta cuestión.

⁵⁷ Casos citados por Rigaudiéte, A., *Gouverner la ville au Moyen Âge*, París, 1993, págs. 77, 107, 108.

Capítulo 3

El tiempo de las ciudades episcopales: la Alta Edad Media

Una costumbre bastante extendida quiere que se haga comenzar la historia de la ciudad medieval en el siglo X, o también, con cierta frecuencia, en el siglo XI. Jean Hubert, por ejemplo, se marca como campo de estudio «los cuatro siglos que separan el final de la Antigüedad del comienzo de la Edad Media» en un estudio importante sobre las ciudades de la Galia durante la Alta Edad Media.¹ Situados en esta perspectiva, hay que distinguir el período llamado convencionalmente Alta Edad Media tanto de la Antigüedad como de la Edad Media propiamente dicha. No nos queda más que caracterizar las ciudades. Al constatar el hecho de que son un testimonio de la urbanización antigua tanto o quizás más que de dinámicas propias de los tiempos medievales, Georges Duby ve en ellas una época de la historia de la ciudad antigua.² Otros, sorprendidos ante todo por el ocaso de la forma de urbanización propia de la Antigüedad romana, creen estar ante una «crisis de la ciudad»³ y verse enfrentados a un mundo rural en el que la ciudad desempeña un papel secundario,⁴

1. Hubert, J., «La topographie et l'aspect des villes de Gaule du V^e au X^e siècle», *La Città nell'Alto Medioevo* (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo, VI), Espoleto, 1959, pág. 529-558.

2. Duby, G., *Histoire de la France urbaine*, vol. 1, *La Ville antique des origines au IX^e siècle*, París, 1980.

3. Benevolo, L., *La Città nella storia d'Europa*, Bari, 1996 (trad. cast.: *La ciudad europea*, Barcelona, Crítica, 1993).

4. Para R. L. Moore, «le faltaba [al Imperio Carolingio] la dimensión urbana, la única capaz de organizar la vida de los campos en torno a ella, y por la cual se define la civilización», Moore, R., *The First European Revolution c. 970-1215*, Oxford, Basil Blackwell, 2001; trad. fr.: *La Première Révolution européenne X^e-XIII^e siècles*, París, 2001, pág. 21.

o bien ven en los siglos de la Alta Edad Media la preparación de una urbanización posterior que es, según su punto de vista, la única realidad digna de interés.⁵ Según eso, y con toda lógica, muchos compendios y manuales dedican muy poco espacio a las ciudades anteriores al siglo XI;⁶ algunos incluso, sin pararse en barra, toman como punto de partida el siglo XI, al considerar quizás sus autores que la cosa es más que evidente.⁷ Y aunque la ciudad medieval comenzara a existir mucho después de la desaparición de la ciudad antigua, ¿habría que considerar el tiempo que separa a ambas como una especie de interludio? Eso equivaldría a menospreciar cuatro siglos—diecisésis generaciones de personas, tanto como desde el rey Enrique IV hasta nuestros días—y sería demasiado fácil, facilidad que vamos a descartar aquí.

La ciudad de la Alta Edad Media existe. Este capítulo trata de arrojar algo de luz sobre su especificidad. Pero, puesto que procede de evoluciones de larga duración que no constituyen un simple paréntesis, o uno entre dos en el curso de la historia urbana, también intenta mostrar las evoluciones que la vinculan con los siglos precedentes y siguientes. Primero examinaremos el destino de las ciudades entre Antigüedad y Edad Media y después, tras haber identificado el tipo de ciudad que parece el más propio de la Alta Edad Media, la ciudad episcopal, observaremos las primeras señales, que se remontan al siglo VII, de un desarrollo urbano en los tiempos medievales.

5. Eso lleva a muchos autores a excluir sencillamente de su estudio sobre la Edad Media las ciudades anteriores al siglo XI, sin embarcarse en largos preliminares. Paul Hohenberg y Lynn Hollen Lees dedican a esta cuestión una página en un notable ensayo sobre la formación de la Europa urbana. En su estudio no se remontan más allá del siglo XI, y el motivo es que la red urbana romana quedó «desestructurada como consecuencia de las guerras civiles y de los ataques germánicos», que el modo de vida urbana a la que iba unido desapareció, y que desde el siglo VI al X se preparó la base económica de la urbanización propiamente medieval; Hohenberg, P. y L. H. Lees, *The Making of Urban Europe 1000-1950*, Harvard University Press, 1985; trad. it.: *La Città europea dal Medioevo a oggi*, Bari, 1987, pág. 20.

6. Así es como —para ofrecer un ejemplo de los más recientes— Gabriella Piccini (*I mille Anni del Medioevo*, 1999), que, sin embargo, es especialista en historia urbana, les consagra cinco páginas y un solo parrafo específico titulado «L'Europa senza città» (La Europa sin ciudades); aparece tras 132 páginas de texto y lo forman dos páginas y media de entre las 464 de su obra. En cambio, la realidad urbana a partir del siglo XI ocupa 64 páginas.

7. Carpenter, E. y M. Le Mene, 1996, *La France du XI^e au XV^e siècle: population, société, économie*, París, 1996.

EL DESTINO DE LAS CIUDADES ENTRE LA ANTIGÜEDAD Y LA EDAD MEDIA

Continuidad, ruptura y cambio

La cuestión de la existencia de la vida urbana entre la Antigüedad y la Edad Media se ha planteado primero como una elección entre continuidad y ruptura.

En efecto, la idea de una interrupción en la historia urbana de Europa fue moneda de recibo durante mucho tiempo. Era parte integrante de una visión de las cosas en la que el paso de la Antigüedad a la Edad Media se concebía como una catástrofe que iba acompañada de decadencia y de ocaso en todos los aspectos de la actividad humana, decadencia y ocaso repletos necesariamente de consecuencias negativas. Por ejemplo, se ha pensado durante mucho tiempo que los bárbaros de los siglos V y VI eran demasiado primitivos—digamos, demasiado bestias—para entender la vida urbana. Ésta es una forma periclita de ver las cosas tras los resultados de la investigación de los veinticinco últimos años, que se pueden ver ya hace tiempo en algunas historias generales,⁸ pero ha tenido que pasar mucho tiempo para que dejara de ser lo más corriente. Así es como se ha afirmado durante mucho tiempo que los bárbaros, en el mejor de los casos, se iban acomodando a la ciudad. Pero entonces, ¿por qué se interesaban por ella? ¿Por qué los lombardos, por ejemplo, cuando invaden Italia, organizan el territorio conquistado en ducados centrados en las ciudades existentes, en las que instalan guarniciones de tal manera que después, en el siglo VII, las élites lombardas están incontestablemente urbanizadas?⁹

Este debate cae dentro del marco más amplio de una discusión sobre la interpretación que se puede hacer de la evolución macroeconómica de los siglos de la Alta Edad Media. Esta discusión, por tratarse de los siglos IV a VII, deja un amplio margen a la hipótesis, dada la escasez de las informaciones disponibles sobre la vida urbana y la ausencia casi total de datos cifrados y fiables de la población de las ciudades. Por eso, las informaciones que nos proporciona la arqueología (superficie oca-

8. Pensamos, por ejemplo, en Wickham, C., *Early Medieval Italy. Central Power and Local Society 400-1000*, MacMillan Press, 1981, trad. it.: *L'Italia nel primo Medioevo. Potere centrale e società locale (400-1000)*, Milán, 1982; Werner, K.-F. *Histoire de France, t. I. Les Origines (avant l'an mil)*, París, 1984.

9. Wickham, C., *L'Italia nel primo Medioevo*, op. cit.; «Early medieval archaeology in Italy: the last twenty years», *Archaeologia medievale*, vol. XXVI, 1999, págs. 7-20.

pada, densidad posible de la población, hábitat y su distribución, destino de los edificios, modos de construcción, objetos del intercambio) y los testimonios relativos a la ocupación de esos lugares adquieren una importancia especial, en particular en ciertas regiones donde ha habido más excavaciones arqueológicas (Inglaterra, Renania, Italia). Los resultados de los estudios arqueológicos han sido la causa de las mayores revisiones de lo que se creía saber respecto de los siglos de la Alta Edad Media. No obstante, la combinación de una cierta forma de plantear el problema de la existencia de ciudades a comienzos de la Alta Edad Media (la caída del Imperio Romano, una catástrofe) y de la importancia dada a los datos arqueológicos por la gran escasez de las demás fuentes, ha dado a los debates de los especialistas un giro muy particular.

Durante mucho tiempo se ha tendido a organizar cualquier clase de discusión en torno a los datos relativos a la topografía y a los edificios construidos. Los textos redactados con motivo de los sextos encuentros, llamados *Settimane di studio*, organizados por el Centro italiano de estudios sobre la Alta Edad Media de Espoleto, que tuvieron lugar en 1958 y se consagraron a *La Città nell'Alto Medioevo*,¹⁰ dan de ella una idea precisa. En efecto, se puede constatar que las cuestiones relativas a la continuidad o a la ruptura en la historia de las ciudades no sólo ocupan en ellos un lugar importante, sino que también se traducen en interrogantes sobre los elementos materiales de la existencia de las ciudades. Se plantean cuestiones sobre la ocupación humana de los enclaves urbanos y sobre la topografía urbana; ahí, como escribe por entonces Georges Duby, «el terreno es más seguro» para el investigador¹¹ —digamos más bien que da esa impresión—. En este campo, naturalmente, no faltan ejemplos de continuidad: la de la ocupación de los enclaves construidos, de la existencia de infraestructuras (caminos, puentes, calles, acueductos, por ejemplo) y de edificios (sobre todo iglesias). También hay, aunque infinitamente menos, casos de continuidad desde el punto de vista institucional, con la permanencia de ciertos modos de organización de la actividad humana, las magistraturas urbanas por ejemplo (la curia municipal de Poitiers seguía funcionando en el año 651; ciertas instituciones administrativas perduran en Pavía) o las organizaciones de oficios artesanales. La abundancia de los elementos de continuidad

depende, por supuesto, de las regiones estudiadas. La Italia bizantina es una prueba de continuidad urbana: Rávena, Roma, Nápoles, Otranto, Reggio di Calabria, Lucera, las ciudades de Sicilia hasta la conquista musulmana no han sufrido interrupción de su historia. Aún hoy, los historiadores de las ciudades que vuelven su vista hacia Italia quedan sorprendidos por los elementos de continuidad entre ciudad antigua y ciudad medieval que tienen ante los ojos; por eso Jacques Heers, en 1990, matiza la idea de ruptura (como demuestra el título del primer capítulo de su obra: «Después de Roma: ¿continuidad o eclipse?»).¹² Por el contrario, la Península Ibérica, con la invasión musulmana en el año 711, parece ofrecer un caso de ruptura que va aquí hasta el abandono de ciertos lugares poblados. Aun así, la visión global de una catástrofe se ha abandonado.

Eso es lo que ha llevado a plantear el problema de la continuidad urbana de una manera distinta; en vez de oponer continuidad y ruptura, en la actualidad se tiende a preguntarse por la relación que existe entre continuidad y cambio, que es algo muy distinto. Roberto S. López, en la conclusión que da de los trabajos de Espoleto en 1958, invita a no buscar la continuidad sino la persistencia; eso le parece, con razón, una forma más pertinente de plantear el problema. «Fundamentalmente, escribe, lo que parece condicionar la vida de los centros urbanos no es tanto el pasado romano cuanto el presente de cada edad sucesiva.» El problema no es la continuidad material y, por lo tanto, topográfica de los establecimientos humanos, sino la adaptación de la vida urbana a las condiciones cambiantes. Según eso, ¿qué significa, por ejemplo, el hecho de que el Capitolio siga siendo el símbolo de Roma?¹³ No mucho. Y, por cierto, Milán existía en la Antigüedad, pero lo importante es, sobre todo, la existencia de la sede episcopal y metropolitana de esta ciudad, la de la abadía que conserva las reliquias de san Ambrosio. Las inmensas posesiones de la abadía y sus importantes archivos relativos a sus bienes raíces. Roma también sigue existiendo y jamás se le ocurriría a nadie la idea descabellada de decir que la sociedad romana de hoy en día tiene el más mínimo punto en común con la sociedad romana de los

10. *La Città nell'Alto Medioevo* (*Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo*, VI), Espoleto, 1959.

11. *Ibid.*, pag. 241.

12. Heers, J., *La Ville au Moyen Âge en Occident. Paysages, pouvoirs et conflits*, Paris, 1990.

13. Cecchelli, C., «Continuità storica di Roma antica nell'Alto Medioevo. La Città nell'Alto Medioevo (*Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo*, VI), Espoleto, 1959, págs. 89-150.

tiempos de Augusto. Los trabajos posteriores de historiadores y arqueólogos se sitúan en esta perspectiva.¹⁴

Una evolución multisecular: un ocaso de la «ciudad antigua» desde la Antigüedad

Así han aparecido los elementos de la cronología de una evolución. Son esenciales para la comprensión de períodos que, por abarcar varios siglos, no se pueden resumir en una sencilla etiqueta, sea cual fuere. Hay que hacer hincapié en dos de esos elementos, relativo el primero a la herencia antigua y el otro a los acontecimientos que originaron ciertos trastornos que afectaron a la historia de las ciudades.

La ciudad antigua no es un objeto intangible que ha existido a través de los siglos sin evolucionar. La ciudad de los siglos IV y V a veces tiene poca relación con la idea que se suele formar de la ciudad antigua. Dijon, como hemos visto, es un ejemplo. He aquí otro relativo a la Calabria,¹⁵ tanto más sorprendente cuanto que la región se vio lo suficientemente libre de las invasiones del siglo III como para que las ciudades no tuvieran que fortificarse con una muralla; la mayoría de ellas siguen siendo ciudades abiertas, lo mismo que bajo el Alto Imperio. Sin embargo, se observa en el siglo IV la aparición de aglomeraciones nuevas que hacen la competencia a las antiguas ciudades, el abandono de las ciudades, un cierto desinterés de las élites por residir en la ciudad, la falta de interés por el cargo de edil y, finalmente, la desaparición del cargo mismo, y un empobrecimiento del hábitat. Las responsabilidades de la vida pública quedan acaparadas por grandes propietarios nobles de bienes raíces. El emperador Valentiniano III, en el año 447, desplora que los comerciantes abandonen las ciudades para establecerse en el campo;¹⁶ pero el Imperio, con el mismo emperador, y por la misma época, deja a los mismos propietarios nobles hacendados la tarea de organizar la defensa contra los vándalos que ya se han apoderado del norte de África. Semejante evolución no es específica de Calabria, ni de la parte

europea del Imperio: se la halla ya, por ejemplo, en Egipto. El ocaso de las ciudades en Calabria se ve muy claro en el siglo V; hay que relacionarlo con el crecimiento, desde el siglo IV, de nuevas aglomeraciones rurales y con la evolución de las estructuras de poder.¹⁷ De esta forma disminuye la importancia de las ciudades mientras que aumenta la de los grandes burgos rurales.¹⁸ A fin de cuentas, se puede constatar, incluso antes del final de la Antigüedad, la quiebra del ideal romano de la ciudad —es cierto que su expresión se halla en ciertos textos contemporáneos, pero no describe hechos efectivos— y una tendencia al abandono de las ciudades por parte de los medios aristocráticos, ampliamente atestiguado en todo el Imperio, que modifica profundamente uno de los grandes resortes del dinamismo urbano.

¿Son rupturas las grandes olas de las invasiones?

En cuanto a los sucesos trágicos, hay que distinguir tres momentos en las invasiones devastadoras.

El segundo es el más conocido porque coincide con el ocaso del Imperio de Occidente; se puede decir que comienza durante el invierno que está a caballo entre los años 406 y 407, cuando diversos pueblos germánicos —alanos, frances orientales, burgundos, suevos, vándalos— atraviesan la frontera del Rin, y que acaba cuando, a finales del siglo VI, la dominación lombarda se estabiliza en Italia. Éste es el motivo por el que la cuestión de una continuidad o de una ruptura en la historia de las ciudades se ha planteado con respecto a este segundo momento. No obstante, no representa ninguna ruptura en la historia de las ciudades, ni en la evolución de los modos de vida de la aristocracia:¹⁹ tras la violencia de la conquista, la vida continúa en el mismo marco social, institucional y topográfico. Simplemente, el *praetorium* del gobernador romano lo ocupa ahora un conde franco o un duque lombardo. En una perspectiva a largo plazo, el momento más importante es, sin ningún género de dudas, el primero, y si los efectos del tercero no son baladíes, tampoco son decisivos.

14. Wickham, «Early medieval archaeology in Italy: the last twenty years», *op. cit.*
 15. Noyé, G., «Les villes des provinces d'Apulie Calabre et de Brutium-Lucanie du IV^e au VI^e siècle», en G. P. Brogiolo (comp.), *Early Medieval Towns in West Mediterranean*, Mantua, 1996, págs. 97-120.

16. Doeberd, R., *Le Haut Moyen Age occidental. Économies et sociétés*, Paris, 1982, pag. 34.
 17. Alston, R., «Urban population in Late Roman Egypt and the end of the Ancient World», en W. Scheidel (comp.), *Debating Roman Demography. Macmillan Supplements 211...*, Leiden, 2001, págs. 161-204.
 18. Dagron, G., *La Romantique chrétienne en Orient*, Londres, 1984.
 19. Balmelle, C., *Les Demeures aristocratiques d'Aquitaine. Société et culture de l'Antiquité tardive dans le sud-ouest de la Gaule*, Burdeos y París, 2001.

En efecto, en la segunda mitad del siglo III «se origina un paroxismo. El *limes* de la Germania superior cae en el año 254, se produce una gran irrupción bárbara hacia el año 259 en Bélgica, entre los años 268 y 278 queda saqueado todo el interior de la Galia y hay bandas que penetran hasta en España. Sucumbe una parte de las ciudades [...], las *villæ* arden por centenares: es la peor catástrofe en la historia de la Galia [...]. Los alamanes irrumpen en Italia en los años 260 y 270, después los godos, por tierra y por mar, saquean Tracia, Grecia y el Asia Menor del año 258 al 269. Aureliano consigue restablecer el *limes* en su antiguo trazado, excepto en Dacia, que queda abandonada a los godos, y en Galia, donde esta tarea la lleva a cabo Probo hacia el año 278 [...]. En fin, la violenta energía de Diocleciano logra cerrar a los germanos, después de una generación siniestra, el acceso del Imperio».²⁰ Pero los estragos son inmensos; decenas de ciudades han sido saqueadas, hasta en España (por ejemplo, Tarragona queda destruida en el año 258 por una expedición de los frances) y en Italia, donde se libran batallas decisivas contra los alamanes, cerca de Plasencia y cerca de Pavía. Ahora bien, pasadas las fronteras, las bandas de saqueadores descubren ciudades abiertas y regiones sin defensa. Es entonces cuando las ciudades —entre ellas Roma bajo Aureliano, hacia el año 270— comienzan a rodearse de murallas, que a veces se hacen a toda prisa y a veces de forma metódica, cuando se han superado los primeros disturbios: las murallas de Bourges, por ejemplo, datan de la década de los años 350. Esta reacción es la prueba de la incapacidad para impedir a los bárbaros atravesar la frontera del Imperio y, a la vez, de la decisión serenamente meditada de adoptar una nueva estrategia militarmente eficaz. Las ciudades se convierten en ciudadelas casi imposibles de tomar, dentro de las cuales se pueden esperar refuerzos, mientras que los ejércitos de campo, formados por las mejores tropas, quedan estacionados detrás del *limes*, dispuestos a lanzarse contra el invasor que ose atravesarlo. También es la prueba de que ahora hay que vivir con los bárbaros, con los prisioneros que se utilizan para repoblar el campo, con los colonos, con cuerpos del ejército auxiliar y con pueblos aliados contra pueblos enemigos.

En los siglos IX y X comienzan de nuevo las incursiones, los pillajes y las rapiñas de todo género, esta vez con los musulmanes del norte de África, los húngaros y los vikingos. «Si en un mapa de Europa se pusieran señales en las zonas saqueadas por las diversas corrientes de este

20. Musset, L., *Les Invasions: les vagues germaniques*, París, 1965, pág. 53.

segundo paroxismo, casi ningún país quedaría en blanco».²¹ Los musulmanes, frenados en su expansión terrestre en España, llegan ahora por vía marítima. Sus operaciones compagan las incursiones piratas, cuyo objetivo es la destrucción y el pillaje, con la conquista. Estas operaciones se vienen observando desde finales del reinado de Carlomagno. Conquistan Sicilia entre los años 827 y 902, se asientan en el sur de Italia (emirato de Taranto, 840-871; emirato de Bari, 847-871) y en la Provenza oriental (Le Freinet, cerca de Saint-Tropez, 890-972), llegan hasta ocupar los principales pasos de los Alpes occidentales a partir del 921 y se lanzan a grandes expediciones de pillaje en Provenza y en Italia. Así, en el 846, una flota musulmana remonta el Tíber hasta Roma, y la basílica de San Pedro, que se halla fuera de las murallas, queda destrozada y saqueada; en el año 935 toman Génova y la saquean. Los húngaros, pueblo de jinetes nómadas, conquistan la Panonia (la actual Hungría) a finales del siglo IX y hacen de ella una base para incursiones de pillaje que llevan a cabo cada año por la primavera —los caballos necesitan hierba— y que les llevan hasta Italia, donde en el año 924 incendian Pavía, la capital de los reyes lombardos, Germania y la Galia. Por el sur van hasta Otranto (947), por el oeste hasta Orleáns (937) y por el noroeste hasta Bremen (915), hasta que en el año 955 el rey de Germania, Otón I, les infinge una derrota decisiva en Lechfeld, cerca de Augsburgo. En cuanto a los escandinavos, los que la Europa latina conoce por sus hechos son los daneses y los noruegos, a quienes las fuentes anglosajonas llaman *Vikingos* y las fuentes latinas *Normanni*, hombres del norte (de ahí el nombre de Normandía para designar la única región donde consiguen instalarse de forma permanente), o también piratas, lo que traduce de forma efectiva la forma en que la Europa latina los conoce. Sus expediciones se van ampliando a partir del año 834: navegan no arriba, toman ciudades (París, por ejemplo, se ve asediada en los años 885-886) y establecen bases permanentes en las desembocaduras de los ríos. A partir de finales del siglo IX los piratas se convierten en conquistadores. Los daneses tratan de instalarse y de anexionarse territorios y a veces lo consiguen (en el año 878, el rey de los ingleses reconoce a los daneses la posesión del tercio noreste de Inglaterra, llamado *Danelaw*; en el año 911, el rey de Francia occidental reconoce la autoridad del jefe Rollón sobre el bajo Sena con el título de conde de Ruán: es el origen del ducado

21. Musset, L., *Les Invasions: le second assaut contre l'Europe chrétienne (VII-XI s.)*, París, 1963, pág. 52.

de Normandía). En fin, entre los años 980 y 1020 reanudan las grandes razzias; en el año 1013 conquistan toda Inglaterra y las costas de la Galia quedan devastadas. Después, las invasiones dejan de asolar la Europa latina. «Entonces se interrumpen los grandes impulsos, observa Georges Duby, que desde hacia un milenio habían lanzado contra el Occidente de Europa olas sucesivas de conquistadores ávidos. Esta parte del mundo —y ése es su gran privilegio— se ve libre de las invasiones.»²²

De este modo, las ciudades han quedado de tal forma modificadas durante setecientos años, entre el siglo III y los siglos IX y X, que con toda evidencia, las del siglo X y las del Alto Imperio apenas si tienen algún punto en común. Es menester interpretar a la luz de esta constatación los datos materiales relativos a una continuidad, a una ruptura o a una transformación en la historia de las ciudades, sobre todo los que nos ofrecen los estudios arqueológicos.

TRES CASOS

Vamos a poner tres ejemplos. Los dos primeros se refieren a una región de presunta continuidad de una vida urbana transformada, el tercero a una región de presunta ruptura con ella.

Rimini

En Rimini,²³ la continuidad de la ocupación del lugar donde se halla situada la ciudad está muy bien documentada. Este puerto se encuentra al sur del Po —y más exactamente algunos kilómetros al sur de un ria-chuelo con un nombre que se hizo famoso después de César, el Rubicón—, allí donde las crestas secundarias del Apenino, perpendiculares a su eje principal, alcanzan la costa del mar Adriático. La ciudad, situada en la desembocadura del río Marecchia, está rodeada por el oeste y por el sureste primero de colinas y después de montañas, y se abre al norte sobre la llanura que se prolonga hasta el delta del Po y al este sobre el

mar. El lugar estaba ocupado antes de la conquista romana. En el año 268 a. C. los romanos fundan allí su primera colonia de derecho latino al norte del Apenino y la llaman *Ariminum*. Se ha podido calcular su población a finales del siglo II a. C. —con todos los riesgos que conlleva este género de evaluaciones— en unos 10.000 habitantes. Así pues, Rimini es una ciudad importante, en la desembocadura de la *vía Flaminia* (que desde el año 220 a. C. la une con Roma) al Adriático, en el cruce de ésta con la *vía Emilia* (abierta en el 187 a. C., que se extiende a lo largo del norte del Apenino hacia el noroeste y va hasta Plasencia), y en la *vía Popilia* (que sigue la costa de Rimini a Rávena). En el año 90, *Ariminum* obtiene la ciudadanía romana. A partir del principado de Augusto está dotada de monumentos públicos importantes: un arco de triunfo en honor de Augusto el año 27 a. C., un gran puente de piedra de cinco ojos (mide 62,6 m de largo) sobre el Marecchia, inaugurado bajo Tiberio el año 21, después, durante el Alto Imperio, un teatro, un anfiteatro tan grande como el Coliseo de Roma y capaz de alojar de 10 a 20.000 espectadores, termas y diversos templos. Los datos que ofrece la arqueología parecen dar testimonio de una existencia próspera de la ciudad hasta el siglo III.

Entonces, bajo el emperador Aureliano, comienzan grandes transformaciones. En la época de las incursiones de los bárbaros alamanes y de la victoria que obtienen sobre un ejército imperial en Plasencia en el año 271, el emperador ordena la fortificación de las ciudades para su defensa. En Rimini, lo mismo que en otras partes, se construyen murallas y, también como en otras partes, éstas llevan bloques de mármol tomados de ciertos edificios monumentales: ¿se han destruido? ¿Estaban hasta tal punto deteriorados que se creyó más oportuno no conservarlos? No se sabe. Sea lo que fuere, las murallas, lo mismo que en otras partes, no cubren la totalidad de la zona urbana y se observa que se apoyan en el anfiteatro englobándolo y transformándolo en parte de la muralla, regando previamente sus arcos: el anfiteatro se convierte en una especie de fortaleza. En el siglo IV, con la cristianización, se construyen al menos siete iglesias, los únicos edificios públicos cuya construcción por esta época queda atestiguada. En el siglo siguiente se añaden al menos otras cuatro; la catedral, construida junto a la muralla, ocupa al noreste de la ciudad una posición descentrada, lejos del foro y en la parte opuesta del puerto. Pero la sede de quien es, desde el año 591, el nuevo poder secular, es decir, el duque, se instala en las proximidades de la catedral. Rimini pertenece a esa porción de la Italia del norte en la que los

22. Duby, G., *Guerriers et paysans VII-XII siecles. Premier essor de l'économie européenne*, París, 1973 (trad. cast.: *Guerrieros y campesinos. desarrollo inicial de la economía europea (300-1200)*, Madrid, Siglo XXI, 1992).

23. Göbbi, G. y P. Sica, *Rimini*, Bari, 1982.

bizantinos se mantienen durante dos siglos tras el comienzo de la invasión lombarda en el año 567; comprende el interior de las tierras de Rávena (que poco a poco adquirió el nombre de *Romania*, el país de los romanos: es el origen de la Romaña) y una franja de territorio que se extiende, al sur del exarcado, a todo lo largo de la costa adriática: la Pentápolis, así llamada porque comprende cinco ciudades (además de Rímini, Pesaro, Fano, Senigallia y Ancona).

Los especialistas de la región admiten que el papel de las ciudades ha seguido siendo aquí más importante que en los territorios vecinos, que estuvieron bajo control lombardo y después franco.²⁴ Sin embargo la evolución es análoga. En las ciudades, las magistraturas civiles heredadas de la Antigüedad desaparecen reemplazadas por un duque que ejerce los poderes militares y civiles. Catedral, palacio episcopal, residencias de los miembros del clero de la catedral, palacio ducal, muy pronto fortificado y apoyado en la muralla, forman en el siglo VII el nuevo centro de la ciudad. Lo mismo que en Roma por la misma época, la distribución geográfica de una población de todas formas reducida se modifica: la parte sur y sudeste de la ciudad, que representa por lo menos un tercio de la superficie encerrada en la muralla, desde el foro hasta el arco de triunfo de Augusto, se muestra abandonada y poco habitada. El plano antiguo de la ciudad queda desdibujado. Los monumentos antiguos van desapareciendo, con la única excepción del arco de Augusto y del puente. En cambio, en la orilla izquierda del Marecchia se va desarrollando una barriada en torno a una abadía. El hábitat, por lo que sabemos al respecto, parece poco denso en construcciones, compuesto de casas pobemente construidas y con frecuencia, lo mismo que en otras partes de Italia por la misma época, rodeadas de un jardín, pero dejando ver una profunda decadencia en los modos de construcción, ya que se utiliza la madera y la arcilla, y una de las raras casa de piedra de estructura compleja, que se conoce gracias a los archivos de la archidiócesis de Rávena, está habitada hacia el año 750 por un importante personaje, *Mauricius, gloriosum magister militum*, cuyos medios no son, sin lugar a dudas, los del común de los ciudadanos.²⁵

24. Fumagalli, V., «"Langobardia" e "Romania": l'occupazione del suolo nella Pentapoli altomedievale», *Ricerche e studi sul "Breviarium Ecclesie Ravennatis" (Codice Bavarico)*, Roma, 1985, págs. 95-107.

25. Gelichi, S., «Note sulle città bizantine dell'Esarcato e della Pentapoli tra IV e IX secolo», en G. P. Brogiolo (comp.), *Early Medieval Towns in West Mediterranean*, Mantua, 1996, págs. 67-76.

Reims

En Reims, la muralla construida a finales del siglo III o a comienzos del IV se apoya en los cuatro arcos triunfales construidos en los dos ejes principales de circulación de la ciudad, lo mismo que en cualquier ciudad romana, el *cardo* y el *decumanus*; los arcos se convierten en puertas de la muralla. Ésta es el elemento esencial del sistema defensivo, pero no el único, ya que hay también un talud de unos 10 m de ancho además de un foso. Naturalmente, para poner en marcha este sistema de defensa se han arrasado los edificios que había y se han destruido otros para utilizar la piedra necesaria para la muralla.²⁶ ¿Quién imagina la diferencia entre el paisaje de la ciudad abierta del Alto Imperio y el de la ciudad fortificada del siglo IV? Es una diferencia considerable.

Avancemos cuatro siglos. Bajo el Imperio Carolingio, en el año 816, el arzobispo de Reims decide construir una nueva catedral en el lugar donde se construyó la anterior en la primera mitad del siglo V. La paz interior que reina en el mundo franco ha hecho desde hace mucho tiempo que se preste menos atención al mantenimiento de las murallas de las ciudades, cuyo estado de deterioro es por entonces manifiesto. Este estado, con frecuencia, no se debe más que a la falta de mantenimiento, en cierto modo lógico fuera de los períodos de inseguridad. Y lo mismo que en muchas otras ciudades por esta época, el arzobispo de Reims utiliza para la catedral las piedras de la muralla, con el permiso del emperador. La muralla es una cantera. Los trabajos duran cuarenta años y la nueva catedral es consagrada en el año 862. Flodoardo ha dejado una descripción de ella en el que la presenta como un edificio imponente, dotado de un pavimento de mármol, de bóvedas pintadas, de vidrieras, de un frontón adornado de mosaicos, de un techo de plomo. Pero veinte años después de la consagración de la catedral, ante la amenaza de las razias normandas, hay que reconstruir la muralla —y en vez de utilizar para una iglesia las piedras de una muralla, ahora se utilizan para la muralla las piedras de una iglesia destruida por los normandos—. La ciudad vuelve a ser de nuevo la fortaleza que había sido, y que también había dejado de ser durante mucho tiempo.

26. Neiss, R., «La structure urbaine de Reims antique et son évolution du I^e au II^e siècle», *Revue Archéologique de Picardie*, n° 3-4, 1984, págs. 171-192.

La Gallaecia

La evolución, vista desde la perspectiva de las tierras gallegas, si es diferente en cuanto al detalle, coincide en líneas generales. J. L. Quirós y M. R. Lovelle²⁷ se marcan como ámbito geográfico de estudio Galicia y el norte de Portugal, entre el mar Cantábrico y el Duero, es decir, la antigua provincia de *Gallaecia*, que constituye «un territorio en el que la historiografía tradicional establece una profunda "ruptura", una "crisis" o incluso una "desaparición" de las ciudades entre el siglo V y el X». Según ellos, esta visión de las cosas, que hacen remontar hasta las comunicaciones de J. M. Lacarra y de C. Sánchez Albornoz en las jornadas de estudios celebradas en Espoleto en 1958, no es de recibo. Se proponen demostrarlo mediante la aportación de los métodos de la arqueología a los «datos de las excavaciones urbanas y [al] análisis topográfico de los vestigios hallados fuera del contexto estratigráfico», que hay que cotejar con los textos contemporáneos.

En el siglo IV existen en la región objeto de estudio varias ciudades entre las cuales las más importantes son Astorga, Lugo, Braga y Chaves. En el siglo V las tres últimas son sedes de obispado. Por lo que sabemos por ejemplo, de Braga, gracias a la arqueología, la continuidad de la ocupación de los lugares que ocupan estas ciudades no presenta ninguna duda. Además, «existe un desarrollo de la construcción a lo largo de todo el siglo V, bien comprobado por la arqueología en Braga» e incluso después. Así pues, tampoco aquí se puede presentar una visión de la evolución dominada por la idea de catástrofe; «la palabra que mejor cuadra es la de transformación».

Pero ésta afecta a todos los aspectos que se pueden percibir de la existencia de las ciudades. La cristianización tiene como consecuencia, en las ciudades que son sede episcopal, la construcción de una catedral y del grupo de edificaciones, entre ellas un baptisterio, que la acompañan por regla general. Esos edificios se suelen construir «en una zona marginal con respecto a la topografía de la ciudad antigua», la cual estaba cercada en el foro, como en otros sitios y sin duda por las mismas razones, teniendo en cuenta las circunstancias de la ubicación de las cate-

27. Quirós, J. L. y M. R. Lovelle, «De la cité antique aux évêchés du Haut Moyen Âge en Gaule et dans le nord de Portugal (IVe-XIe siècle)», en N. Coullet y O. Guyotjeannin (comps.), *La Ville au Moyen Âge. Actes du 129e congrès national des sociétés historiques et archéologiques. Aix-en-Provence y París*, 1998, págs. 15-40.

drales (donativos o compra de terrenos donde quedan disponibles). Digamos además que se constata un poco por doquier la construcción de otras iglesias, urbanas o de barriada. El plano de las ciudades, lo mismo que en otras partes,²⁸ se halla modificado. Y lo es también, sobre todo a partir de finales del siglo VII, con la aparición de barrios nuevos, o el desplazamiento de zonas habitadas «hacia la cumbre del *castrum* (donde lo hay)», sobre todo en los siglos VIII y IX, a causa de la inseguridad, «y en torno a la catedral». Se construyen fortificaciones, al ser por entonces la inseguridad uno de los principales problemas de los ciudadanos, a causa de las invasiones y las razias de pillaje de musulmanes y normandos en las costas de Galicia.

En fin, si las ciudades conocidas están en su mayoría instaladas, después del siglo XI, en lugares ocupados en la época romana, precisamente esas aglomeraciones no eran ciudades en la época romana (Porto y Santiago de Compostela, por ejemplo).

El ejemplo de Rímini ilustra lo que Roberto S. López llamaba «persistencia de la vida urbana» y el hecho de una herencia de la Antigüedad. La visión de una ruptura no es aceptable si con ello se quiere dar a entender que se produjo una catástrofe, y si hubo una catástrofe, tuvo que producirse dos siglos antes del ocaso del Imperio. Pero en Reims, aquí lo mismo que en otras partes, entre los siglos III y X se hicieron muchas obras de reparación y de mantenimiento, se destruyó y se reconstruyó, en suma, se modificó. El caso de la *Gallaecia* nos ofrece las mismas enseñanzas, y añade además el hecho de que la red urbana conocida del siglo XI no es la de la Antigüedad. En Reims, en Rímini, en *Gallaecia* y en cualquier otro sitio, la ciudad antigua fue desapareciendo poco a poco para convertirse en una ciudad episcopal.

EL AFIANZAMIENTO DE LA CIUDAD EPISCOPAL

El afianzamiento de la ciudad episcopal caracteriza los siglos V y VI. Se produce en un contexto de depresión económica y demográfica. Sin embargo, a escala europea, las situaciones son muy diversas.

28. Gauthier, N., «La topographie chrétienne entre idéologie et pragmatisme», en G. Brogiolo y B. Ward-Perkins (comps.), *The Idea and Ideal of the Town between Late Antiquity and the Early Middle Ages*. Leiden, Brill, 1999, págs. 195-209.

Una residencia de primer orden

El nacimiento de la ciudad episcopal comienza antes de la desaparición de la autoridad imperial, con la aparición de la Iglesia como potencia económica y financiera en el siglo IV, y queda reflejada en el paisaje urbano mediante la construcción de edificios dedicados al culto cristiano. En el siglo IV comienza la construcción de las primeras catedrales (en Treveris, por ejemplo, que es la residencia imperial, la iglesia episcopal se funda en el año 346), de las grandes basílicas (en Roma se construyen las basílicas de San Juan de Letrán, de la Santa Cruz de Jerusalén, Santa María la Mayor), basílicas de camposanto fuera de las murallas inmediatamente en Roma, por ejemplo, San Pedro, San Pablo extramuros, Santa Inés, San Lorenzo extramuros). Viene después el afianzamiento del carácter episcopal de las ciudades, al no haberse puesto nunca en tela de juicio la elección de la residencia del pastor de la grey en la aglomeración principal de su diócesis. En Italia, por ejemplo, la legislación del emperador Justiniano (*Pragmática Sanción*, 554), que no hace más que ratificar un estado de hecho, prevé que el obispo controle diversos aspectos de la vida civil (la actividad de los jueces civiles, por ejemplo) y sobre todo de la vida urbana (aprovisionamientos, anona, trabajos públicos); él queda exento de la autoridad de los funcionarios imperiales.²⁹ La autoridad del obispo se extiende por doquier a la ciudad y al territorio urbano que se extiende en torno a ella, es decir, a las barriadas de la periferia.³⁰

Esta evolución convierte a la Iglesia en el principal elemento de la continuidad urbana y en el factor capital de la misma. En efecto, las ciudades romanas sobreviven un poco por doquier como lugar de residencia de una institución: el episcopado. El obispo, tanto de hecho como en la idea que se tiene de él, se impone como el protector y el representante de su ciudad.³¹ El papa Gregorio Magno tratando con el rey bárbaro

²⁹ Brezza, P. *La Città del Medioevo europeo*, vol. 1, *L'Urto delle civiltà nell'Alto Medioevo (395-814)*, Roma, 1978, págs. 399-401.

³⁰ Lombard-Jordan, A., «Oppidum et banlieue. Sur l'origine et les dimensions du territoire urbain», *Annales Économie, Société, Civilisations*, vol. 27, 1972, págs. 373-395.

³¹ Bourgoin, B., «L'évêque dans la cité en Gaule aux V-VIII^e siècles», en C. Lepelley (comp.), *La fin de la cité antique et les débuts de la cité médiévale. De la fin du III^e siècle à l'avènement de Charlemagne*, Bari, 1996, págs. 127-145; Orselli, A. M., «L'idée chrétienne de la ville. Quelques suggestions pour l'Antiquité tardive et le Haut Moyen Âge», en G. P. Breznikov y B. Ward Perini (comp.), *The Idea and Ideal of the Town between Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Leiden, Brill, 1999, págs. 181-193.

ro invasor no es un caso aislado. Para poner un ejemplo entre muchos otros, cuando los lombardos, en el año 569, invaden Italia con su rey Alboino a la cabeza y llegan hasta Treviso, es el obispo quien negocia con ellos un acuerdo y pone a salvo del pillaje a la ciudad.³² Las ciudades se convierten también en cabezas de distrito de los condados, incluso aunque a veces el territorio administrado por un conde, llamado *pagus* o *comitatus*, no se extienda a todo el territorio de la *civitas* y, por lo tanto, de la diócesis, repartida entre varios *pagi*. Por otra parte, éstas están fortificadas y desempeñan un papel militar. Estas distintas funciones implican la existencia de actividades económicas. Como hemos visto al hablar de los testimonios de Gregorio de Tours y de Rupert de Deutz, la construcción y la ornamentación de las iglesias, la construcción y el mantenimiento de las fortificaciones, suponen una actividad artesanal; la residencia en la ciudad del obispo, de su entorno, de un clero, de un conde y sus familiares, todos ellos bien dotados de importantes ingresos procedentes de sus bienes raíces, convierten a la ciudad en uno de los lugares donde se obtienen y se distribuyen las riquezas, y ofrece una clientela a los artesanos y a los comerciantes. Nada de extraño tiene constatar que las ciudades son los lugares de reunión de mercados y de ferias. Por ejemplo, se sabe que en Bolonia, en el siglo VIII, el mercado de productos alimentarios, el de productos fabricados, en fin, la feria, tenía lugar fuera de los muros del recinto de origen romano, cerca de un canal navegable que une la ciudad con el Po.³³ En todo esto, la ciudad de la Alta Edad Media toma el relevo de la ciudad romana, que se puede definir como el lugar donde se desarrolla la vida pública, donde se organiza la recaudación de los impuestos y la concentración de sus productos, en fin como el lugar de residencia de propietarios de tierras.

Pero toma el relevo a una escala reducida. El papel de las ciudades en la vida pública ya no depende más que de la presencia del obispo y de las fortificaciones, sin equivalente en el campo. El impuesto directo, abominado por la población, ya no existe o apenas y, de una forma general, «el conjunto de instituciones de carácter fiscal que obligan al aparato productor a producir los suficientes bienes para que la parte retenida a favor del Estado [romano] garantice su mantenimiento» ha

³² Gasparri, S., «Dall'età longobarda al secolo X», en D. Rando y G. M. Varanini (comp.), *Storia di Treviso*, vol. II, Il Medioevo, Venecia, 1991, págs. 3-39.

³³ Brezza, P., *op. cit.*, págs. 413.

desaparecido (R. Docheaerd)³⁴ Por último, y sobre todo, la mayoría de propietarios de tierras viven ahora en el campo en sus *villæ*; como resultado de una evolución iniciada en el siglo IV que adopta la forma de éxodo en el siglo V, y de la que los autores contemporáneos ofrecen un cumplido testimonio. El modo de vida ciudadano que las élites asocian a la idea de civilización romana se traslada de esta forma a sus lujosas residencias en el campo —la *villa* de Sidonio Apolinar en Auvernia, en la que disfrutó de largas estancias entre los años 461 y 467, tenía, al lado de la *pars rustica*, una *pars urbana* que incluía biblioteca, termas y piscina— que, cada vez con más frecuencia, se fortifican al menos de forma superficial.³⁵ Por eso no es exagerado decir que las ciudades sobreviven a sí mismas. Su población ha decrecido enormemente; por ejemplo, se ha llegado a afirmar que las ciudades de la Galia tenían como media unos 1.500 habitantes en los siglos V-VI.³⁶

Un contexto económico en horas bajas

El marco de esta evolución es, si no por doquier al menos en muchas regiones, la desaparición o la desorganización de los antiguos cauces de intercambio, acompañada, sin lugar a dudas, de un empobrecimiento general. Ésas son, por ejemplo, las conclusiones de los estudios arqueológicos llevados a cabo en Italia durante los veinte últimos años.³⁷

En el siglo VII, en Milán, Bérgamo, Brescia, Rávena o Verona se construyen en madera o en piedra reutilizada viviendas de un solo cuerpo. Las calles ya no están pavimentadas. El espacio urbano tiende a organizarse en núcleos de población dispersos, agrupados con frecuencia en torno a una iglesia, lo mismo que en otras partes (por ejemplo en Tours).³⁸ En cuanto a la producción de bienes artesanales y a su comercialización, nuestros conocimientos proceden sobre todo del estudio de las cerámicas conservadas, ya que se puede determinar su origen geo-

34. Docheaerd, R., *op. cit.*, pág. 52.

35. Balmelle, C., *Les Demeures aristocratiques d'Aquitaine. Société et culture de l'Antiquité tardive dans le sud-ouest de la Gaule*, Burdeos y París, 2001.

36. Gauvard, C., *La France au Moyen Âge du V^e au X^e siècle*, París, 1996, pág. 22.

37. Wickham, C., «Early medieval archaeology in Italy: the last twenty years», *op. cit.* 1997, págs. 49-80.

gráfico y ponerles una fecha. Tienen, además, la ventaja de que, al haber sido producidas en masa y necesitarse por doquier, constituyen un producto de gran difusión, revelador por eso mismo (a diferencia de los bienes de lujo, marginales por definición) de un estado de la vida económica. Hacia el año 400 se halla por toda Italia cerámica africana por una parte y, por otra, producciones locales, a veces de gran calidad, pero no cerámicas procedentes de la *pars orientalis* del Imperio, excepto en Pulla. Italia está integrada en un sistema de intercambios extendido por todo el Mediterráneo occidental y existe una demanda regional solvente capaz de permitir producciones locales a gran escala. Hacia el año 450 se ven los efectos de la conquista del norte de África por los vándalos. El sistema fiscal romano ya no puede garantizar el envío regular a Italia de cereales y de aceite, el abastecimiento de Roma queda interrumpido, el comercio privado que se basaba en las expediciones fiscales procedentes de África deja de existir. En Italia, la cerámica africana se hace más escasa en las regiones interiores; no obstante, aparecen imitaciones locales, lo mismo que ánforas (utilizadas para el transporte de aceite) del Mediterráneo oriental, es decir, de las regiones que continuaban estando bajo el control del Imperio de Oriente. Hacia el año 550, cuando el Imperio ha reconquistado no obstante el norte de África, la cerámica africana ya no se halla más que en algunos centros muy importantes y situados en la costa o cerca de ella, como Roma, Nápoles y Rávena. Las regiones interiores dan la impresión de haber quedado desvinculadas de los circuitos de intercambio organizados en torno al Mediterráneo y, por añadidura, la producción local decrece o bien desaparece, lo que indica con toda certeza una disminución de la demanda solvente. Esta situación se la relaciona por lo general con la guerra grecogoda; se produce una fragmentación de lo que había sido antaño un espacio económico italiano. Cuando a partir del año 568 llegan los invasores lombardos, son precisamente las regiones interiores las que éstos ocupan de forma permanente, y la fragmentación de Italia, que éstos no crearon sino que recibieron en herencia, queda agudizada. Así, a partir de la segunda mitad del siglo VI, a las diferentes regiones de Italia les esperan destinos distintos. En la Italia del norte lombarda, después del año 650, la difusión de la producción local es cada vez más restringida y las importaciones son raras. Este momento parece ser aquel en que la demanda solvente alcanza su punto más bajo. En cambio, después del año 700, hay pruebas de un comercio que une el interior con las regiones marítimas mediante el Po y sus afluentes. En cuanto al

sur bizantino, éste está sujeto a evoluciones que le son propias y exclusivas.³⁹

En definitiva, los estudios arqueológicos ponen de relieve no sólo la regionalización de los circuitos de intercambio y el empobrecimiento, sino también esta depresión del movimiento económico que caracteriza el siglo VI.

Diversas situaciones en el ámbito europeo

Por supuesto, las situaciones no son las mismas en toda Europa. Varían en el tiempo; los reyes merovingios y los lombardos poseen palacios ciudadanos y los utilizan (las actas públicas de los reyes lombardos no resuelven, en su datación, más que palacios ciudadanos, en Milán, Pavia, Verona, Rávena),⁴⁰ mientras que los palacios ciudadanos de los primeros carolingios, excepto casos particulares, no constan como lugares de residencia. Varían también según las regiones: entre Inglaterra, donde existe un abandono casi total de ciertas ciudades, e Italia, incluso el sur de la Galia, donde los propietarios de feudos que no han abandonado las ciudades son mucho más numerosos, las diferencias son claras. Las guerras de los siglos V, VI y VII en Italia se organizan para la conquista de ciudades, tanto la guerra de los godos contra Odoacro cuando invaden Italia en el año 489, como la guerra de reconquista llevada a cabo por los ejércitos imperiales contra esos mismos godos a partir del año 535 y, en fin, las guerras de los lombardos a partir del año 568. Los testimonios que nos permiten conocer estos hechos (las cartas escritas por Casiodoro en nombre de Teodorico y de sus sucesores, el relato de la guerra grecogoda de Procopio de Cesarea, las cartas del papa Gregorio Magno) así lo confirman. Más tarde, en el siglo VIII, los escritos de Pablo el Diácono, por ejemplo, nos dan a conocer una vida política que, en la Italia lombarda, tiene un amplio desarrollo en la ciudad. El reino lombardo tiene en Pavia, desde la década de los años 620, una verdadera capital, con edificios monumentales que manifiestan el papel de la ciudad:

39. Noyé, G., *op. cit.*

40. Bougard, F., «Les palais royaux et impériaux de l'Italie carolingienne et ottonienne», en A. Renoux (comp.), *Palais royaux et princes au Moyen Âge. Actes du colloque international tenu au Mans les 6, 7 et 8 octobre 1994*, Le Mans, Publications de l'Université du Maine, 1996, págs. 181-196.

un palacio real, iglesias fundadas por reyes y reinas, y termas.⁴¹ En Italia las ciudades siguen siendo el centro esencial de la organización de la vida religiosa, civil, política y administrativa. Pero, incluso en Italia, algunas desaparecen. E. Sestan,⁴² a imitación de otros, había llamado la atención sobre este fenómeno en el sur de Italia. La investigación reciente así lo confirma no sólo para esta región,⁴³ sino también, por ejemplo, para el Apenino toscano.⁴⁴

En este contexto, las poblaciones urbanas son no sólo escasas sino también, al menos en ciertas regiones y sobre todo en la Galia, cada vez menos compuestas de hombres libres, hasta tal punto, decía F. Vercauteren,⁴⁵ que en la Galia «desde finales del siglo VI, el número de hombres libres de condición media, de artesanos por ejemplo, es lo suficientemente reducido como para que se pueda prejuzgar *a priori* acerca de su origen servil». Llama la atención una anécdota que relata Gregorio de Tours⁴⁶ y que corrobora esta visión de las cosas. Un joven parisense, sastre de profesión (*puer parisiacus cui artis erat vestimenta componere*), enfermo y ciego, va hacia el año 575 a Tours a orar a la tumba de san Martín con la esperanza de obtener la curación. Leodastis, conde de Tours, informado de que el joven es artesano (*artifex*) le ordena que vuelva con sus señores porque él no puede circular libremente. Ahora bien, nos dice Gregorio, el sastre tenía la condición de libre (*erat enim ingenuus genere*). Desde este punto de vista, la situación, una vez más, parece diferente en Italia. La legislación de los reyes lombardos y, sobre todo, el «edicto de Rotario» (643) son una prueba; el edicto, en su artículo 8, prevé una fuerte multa (900 sueldos de oro) a quien turbe la tranquilidad de una asamblea pública, y entre esas asambleas se menciona la asamblea de los ciudadanos (*conventus civium*) delante de la

41. Ewig, E., «Résidence et capitale pendant le Haut Moyen Âge. Revue historique», 1963, págs. 36-47.

42. Sestan, E., «La città comunale italiana dei secoli XI-XIII nelle sue note caratteristiche rispetto al movimento europeo», *Actes du XI^e congrès international des sciences historiques Stockholm 1960*, Lovaina, 1961.

43. Noyé, G., *op. cit.*

44. Wickham, C., *Early Medieval Italy. Società degli Apenini nell'Alto Medioevo*, 2 vols., Bolonia y Florencia, 1982 y 1985; *The Mountains and the City. The Tuscan Apennines in the Early Middle Ages*, Oxford, 1988.

45. Vercauteren, F., «La vie urbaine entre Meuse et Loire du VI^e au IX^e siècle. La Città nell'Alta Medioevo (Settimane di studio del Centro Italiano di studio sull'Alto Medioevo VI. Espoleto, 1959, págs. 466.

46. *Liber de virtutibus Sancti Martini*, II, 58, MGH, SS, ser. Mon., I, 1628.

iglesia principal de su ciudad. En el año 790, una capitular del rey carolingio de Italia Pipino, actuando en nombre de su padre Carlomagno, prohíbe que los ciudadanos de Plasencia, mediante deliberación, concedan la ciudadanía de su ciudad a quienes dependen del rey, porque entonces burlarían el control de éste.⁴⁷

En resumidas cuentas, la supervivencia de la red de ciudades romanas nos ofrece un caso de continuidad topográfica —dejando aparte el detalle de evoluciones particulares— y, con el obispo, institucional, pero también de discontinuidad social y económica.

LAS PRIMERAS MANIFESTACIONES DE UN PROGRESO QUE SE GENERALIZA (SIGLOS VII-IX)

A partir de finales del siglo VII se multiplican las señales de un progreso demográfico y económico aún limitado, parcial, capaz de avances y de retrocesos, pero claro. En este contexto nuevo surgen aglomeraciones urbanas cuya existencia parece vinculada al intercambio mercantil. Éstas llaman ciertamente la atención, pero son ante todo una manifestación entre otras de un desarrollo urbano. Éste se sustenta principalmente en un dinamismo nuevo de la economía rural.

Los nuevos puertos comerciales en las regiones costeras de los mares del norte en los siglos VII-IX

Hay que interpretar a la luz de esta última constatación los informes relativos a la existencia en la Europa de la Alta Edad Media de un gran comercio, es decir, de intercambios mercantiles de ámbito internacional, tradicional e incluso espontáneamente asociados a la idea de vida urbana.

En el Occidente de los siglos VI y VII residen comunidades de orientales, judíos, sirios —o sea, de orientales no judíos, así llamados por los latinos— que mantienen vivas las corrientes de intercambios entre Oriente y Occidente que existían antes e incluso, según algunos,⁴⁸ las incremen-

47. Brezzi, P., *op. cit.*, págs. 396 y 405.

48. Lambrechts, P., «Le commerce des Syriens en Gaule du Haut-Empire à l'époque mérovingienne», *L'Antiquité classique*, t. 6, 1937, págs. 35-61.

tan, dándoles una amplitud que no habían tenido hasta entonces; los comerciantes, extranjeros o no, son ciudadanos. Pero los productos que importan de Oriente son productos de lujo, accesibles sólo a una clientela acomodada, compuesta esencialmente de aristócratas, laicos o eclesiásticos. De ahí que la importancia de su actividad en el conjunto de la vida económica sea incluso reducida; no se puede ver en ella más que una prueba intranscendente de la existencia de las ciudades en general. En el siglo VII da señales de agotamiento y el comercio de los productos de lujo sigue otros derroteros, con los comerciantes judíos, especialistas en el tráfico de orfebrería y de telas preciosas, y los negociantes de diversas ciudades costeras de Italia, como los venecianos.⁴⁹

Entonces, a partir del siglo VII, crece el interés por el desarrollo de intercambios comerciales organizados en torno al mar del Norte.⁵⁰ Sus autores principales son los navegantes frisones: con ellos entra en contacto la Galia del norte, la Inglaterra anglosajona, la Irlanda celta, el mundo escandinavo, es decir, los países costeros de la Mancha, del mar del Norte y del Báltico e intercambian no sólo productos de lujo, sino también y sobre todo bienes de valor moderado útiles a una amplia clientela, ya se trate de productos en bruto (pieles y cueros, ámbar, marfil, los metales de los países nórdicos; la lana de Inglaterra, el vino y los cereales de la Galia; la sal, la madera de construcción) o transformados (los paños, sobre todo frisones, el vidrio, la cerámica, las armas y, sin lugar a dudas, la cerveza). Los puertos existentes, antiguas ciudades romanas, se benefician de este comercio: Nantes, Ruán, Amiens, Londres, por ejemplo. Pero «lo nuevo [...] en todas las costas de los mares del norte fue el desarrollo, patente ya hacia el año 600, de puertos de un tipo nuevo [...] hechos de aglomeraciones de maderos colocados a lo largo de los muelles en los estuarios o en los deltas que no existían más que gracias al comercio y para él».⁵¹ Ateniéndose sólo a los más importantes se pueden citar: en el istmo danés, Ribe al oeste, Hedeby al este, al sur de Jutlandia y al fondo del estuario del Schleie, al norte del actual canal de Kiel; en Suecia, Birka, cerca de Estocolmo en la isla de Björkö; en la desembocadura del Rín, en su confluencia con el Lek, Dorestad, centro principal del comercio frisón, mencionado por vez primera en el año 689; en la

49. Bougard, F., *op. cit.*

50. Lebecq, S., *Marchands et navigateurs frisons du Haut Moyen Age*, 2 vols. Liége, 1983; H. Clarke y B. Ambrosiani, *Towns in the Viking Age*, Londres, 1991.

51. Lebecq, S., *Les Origines franques V-IX^e siècles*, París, 1990, pag. 149.

Galia del norte, Quentovic, cerca de la Mancha, en la orilla sur del Canche, un pequeño río del Ponthieu; en Inglaterra, Hamwih, en el futuro emplazamiento de Southampton.

Estos puertos han existido durante mucho tiempo y algunos fueron sin duda aglomeraciones importantes. Pensamos sobre todo en Quentovic, que aparece documentado hacia el año 670 y llama muy pronto la atención del poder franco. Éste instala en él una oficina de recaudación de tasas indirectas (gabela) que recaen sobre las actividades comerciales, y se halla representado allí por hombres de rango elevado, como en el año 865 un *praefectus* calificado de *vir illustre* y enviado en misión a Inglaterra,⁵² lo que parece lógico puesto que Quentovic pasó por ser el principal centro de los intercambios comerciales del mundo carolingio con Inglaterra hasta finales del siglo IX. La prosperidad de estos puertos está vinculada a las actividades de intercambio comercial, sobre todo al comercio con países lejanos. Se trata de establecimientos originales. Como hemos dicho, se construye en madera. Existen las fortificaciones pero son rudimentarias; por ejemplo, Hedeby está fortificada mediante elevaciones de tierra de cuatro pies de altura que forman un perímetro defensivo semicircular adosado al mar. La población varía considerablemente en función de los ritmos de las estaciones y del volumen de negocios. En Birka, en el siglo IX, la población permanente de la ciudad se calcula en 1.500 habitantes, una cifra que podía elevarse hasta 8.000 en función de la afluencia que atrajeron las grandes concentraciones estacionales de comerciantes. Los orígenes geográficos de esas poblaciones son muy variados. El estudio de las tumbas demuestra que muchos habitantes de Birka procedían de Frisia, del noroeste de la Germania y de Hedeby.

De entre estas aglomeraciones, a las que no son sedes episcopales no se las considera ciudades por parte de los contemporáneos; se las llama *portus* o *emporium*. A Valenciennes, por ejemplo, se la llama *portus* en el siglo IX en diversos documentos. En lo que para los contemporáneos es una verdadera ciudad hay un obispo. Éste, una vez consagrado, entra en la ciudad en silla gestatoria, reservada anualmente a los cónsules romanos; preside las ceremonias religiosas que consolidan la unidad de la comunidad cristiana y las procesiones que la congregan. Procedente por lo general de la aristocracia, dirige una iglesia rica y él mismo es rico, capaz de imponerse a los poderosos y de hacerse oír, de tomar iniciativas en su

52. Vercauteren, E., *op. cit.*, pág. 479.

ciudad y de sufragar los trabajos que dictan las circunstancias. Su ciudad está protegida por las reliquias de santos, cuidadosamente conservadas en las basílicas situadas con frecuencia, como en Reims y en Lyon, en las principales salidas de la ciudad. La ciudad episcopal es una «ciudad santa».⁵³ Gregorio de Tours, por ejemplo, nos relata que, con motivo de una epidemia de peste en el año 546, los habitantes de Reims sacaron en procesión la mortaja de san Remigio alrededor de su territorio a la vez que invocaban la protección del santo. La peste no atravesó los límites del territorio de Reims.⁵⁴ «La ciudad está definida no tanto por las murallas que la circunscriben como por el conjunto de las iglesias que la componen».⁵⁵ ¿Habrá que considerar ciudades las aglomeraciones comerciales que aparecen en el siglo VII? Desde el punto de vista de una reflexión sobre el fenómeno urbano sí, sin lugar a dudas, pero desde el punto de vista de los contemporáneos no. Esta falta de coincidencia llama la atención sobre ciertos límites del fenómeno que representan, límites que debemos subrayar.

Las aglomeraciones que surgen, nuevas y a la vez directamente unidas al intercambio con países lejanos, es decir, los nuevos puertos, a escala de los tiempos medievales no son duraderos. La mayoría de ellas desaparece con la invasión de los vikingos, por cuya razón J. Dhondt las llama «ciudades champiñón». Quentovic, por ejemplo, ya no se menciona después del 900, Birka queda abandonada en el año 960 como muy tarde y Dorestad un poco antes. Ahora bien, los documentos no hablan de ocaso de las relaciones comerciales por esta época y las ciudades de origen romano tampoco desaparecen. Las invasiones normandas, a pesar de la toma y del saqueo de muchas ciudades, no interrumpen la vida urbana, incluso allí donde el choque parece haber sido más violento, por ejemplo en Chartres, tomada en el año 858.⁵⁶ Así pues, como subrayan con razón M. Fixot⁵⁷ o J. Heers,⁵⁸ el motivo hay que buscarlo

53. Hubert, J., *op. cit.*

54. Desportes, P., *Reims et les Rémois aux XIII^e et XIV^e siècles*, París, 1979, pag. 401.

55. Bührer-Thierry, G., «De saint Germain de Paris à saint Ulrich d'Augsbourg: l'évêque du Haut Moyen Âge, garant de l'intégrité de sa cité», en P. Boucheron y J. Chiffreau (comps.), *Religion et société urbaine au Moyen Âge. Études offertes à Jean-Louis Poige par ses anciens élèves*, París, 2000, págs. 29-41.

56. Chédèville, A., *Chartres et ses campagnes (XI^e-XIII^e siècles)*, París, 1973.

57. Fixot M., «Une image idéale, une réalité difficile: les villes du vir^e au XII^e siècle», en G. Duby (comps.), *Histoire de la France urbaine*, t. I, *La Ville antique*, París, 1980, pag. 541.

58. Heers, J., *La Ville au Moyen Âge en Occident. Paysages, hommes et conflits*, París, 1990, págs. 44-49.

en la naturaleza misma de esos establecimientos. Aparecen como factorías vinculadas a la presencia de comerciantes llegados de lejos, que podrían no venir más, como almacenes, albergues de etapa, centros de negocios, construidos de forma poco consistente en lugares amenazados por la evolución de los cursos fluviales. Se advierte además que, en dos siglos de existencia, ni Quentovic ni Dorestad han presenciado fundación religiosa alguna notable y duradera ni se han visto jamás dotadas de fortificaciones dignas de ese nombre.

Así pues, hay que prestar atención a las otras ciudades al margen de los nuevos puertos comerciales.

Los testimonios de un desarrollo urbano en los siglos VIII-IX

Generalmente se admite que se pueden distinguir dos épocas en los siglos de la Alta Edad Media desde el punto de vista del dinamismo urbano: un estancamiento o un ocaso hasta los alrededores del año 700 o 750, y un desarrollo, aunque modesto, a partir de esos mismos años.

Ahora bien, desde hace mucho se ha observado que hacia la época de prosperidad de los nuevos puertos comerciales tuvo lugar un desarrollo urbano en sus lugares correspondientes del interior. En Germania se aprecia, a la vez que va siendo conquistada por los frances (con Münster en el norte de Germania, Paderborn, Bremen, Oldenburg en Holstein, Ingelheim);⁵⁹ la evangelización de la Germania, bajo el impulso sobre todo del anglosajón Winfrith (san Bonifacio) entre los años 722 y 724, va acompañada de la fundación de obispados, y la elección de sedes episcopales parece haber tenido en cuenta la existencia anterior de aglomeraciones dotadas de fortificación.⁶⁰ En los valles del Escalut y del Mosa existen poblaciones, algunas de ellas antiguas ciudades (Cambrai, Maastricht, Tournai, Verdun), pero no otras (Valenciennes, Gante, Dinant, Namur, Huy). Este fenómeno llamó la atención de J. Dhondt⁶¹ que, con toda razón, vio en él un desarrollo urbano. En resumen, en los siglos VIII y IX, sobre todo en una región de ese noroeste

59. Fehring, G., «Former roman towns and new foundations in Central Europe», en G. P. Brogiolo (comp.), *Early Medieval Towns in West Mediterranean*, Mantua, 1996, págs. 155-174.

60. Doeckerd, R., *op. cit.*, págs. 128-129.

61. Dhondt, J., «L'essor urbain entre Meuse et mer du Nord à l'époque mérovingienne», *Studi in onore di Armando Sapori*, t. I, Milán, 1957, págs. 57-78.

europeo del que se sabe que más tarde se convertirá en uno de los pueblos más importantes del desarrollo económico, aparecen aglomeraciones a lo largo de las costas, mientras que crecen otras ya existentes, sobre todo por el desarrollo de barrios *extramuros* vinculados a la presencia de un mercado: el hábitat de la ciudad de la Alta Edad Media va más allá del reducido fortificado delimitado por la muralla, sobre todo porque hay grandes santuarios suburbanos que determinan la instalación de una población, y el desarrollo de una ciudad se mide sobre todo por el desarrollo de barriadas.⁶² Así es como el desarrollo de un hábitat *extramuros* queda documentado en Luca desde el comienzo del siglo VIII.⁶³

A pesar de la importancia de muchas auténticas ciudades comerciales en la Europa del noroeste en los siglos VIII y IX, la ciudad episcopal sigue siendo la más representativa de la realidad urbana en la Alta Edad Media. Sin embargo, a partir de ahora se ve claramente que ya no es la única forma del fenómeno urbano digna de atención.

Un desarrollo económico global

Esta evolución inédita es la prueba de un desarrollo económico global que genera excedentes de producción, y de la existencia de corrientes de intercambio. Las invasiones de los siglos IX y X no lo interrumpen. Este desarrollo, a la inversa del de los puertos comerciales, que es una manifestación entre muchas otras, no es un fenómeno limitado a una zona geográfica determinada. También se puede apreciar, por ejemplo, en Aquitania o en Toscana, o incluso en la Italia lombarda y en Campania: la región de Nápoles produce por entonces lanas y ánforas destinadas al transporte del aceite comercializado que testifican la venta de excedentes de producción agrícola. Eso mismo se detecta en la multiplicación de esos mercados rurales de periodicidad variable, con frecuencia semanales, que permiten a los campesinos vender sus excedentes de producción.

Se percibe finalmente uno de los resortes de ese desarrollo en la aparición y la difusión paulatina de nuevos modos de explotación de

62. Lestocquoy, J., «Abbayes et origines des villes», *Revue d'histoire de l'Église de France*, nº 23, 1947, págs. 108-112.

63. Wickham, C., *Early Medieval Italy up. cit.*, pag. 115.

la gran propiedad rural que algunos trabajos recientes han contribuido a evocar.⁶⁴ Aquí se trata de lo que frecuentemente se ha convenido en llamar «gran dominio». No hay que confundirlo con la gran propiedad propiamente dicha, que puede comprenderse de pequeñas explotaciones; hay que distinguir, evidentemente, entre el régimen de la propiedad y el de la explotación. La evolución lleva a ciertas grandes propiedades al estado de grandes dominios, es decir, de grandes explotaciones. Los poderes que tienen sobre los hombres los adjudicatarios de esos grandes dominios son importantes, hasta tal punto que calificarlos de señores rurales no parece nada exagerado.

La historia del señorío es ante todo la historia de la dominación en el campo de grandes propietarios, y del conjunto de medios de que disponen para organizar el trabajo de hombres a quienes dominan, con el fin de apropiarse de una parte del fruto de su trabajo. Esos señores conceden tierras a campesinos y, como contrapartida, los obligan a que les paguen tributos. Eso es lo esencial. El campesino es un colono y tiene las tierras tras un arrendamiento. Sus derechos, la contrapartida de las tierras concedidas, el estatus jurídico del arrendatario, todo eso varía en el espacio y en el tiempo hasta formar la trama de una historia muy antigua. Tras una evolución paulatina termina en la transformación de la gran propiedad rural en señorío rural y va acompañada de la sustitución, también paulatina, de la esclavitud tal como existía en la Antigüedad, por la servidumbre.

A partir del siglo III, bajo el Imperio Romano, si hay todavía esclavos,⁶⁵ la gran mayoría de ellos son familias de campesinos atados a la tierra que cultivan. De hecho, participan en la vida social del lugar donde residen, en el sentido de que viven en familia, organizan ellos mismos sus actividades, están sujetos al pago de un alquiler y disponen de bienes. Su falta teórica de derechos, en la práctica, está regulada por las costumbres locales.⁶⁶ Además, bajo el Imperio hay campesinos jurídica-

64. Pensamos sobre todo en Devroye, J.-P., *Etudes sur le grand domaine carolingien*, Londres, 1993; Verbaudet, A. (comp.), *Le Grand Domaine aux époques mérovingienne et carolingienne*, Gante, 1983; Toubert, P., *Les Structures du Latium médiéval. Le Latium mérovingien et le Sabinum du IV^e siècle à la fin du XIII^e siècle*, 2 vols., Roma y París, 1973.

65. Juridicamente distinguidos como terres privadas de cualquier derecho y excluidos de la vida social.

66. Barthélémy, D., *La mutation de l'an Mil à l'école en leur Service et chevalerie dans la France des XI^e et XII^e siècles*, Viena, 1997, págs. 109-110. Esas costumbres se mencionan explícitamente, por ejemplo, en contratos de cesión de tierras en Italia en el siglo VIII, Cammarano, P., *Storia dell'Italia medievale dal VI al XI secolo*, Roma y Bari, 2001, págs. 131-133.

mente libres pero arrendatarios de la tierra de otro, llamados colonos, libres sin lugar a dudas pero vinculados de una forma cada vez más estrecha a la tierra por las leyes imperiales. Digamos, por ejemplo, que desde el año 332 el colono aparcero (es decir, el que paga el alquiler de su tierra con una parte de su producción) ya no tiene la libertad de abandonar su explotación. Se puede decir en resumidas cuentas, simplificando realidades complejas, por supuesto, que la condición de los campesinos arrendatarios evoluciona hacia la servidumbre. El solo hecho de tener las tierras de otro viene a ser lo mismo que vivir en la servidumbre. No es la esclavitud ni la exclusión de la vida social —el arrendatario está casado, tiene una familia, paga un tributo, por lo que es propietario—, sino lo que ha venido a llamarse servidumbre, para distinguirlo de la esclavitud.

Los campesinos que tienen las tierras de otro para su cultivo no dependen por regla general de dominios en forma de bloques. La gran propiedad se muestra de ordinario fragmentada desde el siglo VI hasta el IX, excepto en casos particulares. «Ese es el modelo dominante del año 200 al 900 y después en toda la Europa occidental» (C. Wickham).⁶⁷ El gran dominio considerado distintivo de la época carolingia (siglos VIII-IX) es precisamente un caso particular. Sus rasgos se van delimitando poco a poco. Se caracteriza por el hecho de que la parte que administra directamente el propietario (la reserva) y las tierras dadas en alquiler (los arriendos [*tenures*]) se asocian por la imposición a los arrendatarios de servicios que adoptan la forma de trabajos agrícolas en la tierra reservada del señor, además de los pagos en dinero o en especie. Este modo de gestión queda documentado por primera vez hacia el año 550 en los dominios de la iglesia de Rávena, situados en el territorio de Padua.⁶⁸ También se encuentra en el siglo VII en la Galia del norte, en tierras fiscales, propiedad del rey franco (que es el heredero del fisco imperial). En Neustria, la palabra *mansus* aparece en el año 620, y designa la tierra donde vive una familia, sea cual fuere su modo de propiedad (arriendo o alodio). En el año 694 aparece la expresión *mansas ieiunantes*, manso o masia del señor, que se puede traducir por reserva. Los dominios del fisco se prestan con menos dificultades a un modo de gestión que supone una permanencia de la gran propiedad que apenas existe

67. Wickham, C., «Economia altomedieval», *Storia medievale*, Roma, Marzulli Editore, 1999, pag. 209.

68. Wickham, C., *L'Italia nel primo Medioevo* op. cit., pag. 132.

entre los aristócratas (porque éstos venden, compran o dividen a la hora de las sucesiones), además de importantes poderes de apremio del propietario y una organización esmerada.⁶⁹ Los grandes dominios, así entendidos, reciben el calificativo de bipartitos, porque se componen de una reserva señorial y de tierras cedidas a pequeños y medianos arrendatarios a cambio de prestaciones en forma de trabajo en la reserva, que puede constituir una gran explotación agrícola. No cabe duda de que responden ante todo al interés por aumentar los ingresos de las tierras públicas. Su modo de administración, muy diverso en la práctica, se difundió después de forma más o menos amplia y duradera, sobre todo mediante la concesión de tierras públicas a abadías y obispados, y después de la década de los años 750 tiende a convertirse en algo común en algunas regiones, como en la Galia del norte e Italia del norte. Demuestra ante todo el gran interés de grandes propietarios por la buena administración de su propiedad y su ansia de perfeccionarla, lo que constituye en los siglos VII y IX una relativa novedad.⁷⁰ De este modo se advierte con bastante claridad —con grandes propiedades organizadas de esta forma— la existencia de ese poder local que parece característico del señorío rural medieval y permite, por ejemplo, la movilización del trabajo de los campesinos para llevar a cabo proyectos colectivos, ya se trate de trabajo en la reserva del señor o de hacer frente a nuevas rotaciones.⁷¹

También se advierte que los grandes dominios contribuyeron de diversas formas al crecimiento, y mediante él, de forma indirecta, al desarrollo urbano. Esos grandes dominios permiten, por una parte, la concesión de tierras a campesinos que comienzan por roturarlas y, por otra, el establecimiento de explotaciones rurales formadas por tierras pertenecientes a distintos propietarios (un señor de una parte de las tierras explotadas, las tierras de aquel que las explota, y uno o muchos otros señores de otras tierras). También estimulan la producción artesanal. Gracias a la fuerza constante de las exigencias señoriales, bien concretada en esos grandes dominios, impelen a los campesinos arrendatarios de tie-

69. Geary, P. J., *Before France and Germany. The Creation and Transformation of the Merovingian World*, Oxford, 1988, cap. 5.

70. Le Jan, R., *Histoire de la France: origines et premier essor 480-1180*, París, 1996, pág. 132.

71. Feller, L., «Liberté et servitude en Italie centrale (VIII-X^e siècles)», *Les Formes de la servitude esclavagiste et servile à la fin de l'Antiquité au monde moderne*, Roma, 2001, página 511-533 (Mélanges de l'École française de Rome, 113/2).

rras a la producción y a la venta de excedentes; entre éstos, los que llegan a manos de los señores del suelo también son objeto de comercio. En este contexto hay que entender el desarrollo urbano.

La ciudad de la Alta Edad Media tiene rasgos propios. En el siglo V como muy tarde, mucho antes de la desaparición de la autoridad imperial, toma forma un tipo de ciudad procedente de la ciudad romana del Bajo Imperio sin solución de continuidad, pero distinta de ella: la ciudad episcopal. Constituye el rasgo distintivo de la realidad urbana de la Alta Edad Media —insistiremos en el capítulo 9 sobre este aspecto— que comienza mucho antes del momento que convencionalmente se adopta como su punto de partida (476, derrocamiento del emperador de Occidente Rómulo Augústulo y envío de las insignias imperiales al emperador de Oriente a Constantinopla). Sin embargo, ella sola no es capaz de abarcar toda esta realidad, y así vemos que hay otros tipos de aglomeraciones urbanas importantes, sobre todo a partir del siglo VIII. Pero está muy claro que existe una realidad urbana en la Alta Edad Media.

Continuaremos observándola a lo largo de este libro. El desarrollo urbano-característico de la época medieval comienza, en efecto, en el siglo VIII y continúa sin inflexiones hasta el siglo XIII, en su dimensión cuantitativa: el número de ciudades aumenta y su población también. Sin embargo, puesto que nuestro principal interés es este desarrollo, insistiremos sobre todo en la evolución de los siglos VIII y IX, salvo que haya que investigar en un tiempo anterior los puntos de comparación pertinentes.

Capítulo 4

La urbanización de la Europa latina en el siglo X

Hablar de la urbanización en el siglo X equivale a interesarse por el momento que la precede, aquel que se considera la época del pleno de sarrollo de las ciudades y de sus manifestaciones. Equivale también, y sobre todo, a tomar medidas contra ciertas perspectivas evolucionistas. Así pues, nos interesaremos por los fenómenos propios del siglo X y no por esas «amarillas de la ciudad» (Bonvesin della Riva)¹ que en los siglos posteriores llaman la atención, pero que a la vez la distraen. Eso nos permitirá subrayar los elementos fundamentales del contexto de la existencia de las ciudades.

Esos elementos, en el siglo X, son dos. Un desarrollo demográfico y agrario que ya hemos señalado de forma breve en el capítulo anterior y que ahora continúa, de forma humilde, sin duda, pero con fuerza, y que comienza a producir efectos tangibles. Éstos se producen de manera simultánea a la desaparición paulatina de los modos de gobierno establecidos en los tiempos carolingios dos siglos antes, lo que se traduce en una clara tendencia a tomar las riendas por parte de los poderes locales. En este marco, no es fácil percibir con claridad la existencia de las ciudades en el siglo X; en ese sentido conocemos mal las ciudades de entonces, y las sociedades urbanas en particular. Esta ignorancia se explica por las características mismas de la documentación.²

1. Bonvesin dalla Riva, *De magnitudine Mediolani Monacensis et Milanae*, traducción y notas de Paolo Chiesa, Milán, 1997.

2. Los documentos nos informan sobre el aspecto de las ciudades, sus funciones, y sobre actividades, sobre todo comerciales, vinculadas, en su organización, a la existencia misma

Comenzaremos intentando medir de manera global ese desarrollo urbano, que va acompañado del desarrollo demográfico y agrario. Trataremos de esclarecer sus manifestaciones mediante el examen de tres casos. En fin, nos plantearemos la cuestión de la evolución de las relaciones entre identidad urbana y funciones urbanas. En el siglo X, las ciudades (es decir, las poblaciones que son sedes episcopales, como explicamos anteriormente) ponen siempre de manifiesto la primera. Sin embargo, éstas son cada vez más minoritarias entre las aglomeraciones que ejercen las funciones urbanas.

MEDIR EL DESARROLLO URBANO

Para formarse una idea de conjunto de la urbanización de la Europa latina en el siglo X es necesario evaluar los efectivos con que contaba la población, a pesar de lo problemática que resulta cualquier clase de valoración, ya que las cifras que vamos a ofrecer son, en buena parte, hipotéticas. Por eso, hay que tomarlas sobre todo como indicadores de tendencias que, ellas sí, se encuentran documentadas.³

Tomemos como punto de partida el Alto Imperio, es decir, el momento de mayor desarrollo demográfico de las ciudades en Europa antes del siglo IX. Ciertos trabajos recientes invitan a pensar que la población de estas ciudades fue sin duda más elevada de lo que se ha creído

de esas ciudades. Pero cuando se trata de los hombres, de sus relaciones y de sus ocupaciones, nos informan principalmente de las posesiones de bienes raíces de organismos eclesiásticos, obispados o, con mayor frecuencia, grandes monasterios, que han conservado sus archivos con el fin de establecer sus derechos sobre esos bienes. Ahora bien, éstos se refieren sobre todo a bienes rurales. Además, la documentación recoge preferentemente los hechos excepcionales y los accidentales. Por ejemplo, en la comarca de la Vendôme ello que provoca la escritura y la conservación de las actas es siempre [...] la fase de implantación de una iglesia, una serie de adquisiciones o la marcha de un conflicto, más bien que la gestión regular de los patrimonios» (Barthélémy, D., *La Société dans le comté de Vendôme de l'an mil au XIV^e siècle*, París, 1993, pág. 23). El fenómeno es general.

3. Los cálculos generales se han basado en la recopilación de datos y de cálculos de Russell (Russell, J. C., «Population in Europe», en Carlo M. Cipolla (comp.), *The Fontana Economic History of Europe*, vol. I, *The Middle Ages*, Glasgow, 1972, págs. 25-71), y Bairoch (Bairoch, P., *De Jerusalén a México. Villes et économie dans l'histoire*, París, 1985), que utiliza las leyes estadísticas llamadas ley de Zipf y ley de Davis.

durante mucho tiempo.⁴ Según Paul Bairoch, «en Europa sin Rusia, la población, que habría alcanzado hacia el año 200 una cima de unos 40-55 millones de habitantes, habría descendido hasta los 30-40 millones hacia el año 500 y a la cota más baja de entre 20 y 25 millones hacia el año 600. En el año 700 tendría un valor parecido. Pero en el año 800 Europa habría tenido de 2 a 5 millones más. Y hacia el año 1000 la población sería de unos 35-45 millones, hasta alcanzar el nivel del año 200 entre los años 1100 y 1150».⁵ Las cifras de P. Bairoch parecen más optimistas que las de otros historiadores, pero sobre la tendencia general todos están de acuerdo. Veamos, por ejemplo, las cifras que nos ofrece J. Russell.⁶

TABLA 1. Población de Europa (en millones de habitantes)

Zonas	500	650	1000	1340	1450
Balcanes	5	3	5	6	4,5
Italia	4	2,5	5	10	7,3
Península Ibérica	4	3,5	7	9	7
Francia	5	3	6	19	12
Islas Británicas	0,5	0,5	2	5	3
Germania y Escandinavia	3,5	2	4	11,5	7,5
Países eslavos	5	3	8	11	8
Hungría	0,5	0,5	1,5	2	1,5
Total - Europa	27,5	18	38,5	73,5	50

Así pues, el crecimiento demográfico habría proseguido en el siglo VIII tras una fase de retroceso iniciada, según se piensa hoy, a mediados del siglo III, caracterizada por el ensañamiento, sobre todo en el sur de Europa, de la peste llamada «justiniana», que se hizo virulenta a partir del año 542 bajo el emperador Justiniano.

4. Scheidel, W. (comp.), *Debating Roman Demography*. *Marrowstone Supplement* 211. Leiden, 2001.

5. Bairoch, P., *op. cit.*, pág. 151.

6. Russell, J. C., *op. cit.*

En cuanto a las poblaciones urbanas, en el punto de partida que hemos elegido, es decir, hacia el año 200, apenas se encuentra algo fuera de la parte de Europa perteneciente al Imperio Romano, poblada quizás por 9 a 12 millones de habitantes. Pudo contar con 40 a 50 ciudades de más de 10.000 habitantes. Considerando urbanas las poblaciones de 5.000 habitantes por lo menos —es decir, un tope tan arbitrario como cualquier otro, pero que tiene la ventaja de permitirnos no contabilizar más que las localidades realmente urbanas de manera incontrovertible, dado el pequeño tamaño de las ciudades preindustriales—, pudo alcanzar una tasa de urbanización del 8 al 15 %. Si no se tiene en cuenta el millón de habitantes que sin lugar a dudas Roma tenía en el Alto Imperio, la parte inferior de esta escala puede ser una apreciación verosímil, comparable a la del 7,6 % que se ha calculado para la Galia sola.⁷ No cabe la menor duda de que esa tasa de urbanización descendió después. ¿En qué medida? Es imposible saberlo por falta de datos suficientes. Pero parece un hecho cierto que el relanzamiento de ese crecimiento demográfico en el siglo VIII va acompañado de una expansión urbana. Europa sin Rusia contaría hacia el año 800 con unas 70 a 80 ciudades de más de 10.000 habitantes, y hacia el año 1000, de 100 a 120. De esta cantidad de ciudades habría que deducir las ciudades de la España musulmana y las de Sicilia (conquistada por los musulmanes en el siglo IX y reconquistada en la década de los años 1060), ajena a la sociedad europea, es decir, un tercio por lo menos. De ese modo quedan en la Europa cristiana, si seguimos contando sólo las ciudades de al menos 10.000 habitantes, unas 45 ciudades hacia el año 800 y de 65 a 80 hacia el año 1000. Según Bairoch, la población urbana crece entre un 40 % como mínimo y un 70 % como máximo entre los años 800 y 1000, es decir, un crecimiento anual medio modesto (0,2 a 0,3 %), pero a un ritmo similar a lo que se supone era el incremento demográfico global. ¿Habrá que aventurar también tasas de urbanización? Bairoch no duda en hacerlo y propone, considerando siempre como urbanas las poblaciones de al menos 5.000 habitantes, del 6 al 8 % hacia el año 800 y del 9 al 11 % hacia el año 1000 —más sin duda en ciertos lugares (Italia) y menos o mucho menos en otros.

En cualquier caso son cifras similares a las de la Galia en el Alto Imperio. He aquí una excelente razón, a lo que parece, para interesararse por la vida urbana en la Europa del siglo X.

7. Etienne, R., «Gaul romaine», en J. Dupâquier (comp.), *Histoire de la population française*, t. I, *Des origines à la Renaissance*, París, 1988, págs. 65-117.

TRES CASOS DE CIUDADES DEL SIGLO X

Nos quedamos con tres casos, elegidos en zonas donde los modos de urbanización parecen diferentes. Con el primero se descubre la Germania, país al este del Rin, de urbanización poco densa y más tardía que en la Europa antiguamente romana. En el segundo caso nos enfrentamos a su antítesis: Italia, es decir, la región primero y más densamente urbanizada de Europa. Con el tercero se ofrece una documentación más rica que en otras partes, a la vez que se da una visión de la Europa que se vio libre de las conquistas francas de los tiempos carolingios. El estudio de estos tres casos da fe de la coherencia y de los límites de nuestro saber.

LAS CIUDADES DE GERMANIA VISTAS POR UN VIAJERO DEL AÑO 965

En el año 965 un viajero judío llegado de la España musulmana describe la Germania.⁸ Este hombre, ajeno a los modelos europeos de civilización, no da demasiada importancia a lo que para un occidental de entonces constituye la población —ser una ciudad, tener santuarios— y en eso se cifra una parte del valor de su testimonio del que sólo conocemos algunos extractos, reproducidos por un autor damasceno del siglo XIII. Ibrahim ben Ya'qûb llegó a Irlanda por Burdeos y Noirmoutiers, después atravesó el imperio —nuevamente restaurado por Otón I, rey de Germania y de Italia y coronado emperador en el año 962— de norte a sur, y abandonó Europa por Sicilia. Éste distingue en Europa dos conjuntos: el mundo eslavo, del que no vamos a ocuparnos aquí, y la «tierra de los frances», es decir, el Imperio. La existencia de un reino en Francia occidental no llamó especialmente su atención, pero es cierto que, en la geografía del poder y del prestigio en el siglo X, Francia occidental apenas cuenta algo.

Una riqueza agraria

Le impresiona la inmensidad de la Germania y, en su opinión, el país es rico. Esta riqueza es ante todo agraria: «Es un país inmenso, un dil-

8. Miquel, A., «L'Europe occidentale dans la relation arabe d'Ibrahim b. Ya'qûb (ca. 1064)», *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, vol. 21, 1966, págs. 1.048-1.064.

tado reino, en tierra cristiana. Pero el país es rico en cereales, en frutas, en cosechas, en ríos, en cultivos, en rebaños, en árboles, en miel y en caza de todas clases. Tiene minas de plata... Los habitantes, cristianos, obedecen a un rey valeroso, fuerte, apoyado en un ejército considerable. Pero también, por más rural que sea, la «tierra de los francos» tiene ciudades.

Las ciudades, mercados locales y regionales

El viajero nos ofrece ciertas descripciones. Éstas dejan traslucir el hecho de que la riqueza de las ciudades depende, tanto por su amplitud como por su dinamismo, de su origen rural. He aquí lo que nos cuenta de Utrecht, en Frisia: «Es una gran ciudad de amplio perímetro en el país de los francos. La tierra está impregnada de sal y no es apta para producir plantas o cultivos. Las habitantes se mantienen en ella gracias a los rebaños, su leche y su lana. Como no tienen leña para quemar, la reemplazan por una especie de barro cuando quieren calentarse», en lo que es fácil reconocer la turba. Esa lana se exporta y sirve para la confección de telas y vestidos que también se exportan: las capas frisianas que se llevaban en la corte del emperador Luis el Piadoso eran conocidas hasta en el Oriente musulmán. Las ciudades son el lugar habitual de los negocios. El negocio es principalmente el de los productos locales útiles a una amplia clientela, lo que da a las ciudades, en el ámbito económico, el aspecto de mercados regionales. Ése es el caso de Maguncia: «Es una ciudad muy grande cuyo territorio contiene una parte de viviendas y otra de cultivos. Está en el país de los francos, junto a un río llamado Rin. Allí abundan el trigo, la cebada, el centeno, la vid y la fruta». Esta observación se ve corroborada por otros testimonios. Por ejemplo, al autor de la vida de san Winnebaldo (muerto en el año 780) recuerda Maguncia con motivo de un alto que hizo en ella el santo y dice que en esta ciudad, «por lo general, hay abundancia de vino». Egimbert cuenta que los comerciantes de Maguncia compraban trigo en la Alta Alemania. En el año 852, año de hambruna, los anales de la abadía de Fulda reseñan el precio del trigo en Maguncia.⁹ El negocio de productos de origen muy lejano, es decir, lo que los historiadores

llaman de forma convencional «gran comercio», no falta de ciertas ciudades.

Por supuesto, el viajero queda sorprendido al encontrar productos de la India, cosa que no esperaba él hallar en ese país rural y, para él, muy lejos de lo que considera las regiones verdaderamente civilizadas. Así pues, menciona su existencia. He aquí lo que dice de Maguncia: «Se ven dirhams acuñados en Samarcanda con el nombre del director de la ceca [...]. Es un hecho extraordinario el que se puedan encontrar en Maguncia, es decir, en el último extremo de Occidente, aromas y especias que no crecen más que en lo más recóndito del Oriente, como la pimienta, el jengibre, el clavo, el nardo indio, el costeo y la galanga; esas plantas se importan de la India, donde crecen en abundancia». En Maguncia existen además muchos otros negocios de productos lejanos: por ejemplo, allí se pueden hallar pieles importadas de Rusia. Pero este «gran comercio», referido a la circunstancia de la existencia de las ciudades, es un pequeño comercio, y Maguncia se nos muestra sobre todo como un gran mercado de cereales, junto a Hesse y la Franconia. El viajero no se equivoca al respecto.

También aparece cierta duda a la hora de considerar ciudades algunas aglomeraciones nacidas en Germania por la época de la cristianización del país, o elevadas al rango de ciudad cuando no eran más que simples villorrios fortificados de manera más o menos superficial o que fueron creciendo a veces en torno a grandes monasterios que, para el poder franco, representaban importantes puntos de apoyo político y militar. Ibrahim ben Ya'qûb visitó Fulda, en Hesse (a 87 km al sur de Kassel, junto al río Fulda). Allí había una fortificación desde los tiempos merovingios. San Bonifacio fundó en aquel lugar, en el año 744, una importante abadía, donde después sería inhumado, y en torno a la cual se iría formando una gran aglomeración. «Es una ciudad en el país de los francos. Es inmensa, construida en piedra y poblada únicamente por religiosos. La entrada a la ciudad [de hecho, la entrada al monasterio] está prohibida a las mujeres, tal como lo prescribió el mártir del lugar, cuyo nombre es Bâdj'l'b [Baugulfo, segundo abad del monasterio]. Por lo que se cuenta, ese mártir [Bonifacio, ya que el autor confunde Bonifacio y Baugulfo] era obispo en el país de los francos. En desacuerdo con sus compatriotas, vino a establecerse en este lugar y construyó en él una ciudad. En lo tocante a la ciudad, es una inmensa iglesia a la que los cristianos tienen en gran estima.» El autor ofrece además una descripción de los tesoros de la iglesia del monasterio.

⁹ Dochard, R., *Le Haut Moyen Âge occidental. Économies et sociétés*, París, 1982, pág. 225, 227.

POBRA Y EL REINO DE ITALIA ANTES DEL AÑO 991 SEGUN LAS
INSTITUTAS REGALIAS Y MINISTERIA CAMERE REGIAE
CONGRUENTES CON LA HONORANTIA CITATIS PAVIAE

Un documento italiano referente al siglo X llama la atención sobre estos aspectos. El texto de las *Instituta Regalia et Ministeria camere Regiae Congruentibus con la Honorantia citatis Paviae*, que ha sido objeto de abundantes comentarios,¹⁰ ha adquirido una merecida fama. Se presenta como un inventario que enumera los ingresos de carácter fiscal que se pagan desde muy antiguo a la Cámara del palacio real de Pavia (que desde los reyes lombardos es la capital del reino de Italia): «Vosotros todos, a quienes vuestro amor por el os une profundamente a los intereses y al honor del reino de Lombardía, escuchad, satisfechos y tranquilos, como se instituyeron antaño todos los servicios vinculados a la cámara del rey y a su palacio y la totalidad de los derechos reales de los lombardos. Esos derechos los administra un *magister camere* o *camerarius*, perteneciente a la nobleza de la ciudad de Pavia (y que en el siglo X tiende a ser el hijo de su predecesor y el padre de su sucesor; el cargo, no cabe duda, es muy lucrativo). También están vinculados de forma secundaria a las actividades de producción,¹¹ y sobre todo a las actividades mercantiles de los extranjeros que venían al reino de Italia con frecuencia, penetrando por los Alpes al norte o bien por diversos puertos.

La redacción del documento¹² puede fecharse en una época cercana a la muerte del emperador Enrique II (1024), con toda seguridad en el año 1027. Con pasajes tomados quizá de un documento anterior, da cuenta *a posteriori* de un estado de cosas anterior al año 991 y nos interesa por tres motivos: por lo que dice, por las circunstancias singulares de su redacción, y por lo que no dice.

10. Se pueden citar sobre todo De La Roncière, Contamine, Delort, Rouche, 1969; Brühl, C. y Violante, C., *Die «Honorantia citatis Paviae» Transkription, Edition, Kommentar*, Colonia y Viena, 1983; Cammarosano, P., *Storia dell'Italia medievale dal VI all'XI secolo*, Roma y Bari, 2001.

11. Monneret de Villard, U., «L'organizzazione industriale nell'Italia langobarda durante l'alto Medioevo», *Archivio storico Lombardo*, 1919, pág. 1-83.

12. Lo conocemos por una copia del siglo xv que contiene muchas interpolaciones de pasajes posteriores a su redacción.

*Intercambios comerciales y papel comercial de las ciudades
en el norte de Italia*

El texto da la lista de los lugares de recaudación de los derechos sobre las mercancías («los comerciantes, a su entrada en el reino, pagan en los puntos de paso situados en las vías de comunicación pertenecientes al rey el diezmo de toda mercancía; he aquí la lista de esos pasos») y el nombre de ciertas mercancías sometidas a tasa. Enumera las nacionalidades de los comerciantes que por diversas razones constituyen casos particulares (ingleses y sajones, venecianos, amalfitanos, gente de Gaeta, salernitanos). El hecho mismo de que la tasa de la entrada de mercancías por las fronteras sea una fuente de ingresos nada despreciable da fe de un vigor comercial de la Lombardía del siglo X muy real. Las vías de comunicación que, lo mismo que en otras partes, dependen del poder soberano, se dirigen hacia los grandes puertos de los Alpes. La constante utilización de éstos por los comerciantes es una prueba suficiente de que el mantenimiento de las calzadas y de los pasos alpinos estaba garantizado. El comercio que se menciona es un comercio de amplio radio de acción. El reino lombardo está claramente en contacto, mediante un comercio regular, con todo el Occidente cristiano, incluida Inglaterra, y, mediante los venecianos y los amalfitanos, con el Oriente bizantino y musulmán. Esta situación ya no es nueva («muchos ricos comerciantes venecianos venían tradicionalmente a Pavía...»).

Los productos del intercambio comercial son muy variados. Algunos se importan del norte: «Los caballos, los hombres y mujeres esclavos, los tejidos de lana y de lino, las telas de cáñamo, el estafño, las espadas». Otros proceden de Oriente: «Los venecianos deben dar al director del tesoro cada uno anualmente cuando llegan a Pavía, una libra mayor* de pimienta, una de canela, una de galanga y también una libra de jengibre [...]. Del mismo modo salernitanos, gente de Gaeta y amalfitanos venían tradicionalmente a Pavía con abundantes mercancías; daban al tesoro del palacio real el cuadragesimo cuarto,** y a la esposa del tesorero, como los venecianos, las mencionadas especias». Para la exportación, el documento menciona el trigo y el vino que compraban los venecianos. El redactor del documento subraya una característica de Venecia que confirma la particularidad de esta ciudad mercantil: «Esta nación no

* En Venecia, por la época, se conocían hasta ocho clases de libra. (N. del t.)

** Es decir, 1/240 de una libra de plata. (N. del t.)

ara, ni siembra, ni vendimia». Las sumas que pone en movimiento el negocio son importantes. El documento ofrece al respecto testimonios directos e indirectos. La mención de que «el dux de los venecianos y sus venecianos tienen que dar cada año al palacio de Pavía 50 libras venecianas» es un testimonio directo; la suma mencionada, expresada en moneda convencional (la libra), equivale a 12.000 dineros de plata, lo que es muchísimo. La existencia de un trato especial a ciertas naciones es un testimonio indirecto. Así, como contrapartida a las 50 libras venecianas pagadas todos los años, «la nación de los venecianos puede comprar trigo y vino en cualquier centro comercial y hacer sus gastos en Pavía, sin tener que pasar por más contrariedades».

Las ciudades se muestran como lugares de comercio: los venecianos vienen a comprar a Pavía. Por lo tanto hay que ver en esta ciudad el lugar de concentración de los productos que los venecianos vienen a comprar, y también el lugar donde se hallan los intermediarios que se los pueden ofrecer. Eso implica la existencia de una red de intercambios entre Pavía y las demás ciudades de la cuenca del Po, y la utilización de la flota fluvial para el transporte de los productos pesados, sobre todo el trigo y el vino que menciona el documento. Eso no es una novedad del siglo X. Un despacho del rey Liutprando en el año 715 menciona la existencia de transportes comerciales por el Po y sus afluentes: los comerciantes de Commachio, situada en la desembocadura del gran río, al norte de Rávena, transportan hacia las ciudades del interior sal, aceite y pescado. Por eso no tiene nada de extraño saber que propietarios laicos y eclesiásticos de grandes dominios rurales, sobre todo las abadías de Bobbio y Nonantola, tienen almacenes en Pavía; comerciantes que trabajan para ellas y negocian el excedente de la producción. Existen también comerciantes profesionales. Entre ellos, al menos los italianos (venecianos, amalfitanos, salernitanos) son ciudadanos. Los comerciantes son ricos («venianos ricos comerciantes venecianos...»). Así pues, la Italia del norte en el siglo X, mucho más urbanizada que el resto de la Europa latina, no es un mundo cerrado que viva en autarquía.

Lo mismo que en Germania, la existencia de excedentes agrícolas da pie a un comercio de productos del suelo concentrado en las ciudades en lo que respecta a su organización. Entre ellas se distinguen las ciudades marítimas cuya particularidad es el mantenimiento de intercambios comerciales con el Oriente desde el siglo VIII.

Ciudades y movimiento social

Pero en lo que atañe a las sociedades urbanas nos quedamos aún en ayunas. Los acontecimientos contemporáneos a la redacción del documento que nos ocupa nos ofrecen a este respecto una débil claridad. Las circunstancias son más bien turbulentas. El emperador Enrique II (1002-1024) se ve obligado a hacer frente a una fuerte oposición procedente de la alta aristocracia italiana, desposeída desde el año 962 de la prerrogativa de elegir a su soberano. En efecto, desde Otón I, rey de Germania, vencedor de los húngaros, rey de Italia y restaurador del Imperio, el rey de Germania es al mismo tiempo rey de Italia y emperador, pero es elegido por los grandes del reino de Germania. Por eso, los grandes del reino de Italia pueden verse tentados de no reconocerle como rey y de apoyar a uno de los suyos a la hora de la competencia por el trono. Así es como el emperador Enrique II (1002-1024) tiene que hacer frente a Arduino de Ivrea. Pavía es uno de los escenarios donde tienen lugar estas peripecias: en ella Arduino se hace coronar rey de Italia en el año 1002 y en ella también el emperador se hace coronar rey de Italia en el año 1004 y allí preside un importante concilio en el año 1022. Muere en el año 1024 y entonces la población de Pavía se subleva. El episodio está marcado sobre todo por la destrucción del palacio real.

Este episodio invita a interesarse más detenidamente en las circunstancias de la redacción de las *Honorantiae civitatis Papiae*. En primer lugar, los pavesanos están organizados: tras la destrucción del palacio real, envían una embajada al emperador Conrado II y exponen una justificación de su comportamiento. En segundo lugar, su oposición es la de una élite urbana influyente. En efecto, las *Honorantiae civitatis Papiae* constituyen una inculpación, dirigida al emperador, de su predecesor difunto. Constituyen, de acuerdo con la lista de los derechos de la Cámara real y de las prerrogativas del jefe de la Cámara del rey, el memorándum del ejercicio del oficio desde la década de los años 930 a la de los años 970 por un noble ciudadano, Gisulfo, después por su hijo Airaldo, al que habría tenido que suceder su hijo Gisulfo, segundo de este nombre, si no hubiera habido de por medio lo que se presenta como los tejenajes de Juan Filagato, obispo de Plasencia, capellán y consejero de la emperatriz Teófano —de origen griego, regente hasta su muerte en 991 por la minoría de edad de su hijo Otón III—, que habría desviado los ingresos de la Cámara en beneficio de sus files. Ahora bien, según el autor del documento —es de suponer que era Gisulfo—, el emperador Enri-

que II no ha restaurado el orden antiguo. La reclamación que se presenta es la de la vuelta a un pasado en el que los derechos reales están tanto más garantizados cuanto que el rey goza de la fidelidad de influyentes y ricas familias de ciudadanos, puesto que es de su propio interés. De ahí la tercera circunstancia que se puede observar: no sólo existe una élite urbana, sino que está completamente decidida a hacer lo que juzgue necesario para defender sus intereses y es capaz de constituir una comunidad que halle en sí misma la fuerza de su cohesión, aunque tenga que enfrentarse, si es necesario, al poder legítimo, el del emperador rey, localmente representado por el obispo.

En este sentido, Pavía no es un caso particular; en Italia del norte en el siglo X y al comienzo del siglo siguiente hay muchos otros casos de oposición entre los ciudadanos y el obispo, por ejemplo en Verona en 965-967, en Milán en el año 979, en Cremona en el año 1022. En este último caso los habitantes se rebelan contra el obispo Landolfo; forman una conjura, expulsan al obispo, se apoderan de los bienes episcopales, derriban la residencia episcopal, sus fortificaciones y las casas de los canónigos partidarios del obispo. En el reinado del sucesor de Enrique II, Conrado II, se produce un levantamiento en Rávena, otro en Roma, disturbios graves en Milán y nuevamente en Cremona. Después de todo, estos sucesos son triviales en sí mismos —una o algunas revueltas entre muchas otras— pero uno se sorprende tanto por la existencia de una oligarquía ciudadana como por la convergencia de un conjunto de revueltas urbanas, que constituyen otros tantos movimientos colectivos. Y, cuando no hay revueltas, existe no obstante una población ciudadana que es mejor no pasar por alto; por ejemplo, en Treviso, en el año 997, el acta de fundación de un monasterio por el obispo del lugar menciona la presencia del conde y del *populus tarvisinus*.¹³

Esta evolución está en sus orígenes en la situación de las ciudades en los siglos IX y X.

Un testimonio parcial y sesgado

Finalmente esto nos lleva a lo que el texto llamado *Honorantie civitatis Papiae* no dice. Éste se remite al estado de cosas anterior al debilita-

¹³ Gaspari, S., «Dall'età longobarda al secolo X», en D. Rando y G. M. Varanini (coords.), *Storia di Treviso*, vol. II, *Il Medioevo*, Venecia, 1991, págs. 3-39.

miento del poder real y al desarrollo de los poderes locales, característicos del siglo X. No menciona los lugares de recaudación de tasas *ad valorem* sobre la circulación de mercancías, peajes, gabelas, que se multiplican entonces por doquier. Los productos del intercambio que citan son de valor unitario muy elevado y por lo tanto productos de lujo reservados a una clientela restringida ansiosa de aparentar. Pero no habla de lo que es el cada día de los intercambios en la meseta del Po y menciona trigo y vino sólo al referirse a los venecianos. ¿No compran éstos más que esos dos productos? Es muy poco probable. ¿No venden más que especias? Sabemos muy bien que no, e incluso sin hablar de la sal, de la que son los grandes proveedores desde hace mucho tiempo, o del pescado, seco, ahumado o en salmuera,¹⁴ ni de los productos de lujo como las sedas, es muy verosímil que vendieran en Plasencia algodón, que alimentaba una producción local de esos tejidos de lino y de algodón llamados fustanes.¹⁵

En resumidas cuentas, el texto refleja perfectamente los tiempos anteriores a su redacción y también una representación del mundo en la que si los objetos de intercambio comercial son una riqueza, perfectamente recogida como tal cuando esos objetos tienen un gran valor, el intercambio mismo no es considerado una riqueza en sí.

SALERNO EN EL SIGLO X SEGÚN CIERTAS TRANSACCIONES PRIVADAS

Volvemos a esta visión de las cosas con el último caso que vamos a analizar, desplazándonos una vez más hacia el sur: Es el caso de los archivos del monasterio de la Santísima Trinidad de la Cava, cerca de Salerno, con el que nos situamos esta vez fuera del mundo carolingio. La abadía, fundada en el año 1011 en Corpo di Cava, cerca de la actual Cava de Tirreni, en las tierras del interior de Salerno, heredó, efectivamente, una parte de los bienes y sobre todo de los archivos de la iglesia de San Máximo de Salerno. Éstos contienen más de quinientas actas notariales de los siglos IX y X —la más antigua se remonta al año 792—.

¹⁴ Luzzato, G., *Storia economica d'Italia*, vol. I, *L'Antichità e il Medio Evo*, Roma, 1949; Gracco, G., *Un altro mondo. Venezia nel Medioevo del secolo XI al secolo XIV*, Turín, 1986.

¹⁵ Racine, P., *Plaisance du X^e à la fin du XIII^e siècle. Essai d'histoire urbaine*, París y Lille, 1979.

relativas sobre todo al importante patrimonio en bienes raíces de la iglesia de San Máximo, fundada y dotada por los príncipes lombardos de Salerno. Este archivo es uno de los más importantes que existen sobre la Italia de la Alta Edad Media y esclarece varios aspectos importantes de la existencia de Salerno.

Un desarrollo urbano (siglos VIII-X)

La ciudad, que ya existía antes de la conquista romana, está situada al pie de unas colinas en la costa norte del golfo homónimo, a 45 km al sudeste de Nápoles. En el siglo X es una ciudad importante. Salerno pertenece al Imperio de Oriente desde la guerra grecogoda, después, tras la conquista por los lombardos poco antes del 649, al ducado de Benevento, que no formaba parte del reino lombardo de Italia y no fue conquistada por los franceses como éste, en el año 774. Fue la capital de los duques lombardos de Benevento con el duque Areghis II (758-787) y, desde el 849, es la capital de un principado independiente, además erigida en sede episcopal en el año 974. El desarrollo de la ciudad parece claro en los siglos VIII y IX.¹⁶ Hay que relacionarlo con el desarrollo agrícola contemporáneo de la meseta que forman las tierras del interior, entre Salerno y Nocera, caracterizado entonces por la utilización de tierras nuevas para el cultivo,¹⁷ y con la existencia en Salerno de una aristocracia ciudadana terrateniente con importantes intereses en los campos vecinos. Así se comprende por qué la ciudad, dotada por el duque Areghis II por los años 770-780 de una nueva muralla cuatro veces mayor que la antigua, se desarrolló hasta llenar este nuevo recinto en el siglo X como muy tarde. Precisamente en el siglo X aparecen ciertas actividades artesanales en la documentación. Los salernitanos, como hemos visto, se dirigen con frecuencia a Pavía y llevan especias, lo que da fe de ciertas actividades comerciales por la vía marítima con el Oriente, comparables quizás con las de sus vecinos amalfitanos, de los que se sabe que eran numerosos en El Cairo en el siglo X. Resumiendo, en Salerno en el siglo X, lo mismo que en la ciudad vecina de Amalfi, mejor conocida, hay intereses inmobiliarios, actividades artesanales e intereses en los ne-

16. Delogu, P., *Mito di una città meridionale. Salerno secc. VII-X*, Nápoles, 1977.

17. De Maio, M., *Alle radici di Salofra. Dal tratturo transumante all'autonomia territoriale*, Avellino, 1997.

gocios que desempeñan un papel importante en el desarrollo de la ciudad. Ésa es la tónica general en las ciudades medievales. Pero ¿cuál es su peso respectivo, su equilibrio, y cómo se conciben esos intereses? Es lo que los archivos de san Máximo conservados entre los de la abadía de La Cava contribuyen a esclarecer, al menos de una forma parcial. La información que esos archivos ofrecen ha sido el origen de numerosos trabajos. Esta información unas veces es directa y otras indirecta.¹⁸

La importancia de los intereses inmobiliarios

Comenzaremos por la primera. Los bienes raíces, rurales o urbanos, son el objeto primordial de los contratos de La Cava. Sus propietarios son unas veces gente del campo y otras ciudadanos, y entre éstos la familia principesca, instituciones religiosas, e individuos que no aparecen más que con motivo de la alienación de sus bienes y cuyos contratos, por desgracia, indican la filiación, pero no la actividad. Los tipos de transacción experimentan una evolución en el tiempo. En el siglo IX predominan las transmisiones de propiedad generalmente bajo la forma de comproventa y el pago en dinero. A mediados del siglo X, las concesiones de tierras agrícolas *ad laborandum* por períodos de tiempo se hacen habituales. Los períodos que más abundan entre lo que hemos hallado son 9, 10, 13 y 15 años. A veces, a las tierras se adjunta una casa que suele tener un pozo, un lagar y otros equipamientos relacionados con el trabajo agrícola. Algunos contratos establecen explícitamente la obligación de cultivar las tierras, y a veces entran en el detalle de las actividades (poda de los árboles, repoblación forestal cuando es necesaria, cava y laboreo de las viñas, etc.). La contrapartida a que se ve obligado el arrendatario de las tierras, el *territicum*, entra en el capítulo de la costumbre —y todos los contratos agrarios hacen mención de la costumbre del lugar, *secundum consuetudinem de ipso locum*, se lee en uno de los contratos del año 1015—, pero los contratos también establecen cánones aparceros: en este caso las cosechas se reparten entre el arrendatario y el propietario de los bienes. Hay contratos que establecen, al término del

18. Delogu, P., *op. cit.*; Cammarosano, P., *Storia dell'Italia medievale dal VI al XI secolo*, Roma y Bari, 2001; Taviani-Carozzi, H., *La principata lombarda de Salerno (IX-XI) Phocov et societe en Italie lombarde méridionale*, 2 vols., Roma, 1991; Taviani-Carozzi, H. y B. Vetere, *Salerno nel Medioevo*, Lecce, 2000.

arrendamiento, la división de la propiedad en dos partes iguales, una para el arrendador y otra para el arrendatario de la propiedad objeto de cesión, o bien la prórroga de la concesión con la modificación del canon que se debe percibir, que de fijo se convierte en aparcero, estableciéndose el reparto en este caso de los frutos recolectados a razón de un tercio para el arrendador y dos tercios para el propietario. Siempre a partir de mediados del siglo X, los contratos evidencian la presencia de amalfitanos en Salerno. A partir de la década de los años 980, las concesiones de bienes raíces urbanos se hacen frecuentes; se ceden terrenos por 20 o 24 años, con la obligación para el tomador de construir en ellos o de reconstruir un inmueble. Todos esos contratos nos ofrecen una información sobre el paisaje urbano: las casas pueden ser de dos pisos, de piedra o de madera, con una superficie edificada de 100 a 150 m², rodeadas de un patio y, con frecuencia, como en otras partes (en Reims, por ejemplo)¹⁹ de un huerto. También nos ofrecen datos sobre el campo cercano a Salerno, donde la asociación de los trabajos de labranza con el cultivo de la vid y el de los huertos parece habitual, y sobre sus vínculos con la ciudad. Los pagos en especie que tienen que hacer efectivos los tomadores de los bienes raíces pertenecientes a los ciudadanos se llevan a Salerno donde forman parte de un comercio. Los propietarios ciudadanos tienen representantes que visitan de vez en cuando a sus arrendatarios. Hay individuos que tienen como oficio garantizar los traspasos de mercancías, como un tal Juan *qui fuit portarum* y que aparece en un contrato del 1040.²⁰ Las iglesias rurales (*pieve*) son elementos importantes de la vinculación entre campo y ciudad. Como propiedad de instituciones ciudadanas, por ejemplo el arzobispado, poseen bienes raíces, son centros de recogida del importe de los alquileres de los arrendatarios, del que una parte termina en la ciudad, y son también lugares donde tienen lugar los mercados que se celebran con motivo de ciertas fiestas religiosas. Los contratos expresan en dinero el importe debido por las tierras cedidas y nos confirman que la moneda, aquí el *tari* de oro, es el instrumento de intercambio de los bienes, el medio normal de expresar un valor y de saldar una deuda: la economía salernitana es una economía monetaria. En fin, los contratos ratifican un desarrollo económico global, por el incremento lento del número de ellos que parece confirmar

19. Desportes, P., *Reims et les Rémois aux XIII^e et XIV^e siècles*, París, 1979, págs. 62, 65, 69.
20. De Maio, M., *op. cit.*

una movilidad cada vez mayor de bienes, y también por la existencia de contratos agrarios basados en la perspectiva de una explotación de las tierras —como en otras partes de la Europa medieval, como por ejemplo en el Mâconnaise—.²¹ En éstos, la partición entre donante y tomador al término del contrato del bien cedido, así como la determinación de la parte que se tendrá que pagar como aparcero demuestran el reconocimiento de la bonificación que se hará a cargo del tomador, y a la vez la esperanza de un incremento de la producción. Lo que nos ofrecen los contratos de La Cava es la auténtica imagen de un desarrollo agrario y urbano.

Una economía de crecimiento lento

Pero la información indirecta que nos ofrecen esos archivos no es menos preciosa —indirecta, porque aquí se trata, una vez más, de averiguar lo que los documentos no dicen o los objetivos que no se proponen—. El material jurídico de las transacciones no evoluciona y su grado de variedad no aumenta. Las operaciones económicas que desvelan los contratos pertenecen a una «economía de bienes estables» (Paolo Cammarosano); los contratantes son propietarios o concesionarios de bienes raíces. Las actividades artesanales, el negocio —que existen, sin duda— no aparecen en los contratos. Por ejemplo, el arrendamiento por el plazo de un año, en el año 991, de un terreno en el que había un bosque de encinas, destinadas a la tala a expensas del arrendatario para lograr madera para la construcción de barcos, es un acta completamente excepcional. El crédito existe, pero ocupa un puesto marginal. Sólo aparecen de forma muy esporádica los préstamos bajo fianza de bienes raíces, en los que la venta va acompañada de una cláusula de rescisión si el precio pagado por el comprador se devuelve en un plazo determinado, préstamos bien conocidos por lo demás, y ciertas formas de compromiso temporal por parte del arrendatario del fundo que ha obtenido. Por ejemplo, el contrato de 1040 ya citado prevé que el arrendatario puede dejar la explotación que lleva durante tres años como máximo, pero entonces, durante este período, sus frutos serán de quien la haga producir. El fundo entonces puede ser la garantía de un préstamo, o bien su producto constituir el reembolso del mismo. La información de los contra-

21. Duby, G., *La Société aux XI^e et XII^e siècles dans la région mâconnaise*, París, 1953.

no de san Maclario está en la linea, una vez más, de los *Honorarios* que dan fe de una llanura entre una economía monetaria que prácticamente no intercambia, pero en la que éste no se considera una riqueza en sí misma. La infancia coincide por completo, y tenemos un testimonio especialmente llamativo en el hecho de que se considera normal que ciertos pueblos de la llanura la costumbre y no el metrada, adobe todo el pueblo de las piedras.²²

En esas condiciones, el desarrollo económico, muy real, no puede ser más que el resultado de un crecimiento lento; a este respecto, el caso de Salereto y su pequeña región parece representativo de la Europa latina en su conjunto.

IDENTIDAD URBANA Y NUEVA DISTRIBUCIÓN DE LOS PAPELES URBANOS

La Europa latina se distingue también por el incremento del desfase entre la expresión de la identidad urbana por parte de las ciudades y el ejercicio de papeles urbanos por parte de las poblaciones que no son sedes episcopales. Se puede observar este desfase, al que ya aludimos brevemente en el capítulo anterior, como el resultado de una convergencia de factores. Una reordenación de los poderes multiplica el número de éstos y de los lugares de su ejercicio, que son, o se convierten, en puntos donde se concentra la población. A la vez, un desarrollo demográfico y agrario fomenta el desarrollo de las poblaciones nuevas lo mismo que el de las antiguas, y consolida la vocación urbana. En estas evoluciones complejas hay que observar cuatro puntos que parecen esenciales para el fin que nos proponemos: las ciudades siguen ocupando el primer lugar entre las poblaciones de Europa, pero la posición del obispo (y de las ciudades) en la organización de los poderes cambia completamente, mientras que las poblaciones urbanas o con vocación urbana se multiplican hasta el punto de ser bastante más difícil que en siglos anteriores la distinción entre verdaderas ciudades y esas otras poblaciones con vocación urbana.

22. Wickham, C., *Early Medieval Italy. Central Power and Local Society 400-1000*, Macmillan Press, 1981, trad. n. *Italia nel primo Medioevo. Poder central e società locale 400-1000*, Milán, 1982, pag. 149.

Los estudios: expresión de la identidad urbana

Las ciudades son, en cuanto a loencial, las herederas de los del siglo V. La red de sedes episcopales no se ha modificado esencialmente por desplazamientos de sedes, a no ser en regiones bien definidas, sobre todo en el sur de Italia. En otras partes ha dado pruebas de una admirable estabilidad, dejando aparte accidentes los cuales como el que vemos que se produjo en Dijon: el obispo de Langres traslado allí desde el siglo V hasta el IX. En las regiones ganadas para el cristianismo, éste y la urbanización han progresado al unisono, sobre todo en tierras germánicas, y allí las poblaciones de cierto relieve son ciudades. En Alemania y en Baviera en el siglo VII, al norte del Main en los siglos VIII y IX, los obispos se hallan frente a la necesidad de construir, de restaurar o de inventar por completo un marco que sea digno de la sede episcopal, poco a poco van estableciendo nuevas ciudades (Conieveve, Bühren-Thierry).²³ Fundadas en el emplazamiento de las antiguas ciudades romanas allí donde existían.

La mayoría de las poblaciones importantes son ciudades. Las mayores ciudades son las del norte de Italia, es decir, las de la región que, dès de el siglo V, aparece como la más rica de la Península. Hacia el año 1000 Génova, Milán, Pavia y Verona tenían cada una de ellas una población comprendida sin duda entre 20 y 35.000 habitantes. Venecia quizás alcanzaba los 45.000. En el sur de Italia, Nápoles, sin lugar a dudas, y Amalfi, con cierta probabilidad, llegarian a ese nivel. Fuera de Italia tambien están en las regiones mediterráneas donde se hallan las ciudades más importantes, en Provenza (Arles), en el Languedoc (Narbona y Toulouse) y en Cataluña (Barcelona). Si nos alejamos del Mediterráneo, la otra gran zona urbanizada está comprendida entre el Río y el mar del Norte, a lo largo del Mosa y del Escalda. Allí las ciudades se hacen grandes, hemos citado antes Cambrai, Maastricht, Tournai y Verdun. En otras partes, Colonia y Metz cuentan quizás con 20.000 habitantes. París quizás con una cifra parecida. Londres posiblemente con 10.000, pero París y Londres dan la impresión de estar asiladas en grandes extensiones mucho menos urbanizadas que las dos grandes zonas anteriores.

23. Böhmer Thury, G., «De saint Germain de Paris à saint Ulrich d'Aspachbourg. L'obispado del Haut Moyen Âge, garante de l'intégrité de sa ville», en P. Bourdier y J. Chastelain (comps.), *Religion et société urbaine au Moyen Âge. Etudes offertes à Jean-Louis Biget par ses amis et élèves*, Paris, 2000, págs. 29-41.

Las ciudades del siglo X, lo mismo que las de siglos anteriores, son centros para un territorio en el que su papel es religioso, económico, militar y político. La importancia respectiva de esos papeles en la existencia de las ciudades se modifica, lo mismo que las actividades que plasman su existencia.

El desarrollo demográfico y agrario es un beneficio para ellas. Proporciona a su papel económico, que es el de ser lugares de concentración de los productos del suelo, lugares de intercambio y, en una proporción variable, lugares de producción, una importancia redoblada. Como consecuencia, su población va en aumento. Su desarrollo, puesto que las ciudades están fortificadas, adopta la forma de una expansión, perceptible sobre todo en la segunda mitad del siglo X, de barrios y de núcleos de población situados fuera de las murallas. Se percibe sobre todo gracias a la aparición de nuevas iglesias en muchas ciudades tanto dentro como fuera del perímetro fortificado. En Rímini, por ejemplo, se cuentan hasta siete.²⁴ En Luca, la mitad de las casas citadas en los documentos anteriores al año 1000 se hallan en el interior de las murallas²⁵ —la mitad es algo considerable, incluso extraordinario—. El desarrollo de las ciudades conduce a la aparición primero y a la coexistencia después de núcleos de población topográficamente distintos; recuérdese, por ejemplo, el caso de Deutz, en la periferia de Colonia. En Reims,²⁶ el monasterio benedictino de Saint-Rémi, situado en los arrabales, su basílica y las construcciones que dependen de ella forman un conjunto importante y constituyen un punto de afianzamiento de la población distinto de la ciudad. En el año 923 quedan rodeados por una muralla gracias a la cautela del arzobispo de entonces, en el contexto de las razias normandas, lo que refuerza su papel. En torno a Saint-Rémi y sus murallas se aprecia el nacimiento de un burgo, mencionado en un despacho real que se puede fechar en los años 990-991. La reconstrucción del monasterio a partir de 1005 demuestra la magnitud de sus medios financieros, y en Saint-Rémi tiene lugar una feria anual en octubre, en el tiempo de la vendimia, que dura una semana. Así es como un arrabal que ha ido creciendo a las afueras de la ciudad puede lograr una importancia comparable a la de ésta (como en Tours, con la población que se forma en torno al monasterio y a la sepultura de san Martín, tanto más

24. Gobbi, G. y P. Sica, *Rimini*, Bari, 1982, pág. 33.

25. Wickham, *L'Italia nel primo Medioevo*, op. cit., pág. 115.

26. Desportes, P., op. cit.

cuanto que aquél se fortifica en el año 919), o incluso superior, como en Limoges (donde la iglesia dedicada a san Marcial se convierte en monasterio en el año 848, se fortifica y forma el núcleo de una población). En Siena esta evolución se manifiesta de manera sorprendente en la aparición a partir de 1071 del empleo en los documentos escritos del nombre de Siena en plural.²⁷

En fin, el papel político de las ciudades es a veces importante. En efecto, las invasiones que se reanudan en la segunda mitad del siglo IX y los disturbios del siglo X les otorgan, tras la paz carolingia, un papel militar considerable. Se restauran las murallas por doquier y a veces se construyen otras nuevas. En Reims, la restauración del recinto fortificado entre los años 883 y 887, que encierra una superficie de 60 hectáreas, devuelve a la ciudad del siglo X su papel de fortaleza.²⁸ En Florencia, un nuevo recinto amurallado encierra algunos arrabales surgidos junto al Arno.²⁹ El obispo asume la responsabilidad de la defensa y recibe con frecuencia del rey, desde finales del siglo IX (en el año 898 en Módena), sobre todo en Italia, el derecho de levantar fortificaciones. Éste asocia a los ciudadanos a las tareas de defensa y recurre sobre todo a sus vasallos, ciudadanos o no. Espera de ellos un servicio militar y puede llegar, en caso de peligro, a ponerse al frente de ellos para dirigir la defensa de su ciudad. Eso es lo que hizo, por ejemplo, el obispo de Augsburgo en el año 955 cuando su ciudad fue asediada por los húngaros.³⁰ Así pues, la ciudad en cuanto colectividad halla su expresión en la presencia del obispo a su cabeza y en la colaboración con él de las élites locales. Estas participan en las tareas que las necesidades de los tiempos empujan al obispo a llevar a cabo. Los casos de oposición entre el obispo e influyentes ciudadanos, que hallamos en el norte de Italia, se comprenden en este contexto: la oposición nace de una colaboración que a fin de cuentas tiene que seguir existiendo.

Según esto, las ciudades para los contemporáneos expresan siempre las principales dimensiones de la idea de población. Eso se pone de manifiesto en el paisaje urbano. A este respecto, las ciudades del siglo X son las herederas de las iniciativas de los tiempos carolingios, cuando aparecieron lo que Jean Hubert llamaba «las veleidades de una vuelta al ut-

27. Bortolotti, L., *Siena*, Bari, Laterza, col. «Le città nella storia d'Italia», 1988, pág. 16.

28. Desportes, P., op. cit.

29. Fanelli, G. (1980), *Florencia*, 4^a ed., Bari, Laterza, col. «Le città nella storia d'Italia», 1988.

30. Bührer Thierry, G., op. cit.

hanismo antiguo.³¹ Entonces se construyen catedrales y edificios adaptados al modo de vida de los clérigos de las iglesias catedrales, los canónigos, que es un modo de vida profundamente reformado y cercano al de los monjes a partir del año 754 bajo el impulso de Crodegango, obispo de Metz. Se construyen y se restauran palacios reales, especialmente en la ciudad, como es el caso, en Italia, del palacio que linda con San Pedro en Roma, obra del emperador Lotario, o del palacio real de Mantua.³²

Sin embargo, la mayoría de las ciudades son pequeñas —algunos miles de habitantes— y, sin olvidar las características que las distinguen del campo, hay que subrayar el fuerte vínculo que las une a él. Ese vínculo es visible ante todo en lo que se conoce de la fisonomía de las élites urbanas. Estas están compuestas de grandes y medianos propietarios de bienes y de derechos territoriales en la ciudad y en el campo (conocidos en el caso de Génova, por ejemplo)³³ vinculadas a la iglesia de la ciudad y a su obispo. En la sociedad urbana, comerciantes y artesanos apenas se distinguen, porque ellos también son propietarios de bienes raíces y no tienen otros intereses que los del negocio. Eso mismo vale para todos aquellos que se distinguen por el ejercicio de una actividad o que desempeñan un papel especial, notarios (como en el caso de Luca)³⁴ o funcionarios públicos, por ejemplo. Además, el comercio y el artesanado, como hemos visto en el caso de Salerno, se hallan entre las actividades cuya singularidad no se percibe plenamente. La renovación de las élites en el siglo X parece ir unida a una ampliación y, sin lugar a dudas, a una mayor fluidez de las posiciones. La evolución hacia el predominio de los poderes locales implica en efecto que éstos se apoyan en las élites locales y, por lo tanto, en clientelas, militares o no, lo más extensas posible. Así es como en Cremona, en el siglo X, se constituye una clientela episcopal de la que el obispo espera cada vez más un apoyo político y militar.³⁵

31. Hubert J., «La topographie et l'aspect des villes de Gaule du V^e au X^e siècle», *La città nell'Alto Medioevo*, Espoleto, 1959.

32. Bougard, F., «Les palais royaux et impériaux de l'Italie carolingienne et ottonienne», en A. Renoux (comp.), *Palais royaux et princières au Moyen Âge. Actes du colloque international tenu au Mans les 6, 7 et 8 octobre 1994*. Le Mans, Publications de l'université du Maine, 1996, págs. 181-196.

33. Pavoni, R., «L'evoluzione cittadina in Liguria nel secolo XI», en R. Bordone, J. Jarnut (comp.), *L'Evoluzione delle città italiane nell'XI secolo*, Bolonia, 1988.

34. Schwarzenauer, Hans Martin, *Luca und das Reich bis zum Ende des II. Jahrhunderts*, Tübingen, Niemeyer, 1972.

35. Menant, F., «Aspetto delle relazioni feudo-vassallatiche nelle città lombarde dell'XI secolo: l'esempio cremonese», en R. Bordone y J. Jarnut, op. cit.

De hecho, los obispos ya no pueden apoyarse en la autoridad real debilitada y tienen que contar permanentemente con los laicos más influyentes. Aparecen nuevas posibilidades de escalada social, tanto en la ciudad como en el campo. Éstas han llamado últimamente la atención de los estudiosos. Por ejemplo, se ha demostrado que entrar a formar parte de una servidumbre podía ser una manera de conseguir puestos ventajosos al servicio de monasterios ricos en bienes raíces y en derechos sobre la población.³⁶ La competencia entre los poderes hacia que esas ocasiones fueran más frecuentes.

El nuevo lugar de las ciudades en la organización de los poderes

El lugar del obispo, y por lo tanto de la ciudad, en la organización de los poderes difiere en el siglo X de lo que era antes.

La ciudad de la Alta Edad Media dependía directamente del poder real, representado localmente por el obispo y el conde, de los que éste se hallaba con frecuencia en una posición de subordinación respecto del obispo. El obispo carolingio es obispo, de acuerdo con su titulación, «por la gracia de Dios y la voluntad del rey», del que es en todos los aspectos un auxiliar. Dueño de considerables dominios pertenecientes a la iglesia catedral, recibe del rey la inmunidad para ellos; de ahí que sea él el responsable de la administración pública, incluida la justicia, en vez del conde. Así pues, la ciudad venía a ser un centro de un territorio desde dos puntos de vista: por una parte, era la capital de una diócesis y, por otra, el obispo, sobre todo en los tiempos carolingios, tenía por delegación del rey amplias responsabilidades en el gobierno temporal que iban más allá del marco de la ciudad propiamente dicha. Los *missi dominici* —enviados del señor— de Carlomagno, por ejemplo, encargados en una instancia territorial determinada de «corregir lo que tuviera que ser corregido» (789, *Admonitio generalis*), trabajan por parejas, un laico notable y un eclesiástico notable, generalmente un obispo.³⁷ Sin embargo, en el siglo X el obispo, en muchas regiones, es elegido no por el

36. Barthélémy, D., *La mutation de l'an Mil à celle en lieu? Service et chevalerie dans la France des X^e et XI^e siècles*, París, 1997, págs. 57-92.

37. Guillot, O., «Les origines de la France (de la fin du V^e siècle à la fin du VII^e et le début du VIII^e siècle)», en Y. Sasset, *Pouvoirs et institutions dans la France médiévale*, t. I, París, 1986, págs. 114-122.

rey sino por un príncipe. Éste ya se encarga de que la sede episcopal, de tío a sobrino o a primo, esté ocupada por un miembro de su familia. De este modo el obispo no siempre es el único señor de la ciudad.

El caso de Reims, la antigua metrópolis de la segunda Bélgica, y ciertas ciudades de su archidiócesis pueden servir de ejemplo.³⁸ En Reims, desde la invasión de los normandos, el obispo tiene la responsabilidad del destino de la ciudad, pero entre los años 987 y 1005 el abad de Saint-Rémi recibe del conde del *pagus Remensis* la mitad de los derechos de vizcondado sobre el burgo que ha ido creciendo en torno a su abadía, y el rey Hugo Capeto le confirma la inmunidad de todas sus posesiones. De este modo el arzobispo, señor de la ciudad, no lo es de toda la población de Reims. Incluso el poder que ejerce sobre la ciudad es un poder de hecho. Ese poder no se convierte en un poder de derecho hasta el año 1023. Es entonces cuando el conde de Blois y de Troyes, señor de los derechos condales en el *pagus Remensis*, en conflicto con el rey, establece un acuerdo con el arzobispo de Reims y acepta venderle los derechos condales de su ciudad. «El poder condal laico queda eliminado para siempre de Reims», pero no el poder del abad de Saint-Rémi, ni el del cabildo catedralicio. Durante ese tiempo, «en Troyes el poder condal ahogó completamente al del obispo».³⁹ En Amiens, los derechos sobre la ciudad se reparten entre el conde y el obispo. La parte oriental de la ciudad es de la incumbencia de éste, con el barrio clerical (la catedral, el palacio episcopal y las dependencias de los canónigos) y la guarda de una parte de las murallas.

El rasgo común de todas estas situaciones es la desaparición de la persona del rey. Éste deja su lugar a los príncipes, después con cierta frecuencia a los condes, y por último a los señores de dominios territoriales más modestos, señores de fortalezas y grandes propietarios de bienes raíces, laicos y eclesiásticos. El poder episcopal, que en el plano temporal se ejerce sobre la ciudad y a través de ésta sobre sus alrededores, se convierte en un poder local entre otros, basado en la colaboración también local de una clientela del obispo, en parte ciudadana y en parte rural. El obispo puede encontrar serias dificultades a la hora de dominar esta clientela. La fidelidad de los aristócratas en posesión por diversas razones —sobre todo por razón de vasallaje— de bienes y derechos episcopales,

38. Desportes, P., *op. cit.*; Desportes, P., *Aspects de la Picardie au Moyen Âge*, Amiens, 1995.

39. Desportes, P., *Reims et les Rémois aux XIII^e et XIV^e siècles*, *op. cit.*, págs. 50-52, 416.

pales, es bastante problemática. En fin, el poder del obispo puede definirse como una especie de señorío local. La ciudad misma es un señorío local en el sentido de que el obispo expresa y representa su misma existencia.⁴⁰ Pero este señorío a veces no representa más que una parte —la que gobierna el obispo— de la ciudad o de la población de la que la ciudad es el núcleo principal. Es decir, que en la ciudad también se ejercen poderes laicos. El siglo X se caracteriza en ciertas regiones no solo por el incremento de la influencia de la aristocracia laica en las ciudades, sino por un renovado interés de esa aristocracia por ellas. El fenómeno es bien conocido en Italia con el caso de Milán,⁴¹ por ejemplo, pero también se advierte que en ciertas ciudades del oeste y del suroeste del reino de Francia occidental (resultado del tratado de reparto del Imperio carolingio concertado en Verdún en el año 843), conde y príncipes vuelven a preocuparse por una residencia en la ciudad, residencia que ocupan ellos mismos esporádicamente, o bien la confían a uno de sus representantes.⁴²

La multiplicación de las poblaciones con vocación urbana

Evidentemente, nada tiene de extraño constatar que, revisando los papeles que desempeñan las ciudades (religioso, económico, militar y político), se hallen competidoras para cada uno de ellos.

Algunas existen desde hace mucho tiempo: son poblaciones de importancia secundaria, cuya existencia está confirmada a veces desde la Antigüedad. Con frecuencia son cabeza de distrito de esas subdivisiones del territorio de la ciudad que son los *pagi*, pero no han sido sedes episcopales y por eso, a falta de documentación, son a veces poco conocidas. Así, la ciudad de Sens cuenta con cinco *pagi*, incluido el del mismo Sens. De los otros cuatro, tres tienen como centro una conglomeración, decir, los de Melun, Provins y Étampes y sólo el cuarto —el

40. Guyouenanin, O., *Évêques et comtes. Affirmation et déclin de la sénéchaussée épiscopale au nord du royaume de France (Rouenais, Normandie, XI^e-XIV^e siècle)*, París y Ginebra, 1987.

41. Violante, C., *La Société médiévale nell'età precomunale*, Bari, 1973; Rossetti, G., *Società e istituzioni nel contado longobardo*, vol. I, Milán, 1968.

42. Fixot, «Une image idéale, une réalité difficile: les villes du XII^e au XV^e siècle», en G. Duby (comp.), *Histoire de la France médiévale*, t. I, *La Ville antique*, París, 1980, págs. 297-363, especialmente las págs. 308-328.

pagus del Gâtinais— constituye una excepción. Esas cabezas de distrito secundarias son los centros de las subdivisiones religiosas de la diócesis, puesto que a cada *pagus* corresponde un arcediano. Su carácter urbano es con frecuencia incontestable desde antes del siglo X. Dijon nos ofreció un ejemplo. Provins nos ofrece otro, ya que la ciudad se presenta en el siglo IX como una pequeña conglomeración fortificada (*castrum Prudenense*), dotada de una ceca. En el siglo XI hay en ella una residencia condal, muchas iglesias y dos hospitales; la ciudad está bien poblada y es muy frecuentada según escribe un abad a finales del siglo XI.⁴³

Hay otras competidoras que se prestan a consideración en el siglo IX. Se trata de las poblaciones de los valles del Mosa y del Escalda que ya hemos visto en el capítulo tercero, como Gante, Valenciennes o Namur. Su desarrollo es el testimonio de un progreso económico especialmente claro en esas regiones y, a la vez, de una densidad de población menor que en otras partes de la red de ciudades, que deja un amplio margen a las posibilidades de desarrollo de otras conglomeraciones. Gante, por ejemplo, se desarrolla sin lugar a dudas a partir del siglo VII. El lugar, en la confluencia de los ríos Lys y Escalda, en el interior del territorio pero unido al mar mediante un río navegable, es el centro de un *pagus*. Allí se establece un monasterio en la primera mitad del siglo VII. En el siglo IX hay un *portus*, documentado hacia el año 875, que existía probablemente al menos desde comienzos del siglo IX. Las invasiones normandas azotan la ciudad, ocupada en el año 853 y después de los años 879 al 881. A finales del siglo IX se construye en ella un castillo, y el desarrollo de la conglomeración, protegida ahora por ese *castrum*, es palpable a caballo entre los siglos X y XI. Una feria anual y la venta en esta feria de lana en bruto están descritas por la casualidad de un documento en el año 1013, y en el siglo XI se construyen en ella varias iglesias parroquiales.⁴⁴ A partir del siglo X ciertas poblaciones dotadas de murallas dan la impresión de reemplazar, en funciones equivalentes, a los puertos comerciales de los días del comercio frisón, ya desaparecidos. Ése es el caso de Brujas, Tiel, Utrecht, Deventer y Staveren. Renée Doehaerd ha señalado a propósito de esto que si el nombre mismo de frisones desaparece de la documentación del siglo X, no cabe duda de que es porque «ante la opinión de los contemporáneos, se muestran no tanto como los hombres de

43. Chapin, E., *Les Villes de foires de Champagne des origines au début du XIV^e siècle*, Paris, 1937, págs. 22-23.

44. Van Werveke, H., *Gand, esquisse d'histoire sociale*, Bruselas, 1946, págs. 13-21.

un pueblo, sino como los comerciantes de las poblaciones, que se iban consolidando poco a poco en su autonomía jurídica».⁴⁵

En fin, las competidoras más recientes son las poblaciones, a veces antiguas, donde ahora reside una autoridad local que rehabilita o hace construir *ex novo* un punto de apoyo fortificado: un castillo. Esas poblaciones aparecen en la documentación sobre todo en el siglo XI. Vendôme, por ejemplo, cuya historia queda ilustrada por un estudio innovador⁴⁶ que seguiremos aquí, existe desde muy antiguo. Gregorio de Tours ya cita el lugar al que llama *castellum*. En el lugar donde está situada Vendôme existía, a una parte del Loir, un *castrum* —un castillo— y a la otra unas viviendas campesinas. Estas viviendas campesinas se convirtieron poco a poco en urbanas, fueron surgiendo burgos distintos del *castrum*, y aparecieron iglesias de tal forma que el conjunto formaba una pequeña conglomeración dotada de tres parroquias, una de las cuales estaba situada en uno de los burgos. En el siglo XI la conglomeración tiene el aspecto de ciudad, pequeña sin duda, pero activa, con una población que cuenta con unos hombres que ejercen distintos oficios artesanales y otros a quienes se designa expresamente como *mercatores*, donde se funda una abadía en 1040, una feria en 1074, y donde hay fabricantes de moneda, recaudadores de impuestos sobre la circulación de mercancías (peaje), molinos de cereales y que constituye el centro de una pequeña región que cuenta con un centenar de parroquias. Lo que sabemos confirma un desarrollo que comenzó antes del siglo XI. Ese desarrollo es demográfico y agrario: en la Beauce vendomesa, en el siglo XI y no antes, nos hallamos ante las principales roturaciones de tierras. La aparición de los poderes locales canaliza el desarrollo y le imprime un sello propio hasta el punto de que Dominique Barthélémy considera que «el desarrollo es el resultado de la fuerza misma del señorío».⁴⁷

Las ciudades y las otras poblaciones como centros de un territorio

Todos los tipos de conglomeración que acabamos de citar, sea cual fuere su pasado, son o se convierten en el siglo XI en centros de un terri-

45. Doehaerd, R., *op. cit.*, págs. 285-287.

46. Barthélémy, D., *La Société dans le comté de Vendôme de l'an mil au XIV^e siècle*, *op. cit.*

47. *Ibid.*, pág. 240.

teno. Están fortificados, cuentan pronto o tarde con santuarios, ofrecen lugares de mercado donde la paz pública está garantizada. Pero no todos son ciudades. Dijon sí que lo es con seguridad, cuando Vendôme no lo es quizás completamente. Pero es muy importante advertir que ciudades, poblaciones secundarias y aldeas se desarrollan al unísono y que, en este movimiento de conjunto, las ciudades pierden una parte de lo que constituyía desde hacia siglos su rasgo específico. Se podría decir que recuperan su rango mientras que otras poblaciones, poco a poco, tratan de ponerse a su altura. No cabe duda de que la antigüedad del ejercicio de las funciones urbanas, el prestigio, la presencia del obispo y, con frecuencia, la magnitud son notas que distinguen a las ciudades. Pero esas poblaciones, como las demás ciudades, son la sede de poderes locales. En las ciudades, como en las demás poblaciones, es la fuerza de un poder local, evocada por D. Barthélémy, la que explica también la frecuentación de las ciudades por parte de las élites locales. Éstas son caballerescas por sus valores y su modo de vida, y rurales por el origen de su poder social y de su riqueza, pero la ciudad no es extraña para ellas. Están en contacto con ella y con frecuencia tienen allí una residencia ocupada al menos de forma esporádica, aunque sólo sea para atender a sus obligaciones con respecto al señor, sobre todo la guarda del castillo. En las élites rurales hay ciudadanos a tiempo parcial, sobre cuyo caso tendremos oportunidad de insistir.

Así pues, no se puede decir que la Europa latina del siglo X sea una «Europa sin ciudades»⁴⁸ (Gabriella Piccini). Por supuesto que las cifras avanzadas al principio de este capítulo son hipotéticas. Sin embargo, la evolución que se refleja en ellas aboga por la idea de que la Europa del año 1000 no está mucho menos urbanizada que la Europa romana del Alto Imperio. Y aunque el retraso urbano de la Europa que no pertenece al Imperio Romano sea claro, la aparición del fenómeno urbano es incontestable en Germania oriental y en Europa central (donde las nuevas ciudades aparecen desde la década de los años 950, y entre las que se halla Praga),⁴⁹ lo mismo que su nuevo impulso en Inglaterra.⁵⁰ La tarea de urbanización que llama la atención de los contemporáneos por sus

48. Piccini, G., *I Mille Anni del Medioevo*, Milán, Mondadori, 1999.

49. Barley, M. W., *European Towns*, Londres, Nueva York y San Francisco, 1977.

50. Boldic, M. y D. Höhl, «Late Saxon planned towns», *Antiquaries Journal*, vol. 51, 1971, págs. 70-93.

manifestaciones en el siglo XII comienza trescientos años antes. Y la Europa urbana es una Europa en crecimiento.

Este crecimiento procede del desarrollo del campo.⁵¹ Ibrahim ben Ya'qûb ofrece de Germania la imagen de un país bastante zafio, esencialmente rural, pero conocedor de la ciudad como lugar de intercambio de los productos del suelo en general y de la agricultura en particular. No cabe duda de que otras regiones de Europa están más urbanizadas. En el siglo X, el norte de Italia desempeña ya el papel comercial que le caracteriza a lo largo de toda la Edad Media: el de intermediario entre Oriente y Occidente, por las poblaciones convencionalmente llamadas «ciudades marítimas», y el de encrucijada para la distribución de los productos de importación. Pero en Italia, lo mismo que en otras partes, incluso en Venecia,⁵² el desarrollo agrario es sin duda la base de la prosperidad urbana. Lo que Ibrahim ben Ya'qûb cuenta acerca de Maguncia, a orillas del Rin, demuestra una realidad comparable a la que deja entrever acerca de Pavía el texto de las *Honorantia civitatis Papiae*, o a la que los contratos de La Cava nos revelan, referente a Salerno —que, sin embargo es una de las «ciudades marítimas»—. Estos últimos demuestran también que la agricultura es la única que se beneficia masivamente de una asociación del capital (la tierra, una casa, el equipamiento) y del trabajo (de los campesinos arrendatarios de tierra). Se presenta como el destino privilegiado de la inversión, incluso de la inversión ciudadana.

En este contexto de crecimiento deben verse las evoluciones que afectan a las ciudades del siglo X y, sobre todo, el desarrollo de los poderes locales. Ciertas ciudades, por el hecho de convertirse en la sede de los poderes locales, a caballo entre los siglos X y XI, se convierten también, en el norte de Italia, en lugares donde se originan, en un diálogo entre el obispo y los *cives*, movimientos colectivos destinados a la defensa de intereses que son los intereses de los ciudadanos. Sólo por el hecho de convertirse en poderes locales facilitan uno de los mayores cambios de este siglo X que se muestra como un gran siglo: las élites sociales hallan de nuevo el camino de la ciudad.

51. Las teorías que ven en el intercambio comercial un papel motor y creador en el desarrollo urbano y que se basaban en la generalización de casos específicos han quedado hoy refutadas y abandonadas y pertenecen ya a la historia de la historia, Capitani, O., «Irene Pirenne: le città del Medioevo», en O. Capitani, *Medioevo passato presente*, Bolonia, 1979, págs. 103-144.

52. Gracco, G., *Un altro mondo. Venezia nel Medioevo dal secolo XI al secolo XIV*, Turín, 1986; Crouzet Pavan, E., *Venise triomphante. Les horizons d'un mythe*, París, 1999, págs. 139-164.

Capítulo 5

Desarrollo urbano y expansión agraria (siglos VIII-XIV)

El estudio del siglo X deja claro el papel capital de las evoluciones a largo plazo. La más admirable, durante los setecientos años que van desde el VIII al XIV, es una expansión demográfica, agraria y territorial de la que el desarrollo urbano es uno de los componentes, mientras que a la vez las formas, las modalidades y los resultados de este desarrollo dependen de aquella en lo que atañe a sus rasgos esenciales. La ciudad se consolida poco a poco y va adoptando formas nuevas y singulares en el contexto de esta expansión. Por esta razón, la vida del campo debe hallar un lugar en nuestro estudio.

Lo que explica el desarrollo de la influencia urbana sobre el campo y la multiplicación del número de ciudades es sin duda un crecimiento extensivo mantenido durante siglos, y después la intensificación de ese crecimiento entre los siglos X y XII.

CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO Y EXPANSIÓN AGRARIA

La investigación reciente, sobre todo la arqueológica, ha realizado de forma especial el valor de la relativa prosperidad característica de los tiempos carolingios. El caso es que mientras se invierte la tendencia a un descenso demográfico, que parece ser la característica de los siglos V-VII, aparecen testimonios de obras de roturación o de mejora de tierras.

La Europa latina de la Alta Edad Media es un mundo globalmente infrapoblado con respecto a los recursos disponibles, un mundo que

utiliza además medios técnicos rudimentarios. Los dos factores esenciales de la producción son el hombre y la tierra. Ésta no falta, sólo falta roturarla y prepararla para el cultivo. Pero el hombre escasea, y eso explica en cierto modo la insistencia de los contratos agrarios de los siglos VII y VIII en las cláusulas que imponen al arrendatario de tierras la obligación de residir en ellas y de explotarlas.¹ Así pues, el elemento impulsor del desarrollo económico es el aumento de la población. Esto ha sido objeto de diversas teorías ante todo especulativas, que se basan en el supuesto de que el aumento de la población es un hecho que hay que explicar.² No obstante, ese aumento es la evolución normal de cualquier población; lo que intriga es el estancamiento de los efectivos de una población, porque eso implica la existencia de factores que impiden el aumento. Se puede considerar el crecimiento demográfico, cuyos signos se detectan a partir del siglo VI, un proceso que se explica gracias a la existencia de recursos agrarios potencialmente abundantes (abundancia que incluso habría permitido a los hombres de aquel tiempo alimentarse más y mejor de lo que se ha creído durante mucho tiempo),³ en ausencia de factores inhibidores del aumento.⁴ Esto puede originar zonas puntuales de superpoblación relativa. Y puede hacerlo tanto más cuanto que la distribución de los hombres en el espacio es muy desigual. No obstante, tiende sobre todo a impulsar el incremento extensivo de los recursos productivos. Las zonas muy pobladas se convierten en regiones de emigración, por ejemplo los altos valles pirineicos de Cataluña o ciertas zonas de montañas y de colinas que dominan la llanura del Po.

Hay que resignarse a contemplar el aumento de la población sin apenas datos cifrados, excepto en casos particulares difíciles de extraer. Sin embargo, es cierto que es lenta y continua, no hay explosión demográfica, sino continuidad de un crecimiento lento sin interrupción; se suelen admitir tasas anuales de crecimiento del orden del 0,2 al 0,7 % como máximo.⁵ Este crecimiento, puesto que se lleva a cabo desde el

1. Cammarosano, P., *Storia dell'Italia medievale dal VI all'XI secolo*, Roma y Bari, 2001, pág. 131.

2. Por ejemplo Duby, G., *Guerriers et paysans VIII^e-XII^e siècles. Premier essor de l'économie européenne*, París, 1973 (trad. cast.: *Guerrieros y campesinos: desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*, Madrid, Siglo XXI, 1992).

3. Montanari, M., *L'Alimentazione contadina nell'Alto Medioevo*, Nápoles, 1979.

4. Petralia, G., «Crescita ed espansione», *Storia medievale*, Roma, Manuali Donzelli, 1999, págs. 294-295.

5. Le Mené, M., *L'Economie médiévale*, París, 1977, pág. 41.

siglo VIII hasta el XIII, y en ciertas regiones hasta mediados del siglo XIV, produce unos efectos acumulativos considerables, de los que la tabla 1 (capítulo 4, pág. 109) permite hacerse una idea. Entre los años 650 y 1000 la población se duplica sin lugar a dudas, y se duplica de nuevo en los tres siglos siguientes.

Este crecimiento se percibe de forma indirecta, gracias a sus manifestaciones. Las más significativas, perceptibles localmente, dan fe de una expansión agraria. Se podrían llenar páginas y páginas de ejemplos⁶ y recordar el de Vendôme expuesto en el capítulo anterior. Todos van

6. En Picardía, el estudio de los topónimos indica que las mesetas situadas por encima de los valles y las terrazas aluviales quedan ocupadas entre los siglos VI y VIII (Fossier, R., *La Terre et les hommes en Picardie jusqu'à la fin du XIII^e siècle*, 2 vols., Louvain y París, 1968); y, en el norte cercano, el 90 % de los topónimos serían anteriores al año 1000 (Deruelle, A., «La population du Nord au Moyen Âge. I. avant 1348», *Revue du Nord*, n° 80, 1958, págs. 501-530). En Flandes desde el siglo VIII, en Alemania desde el siglo VII y probablemente desde finales del VI (White, L., *Medieval Technology and Social Change*, Oxford, 1962 [trad. cast.: *Tecnología medieval y cambio social*, Barcelona, Paidós, 1990]), en Cataluña desde el siglo IX (Bonnassie, P., *La Catalogne du milieu du X^e siècle à la fin du XI^e siècle: croissance et mutations d'une société*, Toulouse, 2 vols., 1975-1976 [trad. cast.: *Cataluña mil años atrás: siglos X-XI*, Barcelona, Ediciones 62, 1988]), las tierras roturadas en las que se inicia el cultivo y las nuevas localidades se multiplican. En la región de París, en el siglo IX, los inventarios de los bienes e ingresos monásticos (polípticos) dejan constancia de manzanos, unidades de explotación de la tierra destinadas en principio a una sola familia, divididos entre diversos arrendatarios (Perrin, C.-E., «Observations sur le manse dans la région parisienne au début du IX^e siècle», *Annales d'histoire sociale*, 1945, págs. 39-51). En Charente, las roturaciones a gran escala comienzan hacia el 950. En Auvernia, a partir de la Limagne, los valles de la media montaña se roturan y se cultivan a expensas del bosque, aparecen nuevas localidades y, finalmente la colonización de casi todos los sectores aptos para la vida agrícola parece un hecho consumado por los alrededores del año 1000» (Dubois, H., «L'essor médiéval», en J. Dupâquier [comp.], *Histoire de la population française*, t. 1, *Des origines à la Renaissance*, París, 1988, págs. 207-266, la cita en pág. 213). La región comprendida entre Bonn y Sarrebrück habría tenido hasta 100 núcleos de población en el año 900, 350 en el año 1000 y 590 en 1100 (Le Mené, M., *L'Économie médiévale*, París, 1977, pag. 38); así pues, el número de pueblos se triplica en el siglo X y después continúa aumentando, aunque a un ritmo menor. En Italia, en el valle del Po, en el siglo IX, las tierras cultivadas se extienden sobre todo a causa de los trabajos de deforestación, el precio de las tierras aumenta y las extensiones del bajo valle comienzan a sanearse; en el Apenino central, al norte de Roma y en los Abruzos también se deforesta (Fumagalli, V., «Note per una storia agraria altomedieval», *Studi medievali*, 1968, págs. 359-378; Fumagalli, V., *Terra e società nell'Italia padana. I secoli IX-X*, Turín, 1976; Staffa, A. R., «Le campagne abruzzesi fra tarda Antichità ed Alto-medievo secc. IV-XII», *Archaeologia medievale*, t. 27, 2000, págs. 47-99); en los siglos IX y X la distribución de los nuevos castillos indica a veces que su edificación corresponde a planes de colonización agraria (Jones, P., «La storia economica. Dalla caduta dell'Impero romano al secolo XIV», en R. Romano y C. Vivanti [comp.], *Storia d'Italia*, vol. 2, *Dalla caduta dell'Impero romano al secolo XVIII*, t. 2, 1974, págs. 1.638-1.641; Cammarosano, P., op. cit.).

en el mismo sentido y la mayoría de los especialistas —con excepciones⁷ admiten, desde Edouard Perroy⁸ hasta nuestros días, que las invasiones de los siglos IX-X, si es cierto que provocaron mucha desorganización e inseguridad, no arruinaron el campo. Henri Dubois ha sacado las conclusiones que se desprenden del examen del conjunto de esos fenómenos para las regiones que constituyen Francia en la actualidad. «La población de edad avanzada había dado lugar localmente a densidades ya elevadas» y se aprecia la estabilidad en sus terrenos, que se amplían durante la Alta Edad Media, «a veces con un auténtico dinamismo [...] un movimiento bastante generalizado que llevó a los hombres de los valles a las llanuras». «El vínculo entre crecimiento de la población y colonización rural» parece incontestable. Este crecimiento termina incluso, a finales del siglo X, en «una penetración nueva de sectores repulsivos» (la Gâtine poitevina o la Bresse, por ejemplo).⁹

LA INTENSIFICACIÓN DEL CRECIMIENTO

Entonces, entre los siglos X y XII, en épocas variables según las regiones, el desarrollo de las ciudades llama la atención de los contemporáneos: éstas se convierten en el lugar y a la vez en la causa inmediata de cambios, por ejemplo de la evolución de los campos del extrarradio de la ciudad, por los que se interesan los ciudadanos y donde hacen sus inversiones. Pero si las ciudades son una causa, también son una consecuencia y, por lo tanto una señal, la señal de una intensificación del crecimiento.

La modificación de la importancia relativa de los factores de producción

Entre los siglos X y XII el crecimiento extensivo (aquel en que la producción crece proporcionalmente al empleo de los factores de producción, es decir, sin aumento de la productividad de los factores) tiende

7. Por ejemplo A. Derville; Derville, A., *op. cit.*, págs. 501-530.

8. Perroy, E., «Les origines urbaines en Flandre, d'après un ouvrage récent», *Revue du Nord*, n° 29, 1947, págs. 49-63; recd. en Perroy, E., *Études d'histoire médiévale*, París, 1979, págs. 453-467.

9. Dubois, H., «L'essor médiéval», en J. Dupâquier (comp.), *Histoire de la population française*, t. 1, *Des origines à la Renaissance*, París, 1988, págs. 207-266.

poco a poco a convertirse en un crecimiento intensivo (aquel en que la productividad de los factores de producción aumenta). Desde ese momento la importancia relativa de los diferentes factores de producción evoluciona. La de los factores primarios disminuye: el trabajo del hombre y los factores naturales (la tierra, el bosque, las minas). La de los factores de reproducción aumenta: el equipamiento y el instrumental de todo género, desde el objeto utilizado para labrar los campos hasta los puentes, pasando por las técnicas de crédito. Su existencia está directamente unida a las inversiones efectuadas y a las posibilidades de comercialización de los productos.

El desarrollo de la puesta en práctica de factores de reproducción es un proceso lento. Se ha podido decir, por ejemplo, que en la segunda mitad del siglo XIII la laya era la única herramienta para labrar la tierra y eso para un 70 % de los campesinos.¹⁰ Se puede observar también que han sido necesarios siete siglos para que el aprendizaje, como modo de formación equivalente a la homologación de una aptitud, sea reconocido y confirmado con una reglamentación pública. Pero el proceso, por más lento, oscuro y mal conocido que sea, es real y se manifiesta en una tendencia al aumento del rendimiento de los cereales.¹¹ Es un proceso que elimina de manera importante una parte de los obstáculos que afectaban a la producción. Señalemos sobre todo, con L. White,¹² en lo concerniente a la difusión de los progresos técnicos *stricto sensu* y sin la intención de ser exhaustivos: la apertura en los tiempos carolingios de nuevas minas de hierro, lo que sin duda contribuye a la bajada del precio del precioso metal y a la difusión de su uso en la fabricación de herramientas; ciertas mejoras en la técnica de la labranza (arado de ruedas y vertedera con algunas partes de metal, nueva collarera de enganche desde el siglo VIII o IX que, al ser una collarera de hombros y no ya de cuello, permite utilizar el caballo como animal de tiro para el gradeo o rastriaje e incluso para tirar de un arado) y de la organización de la producción (la rotación trienal de los cultivos, documentada desde finales del siglo VIII); las mejoras de la técnica del transporte (una vez más la collarera de

10. Sivéry, G., *Terroirs et communautés rurales dans l'Europe occidentale au Moyen Âge*, Lille, 1990.

11. Andreoli, B., V. Fumagalli y M. Montanari (comp.), *Le Campagne italiane prima e dopo il mille. Una società in trasformazione*, Bolonia, 1985.

12. White, L., *Medieval Technology and Social Change*, Oxford, 1962 (trad. cast.: *Tecnología medieval y cambio social*, Barcelona, Paidós, 1990).

tiro y la herradura documentada desde el siglo IX, muy difundida desde el siglo XI, el yugo que permite uncir los animales de frente y no sólo ya en fila,¹³ la carreta de cuatro ruedas, documentada desde la primera mitad del siglo XII y corriente en el siglo XIII; la utilización de la fuerza hidráulica con la construcción de molinos a partir del siglo IX, molinos de grano, molinos para prensar las aceitunas y extraer el aceite, molinos para abanar, utilizados en la artesanía textil y metalúrgica; un tipo nuevo de hacha de talar, y por lo tanto de la herramienta indispensable para los desbroces y las roturaciones a partir del siglo X. Este conjunto de evoluciones de larga duración sigue siendo mal conocido. Se tiene poca idea, sobre todo, de las comunidades rurales. Sabido es que con frecuencia señorío, parroquia y comunidad rural no se corresponden, pero los documentos procedentes de las autoridades laicas y eclesiásticas apenas mencionan las comunidades rurales. Los paisajes agrarios son más conocidos que las sociedades que les dan forma y hay grandes incertidumbres que pesan sobre la historia de unos y de otras.

Sea lo que fuere, las evoluciones que hemos visto van acompañadas de una acentuación de la división del trabajo y a la vez la fomentan. Todo lo que incrementa la productividad del trabajo libera la mano de obra para otros menesteres. Imaginémonos, por ejemplo, la diferencia que existe desde este punto de vista entre molinos manuales (o movidos por animales de tiro) y molinos hidráulicos (o de viento). Todo el equipamiento y la infraestructura útiles para el trabajo agrícola, desde la veredera del arado a la piedra de molino, requieren la intervención de artesanos especializados, cuya necesidad va en aumento; así pues, las actividades de los rurales se diversifican y los campesinos ya no son los únicos rurales. Todo lo que facilita el transporte de los productos pescados contribuye al abaratamiento de las mercancías de escaso valor unitario y aumenta el radio de acción del comercio local.¹⁴ Entre los siglos XI y XII, los poderes públicos —príncipes, señores, autoridades municipales— se preocupan por doquier de sacar provecho del movimiento de los intercambios imponiéndolos una tasa,¹⁵ de dejar exentos de esas tasas a sus súbditos, de proteger la actividad de los comerciantes,

13. Grand, R. y R. Delatouche, *L'Agriculture au Moyen Âge, de la fin de l'Empire romain au XVI^e siècle*, París, 1951, pág. 444.

14. Melis, F., *I trasporti e le comunicazioni nel Medioevo*, Florencia, 1984.

15. Daviso di Charvensod, M. C., *I Pedaggi delle Alpi occidentali nel Medioevo*, Turín, 1961.

de crear lugares de mercado. Pensemos por ejemplo que en el siglo XIV los documentos de por doquier señalan la existencia de empresarios de transportes que obtienen de su actividad los medios necesarios para una existencia señorial.¹⁶ Señalemos finalmente que en los mercados y en las ferias de las pequeñas poblaciones, por la misma época, se venden por todas partes objetos metálicos. Son a la vez de mejor calidad y de uso corriente.¹⁷ Así por ejemplo, en la feria de Montoire, a mediados del siglo XIV, se vendían herrajes para carretas, rejas y cuchillas de arado, tajos de hierro, yunque para herreros y calderería de cobre.¹⁸

La intensificación de la circulación y de los transportes, señal de crecimiento de los intercambios locales

El desarrollo económico de todo el conjunto que mantiene el crecimiento se hace entonces bien visible. Va acompañado en especial de un incremento de intercambios locales. La proliferación de los mercados públicos de interés local desde el siglo IX constituye una señal que llama la atención, por ejemplo, sobre la relación existente entre desarrollo y urbanización en Alemania en el siglo X.¹⁹ La intensificación de la circulación y de los transportes lo demuestra claramente.

La Borgoña, estudiada por Henri Dubois, ofrece un ejemplo bien documentado de esta evolución,²⁰ donde se la aprecia con claridad a partir de mediados del siglo XII. Entonces aparecen en abundancia los textos relativos a los peajes. A partir de 1179 se crean rentas a partir de los ingresos por peaje, como el de Dijon. Es la primera vez que éste aparece en la documentación y no distingue entre comercio local y comercio de largo radio de acción (en contra de los peajes creados o reformados en la segunda mitad del siglo XIII), sin lugar a dudas porque el desarrollo

16. Dutour, T., *Une société de l'honneur. Les notables et leur monde à Dyon à la fin du Moyen Âge*, París, 1988.

17. Raynaud, C., «À la bache!». *Histoire et symbolique de la bache dans la France médiévale (XII^e-XV^e siècles)*, París, 2002.

18. Barthélémy, D., *La société dans le comté de Vendôme de l'an mil au XIV^e siècle*, París, 1993, pág. 244.

19. Latouche, R., *Les Origines de l'économie occidentale (IV^e-XI^e siècles)*, París, 1956, págs. 237-250.

20. Dubois, H., *Les Foires de Chalon et le commerce dans la vallée de la Saône à la fin du Moyen Âge (vers 1280-vers 1430)*, París, 1976.

del comercio local es la causa principal de su aparición. La misma causa explica con toda certeza por qué la época del duque Hugo II (1162-1195) se caracteriza por una acuñación de moneda ducal abundante y un debilitamiento de la moneda, que continúa hasta el comienzo del siglo XIII, sin duda a causa del incremento del volumen de transacciones, es algo que beneficia los intereses de quienes practican el comercio. Precisamente la carta concedida a la comuna de Dijon en 1187 incluye la promesa hecha por el duque de Borgoña de no modificar el valor de su moneda. Es la prueba de un crecimiento de la masa monetaria, muy cierta sin lugar a dudas, como en otras partes por la misma época (por ejemplo en Provenza),²¹ pero insuficiente habida cuenta de las necesidades. De ahí se desprende la petición de no modificar el valor de la moneda, ya que si la modificación fuera un aumento del valor del dinero ésta supondría acuñar menos piezas con la misma cantidad de metal fino. De este modo los dijoneses cuyo oficio es el comercio se dan cuenta de la existencia del problema, y en ese momento son bastante influyentes para hacerse oír. En esas condiciones que evidencian el desarrollo económico no hay por qué extrañarse de la agudización de la necesidad de crédito ni de la aparición de cambistas.²² A finales del siglo XII y a principios del siguiente, en Dijon y en Chalon-sur-Saône, los ciudadanos, ciertos eclesiásticos con frecuencia ciudadanos (sobre todo canónigos) y algunos prelados se convierten en importantes prestamistas de créditos y, a partir de 1215, la dirección de las finanzas del duque de Borgoña está en manos de ricos dijoneses. Añadamos que a partir de 1226 se instalan en Borgoña, lo mismo que en otras partes —es un hecho a nivel europeo—, prestamistas italianos procedentes de Asti y de Chieri, de los que algunos residen en Dijon durante un tiempo considerable.

La nueva importancia de la actividad mercantil

De este modo, de manera generalizada, se pasa en el siglo XII —desde el siglo XI en algunas regiones del norte y del centro de Italia, en Ligu-

21. Pels, J. P., *La Provence et la société féodale (879-1166). Contribution à l'étude des structures politiques féodales dans le Midi*, París, 1976, págs. 232-249.

22. Duran Dobson, F., *Le Monnayage des ducs de Bourgogne*, Lovaina la Nueva, 1968, págs. 172-173.

tia²³ por ejemplo— de una sociedad orientada esencialmente hacia las actividades agrícolas a una sociedad en la que las preocupaciones mercantiles son determinantes. La existencia de las ciudades se manifiesta así con enorme fuerza porque ellas son los lugares privilegiados del intercambio comercial en el momento en que ese intercambio es precisamente una de las causas de su crecimiento. Por lo demás, el crecimiento demográfico continúa y, lo mismo que en el pasado, mantiene el aumento de la población de las ciudades.

Pero por vez primera desde hacia siglos, el estrecho vínculo existente entre el crecimiento demográfico y el desarrollo económico de conjunto se afloja: el segundo depende cada vez menos del primero. Es una evolución de un alcance immense cuya amplitud aparece en toda su extensión cuando aparecen las crisis del siglo XIV.²⁴ La disminución de los efectivos de la población, que se convierte en verdadera caída con las epidemias de la peste a partir de 1348 (1348-1352, la «peste negra»), no pone en tela de juicio el desarrollo económico, no modifica el peso relativo de las poblaciones urbanas y no impide que la influencia de las sociedades urbanas crezca.

Así pues, hay que subrayar que, desde el siglo XII al menos, el vínculo existente entre desarrollo urbano y desarrollo agrario se manifiesta por cauces más complejos que antaño.

ENCUADRAMIENTO Y RENOVACIÓN DE LA EXPANSIÓN AGRARIA POR PARTE DE LAS CIUDADES

En adelante el impulso al crecimiento viene también de las ciudades. El más constante es la demanda de aprovisionamiento de productos alimentarios (las ciudades, en lo esencial, no se bastan a sí mismas para alimentarse), acompañado de ese empleo del capital para sacar provecho de él del que Adam Smith escribía que «pone en movimiento la mayor parte del trabajo útil de una sociedad». Esos impulsos causan una gran impresión, hasta el punto de provocar en nuestros contemporáneos

23. Pavoni, R., «L'evoluzione cittadina in Liguria nel secolo XI», en R. Bordone y J. Jarnut (comps.), *L'evoluzione delle città italiane nell'XI secolo*, Bolonia, 1948.

24. Perroy, E., «À l'origine d'une économie contractée: les crises du XIV^e siècle», *Annales Économies, sociétés, civilisations*, vol. 4, 1949, págs. 167-182; recd. en Perroy, E., *Essays d'histoire médiévale*, París, 1979, págs. 395-410.

tánicos el deseo de explicarlos por medio de metáforas que evocan una especie de ruptura,²⁵ incluso un «despegue» que sería señal de «modernidad». ²⁶ El fenómeno es general.

Italia y la Europa del norte entre el Somme y el Rin

Pero este fenómeno hace mucho tiempo que se ha detectado, sobre todo para los casos del reino de Italia y las ciudades entre el Somme y el Rin (con las ciudades de Flandes principalmente). La influencia de las ciudades en el desarrollo del campo se manifiesta allí realmente de forma muy temprana —desde el siglo XII— y según modalidades que llaman la atención.²⁷

En el reino de Italia hay comunas urbanas que desempeñan el mismo papel que el señor de un territorio. Aquéllas se subordinan a él de la forma más estricta posible. Sus dirigentes organizan, de forma consciente y voluntaria, la división del trabajo entre ciudad y campo. En el siglo XII favorecen a las empresas de habilitación para el cultivo de tierras vírgenes. Con frecuencia establecen en el siglo XIII los elementos de una política anonaria. Organizan y llevan a buen fin grandes trabajos de drenaje, de riego y de protección de tierras conquistadas al agua; «el desarrollo agrícola lombardo halla su base en esta revalorización de tierras» y así nacen nuevos paisajes rurales.²⁸ La influencia de las ciudades se deja sentir en todos los ámbitos; por ejemplo, en un cierto retroceso de la ganadería y del pastoreo que va unido a ella, en beneficio de la agricultura,²⁹ a la inversa de lo que ocurre en el sur de Italia.

En la región entre el Somme y el Rin (digamos entre Amiens al sur, Dinant y Maastricht al este y Utrecht y Nimega al norte; en Flandes, Brabante, Hainaut, país de Lieja, Holanda, Artois y Picardía), la evolución es comparable en el sentido de que también ahí los trabajos de sanea-

25. Crouzet-Pavan, E., *Enfers et paradis. L'Italie de Dante et de Giotto*, París, 2001, págs. 299-300.

26. Barthélémy, D., *L'Ordre seigneurial XI^e-XII^e siècle*, París, 1990, pág. 111.

27. Fumagalli, V., *La Pietra viva. Città e natura nel Medioevo*, Bolonia, 1988, sobre todo págs. 57-71 (trad. cast.: *Las piedras vivas. ciudad y naturaleza en la Edad Media*, Guipúzcoa, Nerea, 1996).

28. Crouzet-Pavan, E., *op. cit.*, págs. 300 y 310.

29. Cherubini, G., «Le campagne italiane dall'XI al XV secolo», en G. Galasso (comp.), *Storia d'Italia*, vol. 4, *Comuni e Signorie. Istituzioni, società e lotte per l'egemonia*, Turín, 1981, págs. 267-448.

miento y mejora de tierras y, sobre todo, de control del agua (Flandes marítima, marismas de Saint-Omer) indican y contribuyen sin duda a fomentar una forma de practicar la agricultura que permite lograr una productividad del trabajo superior a la de otros lugares. El desarrollo de las ciudades flamencas, célebres por su artesanía textil desde el siglo XI, es un claro testimonio de ello.³⁰ La compra de lana inglesa para la fabricación de paños es sin duda una consecuencia del desarrollo artesano, pero también de una probable recesión, al menos relativa, de la ganadería ante la agricultura, lo mismo que en Italia, y el hambre a veces —como en 1125— explica probablemente la dificultad de una coexistencia equilibrada entre cultivos hortícolas y cultivos especulativos, sobre todo de plantas textiles, como el lino y el cáñamo, que tienen fama de agotar los campos con mayor rapidez que los cereales.³¹

Está claro que Italia y Europa del norte no poseen el monopolio de estas actividades. Se las encuentra, más o menos desarrolladas, un poco por doquier. En la Provenza occidental, por ejemplo,³² el Durance y el Ródano son la causa de zonas pantanosas de gran extensión en la región de Aviñón y de Arles. Por iniciativa de los habitantes de Arles se sanean las grandes marismas de Montmajour, cerca de esta ciudad, y se inicia su cultivo en la segunda mitad del siglo XI. Por la misma época y por iniciativa también de los arlesianos, en colaboración con los monjes de la abadía de Saint-Victor de Marsella, se roturan las tierras de la Camarga. En el año 993, un acta de esta abadía relativa a una de sus tierras atestigua un paso del cultivo a la ganadería.³³ En la primera mitad del siglo XII se desbrozan las marismas del Argence, en la orilla derecha del Ródano, en una zona caracterizada por las posesiones de la iglesia de Arles. El trabajo es similar en torno a Aviñón.

Inversión ciudadana en el campo: la compra de tierras

En cualquier caso, la influencia de las ciudades queda reflejada también en el desarrollo de una inversión ciudadana en la actividad agrícola.

30. Verhulst, A., «Les origines de la ville d'Ypres (XI^e et XII^e siècles)», *Revue de Nord*, n° 81, 1999, págs. 7-19.

31. Dutour, T., *op. cit.*, pág. 278.

32. Poly, J. P., *op. cit.*, págs. 214-218.

33. Dochard, R., *Le Haut Moyen Âge occidental. Economies et sociétés*, París, 1982, pág. 109.

Simplificando una realidad multiforme se puede decir que esta inversión se presenta principalmente de dos formas. La compra de tierras es la primera.

La propiedad rural ciudadana adquiere importancia en el siglo XII o en el siguiente. En el siglo XII son conocidos en Dijon, por ejemplo, los hermanos Le Riche. Éstos fundan en 1189 un hospital que lleva su nombre, el Hôpital-aux-Riches, y uno puede hacerse una idea de la parte rural de su fortuna al examinar la dote que transmiten a su fundación: por una parte una casa y 9 tiendas en Dijon, por otra, viñas, tierras de labranza y tres granjas en el campo, ganado, 300 ovejas y 10 vacas.³⁴ También en el siglo XII, en Vercel, en Lombardía, al oeste de Milán, los ciudadanos conocidos por pertenecer a la capa superior de la sociedad urbana, generalmente vasallos del obispo del lugar, compran en el *contado* de Vercel bienes raíces. En una primera etapa, las compras se limitan a bienes dispersos, pero en una segunda etapa, numerosas familias constituyen verdaderos señoríos territoriales hacia la década de los años 1160.³⁵ En el siglo XIII, las compras de los parisienes comienzan a salir de la sombra. Lo mismo que los dijoneses, compran parcelas según se presenta la ocasión y constituyen a veces explotaciones cuyo tamaño se puede comparar al de todas las reservas señoriales.³⁶ A comienzos del siglo XIV se presenta el caso de Reims, conocido en particular gracias a un documento poco corriente, un inventario («tasación») de las tierras de los arrabales de la ciudad en 1328.³⁷ La propiedad ciudadana se encuentra en un centenar de poblaciones de la que los dos tercios se hallan situados en un radio de 20 kilómetros en torno a Reims. Las propiedades más buscadas por los ciudadanos parece que son los bosques y las viñas. En los arrabales propiamente dichos, los dos tercios de los propietarios de Reims poseen entre 1 y 10 hectáreas de terreno, y 35 grandes propietarios ciudadanos poseen de 10 a 30 hectáreas. La atracción que los ciudadanos sienten hacia las tierras situadas en torno a su ciudad se nota por la diferencia del precio de la tierra: «La tierra común en el campo vale dos o tres veces menos que la que se halla a los pies de las

34. Dutour, T., *op. cit.*

35. Degrandi, A., «Vassalli cittadini e vassalli rurali nel Vercellese del XII secolo», *Bullettino storico-bibliografico subalpino*, n° 91, 1993, págs. 5-45.

36. Fourquin, G., *Les Campagnes de la région parisienne à la fin du Moyen Âge, du milieu du XIII^e siècle au début du XVI^e siècle*, París, 1964.

37. Desportes, P., *Reims et les Remoëns aux XIII^e et XIV^e siècles*, París, 1979, págs. 398-424.

murallas». Ésta se negocia en 1328 a un precio tan elevado que no guarda relación con el provecho que razonablemente se puede esperar de ella. Hay que relacionar esta constatación con lo que sabemos del caso de Dijon, también en el siglo XIV, gracias a una documentación notarial.³⁸ La propiedad de bienes raíces rurales aparece en ella como una parte normal, e incluso completamente trivial, de la fortuna ciudadana; su tamaño parece ser proporcional a la magnitud de las fortunas. Ante todo se trata de una pequeña o mediana propiedad que consiste en parcelas dispersas de tierra y de viñas. Los ciudadanos propietarios de explotaciones agrícolas o de señoríos son pocos.

Sin embargo, la inversión ciudadana en la agricultura, que es un fenómeno de primerísima importancia, no parece pasar en primer lugar por la compra de tierras y en general de bienes raíces rurales. Sin embargo, éstos atrajeron mucho la atención en el pasado: se imaginaban entonces burguesías conquistadoras entrando a saco en el suelo rural a costa de la nobleza o, más tarde, entregándose a una especie de traición de su supuesta vocación abandonando las actividades comerciales para colocar su dinero en la seguridad de la posesión de tierras. Por otra parte, al ser la evolución más manifiesta en el reino de Italia que en cualquier otra parte (al menos al principio), el reino de Italia ha llamado la atención. Para no dar más que un ejemplo, los estudios relativos a Siena insisten con frecuencia en el supuesto papel de las inversiones rurales en lo que parece ser un declive comercial sienense en el siglo XV.³⁹ Pero, como advirtió con toda razón Guy Fourquin, «hablar siempre del declive de la nobleza y del progreso de la burguesía» es «un tópico curioso, porque un movimiento iniciado en el siglo XII y que ha llegado hasta la revolución de 1789 habría experimentado una evolución tan lenta que perdería casi todo su significado».⁴⁰ A fin de cuentas, la propiedad ciudadana en el campo no es una novedad del siglo XII o del XIII, excepto, por supuesto, en el caso de poblaciones que confirmaron en ese momento, y no antes, su vocación urbana: por ejemplo Vendôme.⁴¹ Añadamos por último que la inversión inmobiliaria en el campo no es incompatible con el negocio; así lo ha demostrado el estudio de ciertos casos, entre

38. Dutour, T., *op. cit.*

39. Pinto, G., «Tra "onore" e "utile": proprietà fondiarie e mercatura nella Siena medievale», en G. Pinto, *Toscana medievale. Paesaggi e realtà sociale*, Florencia, 1993, págs. 37-50.

40. Fourquin, G., *op. cit.*, pág. 152.

41. Barthélémy, D., *La Société dans le comté de Vendôme de l'en naît au XIV^e siècle*, *op. cit.*, págs. 267-269.

ellos el de Amberes en el siglo XVI. Por la época en que la ciudad alberga el mercado internacional que domina la Europa del norte, las tres cuartas partes del capital ciudadano se invierten en bienes inmuebles, lo que no impide a los comerciantes de Amberes ser especialmente activos en las actividades comerciales.⁴² Así pues, dejemos aparte las conquistas burguesas, ya que veremos en el capítulo 8 que antes de sacarlas a relucir hay que ponerse de acuerdo sobre el sentido de la palabra burgués. Las diferencias entre la evolución hallada en Italia y la del norte europeo y otras partes tienen menos importancia —en la perspectiva de este libro— que los puntos comunes.

La inversión ciudadana en la agricultura: el crédito

La propiedad rural ciudadana es una forma secundaria de la influencia que ejercen los ciudadanos en el destino del campo y en la existencia de quienes viven en él. Logra manifestarse gracias a la existencia de otra forma mucho más determinante de esa influencia: el crédito, es decir, la transmisión de un poder de compra, en forma de dinero o de depósito, mediante el pago de un interés.⁴³

Antes hemos citado el caso de Vercell en el siglo XII, donde ciertos ciudadanos eminentes son propietarios y señores en el campo. Sin embargo es la importancia de la disponibilidad de dinero efectivo de los *cives* lo que extraña ante todo. Esta disponibilidad les permite prestar dinero a señores rurales y al obispo. Es probable que ciertas adquisiciones de bienes raíces por parte de los ciudadanos sean la consecuencia de la imposibilidad por parte de la gente del campo de devolver las sumas recibidas en préstamo. No cabe duda de que esto se halla en el contexto de los importantes gastos que origina, tanto para el obispo como para la aristocracia militar local, la participación en los conflictos que enfrentan al emperador Federico I Barbarroja con la Liga lombarda,⁴⁴ aunque la

42. Boone, M., *«La terre, les hommes et les villes. Quelques considérations autour du thème de l'urbanisation des propriétaires terriens»*, *La Ville et la transmission des valeurs culturelles au Bas Moyen Âge et aux Temps modernes - Die Städte und die Übertragung von kulturellen Werten im Spätmittelalter und die Neuzeit - Cities and the Transmission of Cultural Values in the Late Middle Ages and Early Modern Period, Actes - Abhandlungen - Records*, Bruselas, 1996, págs. 133-173.

43. *La Nuova Encyclopédia del diritto e dell'economia* Garzanti, Roma, 1985, pág. 406.

44. Degrandi, A., *op. cit.*

importancia de los medios financieros de los ciudadanos no depende de esas circunstancias. El caso de Dijon puede ilustrar perfectamente este caso. Desde donde lo conocemos, es decir desde comienzos del siglo XIII, el rasgo más llamativo de los miembros de la élite social local es su capacidad de invertir. Los dijoneses ricos, en la primera mitad del siglo XIII, prestan dinero al duque de Borgoña y a las grandes abadías del ducado.⁴⁵ Es probable que también se lo presten a deudores de menor importancia y que no tengamos conocimiento del hecho por falta de documentación. Ésta existe, con las actas notariales, a partir del siglo XIV. Entonces se descubre una situación trivial en la que nos detendremos, porque manifiesta lo extendido que está el recurso al crédito y demuestra el peso de las exigencias ciudadanas sobre la vida rural.⁴⁶

En la comarca de Dijon, la solicitud solvente de crédito es ante todo una solicitud de crédito a la agricultura y después al consumo, y en segundo lugar una solicitud procedente de quienes se dedican al negocio. En cuanto a la solicitud de crédito procedente de la actividad artesanal se puede decir que es marginal: aquí el artesanado ciudadano no responde a otras exigencias que a las de un mercado muy local, a diferencia de lo que ocurre, por ejemplo, en Flandes. Así pues, el crédito a la agricultura satisface la demanda más importante o, al menos, es la respuesta más importante a esa demanda. Utiliza instrumentos jurídicos variados y a la vez de fácil utilización: el préstamo, la venta anticipada de los productos, la aparcería,⁴⁷ el arriendo-aparcería (en el que el arrendatario de una tierra la arrienda en aparcería a su propietario), el arrendamiento pecuario (para el crédito a la ganadería) y la renta designada (utilizada sobre todo para el crédito a la viticultura). Éstos permiten la satisfacción de pequeñas necesidades (excepto en lo que concierne a las rentas

45. Dubois, H., *Les Foires de Chalon et le commerce dans la vallée de la Saône à la fin du Moyen Âge (vers 1280-vers 1430)*, Paris, 1976.

46. Dutour, T., *op. cit.*; Dutour, T., «Le rôle du crédit dans une société urbaine à la fin du Moyen Âge. L'exemple de Dijon», *Credit et société. Rencontres du Centre européen d'études bourguignonnes, Asti et Chambery 24 au 27 septembre 1998, Publication du Centre européen d'études bourguignonnes (XIV^e-XVI^e siècles)*, nº 10, 1999.

47. En la aparcería el arrendador participa en los gastos de explotación y, al menos en principio, proporciona la tierra. Su parte del producto de la actividad le compensa. En este aspecto la aparcería, como expresión de una necesidad de financiación, puede equipararse a una forma de crédito. La aparcería es tanto más ventajosa para quien pide el crédito cuanto que los gastos de explotación son elevados, que el valor de la tierra de cultivo es grande y que el tiempo de inmovilización del capital invertido en la explotación es largo. El conjunto de estas tres razones explica por qué la aparcería está tan extendida sobre todo en viticultura.

designadas en vino que llevan a cabo transferencias de un poder de compra de una cuantía unitaria elevada). Pero el número de esas pequeñas necesidades es lo que les hace ser tan importantes.

De un modo general, uno queda sorprendido por la gran difusión de la solicitud de crédito procedente de las gentes del campo. Éstos son los destinatarios del crédito ofrecido por los ciudadanos en un 43 % de los contratos notariales tomados aquí como base del estudio del que estamos exponiendo los resultados. La comarca en la que le es fácil a la gente de campo dirigirse a los ciudadanos para obtener lo que solicitan comprende unos 1.100 km² y se extiende sobre todo a los pueblos donde se cultiva la viña y a la llanura del Saona, de posibilidades cerealísticas bien conocidas.⁴⁸ El crédito ciudadano es un crédito de proximidad; con esta expresión hay que entender una distancia que no sobrepasa los 35 a 40 km en línea recta. En este radio la ciudad financia al campo y a veces lo abastece. Ahora bien, si la gente de campo pide prestado, los otros también. Todo el mundo pide prestado, incluso los que poseen tierras. Campesinos, artesanos, comerciantes, todos piden créditos. La diferencia entre ellos está en el tipo, la utilidad económica y el volumen del crédito que obtienen.

La gente del campo apenas se distingue de los demás cuando pide y obtiene créditos al consumo. La demanda es considerable: la importancia de la clientela de los prestamistas judíos de Dijon⁴⁹ y el estudio de la compra a crédito de bienes de consumo así lo demuestran. Ese estudio nos dice que más de las cuatro quintas partes de los compradores a crédito son gente del campo y que los principales compradores a crédito de productos alimenticios son gente del campo no noble.

Donde la gente de campo se distingue es en los demás tipos de cesión de créditos. En efecto, esos créditos se caracterizan por el empeño o hipoteca de la herramienta de trabajo, o del capital de explotación, o de ambos, como garantía de la devolución. Así pues, hay que distinguir los préstamos, otorgados principalmente por prestamistas profesionales judíos, y la asociación del capital al trabajo, que caracteriza la demanda de crédito dirigida a los ciudadanos cristianos. La preferencia por el crédito a corto plazo (dos años como máximo) es clara. Pero las actividades

agrícolas gozan de un crédito a medio plazo (de dos a cinco años) que permite financiar la inversión en capital fijo. Éste, conocido por arrendamientos de aparcería, arrendamientos pecuarios, rentas perpetuas redimibles y préstamos, financia la necesidad de liquidez de viticultores, la cría de ovejas para la lana, el comercio del producto de la cría de ganado y los frutos de la tierra. El crédito a largo plazo es poco corriente; los viticultores son casi los únicos que recurren a él. Es conocido por contratos de aparcería o arriendo-aparcería de viñas y por ventas de rentas perpetuas que, al ser rentas en especie establecidas sobre un instrumento de producción (la tierra), constituyen una especulación sobre el valor de la tierra cultivada y de sus productos. En resumen, sólo la agricultura puede beneficiarse de una asociación del capital y del trabajo. Las herramientas del artesano y los almacenes de los comerciantes no aparecen en las actas relativas al crédito, mientras que el material de explotación del campesino forma parte de los contratos de aparcería y de los arrendamientos pecuarios.

Esto le otorga su valor al hecho de que si todo el mundo pide prestado, todo el mundo presta —al menos entre los ciudadanos—. La oferta de crédito es esencialmente ciudadana. La gente del campo, en general, apenas ofrece crédito, ni como vendedores de productos agrícolas, ni como comerciantes, ni como artesanos. Por otra parte, el origen de los fondos de los prestamistas judíos es de Dijon. Por supuesto que la oferta procede ante todo de los medios acomodados o ricos. Ciertos comerciantes y administradores, propietarios de bienes raíces en general y la mayoría de ellos ricos, son los principales prestamistas y los principales inversores en ganadería. No obstante, ciertas capas medias de la sociedad urbana, que incluye los artesanos instalados en ella, no son ajenas a la oferta de crédito a la gente de campo. Sus representantes son muy minoritarios entre los acreedores de los nobles rurales, pero figuran entre ellos, prestan e invierten en arrendamientos pecuarios. Lo que hay que observar aquí no es la exigüedad de su oferta de crédito, sino el hecho esencial de su misma existencia. Ésta demuestra que quienes prestan dinero son sencillamente quienes tienen esa posibilidad, y eso en cualquier clase de actividad. En cuanto a la gente del último eslabón, aquella a quien se llama en la sociedad de aquel tiempo la *clase humilde*, tampoco se halla al margen de la oferta de crédito: interviene en el crédito a la ganadería concedido por arrendamiento pecuario. Éste sólo puede poner en juego pequeñas cantidades, por ejemplo para el arrendamiento de una vaca, al alcance de individuos que disponen de unos recursos mo-

48. Dubois, H., *Les Foires de Chalon et le commerce dans la vallée de la Saône à la fin du Moyen Âge (vers 1280 vers 1430)*, op. cit., págs. 385-426.

49. Kohn, R., *Les Juifs de la France du nord dans la seconde moitié du XIV^e siècle*, Louvain y París, 1988, págs. 82-139.

destos. A fin de cuentas, todas las capas de la sociedad urbana colocan algún dinero en actividades rurales y las relaciones de crédito vienen a ser casi exclusivamente actos privados individuales. Éstos llaman menos la atención que la compra, bastante rara, de un importante señorío por parte de un rico notable y son menos visibles que los grandes proyectos colectivos, pero no cabe la menor duda de que constituyen la parte esencial. La producción agrícola y la ganadería disponen de una amplia gama de instrumentos de crédito, pueden obtener un crédito a medio plazo y gozar de la confianza de los inversores, a diferencia del artesanado y del comercio, que no despiertan el mismo interés.

Ciudad y campo están tan de acuerdo que, sin exagerar, se puede hablar de una agricultura dijonesa, o parisense o, incluso antes, florentina o sienense.

El estrecho vínculo entre los ciudadanos y la tierra

Sin embargo es la ciudad la que conduce el carro. Los propietarios ciudadanos no se abstienen de intervenir en la explotación de las tierras y detallan en los contratos sus exigencias. Se cuidan de los modos de cultivo. Se preocupan porque las tierras sean aradas en la época, removidas en agosto, desterronadas y sembradas con buenas simientes, de que se poden y fumiguen las viñas en marzo. Sobre todo se preocupan de los abonos. Habrá que estercolar todos los años una parte de las tierras, no cultivar en ellas ni lino ni cañamo, o estercolar todas las tierras si se hubieran hecho esos cultivos, según se lee en un contrato de 1365. En 1376, el arrendador en aparcería durante nueve años de una parcela de tierra, sembrada de trigo, precisa que habrá que estercolar la tierra al menos una vez durante el período de arrendamiento. El abono puede proporcionarlo el propietario mismo. El susodicho Huguenin —Huguenin Girarde, arrendador en 1346 de todas sus tierras en la localidad de Saulon la Chapeile— comprará el estiércol en dicha localidad, entonces los dichos arrendadores tendrán que acarrearlo hasta las tierras por su cuenta. El arrendatario transporta el estiércol que el arrendador compra y le proporciona. El estiércol de todos los animales que los diez arrendadores reciban, tanto del susodicho Phelippe —Philippe Courtot, arrendador en 1370, por seis años, de una casa con jardín en la aldea de Fauvernay y de tierras de cultivo— como de otros por medio de él, los diez arrendadores deberán acarrear ambas partes a las tierras susodichas. Y tam-

bien cuando durante el mencionado término éste compre estiércol en dicho término de Breteneres para llevarlo a dichas tierras, esto se pagará a medias, y dichos arrendadores lo acarrearán hasta las susodichas tierras. A veces el arrendador lo paga todo. En 1372, Guillaume le Vicaire, tejedor de sarga, compra estiércol para sus tierras y contrata un carretero para transportarlo. Estos ejemplos ponen de manifiesto que el cuidado por evitar el empobrecimiento de las tierras es la principal preocupación de los propietarios de Dijon, y sin duda de los propietarios en general. De hecho, la obligación de estercolar la tierra es la que con más frecuencia aparece en los contratos.

En estas condiciones no hay por qué extrañarse de que el estrecho lazo de los ciudadanos con la tierra se ponga de manifiesto en el constante ir y venir de la gente y de los productos entre la ciudad y el campo. Esto, en cierto modo, da a las ciudades el aspecto de pueblos hipertrófiados o, al menos, de aglomeraciones que se distinguen del campo sin separarse de él. Esto es cierto por doquier, pero es especialmente visible en regiones que gozan de una urbanización importante que se caracteriza por el predominio de pequeñas poblaciones, como por ejemplo el Oberrhein.⁵⁰ La ciudad medieval, grande o pequeña, huele a estiércol,⁵¹ pero no es debido sólo a que en ella se cruza uno con todos los animales que se utilizan para el transporte de personas y mercancías (caballos, bueyes, asnos, mulos). Las gallinas se dispersan al paso del caminante; en ellas se cruza uno lo mismo con cabras que no se arredan ante el hecho de tener que subir escaleras, que con piaras de cerdos. Los ciudadanos los crían con frecuencia⁵² —los burgueses de Reims tienen derecho a criar en su casa hasta cuatro⁵³ y se encuentran tanto en Francfort como en Florencia—.⁵⁴ La posesión de herramientas vinculadas a la actividad agrícola es algo que acompaña en el ciudadano a la propiedad del suelo y a la inversión en actividades que le otorgan su valor económico. Lo esencial de ese equipamiento se halla en la ciudad. Los ciudadanos, y en

50. Kammerer, O., *Entre Vosges et Forêt-Noire. Pouvoirs, terrains et villes de l'Oberrhein 1250-1350*, París, 2002.

51. Fumagalli, V., *op. cit.*, págs. 101-119 (cap. 11: «Città, campagne e animali»).

52. Delort, R., «Les animaux dans la ville occidentale à la fin du Moyen Âge», en M. Bourdin (comp.), *Villes, bonnes villes, ciés et capitales. Études d'histoire urbaine offertes à Bernard Chevalier*, Tours, 1989, págs. 343-350.

53. Desportes, P., *op. cit.*, pág. 414.

54. Bertengo, M., *L'Europa delle città. Il volto della società urbana europea tra Medioevo e Età moderna*, Turín, 1999.

especial los ricos, tienen en ella, en las comarcas de viñedo, lagar y prensa; allí es donde frecuentemente sus aparceros llevan la vendimia, que se reparte y se transforma en vino. También poseen edificios que sirven para almacenar los productos de la tierra. Los contratos notariales que nos informan sobre sus negocios enumeran en largos listados los productos agrícolas que entran en la ciudad: los aparceros llevan vino y cereales; los arrendatarios de animales en contrato pecuario pagan en cereales el arriendo y el fruto [del ganado, los partos] y llevan la lana de las ovejas; los vendedores de rentas perpetuas reciben vino, cereales, aceite; los deudores rurales pagan sus deudas en especie. Cualquier clase de remuneración se puede transformar en pago mediante productos de la tierra. Así Me Jean Rosier, domiciliado en Dijon, consejero jurídico de la hija de un noble, recibe por su trabajo una *pensión* en 1356. De hecho, lo que se pone a disposición de este hombre eminente, licenciado en leyes, jurisconsulto, procurador y abogado del duque de Borgoña en Dijon, son tierras. El las arrienda en aparcería, y sus honorarios consisten en trigo y avena, entregado todos los años por el aparcero en su residencia de Dijon. Todas estas riquezas hallan acomodo en las casas de los ciudadanos, en sus bodegas y en los graneros que poseen en la ciudad. Esos graneros, que sirven de momento para almacenar el heno, pueden estar hechos de piedra y distinguen a quienes los poseen de la masa de sus conciudadanos. En este sentido, son algo que llama la atención —pero aquí también, lo esencial no es lo que llama la atención—. Entre los pobres, evidentemente, las casas son los principales almacenes, ya que no tienen otra cosa a su disposición, pero también entre los ricos. Sus amplias haciendas, que pueden estar dotadas de lagar, bodega, granero y establos, son en cierto modo tanto granjas ciudadanas como casas de ciudad. En ellas almacenan esas reservas alimentarias que distinguen al pobre del rico. Según eso en Francfort la legislación urbana obliga desde 1458 a todo burgués que declare más de 500 florines de patrimonio a conservar en reserva para el consejo de la ciudad cinco *Achtel* de grano.⁵⁵ La ciudad es el almacén más importante del país sobre el que ejerce su influencia. Bonvesin de la Riva, al describir Milán en 1288 en un célebre texto, dice lo mismo.⁵⁶

55. Monnet, P., *Les Rohrbach de Francfort. Pouvoirs, affaires et parentés à l'aube de la Renaissance allemande*, Ginebra, 1997, pag. 196.

56. Bonvesin della Riva, *De magnibus Mediolani. Meraviglie di Milano*, texto crítico, traducción y notas a cargo de Paolo Chiesa, Milán, 1997.

La expansión, de la que el progreso urbano es un testimonio y a la que éste enmarca con frecuencia, e incluso da un aire de renovación (sobre todo con la adopción de métodos que suponen la mejora de los rentamientos, por ejemplo de contratos nuevos de aparcería y de arrendamiento rústico,⁵⁷ que se difunden en los siglos XIV y XV) continúa hasta el siglo XIII y a veces, sobre todo en Europa oriental, hasta la Peste negra (1348). Se trata ante todo de una expansión demográfica y agraria de larga duración —siete siglos— que ha sustentado el crecimiento urbano.

LA MULTIPLICACIÓN DEL NÚMERO DE CIUDADES

Así se comprende la extensión de las poblaciones existentes y la proliferación de otras nuevas. Éstas forman parte de un amplio movimiento que se manifiesta mediante un desarrollo a veces muy rápido de las ciudades. Fíjemonos en el caso de Ypres, entre decenas de otros similares, que se convirtió en ciudad en la segunda mitad del siglo XI⁵⁸ y que un siglo más tarde era una de las tres mayores ciudades de Flandes con Brujas y Gante,⁵⁹ o de Saint-Omer, donde la superficie que encerraban las murallas se triplica cada cien años desde el 900 hasta el 1200, o bien de Calais, donde la población debió triplicarse en cada generación, entre 1165 y 1298.⁶⁰

Burgos nuevos y ciudades polinucleares

Por doquier aparecen burgos de todas clases allí donde el hombre halla la protección necesaria para sus actividades: cerca de una ciudad, de una abadía, de un puerto marítimo o fluvial o de un castillo. La reflexión de Rupert de Deutz asociaba ciudades y castillos: era completamente lógico.

57. Prevenier, W. y W. Blockmans, *Les Pays-Bas bourguignons*, Amberes, 1983; Montanari, M., *Campagne medievali. Strutture produttive, rapporti di lavoro, sistemi alimentari*, Turín, 1984.

58. Verhulst, A., «Les origines de la ville d'Ypres (XI^e-XII^e siècles)», *Revue du Nord*, n° 81, 1999, págs. 7-19.

59. Prevenier, W., «La démographie des villes du comté de Flandre aux XIII^e et XIV^e siècles», *Revue du Nord*, n° 65, 1983, págs. 255-275.

60. Derville, A., «La population du Nord au Moyen Âge. I: avant 1348», *Revue du Nord*, n° 80, 1998, págs. 501-530.

Así se desarrollan poblaciones que no proceden generalmente de una extensión concéntrica en torno a un núcleo único, sino que están formadas por la fusión de varios núcleos de población, al principio completamente distintos. Recuérdese el caso de Reims, y es un caso entre centenares. La fusión de diferentes núcleos se produce frecuentemente con motivo de la edificación de una muralla o de la ampliación de la ya existente, a veces a finales del siglo X (en Florencia el barrio de San Pancreacio se incluye en la muralla en el año 996), a veces más tarde (a finales del siglo XI en Chartres), y en general en los siglos XII o XIII (por ejemplo, antes del año 1127 en Brujas).⁶¹ En Dijon se construye a partir del año 1137. Es muy dilatada y engloba terrenos no edificados. Construida por iniciativa del principal señor de la ciudad, el duque de Borgoña, sitúa de hecho bajo su autoridad todo lo que se halla en su interior, en perjuicio de los demás poseedores de derechos señoriales en la ciudad, entre los que figura a comienzos del siglo XII una abadía benedictina de la que depende un burgo que lleva su nombre. Un cambio en el tipo de monedas ducales demuestra que los contemporáneos han comprendido perfectamente el alcance de esta evolución. En las monedas figuraba *dux* y *divion castri* (duque y castillo de Dijon), en adelante se lee *dux* *divionensis* (duque de Dijon). La unificación es a veces más tardía, en regiones que presentan la particularidad de una urbanización menos crecida, desde el punto de vista de su densidad y de su ritmo de desarrollo, por ejemplo el oeste de Francia. Por eso en Tours hubo que esperar hasta que a mediados del siglo XIV los imperativos de la guerra de los reyes de Francia y de Inglaterra hicieran posible la unificación de la defensa de la conglomeración.⁶²

La creación de poblaciones nuevas por los poderes públicos

Nuevamente es la expansión la que explica el éxito de las iniciativas tomadas por los poderes públicos. Estos, principalmente señores y príncipes, a quienes se añaden sobre todo reyes a partir del siglo XIII, y comunas urbanas en Italia, crean nuevas poblaciones. Éstas son innumerables, y cualquier intento de establecer en medio de su diversidad un

61. Van Houtte, J. A., *Bruges. Essai d'histoire urbaine*, Bruselas, 1967.

62. Chevalier, B., *Tours ville royale (1356-1520). Origine et développement d'une capitale à la fin du Moyen Âge*, Lovaina, París y Beatrice-Nauwelaert, 1975.

orden creando tipos de causas de su creación, de formas en que se establecieron, de itinerarios de su crecimiento, se enfrentan a serias dificultades. Nos limitaremos aquí a hacer unas breves observaciones. Las poblaciones nuevas que se convierten en ciudades son tanto más numerosas cuanto que la red urbana existente, heredada del pasado —es decir, las ciudades— es menos densa. Por eso Italia no es el país donde más importancia tuvieron, aunque también las hubo. En cambio en Alemania o en regiones como la Bretaña, su papel en la formación de una red urbana es capital. Son creadas por poderes públicos, los únicos que podían ceder el uso del suelo, otorgar derechos y organizar proyectos colectivos. Así aparecieron por ejemplo las ciudades del norte y del centro de Alemania a partir de la segunda mitad del siglo VIII, los grandes burgos fortificados del Lacio a partir de la década de los años 1000⁶³ y más ampliamente una buena parte de las pequeñas ciudades del centro de Italia,⁶⁴ las ciudades de Flandes central a mediados del siglo XI,⁶⁵ las pequeñas ciudades del Forez a partir de la década de los años 1070, las *sauvetés* y los *castelnaux** del suroeste del reino de Francia a partir de la década de los años 1080,⁶⁶ las ciudades alemanas a lo largo de las costas del Báltico y al este del Elba a partir del siglo XII, las pequeñas poblaciones del País Vasco a partir del año 1140,⁶⁷ las fundaciones del rey de Inglaterra Eduardo I en el país de Gales y las «bastidas»** a partir del

63. Troubet, P., *Les Structures du Latium médiéval. Le Latium méridional et la Sabine du IX^e siècle à la fin du XII^e siècle*, 2 vols., Roma y París, 1973.

64. Luzzato, G., *Dai servii della gleba agli albori del capitalismo*, Bari, 1966.

65. Dhondt, J., «Développement urbain et initiative comtale en Flandre au XI^e siècle», en *Revue du Nord*, 1948, pág. 133-156.

* Las «sauvetés» eran aldeas de la época romana construidas en torno a una abadía o a un monasterio cuyas cruces de piedra («cruces de salvación») garantizaban a los habitantes un espacio de paz y de inviolabilidad; gozaban de la inmunidad de la «paz de Dios» y se crearon para servir de refugio y para la roturación de tierras.

El *castrum* estaba al principio separado de la zona habitada, más bien en el límite de los sectores poblados. Después esa zona habitada decidió ponerse bajo la protección inmediata del *castrum* formando un burgo castral; el conjunto es el «*castelnaux*». Por lo tanto la «sauvete» es una jurisdicción rural bajo la autoridad de la Iglesia y el «*castelnaux*» una jurisdicción rural bajo la autoridad señorial. (N. del T.)

66. Cursente, B., *Les Castelnaux de la Gasogne médiévale*, Burdeos, 1980.

67. Arizaga Bolumburu, B., «Formation et évolution du tissu urbain dans le Pays basque; l'exemple du Guipuzcoa», en N. Coulet y O. Guyotjeannin (comps.), *La Ville au Moyen Âge. Actes du 120^e congrès national des sociétés historiques et scientifiques*, 1993, Aix-en-Provence, París, 1998, págs. 41-50.

** Bastida, aunque de un origen etimológico algo confuso, significa lugar recién construido o en construcción. (N. del T.)

año 1222 en el suroeste del reino de Francia. Los motivos de esas fundaciones, tal como hoy los podemos entender, unen de forma indisoluble el esfuerzo por dar todo su valor a unos espacios con vocación agraria (que incluye el interés por establecer las infraestructuras necesarias para el intercambio comercial, sobre todo ferias y mercados, incluso talleres de acuñación de moneda) y el de organizar la vida de los hombres de tal manera que pueda contribuir a la consolidación de espacios políticos.

Esas nuevas poblaciones han dado origen a veces a ciudades, algunas de las cuales se han convertido y han permanecido siendo ciudades importantes. Piénsese por ejemplo en Lille, creada a mediados del siglo XI por el conde de Flandes, en Caen, fundada en el año 1059 por el duque de Normandía —el futuro conquistador de Inglaterra—, en Lübeck, fundada por el conde de Holstein en 1143 y cedida al conde de Sajonia que la dona en 1158 de privilegios interesantes,⁶⁸ en Berna, fundada en 1151 por una dinastía señorial local, o incluso en Hamburgo, fundada en 1188. Otras, sin llegar nunca a alcanzar un tamaño capaz de llamar la atención fuera de su comarca, han formado no obstante el entramado de su red urbana. Estas son de ordinario poblaciones castrales, es decir, poblaciones formadas al amparo de un castillo. Vimos en el capítulo 4 el caso de Vendôme y el de Gante. He aquí otro con Grosseto, en la Toscana meridional. En la Maremma, al lado de la vía Aurelia, en una región cuya particularidad es la de estar mucho menos urbanizada que el resto de la Toscana.⁶⁹ La localidad, oscura en sus orígenes, simplemente calificada de *locus* en los documentos, está situada en el condado de Roselle. Desde el año 803 pertenece, por concesión de derechos episcopales mediante contrato enfitéutico, otorgados por el obispo de Luca, a la familia Aldobrandeschi. A mediados del siglo IX, los Aldobrandeschi se convierten en condes de Roselle; desde ese momento poseen en Grosseto la autoridad del propietario de bienes raíces y del poseedor de los derechos públicos. En el año 973, un documento menciona la *corte Grosseto cum castro et ecclesia ibidem consistente*; la localidad, centro de un dominio inmueble, está dotada de un castillo y de una iglesia. ¿Es una ciudad? En cualquier caso es un lugar cuyo desarrollo es incontestable. La consecuencia de este desarrollo es un carácter urbano ratificado por

68. Dollinger P., *La Hanse XIII- XVII^e siecles*, Paris, 1964.

69. Collavini, S., «I conti Aldobrandeschi nel contesto storico generale e locale», en M. Ascheri (comp.), *Cli Aldobrandeschi. Una famiglia feudale nel medioevo toscano. Atti del convegno. 3. Fiora 26 maggio 2001, 2002*.

el traslado de la sede episcopal en el año 1138 de Roselle a Grosseto.⁷⁰ Con mucha razón Jacques Heers subraya la importancia de las ciudades castrales en la formación de las redes urbanas,⁷¹ aduciendo en apoyo de su tesis los casos convincentes de la Bretaña (sobre todo los de Clisson, Chateaubriant, Lamballe, Montfort, Josselin) o el de Forez (con pequeñas poblaciones como Montbrison, Saint-Germain-Laval, Saint-Bonnet-le-Château). Otras poblaciones no llegaron a adquirir la categoría de ciudad, como es el caso de la mayoría de las *sauvetés*, *castelnaux* y bastidas del suroeste del reino de Francia, estudiadas sobre todo en los trabajos de Ch. Higoumet. Las *sauvetés* son centros de población y de roturación de tierras que crean en el siglo XII primero los hospitalarios y después los templarios a partir de la década de 1130. Se establecen bajo su tutela, simbolizada por una iglesia construida en el momento de la fundación o por una simple cruz de piedra o «cruz de salvación». Estas poblaciones, al colaborar en un movimiento de colonización agraria, contribuyen a un aprovechamiento de las tierras que no se hace por caseríos, aldehuellas o explotaciones dispersas, sino que se organiza por reagrupamientos de población. Por la época de la fundación de las *sauvetés* son muchos los señores que fomentan el reagrupamiento de campesinos en torno a su castillo; de ahí el nacimiento de numerosas poblaciones fortificadas, que son los *castelnaux*. Las bastidas son poblaciones nuevas fundadas a partir del año 1222 (Cordes, en el Albigeois) hasta la década de 1370. Algunas bastidas son ante todo centros de colonización agraria, pero otras son también villas fortificadas. Con frecuencia la fundación demuestra el deseo de dejar clara, de establecer o de controlar una frontera, por lo que las bastidas abundan sobre todo en las fronteras del ducado de Guyenne, cuyo duque es al mismo tiempo rey de Inglaterra, sobre todo en el Agenais y en el Bas-Quercy. Las bastidas del bordelés se construyeron por iniciativa del rey (de Inglaterra) y dependían en general de él. Esas poblaciones nuevas, donde se conceden solares para la construcción y tierras de labranza en muy buenas condiciones, atraen a campesinos instalados en otros lugares y sobre todo a los siervos. Y los estatutos de las bastidas, efectivamente, precisan por

70. Collavini, S., «Grosseto nel quadro della contea aldobrandesca (sec. XIII)», *La Cattedrale di Grosseto e il suo popolo (1295-1995). Atti del convegno di studi storici*, Grosseto, 3-4 novembre 1995, Grosseto, 1996, págs. 127-151.

71. Heers, J., *La Ville au Moyen Âge en Occident. Paysages, pouvoirs et conflits*, París, 1990, pág. 111.

lo general que quienes residen en ellas quedan libres al término de un año y un día. Se calcula que se fundaron de unas 400 a 500 bastidas. Su desarrollo urbano ha dependido de las posibilidades que ofrecía la distribución de las ciudades ya existentes.⁷² En resumidas cuentas, son pocas las que indiscutiblemente se han convertido en ciudades (Libourne, Sainte-Foy-la-Grande, La Réole, por ejemplo), y la mayoría han quedado como burgos rurales, por ejemplo los de la región entre el Dordoña y el Garona, región a la que en el bordeles llaman «entre dos mares», Cadillac, Crémieu, Sauveterre-de-Guyenne, Sainte-Croix-du-Mont.

EL PASO DEL POBLADO A LA CIUDAD

¿Cómo las poblaciones, que nacen todas con ánimo de desarrollarse, se convierten o no en ciudades? ¿Cómo distinguir un gran poblado de una pequeña ciudad? Hay una abundante literatura consagrada a estas dos preguntas. No es difícil responder a la primera: hay un consenso, cuya base parece pertinente, sobre la respuesta que se le ha de dar. Pero no es tan fácil responder a la segunda. Tampoco hay acuerdo sobre la respuesta que merece —se deduce la que se ha dado aquí de los principios de análisis expuestos en la introducción—, y la documentación disponible no siempre permite las investigaciones que serían necesarias. Además, se ha estudiado poco las pequeñas ciudades de la Edad Media, en cualquier caso menos que las de otras épocas. Recurrirremos a dos estudios que ilustran los procesos que intervienen en la marcha de las pequeñas ciudades y también los elementos fundamentales de su definición.

*La necesidad de lugares de mercado de interés local:
Louhans, en la Bresse borgoñona*

El primero de ellos trata de Louhans, en la Bresse borgoñona, estudiada por Marcel Pacaut, que hoy es una subprefectura del departamen-

72 Higoumer, 1987; M. Mousnier, «Bastides de Gascogne toulousaine. Un échec?», en Société des historiens médiévistes de l'enseignement supérieur public, *Villages et villageois au Moyen Âge*, París, 1992, págs. 101-116.

to de la Saône-et-Loire.⁷³ El alcalde de Louhans describe su ciudad en 1605 como «el punto de reunión más natural y el centro comercial de muchas aldeas bien pobladas». Así es como aparece desde el siglo XIII por lo menos.

La localidad está situada junto a un pequeño río navegable, el Seille, que se lanza hacia el Saona aguas abajo de Tournus. Una villa en los tiempos carolingios, un puerto para el almacenamiento y el embarque en la ribera de la sal gema del Francocondado, que en Louhans cambia la vía terrestre por la marítima, y donde el señor del lugar construye un castillo en el siglo XIII: poco más o menos, eso es lo que sabemos de Louhans antes de 1269. En esta fecha el señor local otorga a los habitantes una carta. Ésta nos informa de que en Louhans hay un mercado semanal y ferias, de que allí se comercia con diversos productos agrícolas, entre ellos el vino, y de que entre las profesiones que existen en la ciudad figuran las de cambista de moneda, comerciante de paños, ferretero y salinero. En el siglo XIV aparecen individuos designados como comerciantes, que negocian con paños de lana y con objetos de metal; aparecen en las cuentas de peaje, y Louhans forma parte de las localidades en las que la celebración de las importantes ferias internacionales de Chalon-sur-Saône se anuncia mediante pregonero. Eso invita a pensar que los comerciantes de Louhans podían asistir a ellas y comprar en las ferias de Chalon los productos que revendían en el sur de la Borgoña. Además en Louhans hay albergues y, poco antes de 1360, un hospital. En resumidas cuentas, todos los indicios convergen en el mismo hecho: Louhans es una ciudad. Una ciudad pequeña, de oscura existencia, quizás incierta —parece ser que las dificultades económicas de los años 1350-1450 la afectaron duramente—, pero al fin y al cabo una ciudad.

El caso de Louhans ilustra la aparición de una necesidad, como consecuencia del desarrollo demográfico y agrario: la necesidad de una expresión y de una unificación de los intereses de quienes tienen algo que vender o que comprar, lo que convierte la utilidad de los mercados en algo de interés local.⁷⁴ Por eso en Nuremberg en el siglo XV, funciona un tribunal de la gente de campo (*Land-und-Bauerngericht*) una vez por semana, el sábado por la tarde, es decir, el día de mercado, con el

73. Pacaut, M., «Naissance et renaissance d'une petite ville. Louhans du XIII^e au XVI^e siècles», en M. Bourin (comp.), *Villes, bonnes villes, cités et capitales. Études d'histoire urbaine (XII-XVIII^e siècles)* offertes à Bernard Chevalier, Tours, 1989, págs. 123-132.

74. Margairaz, D., *Foires et marchés dans la France préindustrielle*, París, 1988.

fin de facilitar la asistencia a él. Para ellos es como un tribunal de primera instancia.⁷⁵ Por eso también el campo de utilización de la medida de Vendôme se extiende a todo el territorio de la castellanía que tiene esta ciudad como centro:⁷⁶ «La función de mercado local [de Vendôme] es evidente», lo mismo que la de Louhans.

Pero nos quedamos con la curiosidad respecto de los habitantes del lugar y de las actividades que les proporcionaban los medios de subsistencia. Ése es el origen de una especie de duda porque, como observa M. Pacaut, que no ha podido librarse de ella, «la población... ejerce actividades cuya finalidad no siempre es fácil descubrir».

El análisis de las actividades humanas: las Cevenas y el Vivarais

Pero las actividades de los ciudadanos son la esencia misma de lo que hace la ciudad. Frank Brechon⁷⁷ logra llegar hasta ellas gracias a una documentación notarial. Éste se marca como campo de estudio las Cevenas y el Vivarais, es decir, una región que forma el reborde oriental del Macizo central, entre este macizo propiamente dicho, a partir de las alturas superiores a los 1.000 m y las llanuras del Languedoc, rodeada por Mende y Le Puy al oeste, Maguelonne al sur, Nîmes, Uzès y Viviers al este y Vienne al norte. Estas comarcas, «en la actualidad lejos de las grandes ciudades del sureste», «tienen el aspecto de un desierto rural». Pero este desierto no es tal. En efecto, «lo mismo que en muchas otras regiones, se formó allí en la Edad Media una tupida red urbana que habría de durar hasta el siglo XIX y hasta el deterioro producido por el éxodo rural». Esta red urbana tiene con toda certeza un origen medieval: no hay ninguna ciudad, no debe nada al ejercicio de funciones administrativas o políticas. Las poblaciones que la forman no se distinguen por regímenes jurídicos especiales (esas poblaciones «tuvieron un desarrollo tardío de las libertades urbanas a veces más restringido que algu-

75. Berengo, M., *op. cit.*, pág. 159.

76. Barthélémy, D., *La Société dans le comté de Vendôme de l'an mil au XIV^e siècle*, *op. cit.*, pág. 237.

77. Brechon, F., «Le réseau urbain en Cévennes et en Vivarais», en N. Coulet y O. Guiguerannin (comps.), *La Ville au Moyen Âge. Actes du 120^e congrès national des sociétés historiques et scientifiques*, 1995, Aix-en-Provence y París, 1995, págs. 265-277.

nas modestas localidades dotadas de franquicias bastante amplias»). No se conoce el número de sus habitantes.

Se reconocen esas poblaciones por el estudio de las actividades de sus habitantes y por las relaciones de interés que mantienen entre sí. El análisis de 4.460 actas notariales de los años 1350 a 1450 permite conocer algo de unas y otras. Gracias a los registros de los notarios aparecen «en los límites inferiores de las Cevenas localidades de importancia como Alès, Aubenas, Ganges, Anduze o Privas que gozan de una actividad comercial y artesanal importante, centrada sobre todo en el trabajo del cuero y de la lana». Además, el análisis de las ferias y de los mercados permite identificar «burgos o pequeñas poblaciones que, por su actividad económica asociada a las ferias, sobrepasan claramente es estadio de simples villorrios». Y éstos ya son resultados. El análisis de los registros de los notarios permite completarlos. En efecto, permite demostrar la existencia de un modelo rural y otro urbano de actividad notarial y en eso consiste la aportación original del estudio de Fr. Brechon. Éste distingue tres categorías de actas según su objeto: las actas relativas a los asuntos familiares, a los bienes raíces y a las transacciones que no tienen que ver con los bienes raíces. Tanto en el tipo urbano como en el tipo rural de actividad, la proporción de actas relativas a los asuntos familiares es similar (30,4 y 34 %). La diferencia está en la distinta proporción de transacciones que no tienen que ver con los bienes raíces (43,9 % en la ciudad y 24 % en el campo) y en las transacciones relativas a los bienes raíces (25,6 % en la ciudad y 42 % en el campo). La determinación de esos dos modelos de reparto de actas según su objeto permite demostrar «la existencia de pequeñas ciudades y de burgos en las que los notarios, a diferencia de los de las aldeas, tienen una actividad de tipo urbano. Por ejemplo... aparecen en el mapa las localidades de Privas, Joyeuse, Les Vans, Florac, Meyrueis o Saint-Ambroix y Saint-Jean-du-Gard» de las que, de otro modo, no se podría decir si son ciudades o no.

Lo que aquí se descubre es una red urbana, una tipología funcional de las ciudades y una geografía del intercambio comercial. En las Cevenas y en Vivarais se negocian los productos del suelo (madera, vino) y de la ganadería (bueyes, pieles) y también los del artesano (tejidos, cueros trabajados). Las ciudades más pequeñas, sedes de un mercado y eventualmente de una feria, son aldeas que en la actualidad son cabezas de distrito de cantón, como Saint-Jean-du-Gard donde se efectúan intercambios comerciales locales que pueden interesar a unas cuantas parroquias situadas en un radio de una docena de kilómetros en torno al cen-

tro que necesitan. Algunas de ellas, como Privas o Meyrueis, gracias a las ferias, son lugares de encuentros incidentales de comerciantes de un radio más amplio, ya que están «bien situadas en la convergencia de las vías de comunicación en las planicies montañosas». Por encima de estas pequeñas localidades se encuentran otras medianas como Aubenas, Annonay o Alès, cuya importancia se explica por ciertas funciones que se desempeñan para una clientela no solamente local, sino regional, y por actividades de intercambio comercial interregional. Éstas atraen hacia sí operadores económicos que vienen del campo del Languedoc y del Macizo central, «dos medios naturales opuestos que no producen prácticamente ningún beneficio en común».

Si existe una ciudad medieval típica, ésa es Meyrueis, Vercell, Vendôme o Dijon. El desarrollo urbano es el fruto del desarrollo del campo: éste hace que el primero sea a la vez posible, útil y necesario para la satisfacción de las necesidades de la gente del campo. Ése es el motivo por el que el desarrollo urbano de la Europa medieval, en su aspecto *a posteriori* menos espectacular quizá —porque concierne a pequeñas localidades, como las de las Cevenas o del Vivarais—, pero más generalizado, está basado en la transformación de aldeas en ciudades y, por lo tanto, en la urbanización del campo.

La diferencia entre una gran aldea y una pequeña ciudad, o incluso una ciudad mediana —tanto unas como otras enfangadas en barro y excrementos animales—, reside en las actividades de los hombres, es decir, en las razones por las que habitan en la conglomeración o van con frecuencia a ella. Ésta se presta a una investigación que quiera encontrar la razón de los comportamientos individuales, pero sólo a condición de que esa investigación se lleve a cabo con eficacia.

Capítulo 6

Desarrollo urbano y organización de las relaciones sociales (siglos VIII-XIV)

Al desarrollo urbano le acompaña una reacomodación constante de las relaciones entre los hombres, una reacomodación que a la vez le beneficia y determina sus modalidades. De esas relaciones entre los hombres es de lo que vamos a ocuparnos ahora. La decisión de recordarlas, tras haber analizado en el capítulo anterior el crecimiento demográfico y la expansión agraria, sugiere una causa principal: un desarrollo demográfico en el marco de una actividad agrícola que se basa en instituciones humanas estables. Queremos recalcar con esto, ahora y siempre, que las ciudades medievales proceden de un mundo rural del que se distinguen pero del que no se separan. Esta afirmación de carácter general se ve reforzada por tres evoluciones sociales que le otorgan su dimensión concreta.

En primer lugar, el poderoso movimiento de desarrollo de los hábitats aldeanos acaecido en los tiempos medievales, a la vez que la urbanización da un tinte particular al vínculo entre ciudad y campo, propio de los tiempos que estamos analizando. Es un vínculo entre ciudades y aldeas, y hay que tenerlo en cuenta tanto para comprender el desarrollo demográfico de ciudades pobladas de aldeanos como para comprender el desarrollo de importantes características de las sociedades urbanas. En segundo lugar, la transformación paulatina del dominio rural en señorío, el desarrollo del señorío territorial y el desarrollo urbano están íntimamente relacionados. El marco señorial ha dado a la vez una forma y un impulso a un crecimiento urbano que va acompañado de la transformación de ciudades en comunidades autónomas. En fin, este desarro-

lo va acompañado de la aparición a plena luz de élites urbanas influyentes cuyas actividades se diversifican; con él la ciudad vuelve a ser uno de los lugares privilegiados del encuentro y de la vida social de las élites.

EL VINCULO INTIMO DE LAS CIUDADES CON UN PAÍS INTERIOR ALDEANO

La estabilización de los asentamientos humanos durante la Alta Edad Media contribuye al desarrollo agrario, y su evolución cristaliza en la formación progresiva del tipo de aldea que parece dominante a finales de la Edad Media. Ésta está a veces muy cerca del límite que separa una gran aldea de una pequeña ciudad. Las aldeas, se acerquen o no a este límite, mantienen con la ciudad lazos a veces muy estrechos y el desarrollo de las ciudades se beneficia de una inmigración de la gente del campo. Aquéllas se pueblan de aldeanos pero, con el incremento de los intercambios comerciales y las facilidades del transporte, también de inmigrantes de origen más lejano.

Habitantes rurales y urbanización

El desarrollo de conglomeraciones con vocación urbana supone una movilidad de las personas que, desde el principio al final de la Edad Media, se halla perfectamente documentada. Pero también supone habitantes rurales estables: la modificación de éstos repercute en la evolución de las ciudades.¹ En el contexto de un desarrollo, los habitantes rurales permiten el dominio de un espacio agrario, que este dominio cristalice en terruño, y sustentan el desarrollo de mercados públicos rurales, grandes y pequeños. Los tiempos medievales vivieron la formación de una red de aldeas y de grandes burgos —quizás unas 500.000 localidades de 500 a 1.000 habitantes— cuyo desarrollo va unido a la urbanización propiamente dicha.²

1. Alston R., «Urban population in Late Roman Egypt and the end of the Ancient World», en W. Scheidel (comp.), *Debating Roman Demography. Mnemosyne Supplement 211...*, Leiden, 2001, págs. 161-204.
 2. Petralia, G., «Crescita ed espansione», *Storia medievale*, Roma, Manuali Donzelli, 1999, págs. 291-318.

Tales hábitats existen desde la Alta Edad Media. Las actividades comunitarias, relativas sobre todo al ganado, o la posesión por los hombres libres propietarios de sus tierras, de la iglesia de su aldea, como en los Abruzos en el siglo IX,³ y de equipamientos indispensables para la economía agraria (por ejemplo, molinos), la celebración de asambleas, les constituyen en «conjuntos funcionales que trascienden la simple yuxtaposición geográfica de unas cuantas granjas y viviendas» (A. Verhulst),⁴ o dicho de otro modo, en aldeas. Se admite sobre todo que esas aldeas pudieron tener en los tiempos carolingios una estabilidad que no se daba en las grandes propiedades, en constante evolución.⁵ Mal conocidas, no se presentan de ordinario bajo el aspecto —probablemente dominante en los siglos XIV y XV, y mantenido como tal hasta el momento en que la industrialización provocó un éxodo rural masivo— de una conglomeración rural ocupada por una comunidad de habitantes organizada, que constituye con frecuencia el centro de una parroquia (dotada por lo mismo de una iglesia unida a un cementerio) cuyo territorio coincide con el límite de la comunidad aldeana. La continuidad no siempre es segura, excepto en algunos casos,⁶ entre los habitantes rurales del Bajo Imperio y las aldeas que aparecen a plena luz posteriormente, en momentos distintos según las regiones y, como muy tarde, a partir del siglo X. Así pues, se da una evolución durante el período considerado aquí. Esa evolución es objeto de debates, pero el fruto de esos debates siempre se puede revisar. Sin embargo se puede considerar que, en líneas generales, a partir del siglo IX e incluso antes en ciertas regiones sujetas a conflictos armados —por ejemplo, en Italia las zonas fronterizas entre lombardos y bizantinos—, la importancia del hábitat agrupado aumenta, mientras que la del hábitat disperso tiende a disminuir. Así pues, lo que se modifica es el reparto de la población en el espacio y la organización de los confines. El fenómeno parece que va unido a la inseguridad

3. Feller, L., «Paysages et cadres de vie dans les Abruzes durant le Haut Moyen Âge», *La Storia dell'Alto Medioevo italiano (VI-X secolo) alla luce dell'archeologia*, 1992, págs. 217-230.

4. Verhulst, A., «Villages et villageois au Moyen Âge», en *Société des historiens médiévaux de l'enseignement supérieur public. Villages et villageois au Moyen Âge*, París, 1992, págs. 9-13.

5. Cammarosano, P., *Storia dell'Italia medievale dal VI all'XI secolo*, Roma y Barri, 2001.

6. Guadagnin, R., *L'Origine du village en Pays de France*, París, 1982; Guadagnin, R., *Un village au temps de Charlemagne. Mounes et paysans de l'abbaye de Saint-Denis au VIII^e siècle à l'an mil*, París, 1988.

que se generaliza a partir de finales del siglo IX, cuando diversos invasores (normandos, húngaros, musulmanes) asaltan la Europa latina, al contexto de desarrollo demográfico y agrario, y en fin a la evolución de las estructuras de poder caracterizada por la autonomía cada vez mayor de los poderes locales en manos de la aristocracia militar. Es entonces cuando grandes propietarios se convierten en señores territoriales y se multiplican los lugares fortificados con vocación de centros de hábitat agrupado. Por lo demás se fundan aldeas nuevas en zonas de roturación de tierras o de colonización, con frecuencia por iniciativa de los señores. Trataremos después de este aumento de la importancia de los centros de hábitat agrupado; de momento digamos que procede de la misma evolución que el desarrollo urbano y que le ha favorecido de forma indirecta pero real. Esto se puede entender de dos maneras.

En primer lugar, la difusión de ciertos progresos técnicos mencionados anteriormente (collera de hombros para los caballos, carretas de cuatro ruedas, enganche en fila, herradura) ha dado como resultado, por una parte, una disminución del coste del transporte por vía terrestre y, por otra, el incremento de la velocidad y de la comodidad de los desplazamientos que, por ejemplo, permite a los agricultores cultivar campos más alejados de su domicilio. Dicha evolución produce sus efectos sobre la organización de la población: favorece el desarrollo de grandes aldeas cuya actividad es ante todo agrícola, pero donde pueden prosperar actividades especializadas, hasta el punto de ofrecer a los habitantes ciertas comodidades —por ejemplo, una escuela, o incluso un artesano especializado, la celebración de mercados y de ferias, un movimiento de las personas— que constituyen precisamente el atractivo de la población.⁷ Sobre todo los mercados públicos, que «han sido la forma normal adoptada por el comercio a partir del siglo IX» (R. Latouche),⁸ se multiplican a partir de entonces. Así se ha llegado a la conclusión de que los reyes de Inglaterra otorgaron tres mil cartas de concesión de derechos de mercado sólo durante el siglo XIII y que, en un condado inglés, al menos la mitad de la población no residía a más de 10 km de tres mercados.⁹ La gran aldea, o la gran aldea pegada a un castillo es un punto de atracción a causa de esas comodidades; el castillo y la aldea que se

7. White, L., *Medieval Technology and Social Change*, Oxford, 1962 (trad. cast.: *Tecnología medieval y cambio social*, Barcelona, Paidós, 1990).

8. Latouche, R., *Les Origines de l'économie occidentale (IV-XI^e siècle)*, Paris, 1956.

9. Petralba, G., op. cit.

forma en torno a él en ciertas regiones constituyen equipamientos.¹⁰ Su comodidad es la primera razón de su éxito. Ésta puede ser la etapa de un desarrollo que desemboca en la transformación de conglomeraciones rurales en ciudades, el momento en que se produce esa urbanización del campo cuya importancia ya hemos señalado.

Cuando ese desarrollo no alcanza esos niveles constituye no obstante una evolución de una importancia considerable; ésta ofrece en toda su extensión la influencia de las ciudades que caracteriza los siglos que estamos estudiando, y a la vez pone de manifiesto que la urbanización es uno de los aspectos, aunque no el único, de la aparición de un mundo más complejo a lo largo de los siglos de la expansión medieval.

Corrientes permanentes de inmigración del campo a la ciudad

En segundo lugar, es la permanencia de la organización del poblado la que permite la existencia de corrientes de inmigración continuas del campo a la ciudad.

Esas corrientes le dan al desarrollo urbano una cierta fisonomía.¹¹ Los nuevos ciudadanos proceden esencialmente de un radio de 15 a 40 km en torno a la ciudad donde se instalan. Así, en Siena, en el siglo XIV el 80 % de los inmigrantes admitidos a formar parte de la ciudadanía proceden del *contado* de la ciudad.¹² La movilidad de esos aldeanos, naturalmente, es del agrado de la ciudad, en la que se pueden destacar dos aspectos principales: por una parte, las posibilidades de empleo que ofrece ésta en actividades artesanales o en el servicio doméstico y, por otra parte, las oportunidades que ofrece a los que, instalados por su cuenta, no buscan emplearse al servicio de otro. Para los primeros, el atractivo de la ciudad se hace efectivo gracias a los múltiples lazos que se atan entre ella y la aldea: se frequenta el mercado y los tribunales, se conoce en ella a un rico personaje que ha prestado dinero a algunos aldeanos, un eclesiástico a quien se acude por recomendación del cura del pueblo,

10. Bourin-Derruan, M., *Villages médiévaux en Bas-Languedoc (X-XIV^e siècles)*, Paris, 1987; L'Hermite Ledercq, P., *Le Monachisme féminin dans la société du son temps. Le monastère de La Celle (XI^e-début XVI^e siècle)*, Paris, 1989.

11. Comba, R., G. Piccini y G. Pinto, *Strutture familiari, epidemie, migrazione nell'Italia medievale*, Nápoles, 1984.

12. Piccini, G., «el villani incittadinati nella Siena del XIV secolo», *Bullettino senese di storia patria*, vol. 82-83, 1975-1976, págs. 180-184.

una familia en la que las chicas de la aldea han estado sirviendo, un notario a quien se ha recurrido para que fuera el representante de un asunto cualquiera,¹³ los padres que se han instalado en ella. En cuanto a los segundos, éstos pertenecen a la élite de las sociedades rurales, por lo que son los menos numerosos, pero no hay que minimizarlos. Lo cierto es que élites rurales y urbanas mantienen lazos que fraguan en la inversión del capital urbano en el campo, mencionado en el capítulo anterior, y en alianzas familiares. Muchos ciudadanos son los representantes en la ciudad de grupos familiares sólidamente implantados en el campo, un fenómeno que no sólo es propio de Italia, donde ha sido muy bien estudiado, sino que también se ha puesto de relieve respecto a Flandes en el siglo XIV.¹⁴

Así pues, el aldeano que se convierte en vecino de la ciudad no es un desarraigado. Tampoco es un desconocido en la ciudad ya que se sabe de dónde viene y hay ciudadanos que pueden responder de él y dar fe de su reputación. A veces se trata de parientes: la familia es el objeto de la principal solidaridad y quien emigra lo hace con frecuencia guiado en su elección por la presencia de un pariente ya establecido que guía sus primeros pasos, le ofrece un alojamiento provisional, sale fiador y le ofrece ocasionalmente un préstamo. El estudio de la criminalidad pone de manifiesto (para el reino de Francia al final de la Edad Media) que «el crimen está menos vinculado al desarraigo que al conocimiento perfecto de los lugares que unen la ciudad al campo» (Claude Gauvard).¹⁵ Cuando se conocen los círculos de relaciones de los ciudadanos recientes se ve, como en Dijon en el siglo XIV, que están compuestos de individuos procedentes de la misma aldea. Esos ciudadanos mantienen los lazos con su aldea de origen y pueden verse tentados a ir a ella con frecuencia, por ejemplo para gestionar los bienes familiares. Uno queda sorprendido al constatar que la única gran familia que pertenece a la

13. Por ejemplo, en el siglo XIV el 41 % de los pleitos habidos en Toulon proceden de gente ajena a la ciudad y más del 70 % de los pleitos delegan un asunto a un notario; Barbel, C., *Une ville provençale et sa campagne au XIV^e siècle: Toulon, les notaires et leur chênelet*, en N. Condet y O. Guyotjeannin (comps.), *La Ville au Moyen Âge. Actes du 12^e congrès national des sociétés historiques et scientifiques, 1995, Aix-en-Provence*, París, 1995, págs. 233-245.

14. Nicholas, D., *Trade, Urbanisation and the Family. Studies in the History of Medieval Flanders*, Aldershot, Variorum, col. «Collected Studies Series», vol. 531, 1996.

15. Gauvard, C., *De grise espacial. Crimé, État et société en France à la fin du Moyen Âge*, vol. 1, París, 1971, pág. 270; véase también vol. 2, págs. 914-921.

élite social de Dijon a la que no se ve poseer, comprar o vender tierras es de origen lejano, italiana en este caso. En fin, se observa que la mayoría de los nuevos ricos de Dijon pertenecen ya sea a familias ya consideradas por los contemporáneos como dijonesas, o bien a familias de la comarca dijonesa.¹⁶ Las relaciones de la ciudad y de su territorio, que como sabemos son una dimensión esencial de la existencia de los ciudadanos, adquieren la forma concreta de relaciones con las aldeas y los aldeanos.

La ciudad no es una isla. La experiencia de la vida urbana que llevan a cabo sus habitantes no es la de un sistema cerrado, aislado del mundo exterior. Ésta es una de las características que distinguen la ciudad de los tiempos industriales de la de tiempos anteriores. No cabe duda de que esta afirmación no es tan cierta cuando se trata de grandes ciudades, porque sigue quedando en la sombra la parte de cosmopolitismo que también caracteriza las ciudades, como lo veremos en el capítulo siguiente.

EL DESARROLLO DE LAS CIUDADES Y DE LOS PODERES LOCALES EN LA EDAD SENIORIAL (SIGLOS IX-XIII)

El desarrollo de las ciudades es también el signo de una evolución a largo plazo: el establecimiento de los señoríos. El desarrollo urbano es contemporáneo de una época señorial caracterizada sobre todo, del siglo IX al XII, por el desarrollo de poderes locales. Se establece una estrecha relación entre ciudad y señorío. El desarrollo urbano ha recibido de los señorios un impulso notable, que ha tenido por marco la organización señorial. Los señores tienen en las ciudades, poblaciones o burgos el centro de su poder; son ellos quienes fundan ciudades. La ciudad medieval, bajo este punto de vista, es una ciudad señorial.

Para hacer resaltar esto seguiremos la cronología de las evoluciones que estamos analizando. Estas nos llevan del dominio rural al señorío rural y, con el desarrollo de los poderes locales a partir del siglo IX, al señorío territorial, característico de una edad señorial cuya forma de entenderlo ha sido objeto de interpretaciones irreconciliables en las que, por ese motivo, vamos a detenernos.

16. Dutour, T., *Une noblesse de l'horizon. Les nobles et leur monde à Dijon à la fin du Moyen Âge*, París, 1998, págs. 358-360.

Del dominio rural al señorío rural y del poder real al señorío territorial

La evolución política hace que salgan a plena luz a partir de la segunda mitad del siglo IX poderes locales que se van reforzando. Es entonces cuando se manifiesta una reacomodación de la organización de los poderes caracterizada al principio por el debilitamiento de la autoridad real carolingia. La pérdida de autoridad del poder real sobre la aristocracia se acelera y, por diversas razones entre las que se hallan las invasiones musulmanas, húngaras y escandinavas que acosan a Occidente, las fortificaciones se multiplican para defensa de las ciudades y de las conglomeraciones secundarias. Poco a poco, la red de fortalezas, completada mediante las «motass» (una elevación terraplenada, una torre de madera, una empalizada) que son, hasta comienzos del siglo XII, una técnica corriente de fortificación,¹⁷ se convierte en el mayor punto de apoyo del ejercicio del poder. En el siglo X los dispositivos militares se reorganizan en torno a las fortalezas; en torno a su territorio tienden a organizarse las cincunscriptiones.

Nos encontramos de lleno en el tiempo de los poderes locales, que se puede caracterizar de manera superficial como edad señorial porque es entonces cuando reaparece y se incrementa el poder señorial en el campo. Ciertos condes, en el siglo X, hacen hereditaria su función. A caballo entre los siglos X y XI se consolidan los señores de envergadura territorial más modesta, señores de una fortaleza, que ejercen poderes de la misma naturaleza que los de los condes y que también los hacen hereditarios. Se les llama «señores territoriales» para subrayar que la naturaleza de su poder se extiende a todos los habitantes de un territorio libre o no, colonos o no, nobles o no, a diferencia del poder del señor hacendado.¹⁸ La autoridad del conde o del príncipe, donde se mantie-

17. Nové, G., «Les fortifications de terre dans la seigneurie de Toucy du X^e au XIII^e siècles. *École nationale des chartes. Thèses soutenues par les élèves de la promotion de 1974*. París, 1974, págs. 183-189.

18. Los especialistas utilizan una terminología variada. A los señores territoriales también se les llama «señores castellanos» (alcaides), cuando se quiere insistir en el hecho de que su poder tiene su sede en un castillo, que puede ser una ciudad, un burgo importante o incluso en Italia central y en el sur del reino de Francia una aldea fortificada. También se les llama «señores banales» (de *baus*, palabra eslava que significa «gobernador de un territorio») para dejar claro el carácter público de su poder, que es un poder de mando, también llamado poder de *ban*, que implica la misión de hacer justicia.

ne, tiende a apoyarse en la costumbre, lo mismo que la de los señores territoriales. El poder sobre los hombres es tanto más efectivo cuanto que es local. Por ese motivo, desde el siglo X, los lugares privilegiados de la sociabilidad de los aristócratas son los castillos. De este modo el afianzamiento, a finales del siglo X y comienzos del XI, del señorío territorial, que consolida¹⁹ e incrementa sin lugar a dudas el poder local de las élites tanto laicas como eclesiásticas, lleva la evolución hasta su término, que es el predominio del poder local. Entonces es cuando la gran propiedad de bienes raíces rurales, que ya es en muchos aspectos un señorío debido a la magnitud de los poderes que ejerce el dueño del suelo sobre los campesinos arrendatarios de tierras, puede percibirse más claramente como un señorío hacendado. Por supuesto que la forma en que hemos evocado superficialmente esta evolución se apoya en una serie de simplificaciones que no hay que tomar al pie de la letra. Se ha hablado de señorío más que de señores, haciendo de este modo una distinción tipológica de categorías de señores que es una construcción intelectual tan discutible como cualquier otra.²⁰ Cuando se habla de señorío territorial, por ejemplo, ¿se le define por la naturaleza del poder que ejerce sobre los hombres (ordenar, juzgar) o por su origen (público)? En el primer caso, la validez de la distinción entre señorío territorial y señorío hacendado merece un examen en sí misma y en cada región donde se quiera aplicar. En el segundo, hay que buscar una genealogía del señorío territorial y poner de relieve su papel en una evolución social de conjunto, cuando los poderes que en él se ejercen están desde hace mucho tiempo, de una forma o de otra, en manos de las aristocracias.

Una vez expuestas estas reservas, se puede admitir que la evolución que hemos presentado hace del señorío hacendado (llamado así para distinguirlo del señorío territorial, incluso si el señor hacendado ejerce sobre quienes tienen tierras suyas en arrendamiento diferentes poderes de mando y de jurisdicción que permiten distinguir entre señorío y propiedad), o del señorío territorial mismo, un marco esencial de la existencia de los hombres. «En la Francia media, lo que llamamos castillo es una aldea importante cuyo estatus es apenas inferior al de una

19. Cammarosano, P., *Nobili e re. L'Italia politica nell'Alto Medioevo*, Roma y Bari, 1998.

20. Carocci, S., «I signori: il dibattito concertuale. Señores, señores y vasallus en la Alta Edad Media», *XXVII Semana de Estudios Medievales*, Estella 16-20 julio 2002. Pamplona, 2002, págs. 147-181.

ciudad oficial, y en el que se ejercen la mayoría de sus funciones. En él reina de ordinario un conde o un vizconde, un príncipe, un caballero de primer orden con el que otros caballeros, señores de señoríos rurales cercanos (de pequeños dominios) se reúnen, escoltan o con quien se enfrentan en ese castillo [...]. El señorío castellano [es decir, territorial] es propiamente hablando la relación de este caballero príncipe con esos hombres nobles del castillo, unida a la autoridad más ruda y más directa sobre los habitantes de los burgos subcastrales y al control de caminos y bosques [...]. Los señoríos rurales están apoyados por la red noble que se reúne en el castillo y por sus ramificaciones religiosas²¹ y el alcaide o señor «castellano» (o territorial) es, por supuesto, el señor de los señoríos rurales (haciéndolos). Los señores, tanto hacendados como territoriales, en los siglos X y XI, «giran en torno a la justicia y a la recaudación tributaria».²² No cabe duda de que entonces el peso de las exigencias de la aristocracia sobre los campesinos dependientes de ella es mayor que en otras épocas, por más que esas exigencias no fueran una cosa nueva: las «malas costumbres» de las que se lamentan los estamentos eclesiásticos en el siglo XI existían ya con frecuencia en el siglo IX, y las que aparecen efectivamente como nuevas se desarrollan con frecuencia al abrigo de fortalezas recientes, construidas en el siglo XI, en zonas hasta poco explotadas, forestales, en los confines de los condados,²³ o en lugares que aún se están roturando.²⁴

El poder del señor territorial es considerable: a escala de un país pequeño es algo así como un jefe político y militar cuyo poder es comparable al de un conde, pero ejercido en un territorio menos extenso. Espera de quienes están sometidos a su «ban» un servicio militar, de ahí la imposición de la tala a los campesinos que no lo llevan a cabo, como pago de su protección. También es un juez. Ejerce el papel de organizador de la producción mediante el control del calendario agrícola, puesto que es él quien señala la fecha de los grandes trabajos, de las vendimias, el ciclo de las rotaciones de los cultivos, los derechos de uso del bosque. Es un inversor indispensable, puesto que financia la construc-

21. Barthélémy, D., *La mutation de l'an Mil a-t-elle eu lieu? Servage et chevalerie dans la France des X^e et XI^e siècles*, Paris, 1977, pág. 156.

22. *Ibid.*, pág. 156.

23. Barthélémy, D., «Dominations châtelaines de l'an mil», en R. Delort (comp.), *La France de l'an mil*, Paris, 1990, págs. 103, 105.

24. Dubois, H., «L'essor médiéval», en J. Dupâquier (comp.), *Histoire de la population française*, t. 1, *Des origines à la Renaissance*, Paris, 1988, pág. 240.

ción de un horno, de un molino o de un lagar cobrándose los gastos mediante la imposición de un monopolio de uso del equipamiento de su distrito, monopolio vinculado al cobro de un peaje. Donde no existe el señorío territorial tal como se entiende habitualmente, es decir, con un individuo a su cabeza que goza de una gran autonomía respecto de los poderes superiores, hereditaria, el poder banal sigue existiendo; puede ejercerse, por ejemplo, a través de un agente superior, príncipe o rey. En ese sentido, el señorío territorial es un marco de existencia bastante general en Europa.

Una aguda controversia y posibilidades de interpretación irreconciliables

El establecimiento de los señoríos territoriales ha dado lugar a intensos debates que ha llevado a preguntarse si la ciudad medieval es el punto final de una evolución paulatina que se desarrolla sin solución de continuidad, o si su historia se vio interrumpida por una ruptura en la evolución social de la Europa latina. En este libro mantendremos el primer término de la alternativa, pero vamos a explicarnos al respecto.

Desde hace ya cerca de cincuenta años, sobre todo con la aparición de la tesis de Georges Duby,²⁵ que hace de lo que él llama el «señorío banal» un tipo de señorío distinto de los demás, se ha tendido a considerar que cerca del año 1000 se dan cambios considerables. Estos cambios aparecen muy pronto cargados de una importancia sin precedentes, en el sentido de que afectan directamente no sólo a las élites sociales sino también a los campesinos.²⁶ Por eso escribe Jean-Pierre Poly, hablando de la Provenza, que «la documentación sugiere irresistiblemente, tanto por su forma como por su cantidad, un corte o interrupción entre los años 1000 y 1030 [...]. El siglo X [...] es un tiempo donde aún subsisten los vestigios de la sociedad carolingia [...]. Pasado el año 1000, por el contrario, todo delata profundas modificaciones sociales²⁷ [...]». Enton-

25. Duby, G., *La Société aux XI^e et XII^e siècles dans la région méridionale*, Paris, 1953.

26. Bonnasse, P., *Le Catalogue du mulier de X^e à la fin du XI^e siècle. Croisements et mutations d'une société*, Toulouse, 2 vols., 1975-1976 (trad. cast.: *Catálogo mil años atrás: siglos X-XI*, Barcelona, Edicions 62, 1988); Duby, G., *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*, Paris, 1978 (trad. cast.: *Tres órdenes o lo imaginario en el feudalismo*, Madrid, Taurus, 1992).

27. Poly, J.-P., *La Provence et la société féodale (579-1166). Contribution à l'étude des structures dites féodales dans le Midi*, Paris, 1976, pag. VIII.

ces, en la historiografía francesa,²⁸ se llega a hablar del cambio del año 1000. Se quiere decir con ello que en este cambio acaecido entre finales del siglo X y mediados del siglo XI hace su aparición la edad señorial, que ésta se considera ni más ni menos que como el producto de un cambio. En esta perspectiva, según Robert Fossier, «hacer de las escasas roturaciones del siglo IX las precursoras de la explosión alimentaria del siglo XII es un abuso de razonamiento», «ver en la villa carolingia el antepasado del dominio señorial es un contrasentido económico», y a fin de cuentas «la "verdadera" Edad Media comienza»²⁹ con la supuesta ruptura. El cambio se manifiesta en primer lugar en el debilitamiento del poder de los príncipes y de los condes. Convertidos en dinastas hereditarios, se tiene la opinión de que gobiernan sus principados según las reglas del orden carolingio. La fidelidad de los señores de fortalezas comienza a fallarles y eso provoca una crisis violenta. Los alcaldes se independizan, se adjudican las prerrogativas del poder público y el peso de su «ban» comienza a dejarse sentir sobre los no nobles de su territorio, es decir, sobre los campesinos: los campesinos aparceros pero libres, los pequeños propietarios alodiales a quienes los señores subyugan a su arbitrio imponiéndoles obligaciones nuevas que no hallan justificación alguna en el derecho existente por entonces. En adelante los hombres libres no nobles ya no tienen acceso a los tribunales públicos y, además, la antigua justicia pública, ahora en manos de los señores territoriales, se hunde en la incultura. De este modo, «se generaliza bruscamente el enclustramiento del hombre medieval en los siglos X y XI; éste es el fenómeno social esencial de los tiempos medievales [...]. Durante más de medio siglo, desde el año 990 hasta 1060 se lleva a cabo una verdadera revolución social» (R. Fossier).³⁰ Los señores cuentan con el apoyo de vagabundos, de guerreros de a caballo que, al aplicar a los demás el ban señorial lo evitan ellos mismos, pero que forman en el siglo XI una capa social distinta de la nobleza, en una posición subordinada respecto de ella y destinada a no ponerse a su altura sino al término de una larga

28. Feller, L., «Statut de la terre et statut des personnes. La thématique de l'alleu paysan dans l'historiographie depuis Georges Duby», *Etudes rurales*, 1997, págs. 147-164; Feller, L., «Éléments de la problématique du fief en Italie», en N. Fryde, P. Monneret, O. G. Oexle (comps.), *Die Gegenwart des Feudalismus - Présence du féodalisme - The Presence of Feudalism*, Giessen, 2002, págs. 153-174.

29. Fossier, R., *Le Moyen Âge*, t. 2, *L'Éveil de l'Europe*, París, 1982, pág. 6.

30. Fossier, R., *Enfance de l'Europe. Aspects économiques et sociaux*, t. 1, *L'homme et son espace*, 1982, pág. 288.

evolución posterior (L. Génicot).³¹ Entonces, a pesar de las rebeliones de los campesinos ansiosos de libertad y dando pruebas de un «ánimo suicida», «un mundo muere y otro nace en la violencia»³² a la vez que proliferan las «malas costumbres» impuestas a los campesinos y denunciadas por los monjes (P. Bonnassie). El mundo que muere es un mundo muy antiguo que, adaptándose, había sobrevivido hasta los desórdenes de los tiempos modernos.³³ La ciudad medieval nace en medio de esos desórdenes, en los tiempos en que triunfa el señorío territorial: consolida lo que el señorío banal había comenzado, a la vez que enmarca a los rústicos, a quienes sorprende en la actividad de intercambio, y sus comerciantes son intermediarios al servicio de los grandes o bien sus servidores: los «tratantes» (J. P. Poly y E. Bournazel).³⁴ La ciudad del siglo X, donde residen *boni homines* —notables— que asisten en Provenza a las asambleas condiales,³⁵ no es aún la ciudad medieval. Es la ciudad de los tiempos merovingios que sobrevive.

Esta forma de ver las cosas está lejos de ser unánime y hoy ya no se da una importancia capital a los fenómenos acaecidos en torno al año 1000.³⁶ Ahora no se ve la evolución del mismo modo que cincuenta años antes, sobre todo en tres puntos esenciales.

En primer lugar, se da todo su valor al contexto de crecimiento económico sobre el que antaño se insistía menos. Se pone de relieve la continuidad de este crecimiento y ya no se mantiene la creencia de que su desarrollo es estrictamente contemporáneo de la aparición de la época señorial. Se le ve como un fenómeno de larga duración que caracteriza un período de seis o siete siglos, desde el VIII hasta el XIII (y en ciertas regiones hasta el primer tercio del siglo XIV) y de una forma continua sin solución de continuidad, cuya explicación no hay que buscarla en causas extraordinarias, origen de rupturas. En segundo lugar, se pone de

31. Genicot, L., *L'Économie normande au Bas Moyen Âge*, 2 vols., Lovaina, 1960.

32. Bonnassie, P., «D'une servitude à l'autre. Les paysans du royaume 987-1031», en R. Delort (comp.), *La France de l'an mil*, París, 1990, págs. 125-141.

33. Según P. Bonnassie, por ejemplo, aún estaba sometido a una especie de servidumbre muy próxima a la antigua esclavitud, que se caracterizaba por la exclusión de la vida pública.

34. Poly, J. P. y E. Bournazel, *La Mutation féodale X-XII^e siècles*, París, 1980, págs. 376-381.

35. Poly, J. P., *La Provence et la société féodale (879-1166). Contribution à l'étude des structures dites féodales dans le Midi*, op. cit., págs. 48-51.

36. Excepto en casos particulares, como por ejemplo Cataluña, estudiada por Bonnassie, P., *La Catalogne du milieu du X^e siècle à la fin du XI^e siècle*, op. cit.

relieve la complejidad de los procesos del cambio social. En este sentido la historiografía italiana hace ya mucho tiempo que prefiere hablar de ajustes³⁷ más bien que de cambios; si el siglo XI es una conclusión, es la conclusión «de dos siglos de experimentos y de ajustes empíricos» (G. Sergi).³⁸ En tercer lugar, sobre todo con la antropología legal,³⁹ ya no se identifica la falta de un Estado concebido al modo contemporáneo con una falta de poderes públicos considerada sinónimo de anarquía, de violencia, de desorden o de incultura —sobre todo en la historiografía francesa, proclive durante mucho tiempo a identificar cualquier ocaso o falta de brillo del Estado central con una época de tragedias y de desventuras.

Por consiguiente, hay que admitir que la rapidez y el alcance de los cambios acaecidos a caballo entre los siglos X y XI han sido exagerados.⁴⁰ La justicia pública, desde el siglo IX, ya no era capaz de imponer soluciones contrarias al interés de los poderosos, o que chocaran con el consenso establecido localmente, si es que alguna vez fue capaz de hacerlo.⁴¹ Lo esencial de su funcionamiento está en la búsqueda de compromisos aceptables por las partes en cuestión, tanto antes como después del año 1000, donde la única novedad consiste en la conservación en el siglo XI de actas escritas más variadas que en épocas pasadas, que nos permiten conocer mejor esos compromisos. «Hay que renunciar a la idea de un punto de ruptura en la historia de la justicia hacia el año 1000 y también a la de instituciones públicas anteriores lo suficientemente fuertes, y sobre todo autónomas, como para mantener en pie un edificio social radicalmente distinto del orden señorial del siglo XI»⁴² (D. Bar-

37. Por ejemplo, Sergi, G., «Vescovi, monasteri, aristocrazia militare», en G. Chittolini y G. Miccoli (comps.), *Storia d'Italia, Annali, IX, La Chiesa e il potere politico dal Medioevo all'età contemporanea*, Turín, 1986, págs. 75-98, véase pág. 88.

38. Sergi, G., *L'Aristocrazia delle preghiere. Politica e scelta religiosa nel Medioevo italiano*, Roma, 1994, pág. 17.

39. Roberts, S., *Order and Dispute: an Introduction to Legal Anthropology*, Hardcovet, 1979.

40. La «cronología mutacionista» (Barthélémy, D., *La Société dans le comté de Vendôme de l'an mil au XIV^e siècle*, París, 1993, pág. 1.003) no es aceptable y la «revolución feudal» es sobre todo una «revelación feudal» producida por una mayor abundancia de documentación escrita procedente del siglo XI.

41. Incluso en regiones donde la autoridad real carolingia se imponía con fuerza, como en Baviera en tiempos de Carlomagno; Brown, W., *Unjust Scarcity. Conflict, Interest and Authority in an Early Medieval Society*, Ithaca, Nueva York, 2001.

42. Barthélémy, D., *La Mutation de l'an mil a-t-elle eu lieu?*, op. cit., pág. 25.

thélémy). De este modo se pone de relieve que los hombres libres no quedaron reducidos a la condición de siervos hacia el año 1000 y que la postración de la posición social y política de los rurales de condición libre es una evolución de larga duración,⁴³ que los fue convirtiendo en explotadores consuetudinarios (L. Feller).⁴⁴ Desde la segunda mitad del siglo IX los hombres libres ya no participan en la guerra pública. Desde el siglo X ya no dependen del principal tribunal público, el del conde, reservado en adelante a los casos de los poderosos, es decir, de los señores del país. En cuanto a las «*anñas costumbres*» impuestas por los señores y denunciadas por los monjes en el siglo XI, «no son el rasgo distintivo de un siglo XI turbulento en relación a un siglo X más apacible, sino que surgen precisamente donde ciertos monasterios nuevos o recientemente reformados acaban de asentarse, ignorando voluntariamente ciertos derechohabientes o provocando muy pronto ciertas codicias».º La realidad fundamental, en el ámbito local, es el poder de una nobleza armada —lo que no es nada nuevo— cuya envergadura social se mide sobre todo en función de las huestes que rodean a los grandes. La caballería es la forma en que esta nobleza se representa su existencia y la justificación de la misma, manifestada en una misión —defender a los débiles, combatir por Dios—, en los ritos —la entrega de armas—, en los símbolos —las armas nobles, es decir las del combatiente a caballo—, y en los títulos —el de *miles*, caballero, útil para los nobles de segundo

43. Desde el siglo VIII aparecen en los contratos de concesión de tierras menciones a la costumbre propia de un lugar determinado, que regula las prestaciones a que está obligado el arrendatario de una tierra, independientemente de su condición jurídica. Esto equivale a decir que los hombres libres se ven sometidos a esas costumbres como los demás. Esta tendencia se consolida en el siglo IX (Cammarosano, P., *Storia dell'Italia medievale dal VI al XII secolo*, op. cit., págs. 132, 171), pero el hecho en si ya no es nuevo: queda constancia de él ya en el siglo VI (Wickham, C., *Early Medieval Italy. Central Power and Local Societies 400-700*, MacMillan Press, 1981; trad. it. *L'Italia nel primo Medioevo. Potere centrale e società locali (400-1000)*, Milan, 1982, pag. 132) y ya en el siglo VIII, la condición de arrendatario de la tierra de otro un lastre para la libertad. Pongamos un ejemplo entre muchos otros. Una ley del rey lombardo de Italia, Luitprando, en el año 727, establece que si un hombre libre, arrendatario por contrato de la tierra de otro (*libellarius*), comete un homicidio y huye, la responsabilidad del propietario de la tierra queda comprometida. Tiene un año para huir al fugitivo y, si no lo logra, pagará una suma igual a la mitad del valor de los bienes mortales del asesino (Wickham, ibid., pag. 133).

44. Feller, L., *Sliberte et servitude en Italie centrale (XII^e-XIV^e siècles)*, les Formes de la servitude: esclaves et servages de la fin de l'Antiquité au monde moderne, Roma, 2001, págs. 511-533 (Mélanges de l'Ecole française de Rome, 113-2).

45. Barthélémy, D., *La Société dans le comté de Vendôme de l'an mil au XIV^e siècle*, op. cit., pág. 1.003.

tempo que nos parecerá aspirar a la calidad superior de principio o como... La nobleza que esta nobleza cuya poder sea de naturaleza pública y privada a la vez⁴⁷ presta a las poblaciones no es una novedad y es incongruente de la actividad guerra no es absoluto: campesinos, mercaderes y ciudadanos aparecen de vez en cuando en los ejércitos de los siglos V y XI.⁴⁸ El cambio aquí, en el seno mismo de la nobleza, es solo visto un reordenamiento de las posiciones que se produce en beneficio de los dueños de castillos, que convierten su posición en hereditaria. Bien hablamos ante la extensión y el ajuste de un sistema, no ante su transformación resolutamente.⁴⁹

Cuatro impulsos principales en el desarrollo de las ciudades

Negar esta forma de ver las cosas no se puede hablar de nacimiento de la ciudad medieval, ya que eso sería un abuso de lenguaje. El término *nacimiento* evoca la idea de un comienzo ex nihilo del que sobreviene una realidad nueva desde cualquier punto de vista. Ahora bien, la ciudad medieval no nace, sino que se hace tal por medio de una evolución —recorriendo a una metáfora se podría hablar de una muda— de la ciudad episcopal, de las demás ciudades contemporáneas de ella, de las conglomeraciones de todo género que sacan adelante su vocación urbana. Bajo este punto de vista hemos presentado su desarrollo en el capítulo 4. Ahora vamos a insistir en ello subrayando cuatro puntos que parecen esenciales.

El primero es sin duda alguno el contexto de crecimiento y de expansión agraria en el que se operan las evoluciones de que hablamos. Ponerlo en primer lugar nos lleva a no atribuir un papel exclusivo a las causas de orden político y militar en el debilitamiento del poder real que se manifiesta a partir del siglo IX en el mundo franco. En efecto, la expansión incrementa las posibilidades de acción de las aristocracias locales. No cabe duda de que esto va en detrimento de un poder central cuyo dominio sobre los hombres y las cosas se desvanece desde el momento en que le falla la colaboración de los aristócratas.⁵⁰ Esto no está

ibid.

47. Léonard, B., *La cité et au Moyen Âge*, París, 1980, págs. 113-117.

48. Barthélémy, D., *La noblesse dans le comté de Vendôme au XII^e siècle*, 1^{er} v., pag. 1004.

49. Caracci, B., *Signori, castelli, fondi. Mores medievali*, Roma, Mammuri Donzelli, 1993, págs. 241-262.

en contradicción con el Enriquecimiento, relativo sin duda y moderado, pero real, del mundo campesino, que se produce simultáneamente y cuyos efectos se dejan sentir en algunas regiones, en los Abruzos por ejemplo, donde hemos señalado que comienza a destacarse una élite acaudalada en el campesinado de la década de los años 950.⁵¹ De estas evoluciones nos fijaremos, por lo que respecta al objeto de este libro, en que el aumento de los recursos de las aristocracias locales y de los productores cristaliza en un crecimiento de la demanda de productos manufacturados, capaz de fomentar tanto la producción artesanal especializada como los intercambios comerciales. Esto favorece el desarrollo de conglomeraciones urbanas o con vocación urbana, que son en efecto, como ya hemos visto, centros de intercambio comercial local y lugares de desarrollo de actividades especializadas, sobre todo artesanales.

El nuevo peso de la autoridad señorial se manifiesta en el impulsado a la evolución del hábitat rural; ya lo hemos señalado antes a propósito de las aldeas. A veces, en el Lacio, por ejemplo, la reordenación del hábitat rural —se pasa de un hábitat disperso en caseríos y granjas aisladas a un hábitat más reagrupado— adquiere el aire de un cambio radical. Pero tales casos son pocos en el conjunto de la Europa latina e incluso en las regiones en las que se dan. En los Abruzos, por ejemplo, limítrofes del Lacio, la evolución se lleva a cabo claramente durante un largo período⁵² y, en ciertas zonas montañosas, ni siquiera se manifiesta,⁵³ como tampoco se manifiesta en las Marcas (allí se advierte simplemente el desplazamiento del hábitat hacia lugares más altos, pero es anterior al siglo VIII).⁵⁴ Generalmente, en el contexto de la expansión agraria, hay señores que dirigen trabajos colectivos de roturación y crean conglomeraciones nuevas: aldeas que se convertirán para algunos en ciudades, y a veces directamente ciudades, citadas en el capítulo anterior. Si la ciudad medieval es señorial, también lo es en el sentido de que, con frecuencia, ha sido fundada por un señor.

50. Feller, L., «Liberté et servitude en Italie centrale (VIII^e-X^e siècles)», op. cit.

51. Feller, L., «La population abruzzaise durant le Haut Moyen Âge: les conditions de possibilité d'une croissance démographique (VII^e-IX^e siècles)», en R. Combar et J. Nau (comps.), *Demographie et société nell'Italia medievale*, Città di Castello, 1994, págs. 327-348.

52. Statta, A. R., «Le campagne abruzzesi tra tarda Antichità ed Alteomedioevo acci-

IV-XII, *Archéologie médiévale*, t. 27, 2000, págs. 47-99.

53. Jansen, B., *Demographie et société dans les Marches à la fin du Moyen Âge. Milieux aux XIV^e et XV^e siècles*, Roma, 2003.

La definición de los lazos entre señores y dependientes en el marco del señorío tanto rural (de bienes raíces) como territorial es, desde principio, una especie de retiro para aquéllos que se ven afectados por estos lazos. Jamás ha dejado de serlo. Las obligaciones del arrendatario de una tierra no se interpretan de la misma forma por parte de él y por parte del propietario, y por lo demás, un hombre cualquiera, que es arrendatario de una tierra puede ser propietario (dueño de un alzolar) de otras tierras. Una evolución general desemboca en la reducción del trabajo en la parte reservada del dominio del señor, que en definitiva no es más que trabajo forzado, y en su permuta por un canon en dinero o en especie, así como en la posibilidad de heredar las tierras arrendadas y enajenarlas en su caso. La ejecución bajo la forma de fuerza del trabajo queda reemplazada poco a poco por una ejecución en forma de canon al rendimiento del trabajo, más ventajosa para el propietario y sin duda para ambas partes, arrendador y arrendatario. Es una forma de pago que estimula la producción, fomenta la multiplicación de los arrendamientos, favorece el desarrollo de una economía monetaria y el de los mercados rurales y, en fin de cuentas y de forma indirecta, el de la urbanización.

Esta evolución se va tipificando de forma indirecta. El papel de centro que desempeñan las conglomeraciones urbanas o que aspiran a convertirse en tales, incrementado por la expansión demográfica y agraria, se incrementa también por la evolución de los poderes en general y de los poderes territoriales en particular. He ahí por qué hemos insistido en el capítulo 4 en este hecho capital: los poderes que se ejercen sobre las personas tienden cada vez más, desde finales del siglo XI, a residir en lugares fortificados (ciudades en las que se habilitan o se reconstruyen murallas desde la década de los años 80), pueblos importantes, con frecuencia las calles de distrito de las antiguas repúblicas en las que se establecían los burgos.³³ o centros de explotación de un dominio. Este fenómeno no se especifica en la época de apogeo de los señoríos territorial y feudal (mitad del siglo XI y primera del XII), pero en ella se pone claramente lo más importante. Por eso D. Barthélémy ha insistido tanto en ello. El señorío del alcalde, en la medida en que se apoya económicamente en una ejecución centralizada en la villa dependiente del señorial, a diferencia del antiguo "clanismo" o del señorío de bienes raíces

³³ Véase el II. La Ruta de X: los siglos XI-XII (vol. I). Los principales argumentos. Ensayos de Antropología. Crítica y la Flaga. 1973.

que eran y siguen siendo unidades de explotación, fomenta el proceso de acumulación de los productos y la concentración de los intercambios comerciales. En primer lugar, en las aldeas o "ciudades con alcaldía" [...] pero también, y no menos, en las mayores ciudades.³⁴ La retención del señor territorial (alcalde), que es una retención sobre un excedente de la producción de la gente del campo, termina directa o indirectamente en la ciudad, ya sea en una población que ya es una ciudad, o bien en una población como Venecia, que está convirtiéndose en tal, en parte bajo el impulso del señorío. Desde el siglo IX, las ciudades, y no sólo los episcopados, vuelven a ser el centro de un territorio, centro a la vez político, militar y económico para ciertos señoríos territoriales, con un artesano, un mercado, intercambios comerciales y comerciantes en definitiva. No les llamaremos «aristócratas», como hacen J. P. Poly y E. Bourneau; los consideraremos simplemente individuos interesados en dedicar todo o parte de su tiempo a actividades de negocio.

Con la continuidad de esos cambios, no deja de desarrollarse el rol que las ciudades desempeñan de centro y de poder local.

La ciudad, un poder local procedente del señorío y el centro de un territorio

Las comunidades se forman y se consolidan a la vez en el marco del señorío; esto pone en contacto a hombres de estatus jurídico diferente, permite la organización de hombres dependientes de un señor y ofrece el marco y las bases de una autonomía progresiva que puede ser tanto urbana como rural. En ese marco de la organización señorial es donde los habitantes piden, negocian y obtienen los reajustes necesarios de sus obligaciones. En el igualmente algunos habitantes quedan asociados de distintas formas al ejercicio del poder señorial. De este modo se van consolidando ciertas autonomías locales, rurales y urbanas. Es un aspecto de la evolución de los poderes con una base local que caracteriza la Europa austrocarolingia; por eso, el marco correspondiente de su estudio es la Europa poscarolingia en su conjunto, y no una regia o otra. Esas autonomías locales han llamado mucho la atención de los historiadores desde hace dos siglos — porque hacen de las ciudades no sólo un espacio donde se vive, sino un grupo de referencia fundamental —, lo su-

³⁴ Barthélémy, D., Le rôle de X: los siglos XI-XII (vol. I). Los principales argumentos. Ensayos de Antropología. Crítica y la Flaga. 1973.

siciente como para considerarnos dispensados de explicar por extenso su historia. Haremos hincapié en algunos puntos que parecen capitales, limitándonos a las autonomías locales urbanas, pero sin olvidar que las autonomías locales rurales aparecen simultáneamente.⁵⁶

En una primera etapa, poco conocida, la autonomía consiste en una asociación de las élites ciudadanas al ejercicio del poder local, de tal forma que la ciudad como tal no posee personalidad jurídica. En este sentido se puede distinguir el caso de una ciudad con varios señores y el caso dominante en el reino de Italia –del que son, como se recordará, las ciudades más importantes– y el caso de la ciudad con un solo señor, en concreto, el obispo. En el norte y en el centro de Italia el obispo es a la vez el poder de la ciudad (en tanto que representante del rey, porque jurídicamente su poder no es señorial), la manifestación de la ciudad (que halla una identidad colectiva en el hecho de ser ciudad del obispo, centro de una diócesis y, al menos en teoría, de un condado) y el representante de los ciudadanos. Por lo demás, la multiplicidad de los poderes señoriales en la ciudad puede ser un hecho durable (por ejemplo en Reims), o un señor puede ser sin discusión el principal (por ejemplo en París con el rey de Francia, o en Dijon con el duque de Borgoña). Según las situaciones, se formará más o menos cómoda, y por consiguiente rápidamente, y a veces desasosegada, y por lo tanto lentamente, una comunidad política que se identifica con la ciudad. En todos los casos existe un vínculo orgánico entre el poder señorial y la autonomía ciudadana: ciertos ciudadanos influyentes, eminentes desde el punto de vista social, quedan implicados junto al señor en una acción pública.

¿Desde cuándo? Es muy difícil precisarlo, y a uno le dan ganas de responder: desde que existe un poder señorial, porque es difícil entender cómo ese poder señorial podría ejercerse sin eso. Esta explicación de ciudadanos en la acción pública es más visible que antes desde finales del siglo X. En distintos casos, algunos de ellos citados en el capítulo 4, los ciudadanos dan la impresión de ser, en cuanto colectividad, interlocutores de los poderes públicos, y a veces manifiestan claramente su peso político. Así, en 1070 los ciudadanos de Brujas apoyan las pretensiones de Roberto el Frison al condado de Flandes contra la viuda del conde

56. Así lo ha puesto de manifiesto, por ejemplo, Fossier, R., «Franchises rurales, franchises urbaines dans le nord de la France», en M. Bourin (comp.), *Villes, bonnes villes, cités et capitales. Études d'histoire urbaine (XII-XVIII^e siècles)* offertes à Bernard Chevalier, Tours, 1989, págs. 179-192.

Balduino VI y su hijo menor.⁵⁷ Por otra parte, hay ciertas instituciones que van adquiriendo forma. En Cremona en 1030 y en Milán en 1045 existen tribunales ciudadanos de justicia. Dentro del Imperio, en Huy, que depende del obispó de Lieja, una carta del obispo nos dice que en 1066 «a la exención de la iglesia de Huy [él] ha añadido la exención de la propia ciudad (*etiam ville*)». De hecho, tras la discusión con los ciudadanos, acepta la ampliación de sus libertades (es decir, de sus derechos), a cambio de lo cual éstos amplian una contribución que afectará no ya al tercio sino a la mitad de sus bienes muebles, contribución que aceptan pagar. Los derechos en cuestión se refieren a la libertad de las personas, a la potestad de hacer testamento y a las disposiciones penales en materia de deudas, de lesiones y de homicidios. Su evolución, ratificada por la carta episcopal, pone de manifiesto las exigencias de los hombres del señor (los derechos de éste no se suprimen, pero se limitan) y la especificidad de la condición de ciudadano (con la introducción de procedimientos penales y civiles flexibles y rápidos: prueba mediante testigos para los residentes y prueba mediante juramento para una deuda imputada a un foráneo de la ciudad). La carta confirma la existencia de una comunidad organizada, anterior al 1066, cuyas relaciones con el señor ya estaban regidas por el derecho (consuetudinario). Esta comunidad paga sus exenciones, hace que se precisen sus obligaciones militares en términos que permiten suponer la existencia de una milicia urbana en Huy y en otras partes («los de Huy» no deben incorporarse al ejército sino ocho días después «de los de Lieja»), participa de los atributos del poder público (los burgueses de la ciudad guardan el castillo de ésta cuando la sede episcopal está vacante, a cargo de los ingresos —*de redditibus*— de la ciudad), debe tener más o menos formalmente ciertos representantes (aunque solo fuera para recaudar y administrar los ingresos de la ciudad mencionados en la carta), y constituye exactamente un poder. Situaciones como las de Huy parecen ser corrientes, sólo que aquí el caso es conocido, mientras que otras veces, con cierta frecuencia, no lo es. Así, en Dijon, la carta concedida por el duque de Borgoña en 1183, conocida por una modificación de 1187, habla de las libertades (los derechos) anteriores a la carta (*salvo libertates quam antea habebant*), de las que no sabemos nada.

57. Van Houtte, J. A., *Bruges. Essai d'histoire urbaine*, Bruselas, 1962.

58. Joris, A., *La Ville de Huy au Moyen Âge*, París, 1959.

En una segunda etapa interviene, tras la asociación de las élites ciudadanas al poder señorial, un reparto de poder —para ceñirnos a una fórmula esquemática pero ilustrativa de Pierre Desportes—.⁵⁹ Entonces aparece un organismo cuya importancia se halla en el hecho de que expresa la identidad de una colectividad independientemente de sus prerrogativas, con frecuencia modestas al principio. En ciertas regiones es la comuna: una asociación jurada (es decir, constituida por el juramento de sus miembros), la que se presenta como una asociación pública. Aparece primero en el norte de Europa por la década de los años 1070 (Colonia, 1074; San Quintín, antes del 1081; Beauvais, antes del 1096) y tiene el aspecto de reacción⁶⁰ contra una serie de manifestaciones de la existencia de los poderes señoriales urbanos: las cargas personales que pesan sobre los individuos, el reparto de ciudades entre muchos señores, la multiplicidad de competencias judiciales en la ciudad, la multiplicación de peajes, la violencia, se ven como rémoras o males a los que hay que poner remedio. En este contexto, la comuna se muestra como una institución de paz y, al mismo tiempo, como un medio de presión sobre el señor.⁶¹ De ahí que a veces hubiera fricciones (como en Laon en 1112, donde el obispo fue asesinado, y en Colonia por la misma época) y de ahí también el hecho de que «el movimiento urbano no tarde en separarse de la idea de comuna [...]. Las exenciones, consideradas como accesorios en la perspectiva comunal, vuelven a ser un objetivo esencial» (P. Desportes).⁶² Con comuna o sin ella, y más ampliamente con o sin asociación jurada como la comuna o los consulados provenzales, las ciudades los obtienen a lo largo de todo el siglo XII. Recuérdese, por ejemplo, el caso de París citado en el capítulo 2 con el testimonio de Guy de Bazoches. En Italia las comunas aparecen también en la segunda mitad del siglo XI, poco más o menos por la misma época que en el norte de Europa, cuando la documentación atestigua la existencia de una magistratura permanente que emana de la colectividad ciudadana: los colegios de cónsules, renovados anualmente (Pisa y Luca, 1085; Asti, 1095; Génova, 1099), poblados de representantes de esas élites locales que se

⁵⁹ Desportes, P., «Les villes», en J. Xavier (comp.), *La France médiévale*, Paris, 1983, págs. 201-215.

⁶⁰ Barbelemy, D., *L'Ordre seigneurial XI-XII siècle*, op. cit., págs. 112-115.

⁶¹ Desportes, P., «Les communes picardes au Moyen Âge: une évolution originale», *Revue du Nord*, n.º 70, 1988, págs. 263-284.

⁶² Desportes, P., «Les villes», op. cit., pag. 207.

hallan poco antes en el entorno de los obispados. Lo mismo que en el norte de Europa, la comuna es testigo de una emancipación con respecto a la autoridad local, que en este caso es el obispo. Esta emancipación se lleva a cabo de una forma progresiva, de tal modo que el obispo se halla poco a poco separado del poder efectivo en el funcionamiento de las instituciones comunales, mientras que éstas, de hecho o de derecho, amplían el campo de sus competencias, muy restringido al principio.⁶³ En Provenza, la evolución es perfectamente comparable a la de las ciudades del reino de Italia, pero algo menos precoz: los consulados aparecen en la primera mitad del siglo XII.⁶⁴

Así es como en una tercera etapa, en los siglos XII y XIII, los poderes urbanos perfilan por doquier la organización de su funcionamiento interno (una asamblea general de los ciudadanos de pleno derecho; uno o varios consejos más restringidos y socialmente más exclusivos; magistrados, generalmente anuales, que forman un colegio) y amplian el campo de sus prerrogativas no sólo frente al poder superior del que dependen, sino frente a todos los poderes geográficamente cercanos o alejados con los que la comunidad ciudadana puede entrar en relaciones. Esta evolución también se halla bajo diversos aspectos en toda la Europa poscarolingia.

En el centro y el norte de Italia se refleja en la adquisición de una independencia de hecho de muchas ciudades y en su dominio progresivo del ámbito rural más o menos extenso que las circunda, integrado en una construcción política territorial (*contado*) del que ellas son el centro. El hecho ya había sorprendido a Otón de Freising, y eso es una señal de que las comunas ciudadanas se imponen por entonces como fuerzas políticas. Vercell, por ejemplo, citada en el capítulo anterior, adquiere sobre todo en el siglo XIII un amplio territorio entre Biella, Ivrea, los confines septentrionales del Monferrat y Novara.

En otras partes la ciudad se integra en una jerarquía de poderes sin pretender la independencia. En este sentido puede parecer un señorío colectivo (así la carta de la comuna de Dijon, en 1187, prevé el caso de guerra entre la comuna y cualquier enemigo de ella, por ejemplo un señor). Su peso y su poder de influencia pueden ser considerables: tam-

⁶³ Miller, M., *The Bishop's Palace: Architecture and Authority in Medieval Italy*, Nueva York, 2000.

⁶⁴ Bourdill, V. L. y R. Busquet, *La Provence au Moyen Âge. Histoire politique de l'Église. Les institutions*, París, 1924, págs. 393-417.

bien fuera de Italia las ciudades son fuerzas políticas⁶⁵ (por ejemplo, aún en el siglo XVI, la municipalidad de Toulouse reivindica la prerrogativa de convocar la nobleza de la ciudad en el marco del servicio de todos)⁶⁶ e incluso si no someten políticamente un territorio, como sucede la mayor parte de las veces, saben obtener no obstante las ventajas que les permiten establecer entre ellas y su territorio circundante, juntamente con otros poderes locales, una relación ventajosamente desigual, muy lucrativa para los ciudadanos.

En ese sentido, es significativo que el término italiano *contado* no tenga ningún equivalente en francés ni en inglés. En alemán tiene uno en la palabra *Umland*, aunque el sentido de *Umland* es geográfico y económico, no político y administrativo. De hecho, la dominación territorial de las ciudades se reduce en la historia de los países germánicos a un fenómeno en definitiva secundario, por más que ciertas ciudades hayan llegado a ser el centro de importantes dominaciones territoriales (Metz, cerca de 1.000 km²; Nuremberg, 1.500 km²; Zurich, 1.700 km²). En Alemania, la idea según la cual diócesis y condado son el complemento natural de la ciudad jamás ha formado parte, como en Italia, de una cultura política compartida y la consolidación de los Estados dinásticos ha impuesto límites poco franqueables, desde el siglo XIII, a las adquisiciones territoriales urbanas.⁶⁷ En este sentido, la historiografía alemana, desde los trabajos del geógrafo Walter Christaller (1933),⁶⁸ se ha interesado con toda razón por el problema de las ciudades vistas como «lugares centricos», es decir, como centros de una zona geográfica que hay que tener en cuenta en el estudio del intercambio comercial de los productos, de la prestación de servicios y de las relaciones de los poderes públicos entre sí.⁶⁹ No cabe duda de que las élites de las ciudades más poderosas del norte de Europa, principalmente las ciudades flamencas (Brujas, Gante, Ypres) se interesaron sobre todo por su preeminencia

65. Blockmans, W., «Voracious states and obstructing cities. An aspect of state formation in pre-industrial Europe», *Ideas and Society*, nº 18, 1989, págs. 733-755.

66. Souriau, P.J., «Défendre Toulouse durant la première guerre de Religion», *Histoire urbaine*, nº 3, 2001, págs. 39-65, cita pág. 42.

67. Berenghi, M., *L'Europa delle città. Il volto della società urbana europea tra Medioevo ed Età moderna*, Turin, 1999, pág. 129.

68. Christaller, W., *Die zentralen Orte in Süddeutschland. eine ökonomische geographische Untersuchung über die Geozentralität, der Verbreitung und Entwicklung der Siedlungen mit städtischen Funktionen*, Darmstadt, 1933.

69. Meynen, E. (comp.), *Zentralität als Problem des mittelalterlichen Stadtgeschichtschreibung*, Colonia y Viena, Böhlau, 1979.

económica. Su actividad se orienta ante todo a preservar la libertad de circulación y a proteger la producción urbana de la competencia.⁷⁰

Desde este punto de vista, en el siglo XII la distinción entre ciudad y campo es por doquier cada vez más clara. Aquí se ve incluso una consecuencia del vínculo que existe entre organización señorial y crecimiento urbano.

LA CONSOLIDACIÓN DE LAS ÉLITES URBANAS (SIGLOS XI-XIV)

Precisamente en el siglo XII, lo más probable hacia 1130-1160, aparecen a plena luz ciertas élites urbanas. Tomando como ejemplo lo que hoy es el territorio francés, se observan ciertos casos que se conocen a partir de ese momento, entre los que están, por ejemplo, Arras y Douai,⁷¹ Caen y de manera más amplia la Normandía,⁷² Dijon,⁷³ Metz,⁷⁴ Reims,⁷⁵ Toulouse.⁷⁶ Pero la escasez de la documentación deja sumidos en una gran oscuridad los tiempos anteriores. De ahí nace la tentación de suponer un tiempo de formación de esas élites, implícitamente similar al reinado de una especie de simplicidad, típica de orígenes supuestos sean cuales fueren. Pero esos orígenes no existen y no cabe duda de que vale más hablar de transformación: recordemos que ya existen élites urbanas en el siglo X. Pero no nacen enseguida, sino que se transforman a medida que los modos de expresión de la superioridad social evolucionan, a medida que los intereses adquieren una nueva orientación y a medida

70. Prevenier, W. y M. Boone, «Les villes des Pays-Bas méridionaux au Bas Moyen Âge: identité urbaine et solidarités corporatives», *Bulletin du crédit communal*, nº 153, 1993, págs. 25-42.

71. Lestocquois, J., *Les Villes de Flandre et d'Italie sous le gouvernement des patriciens*, París, 1952.

72. Musset, L., «A-t-il existé en Normandie au XI^e siècle une aristocratie d'argent?», *Annales de Normandie*, 1959, págs. 285-299; Musset, L., «L'aristocratie normande au XI^e siècle», en P. Contamine (comp.), *La Noblesse au Moyen Âge XI- XV^e siècles. Essais à la mémoire de Robert Boutruche*, París, 1976, págs. 71-96; Musset, L., «L'essai sur la bourgeoisie caennaise (1150-1250)», *Recueil d'études offertes en hommage au doyen Musset de Bouard*, t. 2, Ginebra, 1982, págs. 409-436.

73. Richard, J., *Les Ducs de Bourgogne et la formation du duché du XI^e au XIV^e siècles*, París, 1954; Dutour, T., *Une société de l'honneur*, op. cit.

74. Schneider, J., *La Ville de Metz au XIII^e et XIV^e siècles*, Nancy, 1970.

75. Desportes, P., *Reims et les Remois au XIII^e et XIV^e siècles*, París, 1979.

76. Mundy, J. H., *Liberty and Political Power in Toulouse, 1050-1240*, Nueva York,

que el ascenso de unos y el declive social de otros llevan consigo una renovación de las familias y de las personas.

El cambio es la consecuencia de las evoluciones que afectan a la sociedad en su conjunto. Así pues, esas élites tienen rasgos comunes en toda la Europa latina. Sin embargo su variedad es muy grande; por eso, en vez de limitarnos a consideraciones generales, que llegarán después, estudiaremos algunos casos elegidos *ex profeso* fuera de las regiones que, por lo que tienen de excepcional, orientan el interés hacia lo que distingue y no hacia lo que es común, por lo que podrían falsear el análisis (el reino de Italia y Flandes). Esos casos, con la condición expresa de llegar hasta el examen de las existencias sociales individuales, nos muestran los fenómenos más dignos de atención, sobre todo los elementos de identificación y de definición de las élites ciudadanas cuyo perfil no está determinado por ningún estatus jurídico sino por un consenso.

Vendôme en los siglos XI y XII

Vendôme,⁷⁷ citada ya varias veces, es en el siglo XI una ciudad, una pequeña ciudad sin duda, pero una ciudad en la que, como se recordará, están representados diversos oficios artesanales, en la que hay *mercatores* (comerciantes) y fabricantes de moneda y está dotada de equipamientos que confirman unas actividades de negocio, de una feria y de molinos de cereales. Es el lugar privilegiado de la residencia y de la vida social de élites locales que manifiestan las múltiples dimensiones de una superioridad social polimorfa. El caso es interesante por partida triple. En primer lugar, el estudio hecho por D. Barthélémy de la documentación nos permite apreciar las élites que dominan la vida social de la ciudad antes de mediados del siglo XII. En segundo lugar, Vendôme es una conglomeración que de rural se convierte en urbana. Eso nos permite esperar hallar en ella esa diversificación de las élites urbanas que, en las grandes ciudades que existían desde la Antigüedad, es más bien un cambio que una aparición *ex nihilo*. En fin, Vendôme esclarece un tiempo de la historia de los poderes caracterizado, en el marco de la predominancia de los poderes locales, por la importancia del grupo formado por esos vasallos —grandes y pequeños— del señor territorial que resi-

de en el castillo y que en las guerras locales desempeña un papel importante.

A comienzos del siglo XI llaman la atención sobre todo los grandes vasallos del conde de Vendôme; más tarde en el mismo siglo y en el siguiente los demás salen también de las sombras. Una interesante reseña de la década de 1030, que se refiere a una situación de los alrededores del año 1000, anterior a 1005, da la lista de las torres de guardia del castillo de Vendôme. El conde lo custodia durante cinco meses y siete de los grandes vasallos directos lo custodian durante la estación más fría, siete meses, a razón de un mes cada uno, organizando la guardia y las rondas. Esos guardianes son personajes importantes; figuran entre los vasallos más considerables del conde, que en otra parte de este documento que nos permite conocerlos, se le designa como el principal de entre ellos (*maior omnibus*) y que sin duda no lo tiene fácil para mantener su fidelidad.

La patrulla, la guardia, la residencia en la ciudad, todo eso supone ingresos, su administración, gastos, un personal y, por supuesto, vasallos de un rango menor, del conde o de sus vasallos, cumpliendo unas obligaciones militares y civiles (asistir a los tribunales del conde, los pleitos). En definitiva, un pequeño mundo que gira en torno al poder señorial y del que se es más o menos ciudadano, unos más y otros menos. Sería muy importante poder distinguir claramente en él a éstos de los otros. Los llamados *milites* «de Vendôme» (*milites vindocini*), la mayor parte de las veces incidentalmente, y en cualquier caso de forma muy esporádica, son un conjunto heterogéneo. Algunos pertenecen al entorno del conde, figuran en su *curia*, por lo que no les faltan ocasiones de visitar la ciudad, quizás de residir en ella de vez en cuando, pero sus intereses principales se hallan en otra parte. Otros los tienen en Vendôme: estos son más ciudadanos que los primeros. A algunos se les llama «de la calle de los Vasallos» (*rua vassalorum*), porque tienen una residencia en el castillo o al lado de él.

Se conocen cinco familias de grandes vasallos de primer orden del conde cuyo perfil social es similar al de los guardianes del castillo hacia el año 1000. Tienen grandes patrimonios, multitud de vasallos, amplia clientela, y sus intereses en Vendôme son un elemento más entre otros de una vida social compleja. Sin embargo, esos intereses existen. Engebaut el Bretón (hacia 1040-hacia 1080) es un personaje digno de tener en cuenta. Posee una casa en el castillo de Vendôme, otros bienes en la ciudad y mantiene relaciones con muchos caballeros vendomeses. Tiene tribunal en su casa, donde en 1068 se celebra una audiencia condal.

77. Barthélémy, D., *La Société dans le comté de Vendôme de l'an mil au XIV^e siècle*, op. cit., sobre todo págs. 103, 301, 314, 491-501, 559, 581-602, 615, 655, 751, 763 y sigs.

burghard de Corremont, en el siglo XI, es propietario de Vendôme y es miembro de la familia de nobles a una calle de la ciudad. Entre los años 1050 intereses patrimoniales están y permanecen integrados en el siglo XII, tanto en la ciudad como en el campo.⁷⁸ Los mismos趣味 respecto de los aristócratas menores encapuchados que constituyen, tras el condado y sus grandes vasallos, un tercer nivel de la aristocracia local, de un rango que se podría llamar «valvassor»⁷⁹ con la diferencia de que aquí la extensión de los intereses es menor. En definitiva se aprecia [...] un cierto contraste entre familias grandes y medianas; las primeras más perdiidas en los castillos; las segundas más residentes⁸⁰ porque su estructura patrimonial y social es menor y sus intereses están centrados en Vendôme y sus cercanías. Unas y otras gozan de amplios derechos seculares y tienen raíces en Vendôme.

Los miembros de la familia (el entorno de servidores) del conde, los de la familia de otros poderosos sin duda y los de los monasterios (aquí ante todo el de la Trinité de Vendôme) se codean con los aristócratas. Estos son hombres con frecuencia notables y acomodados. Su dependencia, más o menos manejada por una idea de servidumbre, permite a sus empleadores mantener a raya sus pretensiones. En este contexto aparecen por vez primera, en 1097, en un acta interesante de la abadía de la Trinité de Vendôme, once burgueses de los que seis son miembros de la familia de la abadía y cinco que no lo son: «está bien claro que muchos de los primeros burgueses de Vendôme conocidos por su nombre son hijos de ricos, o más bien de una categoría específica de nuevos tiempos: los menestrales [los encargados por el conde de una labor como esta o ministeriale] de las abadías o de los condes».⁸¹ Hacia 1150 hallamos de nuevo burgueses gracias a tres actas de la abadía de la Trinité de Vendôme, entre 1110 y 1152, relativas a donaciones hechas por caballeros de la ciudad. Esas actas tienen como testigos a individuos llamados *notiles, burgenses, famuli*; nos dan el nombre de diecinueve burgueses. Lo que sabemos de ellos es muy poco, pero no obstante es su gestivo. No cabe duda de que uno es hijo o heredero de otro, que ya era conocido en 1097, es decir, socialmente no es un hombre nuevo. Otro,

⁷⁸ Ibid., pag. 302.

⁷⁹ Otro tipo vasallaje. En el feudalismo el valvassor o vavassor era el noble que poseía un feudo provisto de un noble de mayor categoría que él, es decir, el vasallo noble de un ya saldo noble más encuadrado (N. d. E.).

⁸⁰ Ibid., pag. 313.

⁸¹ Ibid., pag. 300-301.

Arnold de Châtelot, es en 1123 criado de la abadía de la Trinité de Vendôme y famulus, sin duda que se trata del mismo hombre que hallamos en 1153 y 1165 en el entorno del conde de Vendôme. El servicio de un peder no excluye del servicio de otro, ser famulus y ser burgues no son contradicciones. Un tercero, Guillaume Chauvin, tiene un descendiente documentado en 1240, Geoffroy, que a la sazón goza de un feudo en Vendôme llamado el feudo de la Greve, que hacia 1150 pertenece a un contemporáneo de Guillaume, Thibaud de la Greve, caballero, en relación con los otros caballeros vendomeses, padre de Geoffroy de la Greve, documentado hasta el año 1205. No cabe duda de que éste es el testimonio de una alianza, la identidad de los nombres, cuya elección nómica se hace al azar (Geoffroy de la Greve, conocido hasta el año 1205, Geoffroy Chauvin, conocido en 1240), apoya esta hipótesis. Da la impresión de que caballeros y burgueses no sólo se codean en la ciudad, sino que quizás, como observa D. Barthélémy, «en vez de alejarse [de la ciudad, a partir de la segunda mitad del siglo XII] ciertos linajes caballerescos han podido incorporarse»⁸² a los demás componentes de la aristocracia urbana: ésa es exactamente la evolución que se puede constatar en Dijon. Añadimos finalmente que de los diecinueve burgueses conocidos en 1150 sólo cuatro llevan un sobrenombre o apodo indicador de un oficio artesanal, ya que los burgueses no se consolidaron socialmente mediante el ejercicio de una labor técnica. Por lo demás, ser llamado burgués en el siglo XII (trataremos en el capítulo 8 de la evolución del sentido de esta palabra), en una ciudad que no tiene ni exenciones ni carta de comuna, significa que a uno se le expone a la consideración de los demás mediante un epíteto de honor equivalente al reconocimiento de una cualidad social pero no de un estatus jurídico. Ese es el caso de los notables de quienes aquí tratamos.

Toulouse en el siglo XII: probi homines, milites, burgenses

En Toulouse,⁸³ la documentación apenas permite considerar la situación anterior a la década de los años 1120. Pero esa documentación descubre a partir de ese momento una élite urbana compuesta de hom-

⁸¹ Ibid., pag. 763.

⁸² Wolff, P., «La noblesse toulousaine, essaie sur son histoire médiévale», en P. Wolff (comp.), *La Noblesse au Moyen Âge XV-XVII siècles. Essais à la mémoire de Robert Bouet*, París, 1976, págs. 153-174.

dotes a quienes se conoce (y ellos mismos se presentan así) como *probi homines*, cuyas dos principales características tangibles son: por una parte, que constituyen el culmen de la jerarquía social; por otra, que pueden llegar a ejercer responsabilidades públicas. Así hallamos en 1222 a *dominus Americus de Castro Novo, probus homo, testigo de un acta*. Esos *probi homines* forman un conjunto definido por un consenso de la población tolosana. Entre ellos se distinguen incidentalmente *milites* y *burgenses*. Así, cuando en 1222 aún, el conde Raimundo VII de Toulouse se confirma los privilegios de la ciudad, el acta de confirmación menciona: *plures alii nobiles viri milites et burgenses qui ibi erant presentes*. El punto común de los *milites* y de los *burgenses* es quizás la práctica del combate a caballo; al menos eso es lo que sugiere la *Chanson de la Croisade albigeoise*, poema anónimo redactado en lengua de oc que, al narrar el sitio de Toulouse por el ejército cruzado en 1217-1218, escribe a propósito de una salida llevada a cabo por los tolosanos: *Cavalers e sirvens e horze e peos...*, distinguiendo claramente caballeros y burgueses por una parte y hombres de a pie (*peos*) por otra. En cualquier caso, la categoría de los *probi homines* parece más amplia que la de los hombres llamados *milites* o *burgenses*. Eso hace que la caballería y la burguesía se vean como dos dimensiones de la superioridad social que no abarcan toda la extensión de la misma. Este caso tolosano tiene especial interés porque deja claro este punto.

Reims en el siglo XII: milites, servientes, vasallos, cives

El caso de Reims⁸³ es análogo en líneas generales. Aquí los rasgos característicos de la élite urbana parecen «concordar en todo con lo que ya se ha observado en muchas otras ciudades [...]»; en Ruán, en Tournai o en Metz, ya que los éxitos «se obtienen en el entorno señorial». Lo mismo que en otros lugares, esta élite está «dominada por un núcleo de viejas familias que controlan los principales órganos del poder señorial». Sin embargo, la élite ciudadana sigue siendo un grupo abierto en el que «las diferencias [...] se operan no tanto según el volumen [de las] fortunas cuanto según la mayor o menor antigüedad de las mismas». Allí hay que distinguir a ciertos individuos llamados *milites* de otros llamados solamente *servientes* del arzobispo y se distinguen de los primeros

83. Despontes, P., *Reims et le Rémois aux XIII^e et XIV^e siècles*, op. cit., págs. 56-92.

por el hecho de que no son *milites*, aunque la distinción no sea necesariamente definitiva: la denominación de *serviens* la aplica el arzobispo de Reims a algunos caballeros en 1171. Los primeros son numerosos, residen en la ciudad —en el casco antiguo y en el burgo Saint-Rémi— y, como vasallos, si no exclusivamente al menos principalmente del arzobispo o del abad de Saint-Rémi, tienen a su cargo, al menos en principio, la defensa de la fortaleza o del burgo del arzobispo. Los segundos gozan al menos en apariencia de una consideración social análoga. Eso es lo que sucede por ejemplo con la familia Morlachar, cuyos miembros pertenecen a la vez a la familia del abad de Saint-Rémi y al entorno del arzobispo: «Richer (muerto hacia 1182) y su padre Herbert (muerto hacia 1150) obtuvieron el insigne honor, reservado habitualmente a los más altos señores, de tener su tumba en el interior de la iglesia abacial» de Saint-Rémi; se trataba de monumentos de piedra adornados con esculturas en relieve y con epitafios en versos latinos.⁸⁴ Los que conocemos gracias a la documentación existente se destacan por su fortuna aparentemente considerable, cuyo componente inmobiliario —sobre todo de casas en la ciudad— asombra por su magnitud. La participación de los *milites* y de ciudadanos influyentes en la administración de los negocios por parte de los poderes locales les implica en una acción pública de distintas formas. Por ejemplo, ellos son los magistrados que elaboran las sentencias y señalan el derecho en la corte episcopal. Así, cuando el abad de Saint-Rémi tiene que tomar una decisión grave hacia el año 1110, consulta a doce monjes de su abadía y a doce laicos del burgo abacial.

Dijon en el siglo XIII: milites divisionenses, burgenses, sires, señores de leyes

El caso de Dijon no aparece sustancialmente distinto de los demás.⁸⁵ Se aprecia mediante el estudio de los alcaldes (los dijoneses tienen una comuna desde 1183) y de sus familias, lo que permite dejar claros los rasgos característicos de un entorno, estudio ampliado después a aquellos que, sin haber sido alcaldes, muestran las características que les vinculan al entorno considerado. La información fragmentaria de que disponemos sobre los miembros de este entorno nos permite ofrecer una reseña de su existencia social. Elegiremos para ello unos cuantos ejemplos.

84. *Ibid.*, pág. 64.

85. Dutour, T., *Une société de l'honneur*, op. cit.

A los Billon d'Ouges,⁶⁶ llamados también de la Corvée, se les conoce desde mediados del siglo XII. El hombre importante de la familia, Hugo, caballero, documentado desde 1189 hasta 1228, es un hombre rico. Presta dinero al duque de Borgoña, a la principal abadía de Dijon (San Benigno) y al señor de lo que hoy se llama el Franco Condado, el conde de Borgoña, cuyo principado, lìmitrofe del ducado de Borgoña, no pertenece al reino de Francia sino al Imperio. Hugo es propietario de inmensos dominios rurales,⁶⁷ y figura en el entorno del duque de Borgoña, pero no se ve que se dedique al comercio. Hay que suponer que obtiene sus ingresos de la renta de sus bienes y —por métodos que no conocemos— del trato del duque. Me Jacques, hijo suyo, es jurista. Aymon, otro hijo, se casa con Jaquette, hija de Eudes Le Riche, que fue alcalde de Dijon.

Los Le Riche también son conocidos desde el siglo XII. Los hermanos Dominique y Evrart, testigos en 1192 y 1193 de cartas del duque, fundan un hospital en 1189 y una colegiata antes de 1195. Sus descendientes, Eudes, alcalde cuatro veces entre 1229 y 1252, y Évrard, hermano suyo y tres veces alcalde entre 1229 y 1251, son nobles, caballeros y burgueses: se les conoce unas veces como *milites* y otras como *burgenses*. Los dos hermanos son ricos y figuran entre los acreedores de la abadía de San Benigno. Eudes es comerciante de vinos y de cereales. El testamento de Evrart nos dice que mantenía relaciones comerciales con los miembros de las familias Le Vertueux y Pelerin. Los Le Vertueux son burgueses de Dijon; Renaud, hombre rico y acreedor de la abadía de San Benigno, se casa en 1221-1222. El yerno de Evrart es Guillaume Pelerin. Un acta de 1282 relativa a *messire* Barthélémy Le Riche, caballero, nos dice que mantenía estrechas relaciones con muchas familias de caballeros y de burgueses.

Los Pelerin aparecen en la documentación a principios del siglo XIII. Bertrand Pelerin, noble y caballero, documentado entre 1213 y 1218, procede de Chalon sur Saône. *Sire* Bertrand, noble y caballero, presumiblemente hijo suyo, gestiona la mitad de la moneda de Dijon desde 1245 hasta 1249, es alcalde en 1260-1261 y yerno de Gervais Chauchart.

66. Richard J., «Monnayage, capitaines et petits seigneurs: les Billon d'Ouges, chevaliers dijonnais», en P. Constatin, T. Dubois y B. Schaefer (comps.), *Commerce, finances et sociétés (XIV-XVII^e siècle)*. Recueil de thèmes d'histoire médiévale offerts à M. le professeur Henri Dubois. París, 1993, pág. 301-310.

67. En 1219 dona a la abadía de Cîteaux un lote importante de tierras arables que constituye el punto de partida de la granja enterreña de Ouges.

burgués de Dijon, camarlengo del duque de Borgoña desde 1213 (con parientes caballeros). Sigue a su suegro en la función de camarlengo en 1234. Invierte considerables sumas en operaciones con la moneda de Dijon y presta dinero. Su hijo Guillaume —el yerno de Evrart Le Riche—, documentado hasta el 1308, noble y caballero, dos veces alcalde, sucede a su padre en la función de camarlengo del duque. Su hija, *dame* Laure, muerta en 1309, fue enterrada en la iglesia de los franciscanos y, según su epitafio, «mandó construir este claustro». También se conocen otros miembros de la familia, como Jean, caballero, *sire* Hugues, alcalde a comienzos del siglo XIV, Jacot, burgués de Dijon, marido de la hija de un noble de Chalon-sur-Saône.

Los Bigot son otra familia cuya eminencia social se manifiesta sobre todo en el siglo XIII. Dominique Bigot, ocho veces alcalde entre 1213 y 1228, es noble y caballero. Es rico, acreedor en 1225 de la abadía de San Benigno de 900 libras y acreedor del duque de Borgoña. Su hija Luce se casa con un caballero de la ciudad vecina de Chalon-sur-Saône. Se conocen dos parientes suyos contemporáneos, también nobles y caballeros, de los que uno es *messire* Richard, que residía en la calle de la Juiverie [Judería], y fue inhumado en la iglesia abacial de San Benigno antes de 1265. Otro pariente suyo, Evrard Bigot, es párroco de una de las parroquias de Dijon en 1265.

En esta enumeración sobresalen ciertos rasgos. El servicio del señor, aquí el duque de Borgoña, es una constante de la actividad de los miembros de la élite de Dijon. Al ser el señor no uno de tantos, sino la autoridad suprema de un principado territorial, ese servicio es un importante medio de enriquecimiento: los dijoneses son testigos de cartas diplomáticas, camarleños del duque en su corte, sus procuradores ante los tribunales, son los que recaudan las sumas que se le adeudan, los responsables de su administración territorial (prebostes). Entre ellos son muchos los que manejan dinero, los que se dedican con frecuencia a prestaria. Algunos dan la impresión de ser expertos en cuestiones financieras. Antes de 1254 se conoce a *domini* Huon Monetaire, *maistre*, cuya casa crece en la calle de la Juiverie, y cuyo apodo de *monetaire* (monedero) procede sin duda de su función. Además existe una calle del Cambio y Alard Le Changeur, monedero y cambiador, es alcalde en 1277-1278 y en 1280-1281 y presta dinero al duque. Todo permite suponer que ciertos miembros de la élite social local practican el comercio y que entre ellos hay comerciantes, profesionales o circunstanciales, pero excepto en casos particulares (Evrard Le Riche), la documentación, que señala

la mejor prueba, no existe antes del comienzo del siglo XIV. Sea lo que fuere, la importancia de su capacidad de inversión, que ya hemos comentado antes, es cierta. La vida económica necesita créditos y ellos parecen estar dispuestos a otorgarlos; en este sentido, esa vida económica depende de ellos. Desde el momento en que se dispone de actas notariales se les halla en calidad de arrendadores cerrando contratos de financiación simple para el ganado (arriendos de aparcería pecuaria). Es fácil suponer que en Dijon tienen arrendadores de casas, de locales, de tiendas. Además, entre los caballeros y burgueses de Dijon y en el entorno del duque de Borgoña a partir de la década de los años 1260 figuran también juristas, de los cuales algunos como alcaldes de la ciudad. Entonces aparece la competencia jurídica como un medio de adquirir o de conservar un rango elevado en el servicio de los poderes públicos y en la sociedad. En ese momento se admite, lo mismo en Borgoña que en otras partes, la nobleza de las leyes, otorgada únicamente por el diploma, sin duda el diploma de doctor. Allí están los *señores en leyes, sires de leyes y caballeros de armas y de leyes*. Su existencia es un testimonio indiscutible de la gran dignidad que se reconoce a la competencia jurídica. En fin, los miembros de la élite dijonesa son propietarios de casas en Dijon, y eventualmente de muchas casas, a veces de piedra, dotadas sin lugar a dudas de un lagar, a veces documentado, e incluso de una prensa. Poseen tierras de labranza en la llanura y viñas en las laderas, y eso por diversos motivos, unas veces como señores en posesión de un feudo (y vasallos sobre todo de diversas abadías), otras como arrendatarios en las cercanías de la ciudad, en el actual distrito de Dijon. Sus propiedades rurales son a veces verdaderos dominios. En definitiva, los ingresos obtenidos del servicio del señor, el duque de Borgoña, de la tierra, de la venta de los productos de la misma o del crédito se presentan como las fuentes no exclusivas pero sí principales de la fortuna de los dijoneses ricos en los siglos XII y XIII, al menos en la medida en que somos capaces de entreverlas. Esta fortuna es a la vez ciudadana y rural.

Hay tres signos principales de la superioridad social que distingue del vulgo a los miembros de la élite ciudadana. Éstos son nobles, o burgueses (a veces ambas cosas) y distinguidos por el empleo en los documentos de epítetos de honor que los califican (*messire* y *dama* para los nobles, *burgués de Dijon, sire, señor*). Esos hombres y sus familias forman un círculo que desempeña en la dirección de la comuna un papel de primer orden y tiene todas las características de un medio. Los caballeros de Dijon se hallan presentes en la comuna desde su fundación, y si

existió alguna oposición entre ellos y quienes, sin ser nobles, eran ricos e influyentes, no nos es posible descubrirla. Los individuos que estamos analizando están aliados entre sí. Cuando se casan fuera de Dijon lo hacen al parecer con hombres o mujeres de su mismo medio, por ejemplo con nobles de Chalon. En fin, los individuos que pertenecen a este medio son nobles y burgueses con la suficiente frecuencia como para asegurar que nobleza urbana y burguesía representan en gran medida dos aspectos de un mismo grupo social y a la vez dos dimensiones de la superioridad social especialmente destacadas pero que, como en el caso de Toulouse, no agotan la realidad de la misma. La superioridad social, lo mismo que en otras partes, va acompañada de una vocación hacia el ejercicio de funciones públicas, al servicio del duque de Borgoña o en las instituciones que, desde el siglo XII, son la manifestación de la autonomía de la sociedad urbana o, por supuesto, en ambas partes. Estos rasgos, característicos de esta sociedad en el siglo XIII, son los principales elementos de continuidad de su evolución porque también se manifiestan en los dos siglos siguientes.

Lieja en el siglo XIV: nobles, burgueses, grandes, gente de linaje

A la cabeza de la sociedad de Lieja y de sus instituciones políticas urbanas (la regiduría, que en Lieja es un tribunal de justicia penal y civil que emana del poder episcopal y de la comuna, adquiere gran importancia sobre todo en el siglo XIV) hay una aristocracia urbana, analizada en un estudio reciente.⁸⁸ Los cronistas del tiempo confirmán su existencia y designan a sus miembros como *magnates, insignes, mayores, meliores* —los importantes, habría dicho Alain.

Según Jean d'Outremeuse, empleado en la corte episcopal de Lieja en la segunda mitad del siglo XIV, ésta se compone «de nobles y de grandes». Jacques de Hemricourt, noble, notario de Lieja en la segunda mitad del siglo XIV, dice que «esos burgueses, ricos, sirven al señor con las armas, tienen blasones y escudos de armas». Un acta de 1344 menciona a los «grandes de la ciudad llamados gente de linaje»: nuevamente hallamos la observación de Philippe de Beaumanoir citada en el capítulo 2 («los ricos [...] son temidos por lo común a causa de sus haberes y de su

88. Xhayer, G., *Réseaux de pouvoir et solidarités de parti à Liège au Moyen Âge (1250-1468)*, Ginebra, 1997.

linajes», que pone de manifiesto la importancia, para distinguir a los poderosos de los demás, de pertenecer a una extensa familia. Si se entiende por familia el conjunto de «grupos [...] amplios o reducidos de gente que se considera unida por una relación privilegiada nacida de la sangre o de la alianza»,⁸⁹ que por cierto no implica que los miembros de una familia residan juntos, entonces la solidaridad que existe entre ellos tiene que considerar a las familias como «bloques estructurados para consolidarse frente a la incertidumbre del mundo social» (G. Levi).⁹⁰ La organización, la cohesión, la magnitud de esos bloques los convierten, en el sentido propio de la expresión, en grupos sociales,⁹¹ como sucede en Metz, donde las grandes linajos se organizan a partir de 1214 en «parías».⁹²

Esos nobles, burgueses, grandes, gente de linaje, forman esencialmente una élite procedente de la familia de la Iglesia de Lieja (el obispo, el cabildo catedralicio). En ella se pueden distinguir familias de origen menestral y otras que se encumbraron gracias al ejercicio de actividades lucrativas, sin relación con el obispo, como el negocio (comercio de vinos, de tejidos, de lana —los paños—, de lana inglesa), la especulación con la moneda, y otros que pertenecen a la baja nobleza del campo (la región de Hesbaye). Pero no son dos medios claramente distintos porque las actividades lucrativas en general no son exclusivas de los unos o de los otros. Se puede ser recaudador episcopal y colocar dinero en el comercio de los paños.

La antigüedad relativa de las familias, lo mismo que en otras partes, aparece como un criterio determinante de la honorabilidad. Las familias que más participan en la regiduría son las más antiguas de la ciudad. Los perfiles de la élite local son difíciles de determinar *a posteriori* porque, también como en otras partes, no van determinados por un estatuto, sino por un consenso, cuya expresión es a veces difícil de interpretar, pero que determina claramente para los contemporáneos unas fronteras sociales. Así, es nuevamente Jean d'Outremeuse quien advierte la existencia «de gentes comunes, con una considerable riqueza y poderosos

89. Klapisch Zuber, C., «La famille médiévale», en J. Dupâquier, *Histoire de la population française*, t. 1, *Des origines à la Renaissance*, París, 1988, págs. 463-511, para la cita en pág. 464.

90. Levi, G., *L'Eredità immateriale. Carriera di un exorcista nel Piemonte del Seicento*, Turín, 1985, trad. fr. Le Ponçon au village. *Histoire d'un exorciste dans le Piémont du XVII^e siècle*, París, 1989, pág. 65 (trad. cast.: *La herencia inmaterial. la historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*, Guipúzcoa, Nerea, 1990).

91. Cooley, C. H., *Social Organization*, Nueva York, 1909.

92. Schneider, J., *La Ville de Metz aux XIII^e et XIV^e siècles*, Nancy, 1950.

amigos, que se permiten hablar de cosas que pertenecen al gobierno de la ciudad y no se intimidan». Las «gentes comunes» no forman parte de la élite social para él, pero entre ellas hay gente rica y poderosa; esa gente rica quiere interesarse por los asuntos de la ciudad, y si eso no es del agrado de todos, les importa poco. Riqueza y poder no son lo mismo que consideración social, pero conducen a ella y, por último, «la verdadera realidad es el poder social» (D. Barthélémy),⁹³ tanto en la ciudad como en el campo: bajo este aspecto la élite se muestra abierta. En el siglo XIV se aprecian las señales de su renovación: el enriquecimiento, el favor episcopal, la instalación de no pocos nobles en Lieja, que de rurales se convierten en ciudadanos (viene, dice un cronista, «a vivir a Lieja, en noble estado por lo que hace a la residencia»).

El repaso de estos casos que acabamos de ver plantea diversos interrogantes sobre la existencia de las élites urbanas: ¿cuál es por ejemplo el significado de la aparición de «burgués»? ¿Cómo interpretar la heterogeneidad de élites que encarnan diversas dimensiones de la superioridad social (nobleza y burguesía sobre todo, aunque no exclusivamente)? trataremos de afrontarlos en el capítulo 8, ya que esas élites y las formaciones sociales originales a las que representan se hallan efectivamente entre las creaciones urbanas. De momento digamos que las élites urbanas se muestran como señoriales al principio, para no serlo tanto después, compuestas e incluso heterogéneas, detentoras de intereses tanto en el campo como en la ciudad, caracterizadas por la asociación y la combinación de las formas más variadas de la superioridad social, poderosas e influyentes, abiertas en definitiva —aunque se podrían citar decenas de casos, desde Venecia hasta las ciudades imperiales pasando por Metz y sus parías, que muestran cómo la gente posicionada despliega una ingeniosidad sin límites para inventar modos de organización que les permitan seguir manteniendo su posición—. Eso demuestra sobre todo que intentar detener la renovación de las élites es poco menos que imposible en líneas generales.

Como conclusión de este capítulo podemos subrayar dos puntos: la aparición de una ciudad medieval que surge de lo más profundo de evoluciones endógenas no claramente locales, y la consolidación de la ciudad como lugar de convergencia de las élites.

93. Barthélémy, D., *La société dans le comté de Verdun au XV^e siècle*, op. cit., pág. 361.

Hay modalidades esenciales del desarrollo urbano en Occidente que proceden de la convergencia entre la expansión económica y los modos de organización propios de una edad señorial comprendidos principalmente entre los siglos IX al XII. Antaño se hablaba, de forma impropia por cierto, de los «tiempos feudales». Según eso se puede decir que la ciudad medieval nace de lo que durante mucho tiempo se ha convenido en llamar la «sociedad feudal», que no es un elemento perturbador, sino más bien necesario y constitutivo.

Sea cual fuere el punto de vista desde el que se la considere (demográfico, económico, social, político, para enumerar sólo las categorías del juicio contemporáneo), aparece como un fenómeno local y continúa siéndolo en líneas generales. No obstante, este fenómeno local prolija por doquier y se convierte a la vez en un fenómeno general mediante el cual el aspecto de conjunto de la Europa medieval queda profundamente modificado. Subrayemos una de esas modificaciones: la dominación de las ciudades por parte de las élites con intereses urbanos y rurales, de las que uno de los componentes es una aristocracia de propietarios terratenientes con vocación guerrera, constituye una de las características más importantes de la ciudad antigua. La comparación no constituye una prueba, y si esa comparación ha de tener algún valor será con la condición de no forzarla demasiado. Pero el hecho es que durante los siglos que estudiamos aquí la ciudad se convierte de nuevo en un poder, en un lugar central, y por lo tanto en el centro (y a veces, sobre todo con las ciudades del reino de Italia, en un centro político) de un territorio, un lugar privilegiado de la vida social donde se codean las élites de todo género, incluidos los propietarios terratenientes. La gran novedad del desarrollo urbano no es pues sólo el hecho (destacado sin cesar por los historiadores del siglo XIX y de los tres primeros cuartos del XX) de la aparición, con los burgueses, de una forma de élite social de aspecto específicamente urbano. Es también la confirmación de la ciudad como el organismo donde convergen, se forman y se transforman todas las élites. Esa constatación viene a ser precisamente la más sólida justificación de esa confirmación, mencionada ya en la introducción de este libro y según la cual la civilización medieval se convirtió en una civilización urbana.

En ese marco común a toda la Europa poscarolingia, los medios formados por quienes son más ciudadanos que los otros, o lo son con mayor frecuencia, adquieren una importancia cada vez mayor. Entonces se consolida poco a poco el tiempo de las creaciones urbanas.

Capítulo 7

Movilidad de las personas y vida urbana

Desde el siglo X nuevas formas de vida afectan cada vez más a la existencia de los ciudadanos y crean en ella marcos esenciales. Esas nuevas formas, derivadas de la marcha que adopta en adelante la vida urbana, en las condiciones del desarrollo de las ciudades propias de los tiempos medievales, tienen un punto en común: la movilidad cada vez mayor de la población.

El éxodo de los campesinos a la ciudad es el fenómeno numéricamente más considerable a la vez que el más generalizado. Pero también los ciudadanos se desplazan de ciudad en ciudad y adoptan a veces formas de vida que les permiten asociar las ventajas de la vida rural a las de la vida ciudadana.

INMIGRACIÓN DE ORIGEN RURAL Y VIDA URBANA

El crecimiento de las ciudades medievales se debe a la inmigración. Hay tres características de la vida urbana que reclaman nuestra atención. Los inmigrados descubren en la ciudad la dificultad de instalarse en ella; tienen que pasar por la experiencia de una forma especial de vivir la distancia social; en fin, se hallan ante fronteras sociales muy distintas a las que están acostumbrados.

Exceso de mortalidad urbana e inmigración

El crecimiento numérico de las poblaciones urbanas de la Europa latina se entiende en el marco de un desarrollo demográfico global, de una expansión agraria y de un desarrollo de los intercambios comerciales. En efecto, la demografía de las poblaciones urbanas se caracteriza por lo que los demógrafos denominan una «supermortalidad»: la tasa de mortalidad es más elevada en la ciudad que en el campo. En ella se muere más joven y son bastante menos los niños que alcanzan la edad adulta. Una amplia información y concienzudos cálculos permiten a Paul Bairoch avanzar «una mortalidad urbana superior en un 20 a 60 % a la de la región rural de la que la misma ciudad forma parte» en la Europa preindustrial. Las cifras siguen siendo inciertas, pero la realidad del hecho no admite discusión.¹

Pero el aumento de población urbana durante los siglos que estudiemos es más rápido que el de la población rural. Eso conlleva, en las regiones que más se urbanizan (reino de Italia, noroeste de Europa entre el Somme y el Rin), una modificación espectacular de la distribución de la población entre ciudad y campo. Así se ha podido calcular que en la región de Saint-Omer la proporción de población urbana pasa del 6 % hacia el año 900 al 60 % hacia 1300;² en el condado de Flandes en el siglo XV alcanza el 36 % de la población total;³ en el condado de Holanda también en el siglo XV alcanza el 45 %,⁴ y en torno a Florencia se calcula entre el 40 y el 50 %. La explicación de esta evolución no se halla en el crecimiento natural sino en la inmigración, que es una característica permanente de las ciudades medievales.⁵ Este rasgo lo tienen en común con todo el conjunto de ciudades de la época preindustrial y con las ciudades de ciertos países de la época industrial, cuya población aumenta gracias a la inmigración, sobre todo en Estados Unidos.

1. Bairoch, P., *De Jéricho à Mexico. Villes et économie dans l'histoire*, Paris, 1985, caps. 12 y 14 y pág. 267 para la cita.

2. Deruelle, A. (comp.), *Histoire de Saint-Omer*, Lille, 1981, pág. 29.

3. Boone, M., «Elites urbaines, noblesse d'état: bourgeois et nobles dans la société des Pays-Bas bourguignons (principalement en Flandre et en Brabant)», en J. Paviot (comp.), *Liber amicorum Raphaël de Smedt*, Lovaina, 2001, págs. 61-85.

4. Prevenier, W., «La démographie des villes du comté de Flandre aux XIV^e et XV^e siècles», *Revue du Nord*, n.º 65, 1983, págs. 255-275.

5. Prevenier, W. y W. Blockmans, *Les Pays-Bas bourguignons*, Amberes, 1983, págs. 37-46.

No obstante, las ciudades medievales se distinguen por dos características de la inmigración que ha fomentado su crecimiento. En primer lugar, la inmigración de origen rural en ellas es, de un modo general, mucho mayor que la inmigración ciudadana. En otras palabras, las ciudades se pueblan de gente del campo mucho más que de ciudadanos llegados de otras partes. En segundo lugar, la magnitud de esta inmigración de origen rural es considerable. Ella sola basta para explicar la rapidez del aumento en cifras absolutas de las poblaciones ciudadanas entre los siglos X y XIII.

Instalarse en la ciudad

Los inmigrantes descubren en la ciudad las dificultades para instalarse en ella y, si poseen una cualificación que les permite trabajar por su cuenta, la dificultad de instalar donde quiera que sea su actividad. En efecto, quien se pone por su cuenta debe tener no sólo una vivienda sino también un lugar de trabajo donde instalar su taller, su puesto o su tienda. Se calcula que del 20 al 60 % de los habitantes de una ciudad medieval vienen de fuera de ella.⁶

Para poder recibirlas hay que edificar; las operaciones inmobiliarias de parcelación de terrenos para la edificación de casas o de inmuebles destinados a viviendas son por lo tanto corrientes. Las más numerosas son cosa de los particulares que adquieren un terreno y construyen o encargan la construcción de su vivienda. Éstas se ven alentadas con frecuencia por las autoridades municipales que vinculan la adquisición de la ciudadanía de su localidad a la edificación de una casa en un plazo determinado, con frecuencia breve. Las operaciones de quienes detentan el poder de modificar la organización del espacio urbano (diseñar el trazado de las vías públicas, demoler, construir) se conocen mejor porque sus autores, grandes propietarios y municipios, conservan sus archivos. A veces se contentan con otorgar los terrenos; así actúa en el siglo XII el abad de Saint-Germain-des-Prés, en París;⁷ o en el siglo XIII la casa de Perpiñán de la orden del Temple, fundada en 1206, cuyos archivos

6. Higoumet-Nadal, A., «Le relevement», en Dupliquier, J. (comp.), *Histoire de la population française*, t. 1, *Des origines à la Renaissance*, Paris, 1982, págs. 367-420.

7. Lehoux, F., *Le Bourg Saint-Germain-des-Prés depuis ses origines jusqu'à la fin de la guerre de Cent Ans*, Paris, 1951, págs. 8-10.

«contienen un número impresionante de arrendamientos [...] concorrentes a parcelas edificables. En efecto, entre 1240 y la década de 1280, el Temple concede más de 260 arrendamientos que permiten edificar el barrio de San Francisco al otro lado de la puerta [del recinto] llamada de Malloles»; las parcelas tienen una superficie de 25 m², los arrendamientos son perpetuos y los arrendadores tienen un plazo de dos años para edificar una vivienda (L. Verdon).⁸ A veces grandes propietarios o municipios llevan a cabo amplias parcelaciones. «Esas operaciones adquirieron en la Italia comunal un carácter sistemático y a la vez excepcional» (E. Crouzet-Pavan). Los promotores son al principio los organismos eclesiásticos, cabildos y monasterios, propietarios de una importante proporción del suelo en la ciudad (que actúan, por ejemplo, desde comienzos del siglo XI en Roma),⁹ y en una segunda etapa, de ordinario en el siglo XIII, los poderes públicos, en este caso también las autoridades municipales. Éstas compran los terrenos cuando no los tienen, venden lotes —por ejemplo 754 parcelas en Asís en 1316— y financian con el producto de la venta los servicios colectivos indispensables a la vida en común, como las vías públicas, pozos y lavaderos públicos. El paisaje urbano se halla entonces profunda y durablemente modificado a base de añadir barrios de una singularidad manifiesta desde el punto de vista topográfico y arquitectónico (una parcelación regular, el respeto de las dimensiones señaladas a los edificios, el empleo de ciertos materiales o la ausencia de otros que se prohibieron) no menos que social: hay barrios de inmigrantes.¹⁰ Tales operaciones responden a una demanda social;¹¹ éstas son rentables cuando la demanda de vivienda es superior a la oferta pero, por esa misma razón, no bastan para satisfacer la demanda.

Eso hace que se recurra a la división de casas en distintas viviendas, con lo que la cohabitación de varias familias en un mismo inmueble es uno de los modos de habitar más corrientes en las ciudades medievales.

8. Verdon, L., «La seigneurie templière à Perpignan au XIII^e siècle», en N. Coulet y O. Guyotjeannin (comp.), *La Ville au Moyen Âge*, París, 1998, págs. 529-536.

9. Hubert, E., «L'organizzazione territoriale e l'urbanizzazione», en A. Vauchez (comp.), *Roma medievale* (Storia di Roma dall'Antichità a oggi, t. 2), 2001, págs. 159-186.

10. Crouzet-Pavan, E., *Enfers et paradis. L'Italie de Dante et de Giotto*, París, 2001, págs. 262-267.

11. Crouzet-Pavan, E., «Entre collaboration et affrontement: le public et le privé dans les grands travaux urbains (l'Italie de la fin du Moyen Âge)», XXII Semana de estudios medievales, Estella 1995. *Tecnología y Sociedad. Las grandes obras públicas en la Europa medieval*, Pamplona, 1996, págs. 363-380.

La carta de exención otorgada en 1250 por el abad de Saint-Germain-des-Prés, al lado de París, a los habitantes del burgo del mismo nombre prevé el caso de la división de una casa en diversas viviendas.¹² En Dijon al final de la Edad Media se puede dividir una casa en dos partes, la trasera y la delantera, que estarán separadas por un tabique dotado de una puerta, dar en alquiler una planta baja y reservarse la planta elevada y ser arrendatario de una *habitación en casa de otro*.¹³ Los arrendamientos de habitaciones, de los que la documentación existente rara vez hace mención, debían ser bastante frecuentes y concertados de forma verbal. En Saint-Germain-des-Prés una vez más, en 1408, un carnicero posee «dos casas [...] en las que tenía varios pisos alquilados».¹⁴ La dimensión, la disposición, la construcción en altura o en planta baja, con vista de la calle o trasera de las habitaciones están en función de los medios de los habitantes.

También son los medios los que le permiten a uno ser propietario o le obligan a alquilar una vivienda. El abanico de precios desde los más bajos hasta los más altos es muy amplio. En Dijon en el siglo XIV va de 20 a 1.000 libras torneras. Un artesano con un mínimo de holgura económica puede convertirse en propietario, pero ésa es una perspectiva que (salvo en el caso de heredar) queda lejos del alcance de la gran mayoría de la gente sencilla, jornaleros y peones, artesanos asalariados, domésticos: es decir, en general más de la mitad de la población ciudadana. Así pues, para esta población el mercado del alquiler tiene una importancia considerable: no pocos disturbios urbanos se explican por un cambio monetario que, al fortalecer el valor de la moneda, provoca el aumento de los alquileres. Así es como en el siglo XV, el autor anónimo del *Journal d'un bourgeois de Paris*¹⁵ —sin duda un canónigo de la catedral— relata los efectos en el año 1421 de un fortalecimiento del valor de la moneda. Entra en vigor el 17 de abril; desde entonces las piezas reglamentarias (las monedas) valen cuatro veces menos en moneda imaginaria (la libra) que antes. Se necesitaban 15 *gras* para hacer una libra, ahora se necesitan 60. Eso equivale a decir que en las transacciones, al estar calculadas en moneda imaginaria, el importe de los arrendamien-

12. Lehoux, F., *op. cit.*, págs. 35-36.

13. Dutour, T., *Une société de l'honneur. Les notables et leur monde à Dijon à la fin du Moyen Âge*, París, 1998.

14. Lehoux, F., *op. cit.*, págs. 127.

15. *Journal d'un bourgeois de Paris*, París, A. Tuetey, 1881, págs. 153-159.

tos se multiplica por cuatro: «Lo que perjudicó mucho a la gente pobre y sólo benefició a quienes tenían rentas e ingresos». El descontento popular es inmediato («en ese tiempo había una gran reprobación por el asunto [...] de la moneda»). En julio termina en revuelta popular («se reunió la comuna y tuvieron asamblea en la casa de concejo; cuando los gobernadores los vieron tuvieron miedo»). Dos medidas tomadas por el gobierno real logran apaciguar el descontento y demuestran la inquietud provocada en los propietarios. Por una parte, el primer vencimiento de los arrendatarios, el primero de octubre, se pagará como antes; por otra, para los vencimientos siguientes, los arrendatarios pueden dejar a su arrendador si no logran ponerse de acuerdo con él sobre los pagos («y se dijo mediante pregón que la última semana de agosto todo aquel que tuviera casa alquilada [...] fuera a hablar con su propietario [...] para saber en qué moneda pagarían después de la fiesta de san Remigio y, una vez escuchada su respuesta, podrían legalmente renunciar a su alquiler»). En esas condiciones es comprensible que la propiedad de la vivienda estableciera entre los ciudadanos una distinción social, cuya importancia queda reflejada, en muchas ciudades de Alemania y de Italia, en disposiciones reglamentarias que conceden a los propietarios el pleno ejercicio de los derechos políticos. Pero hay otras fronteras sociales además de las que separan a propietarios de no propietarios. El tipo de arrendamiento en virtud del cual se disfruta de un bien del cual no se es propietario también cuenta. El arrendamiento vitalicio ofrece al arrendatario una seguridad enviable. El arrendamiento temporal ofrece menos. El subarriendo va acompañado de una cierta precariedad. Aunque sabemos poco de él, parece haber sido un hecho muy corriente. Así en Perpiñán en el siglo XIII los documentos relativos a los derechos señoriales que posee en la ciudad la casa de la orden de los templarios citada anteriormente ponen de manifiesto que el Temple alquila talleres y tiendas. «El Temple saca provecho de las actividades en pleno auge en el siglo XIII: los paños (talleres de tejidos, batanes) y el comercio de la carne (puestos de carníceros).» Los arrendamientos son vitalicios, pero hay subarriendos «de los que el Temple saca partido al recibir una parte del canon percibido por el subarrendador». ¹⁶ En Dijon en 1371 un carpintero alquila por cinco años una casa «incluidos los arriendos»; el importe del alquiler se calcula teniendo en cuenta los beneficios que le reporta al arrendador el subarriendo.

16. Verdou, L., op. cit.

Distancia social y proximidad física

La ciudad es también la sede de una forma de vida que asocia la distancia social y la proximidad física. Con esto los ciudadanos recientes descubren dimensiones de la existencia social que no tienen la misma importancia en el campo.

En la ciudad se vive al lado de los vecinos y se participa en actividades que favorecen los contactos a diferentes niveles que van más allá de la vecindad propiamente dicha, el barrio, la parroquia o la ciudad. Las fuentes judiciales corroboran la importancia de las relaciones de vecindad: los vecinos se frecuentan, se codean, se conocen, se observan y se vive bajo su mirada. En Dijon a finales de la Edad Media «las denuncias de su entorno permiten a las autoridades comunales» conocer a las patronas de las casas de trato a las que se reprocha el ser mujeres «camorristas y de mala vida, de tal forma que vecinos y vecinas no pueden tener paz con ellas». ¹⁷ En 1465 a un cuchillero que ha trabajado después del toque de campana (que marca el fin de la jornada laboral y que al fijar los ritmos de la jornada ciudadana desempeña por doquier un papel considerable) ¹⁸ para terminar un trabajo comenzado, le cogen aparte sus vecinos y le hieren. ¹⁹ Los vecinos también se ayudan unos a otros; se visitan, se va a una velada a casa de un vecino. «En la buena conducta general de un hombre entran las relaciones apacibles y amistosas con el entorno» (C. Gauvard), ²⁰ que son un elemento constitutivo de su reputación. La opinión de los vecinos es determinante para ello y los tribunales recurren a ellos para atestiguarlo, lo mismo que se basan en el rumor público, divulgado por los vecinos, para iniciar un proceso de investigación. Por supuesto que las relaciones entre vecinos se explican también por la sencilla razón del interés práctico. Las casas se tocan con frecuencia. Por lo tanto los vecinos tienen que arreglar los problemas de propiedad medianera; se intercambian derechos de paso, se ponen de acuerdo para la construcción de una pared medianera, o incluso intercambian casas para suprimir una medianería. Pero la elección de vecin-

17. Gonthier, N., «La population dijonnaise inscrite au papier rouge 1383-1473», *Annales de Bourgogne*, 1989, págs. 101-114.

18. Frugoni, A. y C., *Storia di un giorno in una città medievale*, Roma y Bars, 1997, págs. 62-67.

19. Dutour, T., *Une société de l'honneur*, op. cit.

20. Gauvard, C., *De gracie especial. Crimen, Etat et société en France à la fin du Moyen Age*, 2 vols., Paris, 1991, págs. 669-674.

dad puede ser también —y ése es con frecuencia el caso en el reino de Italia— la traducción en el espacio del papel político de grupos sociales organizados en torno a poderosos linajes. La vecindad en ese caso es una consecuencia de lazos sociales o de solidaridades de las que ella es una manifestación entre otras muchas.

Ese lazo o esa solidaridad puede ser, evidentemente, el nivel o el medio social de los interesados. Hay barrios ricos y barrios pobres donde se amontonan los tugurios, como en Rennes en el siglo XV,²¹ barrios predominantemente comerciales, barrios de artesanos, barrios de viticultores en ciudades como Dijon, y otros, como en París desde el siglo XIII, caracterizados por la gran presencia de maestros y de estudiantes que constituyen la universidad. No obstante, en líneas generales, la distribución espacial de la riqueza no conduce a una segregación geográfica rígida, y si la concentración de las actividades individualiza claramente ciertos barrios, también es frecuente que no se trate de nada sistemático. Así pues, hay coexistencia de individuos de condiciones sociales diferentes incluso si cada parroquia, barrio o calle posee su fisionomía particular y la vecindad sigue siendo muy heterogénea.²² Las diferencias de fortuna se manifiestan más bien por la dimensión de las parcelas que ocupan las casas y sus dependencias, por la ubicación de la vivienda hacia la calle o hacia el patio interior, en una manzana de casas,²³ y, por supuesto, por su tamaño: la vivienda de un individuo de fortuna modesta tendrá una superficie de 25 m² cuando un gran notable tiene 250²⁴ (sin contar otras dependencias como la bodega, el lagar, el horno, la granja, las caballerizas, los almacenes, el gallinero, el jardín interior) y, como Me Girard le Lorrain, canónigo de Dijon en 1357, se gasta sumas considerables para remozar quince ventanas, tres chimeneas, un agujón y una galería.²⁵ En Francfort, con motivo de la dieta de 1397, «las grandes familias [...] recibieron en el centro de la ciudad 549 caballos y 262 seño-

res distribuidos en 41 casas» (P. Monnet).²⁶ Si se cuenta bien, eso hace como media 6 señores (acompañados de un séquito, por supuesto) y 13 caballos por casa. En 1484, «los grandes nombres del consejo y las grandes fortunas de la ciudad pueden acoger juntos 3.141 caballos distribuidos en 262 casas», es decir, 12 caballos por casa. Ricos y pobres, poderosos y humildes se codean a diario en las ciudades medievales. En esto se diferencian enormemente estas ciudades de las de los tiempos industriales, lo cual es debido en parte a la superficie incomparablemente más reducida que ocupan. El hacinamiento de las personas sobrecoje a quienes comparan aquellas ciudades con las actuales, y explica en parte por qué se vive tanto en la calle²⁷ y por qué la violencia tiene con frecuencia, quizás con la mayor frecuencia, como escenario la calle. Así, en Oxford en el siglo XIV, la mitad de los ataques documentados tienen lugar en la calle.²⁸

En esas condiciones, el establecimiento de reglas para la vida en común es una necesidad. Su formación es una de las señales de que las colectividades urbanas velaban por sus intereses y también de la existencia de un poder urbano encargado de preocuparse por el bien común, capaz de trabajar en la definición de un interés público y dotado de una capacidad política que le permite imponer el respeto a las iniciativas privadas. Así pues, uno no se sorprende al constatar que las reglamentaciones de policía urbana aparezcan primero en el reino de Italia, a caballo entre los siglos XII y XIII, y en los siglos XIV y XV²⁹ en otros lugares. De una forma general, organizan la aplicación de principios simples (cada uno está obligado a contribuir al mantenimiento de las partes de uso común que utiliza, por ejemplo las calles o los pozos; nadie debe causar perjuicio a otro, por ejemplo provocando un incendio). Esas reglamentaciones manifiestan también la existencia de algunas grandes preocupaciones: el peligro de incendio, la limpieza de las calles y la recogida de inundaciones, la limpieza de los ríos y de las aguas de los pozos, la construcción de ciertos equipamientos colectivos (puentes, pozos, molí-

21. Leguy, J. P., «Le paysage urbain de Rennes au milieu du XV^e siècle d'après un livre-rentier». *Mémoires de la Société d'histoire et d'archéologie de Bretagne*, vol. 54, 1977, págs. 69-116, y vol. 55, 1978, págs. 185-221.

22. Heers, J., *La Ville au Moyen Âge en Occident. Paysages, pouvoirs et conflits*, Paris, 1990, págs. 262-273.

23. Saint Jean-Vitus, B., «Caractères et transformations du parcellaire dijonnais aux XII^e et XIII^e siècles: contribution à l'étude de l'habitat et de la ville», *Annales de Bourgogne*, 1990, págs. 97-116.

24. Claval, P., *La Logique des villes. Essai d'urbanologie*, Paris, 1981, págs. 248-251.

25. Duhot, T., *Une société de l'honneur*, op. cit.

26. Monnet, P., *Les Rohrbach de Francfort. Pouvoirs, affaires et paroissiales à l'âme de la Renaissance allemande*, Ginebra, 1997, págs. 99 y 207.

27. Leguy, J. P., *La Rue au Moyen Âge*, Reones, 1984.

28. Gonthier, N., *Cris de barre et rues d'usine. La violence dans les villes, XIII^e-XV^e siècles*, Brepols, 1992, pág. 92.

29. *Die Straße. Zur Funktion und Perzeption öffentlichen Raumes im späten Mittelalter*. Internationales Round Table Gespräch, Krems an der Donau, 2 und 3 octubre 2004, Viena, 2001.

nos) y la defensa del espacio público. Esta última va unida a veces a la preoccupation por la dignidad de la ciudad. En Parma, por ejemplo, los estatutos comunales de 1316 establecen que ciertos comportamientos quedan prohibidos bajo pena de sanción en la plaza de la comuna, porque ésta es un espacio cívico: «Nadie deberá comer higos, uvas o cualquier otra fruta en la plaza de la comuna de Parma a menos de una vara de los canastos donde se venden, y los vendedores estarán obligados a impedir que se coma encima de las cestas o canastos, o en un radio de dos varas en torno a los despachos de los notarios; y el infractor pagará de multa diez sueldos en moneda de Parma [...]. Ninguna mujer podrá hilar a la rueca ni tener una rueca o una carretilla ni dar de mamar a un niño ni tenerlo dentro o fuera de su cuna en la plaza de la comuna; y cualquier infractora pagará de multa cada vez veinte sueldos en moneda de Parma [...]. Todo cerdo o cerda que ande libre y se halle reposando o deambulando en o por la plaza de la comuna de Parma y en los límites de la plaza y en o bajo los palacios de la comuna será retirado y puesto fuera de la ley, de tal suerte que se le podrá capturar, matar, cazar y llevárselo sin consecuencias penales».³⁰ Como ha observado Simone Roux, «las sociedades urbanas han tenido que aprender a disciplinarse, o a civilizarse, como dirán muy pronto los ciudadanos, que muestran un sentimiento de superioridad frente a los patanes, incapaces según ellos de someterse a esa disciplina».³¹

Así es como los rurales urbanizados se rozan con los modos de vida urbanos, aunque sólo sea paseándose por las calles o yendo a la taberna —es muy fácil hallarla: a finales de la Edad Media hay 200 en París, 100 en Douai, 66 en Aviñón, 60 en Ruán y 54 en Bruselas—.³² En la ciudad va evolucionando, en el ánimo de los maestros de escuela urbanos, el concepto mismo de naturaleza, menos sacrificado.³³ Los rurales en la ciudad adquieren, por ejemplo, una actitud diferente frente al animal.³⁴

30. *Statuta communis Parma ab anno MCCCXVI ad MCCCXXV*, Parma, 1859, texto citado y traducido por O. Guyotjeannin, *Archives de l'Occident*, t. I, *Le Moyen Âge V-XVe siècles*, París, 1992, págs. 576-581.

31. Roux, S., *Le Monde des villes au Moyen Âge V-XVe siècles*, París, 1994, pág. 48.

32. Gonthier, N., *Cris de baine et rites d'unité. La violence dans les villes, XIII^e-XVI^e siecles*, Brepols, 1992, pág. 98.

33. White, H., *Nature, Sex, and Goodness in a Medieval Literary Tradition*, Nueva York, 2000, sobre todo cap. 4, consagrado a *El libro de la rosa* de Jean de Meung.

34. Fumagalli, V., *La Pietra viva. Città e natura nel Medioevo*, Bolonia, 1998, págs. 101-119 (cap. 11: «Città campagne e animalia») (trad. cast.: *Las piedras vivas: ciudad y naturaleza en la Edad Media*, Guipúzcoa, Nerea, 1996).

Esta actitud se entrevé ya en los párrafos de los estatutos de Parma acabados de citar. Los rurales convertidos en ciudadanos se familiarizan también con esta visión de un campo civilizado en la medida en que la ciudad ejerce en él su influencia, que se extiende a finales de la Edad Media y de la que dan testimonio ciertas obras pictóricas, por ejemplo los frescos pintados por Ambrogio Lorenzetti para el *palazzo pubblico* de Siena³⁵ o en Inglaterra el salterio de Luttrell,³⁶ ambos realizados en la primera mitad del siglo XIV.

Fronteras sociales entre antiguos y nuevos habitantes

Hace falta tiempo para asimilar nuevos modos de vida y el tiempo es precisamente un factor importantísimo de la distinción social en las ciudades medievales pobladas de inmigrantes. La ciudad es el lugar de una organización de las relaciones sociales que establece una distinción entre los hombres y las familias en función de la antigüedad relativa de su instalación en ella; ya lo hemos señalado a propósito de las élites urbanas en el capítulo anterior.

Se distinguen en primer lugar nativos e inmigrados. Los notarios de Dijon, a finales de la Edad Media, precisan siempre en sus actas si los individuos citados en ellas son «de Dijon» o «viven en Dijon», cuando la distinción en esta ciudad no tiene ni contenido ni valor jurídico, como ocurre de ordinario en Francia. En cambio en el Imperio, en Alemania y en Italia, sí que lo tiene con mucha frecuencia. En Colonia, desde el 1396, sólo los nativos de la ciudad pueden ser carniceros o sombrereros; en el siglo XVI sólo los nativos pueden vender su vino al por menor. El inmigrado tiene que dar pruebas de una integración capaz de disipar cualquier prevencción respecto de él, como acredita por ejemplo en el siglo XV el estatuto de los zapateros de Aix-en-Provence: si queda claro que un maestro o un compañero de este oficio, recientemente llegado a la ciudad, tiene fama de engañar con la mercancía, será expulsado del oficio.³⁷ En

35. Cherubini, G., «La campagna nel Boun Governo di Ambrogio Lorenzetti: il paesaggio agrario medievale della Toscana», *Città e ragione*, n° 1, 1976, págs. 37-42.

36. Camille, M., *Mirror in Parchment: The Luttrell Psalter and the Making of Medieval England*, Chicago, 1998.

37. Coulet, N., «Les confréries de métiers à Aix au Bas Moyen Âge», en P. Lambrechts y J. P. Sosson (comps.), *Les Métiers au Moyen Âge. Aspects économiques et sociaux. Actes du colloque international de Louvain-la-Neuve 7-9 octobre 1993*, Lovaina la Nueva, 1994, págs. 55-73.

Florencia, los estatutos de 1325 y de 1335 impiden el acceso a los oficios públicos a los que no han nacido en la ciudad o en su *contado*. Más tarde se añade una cláusula más restrictiva: la familia tiene que tener establecida su residencia en Florencia desde hace tres generaciones.³⁸ Esas reglamentaciones otorgan privilegios; establecen sobre todo distinciones que, de una forma o de otra, existen en todas partes.

Si en las ciudades medievales lo esencial de la población es móvil, la preeminencia social recae en aquellos que no lo son, incluso hecha abstracción de cualquier privilegio determinado por el derecho. Ése es el caso por ejemplo en Gante,³⁹ o una vez más en Dijon en los siglos XIV y XV, cuya élite social es conocida, tomando como base el estudio de 502 de sus miembros. La cosa es que el alcalde reside en Dijon desde hace seis meses, cuando accede al mayor cargo municipal, y las familias representadas en la élite desde comienzos de siglo no son más que el 10 % de las familias que componen la élite. No obstante, éstas proporcionan casi la cuarta parte de sus miembros. Se trata de grandes familias, mayores que las demás. Sus miembros participan con más frecuencia que los demás en el ejercicio del poder municipal y de una forma más continua (por ejemplo, Jean le Vertueux, lugarteniente del alcalde en 1395, es el descendiente de Renaud le Vertueux, alcalde 174 años antes, en 1221), son más a menudo nobles, son designados con mayor frecuencia mediante epítetos de honor y, en resumidas cuentas, son más notables que los otros. Normalmente esas familias son también más ricas: en Dijon lo mismo que en otras partes, «la antigüedad de la buena posición ha sido un factor de conservación de esa buena posición» (H. Dubois).⁴⁰

Y quienes llegan de su aldea y carecen de apoyos familiares, ¿tienen que hacer el camino solos? Si quieren alcanzar la cúspide de la escala social tienen no solo que triunfar, sino a la vez registrar su éxito en una

³⁸ Berengo, M., *L'Europa delle città. Il volto della società urbana europea tra Medioevo ed Età moderna*, Turín, 1999, págs. 194-195.

³⁹ Bousquet, M., «La terre, les hommes et les villes: Quelques considérations autour du thème de l'urbanisation des propriétaires terriens», *La Ville et la transmission des valeurs culturelles au Bas Moyen Âge et aux Temps modernes - Die Stadt und die Übertragung von kulturellen Werten, ein Spätmittelalter und die Neuzeit - Cities and the Transmission of Cultural Values in the Late Middle Ages and Early Modern Period, Actes - Abhandlungen - Records*, Bruselas, 1996, págs. 153-173.

⁴⁰ Dubois, H., «L'histoire démographique de Chalon sur Saône à la fin du XIV^e siècle et au début du XV^e siècle d'après les chercheurs de feux», *La Démographie médiévale, sources et méthodes, actes du congrès de l'Association des historiens médiévistes de l'enseignement supérieur public* (Nice, 13-16 mai 1970), Niza, 1972, págs. 89-102, la cita en pág. 101.

larga permanencia y vivir mucho tiempo. La vida profesional de Perrenot Berbissey, de Brétigny, ciudadano inmigrado del campo, duró 67 años. Con tienda de ultramarinos en Dijon de 1371 a 1437, comerciante de sal y proveedor de los depósitos de sal del ducado de Borgoña con sal del Franco Condado, cambista, convertido en uno de los mayores comerciantes de Borgoña de finales de la Edad Media, no tuvo el honor de ser regidor de la ciudad más que al cabo de 31 años de haber aparecido en la documentación (en 1401), 23 años después de recibir su hijo Étienne el título de noble y sólo 10 años antes que él. En cuanto a Jean Moisson, de Précy-le-Sec, de padres desconocidos, pasante de notario en 1383, después recaudador de la bailía de Dijon a partir de 1400 y durante 28 años, y que finalmente accede a la categoría de rico, no entra en el consejo ducal de Borgoña hasta 1428, es decir, al menos 45 años después del inicio de su carrera; sólo entonces recibe el título de noble.⁴¹

EL DESARROLLO DE LA MOVILIDAD DE LOS CIUDADANOS

Con el incremento de los intercambios comerciales, de las facilidades en los transportes, del afianzamiento de las ciudades y de su peso en los intercambios comerciales, llega el incremento de la movilidad de los ciudadanos tras el incremento de la misma por parte de los rurales. El desarrollo incesante de los desplazamientos autorizados, facilitados y con frecuencia requeridos por el desarrollo de la economía de intercambios comerciales es cada vez más un desplazamiento de ciudadanos; es una realidad que acompaña a la difusión de nuevas formas de habitar.

Inmigración de origen lejano, comunidades y solidaridades

Según esto, las ciudades también acogen a inmigrantes de origen más lejano que el campo de su entorno inmediato. Por eso muchas ciudades parecen estar formadas por un mosaico de comunidades.

En las grandes ciudades existen comunidades de inmigrantes llegados de lejos. Se pueden citar ciudadanos de origen bretón que se hallan en París en el siglo XIII, o los inmigrantes procedentes de Alemania occidental (al oeste del Elba) que poblaron las ciudades de Alemania oriental.

⁴¹ Dutour, T., *Une société de l'honneur*, op. cit.

tal y las costas bálticas entre los siglos XI y XIII. Sin embargo esos inmigrantes son de ordinario (excepto en casos específicos como los que acabamos de citar) hombres con una cualificación apreciada. La inmigración de origen lejano parece ser, salvo casos particulares (el de la colonización alemana en el este, el de las ciudades nuevas, como La Rochelle, el de las grandes ciudades, como Milán, Venecia, París), muy minoritaria; de todos modos, esa inmigración da origen a comunidades que, a la larga, se integran en el medio que las acoge.⁴² Por ejemplo, hay italianos que tienen descendencia en Francia. Es bien conocido el caso de Dijon. Los italianos van en busca de lana. La compran en Borgoña a partir de finales del siglo XIII, buscan a grandes productores, organizan un circuito comercial de recogida de lana, pero también suscriben contratos cuyo objetivo es la cría de ovejas. Los representantes de ciertas familias se instalan en el lugar. Tal es el caso de Vassallino Pessina, considerado burgués de Dijon en 1317 en un contrato notarial. Un siglo más tarde su biznieto Vascelin es alcalde de Dijon (en 1413-1414).⁴³ Las estrechas relaciones mantenidas por el medio local con su territorio, lo mismo en Salerno en el siglo X que en Dijon en los siglos XIV y XV y en otros lugares, es esencial y forma un contexto en el que ciertas características generales de la vida urbana adquieren formas específicas de ese contexto.

No carece de sentido afirmar que la ciudad, vista de forma general, es el ámbito del anonimato, del aprendizaje de la vida en compañía de gente diferente y también el ámbito de las relaciones instrumentales. Estas se entablan entre individuos que no perciben del otro más que su utilidad funcional en el contexto de una actividad determinada⁴⁴ y se las llama fraccionarias para subrayar el hecho de que ponen en juego partes restringidas (fracciones) de la existencia de los protagonistas. La ciudad es el lugar donde las relaciones sociales no son las mismas que en el campo y, por lo tanto, el motor de una apertura multiforme hacia el mundo

42. Bajo este punto de vista la colonización alemana sigue siendo una excepción: a lo largo de las costas bálticas, las ciudades alemanas coexisten con un país interior eslavo. A escala de la historia europea este fenómeno, hoy en día desaparecido, no fue muy largo.

43. Dubois, H., «Milan et la Bourgogne, un couple commercial à la fin du Moyen Âge». *Publication du Centre européen d'études bourguignonnes (XIV-XVI^e siècles)*, n° 28, 1968, págs. 383-394.

44. Wirth, L., «Urbanism as a way of life». *American Journal of Sociology*, 1938; trad. Armando, 1998.

exterior, de la que es testigo, por ejemplo, la evolución de la noción de extranjero: se llega a distinguir entre el extranjero cercano y el extranjero lejano.⁴⁵ Los extranjeros cercanos tienen la misma lengua, la misma cultura, las mismas costumbres que los habitantes del lugar donde se instalan. Con el desarrollo de la urbanización hay cada vez más extranjeros lejanos, que son comerciantes cada vez con más frecuencia. El lenguaje del tiempo da fe de ello; una carta del rey de Francia Felipe II Augusto para París, en 1222, habla de «forasteros de fuera» y les opone a los «forasteros parisienes», es decir, a los que vienen de las regiones situadas en el ámbito de las costumbres de París. Forastero es también el negociante genovés en Bruselas, el comerciante veneciano en Pavía, el negociante portugués que ha alquilado un almacén y una casa en Ruán o en Burdeos. Lo es igualmente el comerciante alemán en Londres, desde comienzos del siglo XI, o en Venecia. Lo son finalmente todos aquellos que no son comerciantes, pero a los que una economía comercial facilita el desplazamiento y hace que nazca la necesidad: los maestros de las universidades, los estudiantes, los administradores al servicio de los poderes (porque no se puede gobernar en solitario y quien establece su autoridad donde quiera que sea, el rey de Francia en Normandía en 1204, por ejemplo, se apoya en sus fieles, les confía puestos de responsabilidad, es decir, los implanta en el país), los técnicos competentes cuyos conocimientos son más apreciados en un lugar que en otro, juristas, comerciantes, financieros, médicos, marineros, artesanos del metal, mineros y hombres de guerra mercenarios cuyos desplazamientos desempeñan un papel capital en la difusión de ciertos conocimientos gracias al movimiento de quienes los poseen. Sin embargo, esta evolución es lenta y progresiva.

Incluso esta lentitud explica por qué sería erróneo presentar la ciudad medieval como una prefiguración o un preámbulo de las sociedades de masas caracterizadas por el anonimato. Sería más exacto representársela haciendo alusión a un mosaico de comunidades más o menos distintas,⁴⁶ formadas sobre todo a base de combinaciones de factores entre los que ocupan un lugar preeminente el origen próximo o alejano, o lejano y entonces con frecuencia ciudadano, los lazos familiares y la vecindad. Por ejemplo, los comerciantes ajenos a la ciudad en la que

45. Lequin (comp.), *Histoire des étrangers et de l'immigration en France*, París, 1968.

46. Tiersma, D. W. G., *The Urban Mosaic. Towards a Theory of Residential Differentiation*. Cambridge, 1971 (trad. cast.: *El mosaico urbano*, Madrid, Instituto Nacional de la Administración Pública, 1976).

desarrollan sus actividades se organizan; así es como los comerciantes alemanes en Londres forman en la segunda mitad del siglo XII una asociación.⁴⁷ En efecto, el inmigrado de origen lejano es alguien que ha perdido sus raíces en un mundo en el que el desarraigo es una de las peores formas de precariedad y de miseria. No puede vivir o en todo caso tener la esperanza de lograr un poco de estabilidad y prosperar, o simplemente desarrollar su actividad donde se ha instalado, sin acudir a ciertas fuentes de la solidaridad. Éstos hallan con frecuencia su razón de ser en la comunidad de origen geográfico. A los compatriotas les une la máxima solidaridad, ya que se comprenden por el hecho de hablar la misma lengua. Por eso en las grandes ciudades hay barrios donde se concentran inmigrados de origen lejano. Tal es el caso de París en la segunda mitad del siglo XIII con las parroquias de Saint-Merry y Saint-Jacques, donde se reagrupan los italianos en los alrededores de una calle que toma en el siglo XIII precisamente el nombre de «calle de los lombardos». Ése es también el caso en Inglaterra, con los inmigrantes normandos en Londres (en torno a la plaza de la Pequeña Francia) y en Southampton (donde hay un barrio normando y una *French Street*),⁴⁸ y con comerciantes alemanes en Londres.⁴⁹ La solidaridad entre compatriotas se prolonga de la forma más natural mediante la formación de cofradías. Éstas unen mediante un afecto común y constituyen a la vez un organismo de ayuda mutua. Los comerciantes de Luca, a comienzos del siglo XIV, tienen en París una cofradía, lo mismo que los florentinos la tienen en Roma.⁵⁰

Viajes, viajeros y economía de intercambios comerciales

El desplazamiento no es sólo la instalación en otra parte, sino también el viaje. Desde el siglo X al XV se advierte un aumento del número de los que viajan, la diversificación de los mismos y el desarrollo de nue-

47. Kim, K., *Aliens in Medieval Law: The Origins of Modern Citizenship*, Cambridge, 2000.

48. Mollat, *Le Commerce maritime normand à la fin du Moyen Âge. Étude d'histoire économique et sociale*, Paris, 1952, pág. 174.

49. Keene, D., «Du seuil de la cité à la formation d'une économie morale: l'environnement humainique à Londres entre XIII^e et XVII^e siècles», en J. Bottin y D. Calabi, *Les Étrangers dans la ville. Minorités et espace urbain du Bas Moyen Âge à l'époque moderne*, París, 1999, págs. 409-424.

50. Esposito, A., «La città e i suoi abitanti», en A. Pinelli (comp.), *Storia di Roma dall'antichità a oggi. I. 3. Roma del Rinascimento*, 2001, págs. 3-47.

vas formas de viajar. Se puede decir simplificando mucho que en líneas generales, y parafraseando el título de una obra reciente de H. Peyer, se pasa «de la hospitalidad al hostelage» (*Von der Gastfreundschaft zum Gasthaus*),⁵¹ es decir, de formas gratuitas (ofrecidas por establecimientos eclesiásticos a los peregrinos y a los viajeros,⁵² y por obligación a los poderosos) a formas retribuidas de hospedaje de viajeros. Pero éstas no suprimen las antiguas formas, sino que, al tener por objeto públicos diferentes, se añaden a aquéllas. El fenómeno adquiere un especial realce con los desplazamientos de los negociantes que van a las ferias y con la aparición por doquier de albergues y el papel que se reconoce a los hospederos.

Recordemos con Henri Dubois⁵³ que las ferias desempeñaron un papel considerable en el comercio europeo antes de la revolución industrial. Ese papel queda reflejado en el éxito de las célebres ferias de Champaña, ferias de paños de lana, que entre 1180 y 1220 fueron el lugar de encuentro de los vendedores flamencos y de los compradores italianos de paños de lana que los compraban en crudo y, tras darles los aprestos en los talleres italianos, los vendían en toda la cuenca mediterránea. El ocaso de las ferias de Champaña no hay que confundirlo con el ocaso de las ferias en general, ya que éstas continúan desempeñando un papel en la economía de los siglos XIV al XVII y, además van en aumento. La feria es un tipo de mercado público distinto de lo que se llama corrientemente mercado. Sus características quedan diseñadas en los siglos XII y XIII. El mercado se lleva a cabo una o dos veces por semana, la feria una o dos veces al año. «La inmovilización de grandes cantidades de mercancía y el desplazamiento de los vendedores a grandes distan-

51. Peyer, H. C., *Von der Gastfreundschaft zum Gasthaus. Studien zur Gastlichkeit im Mittelalter*, Hanover, 1987; trad. it.: *Viaggiare nel Medioevo. Dell'ospitalità alla locanda*, Roma y Bari, 1997.

52. Webb, D., *Medieval European Pilgrimage*, Basingstoke, 2002.

53. Dubois, H., *Les Foires de Chalon et le commerce dans la vallée de la Saône à la fin du Moyen Âge (vers 1280-vers 1430)*, Paris, 1976. Dubois, H., «Le commerce et les foires au temps de Philippe Auguste», *La France de Philippe Auguste. le temps des mutations*, actes du colloque international du CNRS, septembre-octobre 1986, Paris, 1982, págs. 693-709. Dubois, H., «Les échanges», en J. Favier (comp.), *La France médiévale*, París, 1983. Dubois, H., «Marchands dijonnais aux foires de Chalon-sur-Saône à la fin du Moyen Âge: essai de prosopographie», *Publication du Centre européen d'études bourguignonnes*, n.º 27, 1987, págs. 63-80. Dubois, H., «Crédit et banque en France aux deux derniers siècles du Moyen Âge. Banchi pubblici, banchi privati e monti di pieta nell'Europa premoderna. Atti del convegno Genova 1-3 ottobre 1990, Genova 1991, págs. 753-779.

sum se autorizan mejor si pueden visitar sucesivamente diversas ferias. Por eso la feria tiene una duración limitada (pero más larga que el mercado) y su periodicidad es bastante espaciada» (H. Dubois). Es una reunión de vendedores y de compradores más importante en número. Los comerciantes vienen en su mayoría de más lejos. La feria hace llegar sobre todo comerciantes extranjeros. Por ejemplo, en 1430, el *catalogue de la bourse de Chalon-sur-Saône* explica que no ha habido ferias por falta de comerciantes extranjeros: la feria se considera una reunión de individuos que vienen de lejos, incluso de muy lejos. Las necesidades que justifican la celebración de ferias (la confrontación de una feria y de una demanda lejana, la venta al por mayor, la seguridad de las transacciones) no las puede satisfacer el mercado. La feria es «el único lugar de comercio donde cabe una amplia confrontación, el único lugar donde el comprador puede elegir entre una amplia gama de variedades de una misma mercancía, el único lugar donde puede [...] hallar esta misma variedad en muchas clases de mercancías». Por eso, así como hay muchos mercados especializados, hay muy pocas ferias especializadas; las principales son las ferias de la lana en Inglaterra. No obstante, hay en general una mercancía dominante en las ferias medievales: son los paños de lana y, cada vez más a partir del siglo XIV, los tejidos de seda. Hay que distinguir claramente la ciudad de la feria. La feria desempeña un papel que el comercio ciudadano no es capaz de cumplir. Y no es necesariamente un organismo profundamente implantado en la vida local que domina los engranajes económicos y la organización social de la ciudad.³⁴ Sin embargo, su clientela es ciudadana y las ferias se instalan generalmente en la ciudad o al lado de ella, ya que, aunque en principio son organismos distintos de las ciudades, están ligadas a la existencia de una economía urbana.

El desplazamiento de individuos que asisten a las ferias es, por lo tanto, un desplazamiento de ciudadanos. La forma en que se anuncia la celebración de ferias en Chalon sur Saône es un buen ejemplo de ello.³⁵ Unos empleados del duque de Borgoña encargan un pregón público en todas las ciudades de donde acostumbran a venir comerciantes a Cha-

³⁴ Dubois, H., *Les Foires de Chalon et le commerce dans la vallée de la Saône à la fin du Moyen Âge (vers 1380-1450)*, op. cit., págs. 368-369.

³⁵ Duran, F., *La élaboration, la publication et la diffusion de l'information à la fin du Moyen Âge (époque ducale, France royale), Le Cri au Moyen Âge. Table ronde des 19-20 octobre 1985 au CNRS (Paris), Paris*, 2003.

lon y dejan en ellas salvoconductos para los comerciantes, por ejemplo veinte en Génova en 1432. Esos desplazamientos de ciudadanos se van haciendo, con el correr de los tiempos, cada vez más triviales. Entre las ciudades de feria se pueden citar, por ejemplo, a finales de la Edad Media y limitándose por mor de la brevedad al espacio francés y sus cercanías, Flandes, cuyas ferias forman un ciclo de reuniones diseminado a lo largo de una gran parte del año, Ypres (febrero-marzo), Brujas (abril-mayo, donde en los siglos XIII y XIV llegan por mar o por tierra las mercancías italianas e ibéricas, como las lanas españolas), Turnhout (junio-julio), Mesina (octubre-noviembre); Brabante, cuyas ferias se celebran en Amberes (Antwerpen) y en Bergen-op-Zoom, muy cerca de ella: iniciadas en el siglo XIV, su empuje y desarrollo en los siglos XV y XVI, cuando se encuentran allí negociantes ingleses y alemanes, hace la competencia a Brujas y después la elimina; Langüedoc, con las ferias de Pézenas y Montagnac, vinculadas sobre todo a la producción y la comercialización de los paños de lana de los que el Langüedoc es una gran región productora, para compradores sobre todo meridionales, de los que cabe citar a los comerciantes catalanes y aragoneses; Lendit, feria parisina que se celebra en la llanura entre Saint-Denis y París del 12 al 23 de junio, feria de paños, sobre todo los de Flandes, Brabante y Normandía; en fin, ferias que se pueden considerar como las herederas de las ferias de Champaña en el sentido de que reanudan su papel comercial de unión entre el norte y el sur de Europa. A este propósito citaremos las ferias de Chalon sur Saône, que se celebraron hasta los años 1420-1430, las de Génova, que fueron famosas a partir de comienzos del siglo XV (y donde se encontraban vendedores y compradores de paño, de tela, de seda, de azafrán y comerciantes de Inglaterra y de Flandes, de la Alta Alemania, de Italia y de la Península Ibérica) y en fin las ferias de Lyon que a partir de finales del siglo XV abren a los grandes negociantes italianos los mercados del reino de Francia para la venta de telas de seda y de especias en particular. Los desplazamientos, que no tienen más razón de ser que estas ferias, no son numéricamente masivos como lo es la inmigración de los rurales en la ciudad. Sin embargo, pueden no ser completamente despreciables: por ejemplo, en 1502 solo los florentinos tienen cuarenta y dos casas comerciales establecidas en Lyon, se calcula que cada feria de Francfort (hay dos por año) desplaza a cerca de mil comerciantes.³⁶

³⁶ Rothmann, M., *Die Frankfurter Messen im Mittelalter*, Stuttgart, 1998.

Ahora bien, las ciudades en las que se celebran ferias, o bien en sus cercanías, son ciudades cuyas tabernas, albergues y posadas ven llegar en determinadas épocas del año una clientela extranjera, ya que los que asisten a la feria se alojan en la ciudad. Así pues, la vida urbana se distingue por la animación de los intercambios comerciales, que le dan una tonalidad particular y que implican el desarrollo de un conjunto de infraestructuras de servicios: el hecho de que aparezcan a partir del siglo XI unas tasas que gravan las bebidas que se venden en las tabernas⁵⁷ no es pura coincidencia. En tiempo de feria hay un gran desplazamiento de caravanas y de comerciantes. En Champaña, en los siglos XII y XIII, el ciclo de las ferias se extiende a lo largo de todo el año, por lo que el movimiento es permanente. Éste supone itinerarios (por ejemplo, los comerciantes flamencos, al abandonar Flandes, pasan obligatoriamente por el peaje de Bapaume), lugares frecuentados por los extranjeros, actividades justificadas por la presencia de extranjeros de paso: albergues, cocheros, agentes. También supone instalaciones. Los comerciantes del norte tienen en las ciudades de feria y en París almacenes a veces alquilados. Así, en 1277 los comerciantes de Ypres alquilan por diez años al abad de Lagny las lonjas llamadas de Ypres, situadas en la misma Lagny. Mantienen relaciones privilegiadas con los propietarios de albergues que hablan su lengua —y que se distinguen con frecuencia por su enseña, el escudo de Flandes o el de Bretaña por ejemplo—. Los albergues pueden ser amplios complejos capaces de acoger a grupos de viajeros y sobre todo a caravanas de mercaderes, lo que explica en gran medida la existencia de grandes caballerizas. Eso implica también edificios para almacenar las mercancías. De ahí que el posadero, guía de su cliente (porque conoce la lengua del país, los lugares, las costumbres y la gente), también es a veces un intermediario comercial, un agente. Actúa como agente de la compra más que de la venta (porque se vende en una lonja). Su papel es tanto más importante cuanto que el recurso al agente es obligatorio para el comercio de paños del este y a veces para otros productos. Por eso en ciertas ciudades se exige a los posaderos una fianza. En Ypres y en Bruselas, a comienzos del siglo XIV, ésta asciende a 400 l., lo que ya es considerable. Los posaderos pueden ser ricos; en Dijon, en la segunda mitad del siglo XIV, hay tres posaderos entre los dijoneses ricos y como por casualidad a uno de ellos, el más rico, Étienne Froillon, se le llama en los textos «lombardo» y «burgués de Dijon». Se puede su-

⁵⁷ Peyer, H., *Viaggiare nel Medioevo*, op. cit., págs. 106 y sigs.

poner con toda razón que su clientela son los comerciantes milaneses de paso, compradores de lana.⁵⁸ En los hospederos, caracterizados en las ciudades por su vida de relaciones, recae la delegación por parte de las autoridades públicas de responsabilidades de policía. En Dijon, siempre en el siglo XV, la municipalidad exige a los hospederos que pidan a sus clientes que les entreguen sus armas hasta que abandonen la hospedería y además que le faciliten la identidad de sus huéspedes.

El gran desarrollo de la hospedería es tanto más admirable cuanto que la hospitalidad que se ofrece en las casas privadas no ha desaparecido e incluso también se ha desarrollado a medida que se iban intensificando las relaciones entre ciudad y campo y entre las diversas ciudades entre sí. El fenómeno es bien conocido en lo que respecta a las grandes ciudades de feria, como Francfort, citada anteriormente, que también es la sede de dietas imperiales y principescas,⁵⁹ fenómeno que se extiende por doquier. Así, por ejemplo, los ingleses que frecuentan Ruán a finales de la Edad Media son con frecuencia los huéspedes de comerciantes ruandeses más o menos especializados en el negocio con las Islas Británicas.⁶⁰ En resumidas cuentas, la característica principal de los albergues u hostales no es la de ofrecer casa y comida a extranjeros mediante pago, sino la de ofrecer ese servicio de forma permanente a quienquiera que sea, con tal que pague, tratando de ofrecer al cliente los servicios anejos que puedan interesarle —lo mismo que el prestamista profesional es el que presta dinero permanentemente a cualquiera que le ofrezca las suficientes garantías de reembolso, independientemente de cualquier otra consideración.

HACIA EL RURBANISMO: NUEVAS FORMAS DE HABITAR

La movilidad de las personas se distingue también por el desarrollo de una doble pertenencia: rural y urbana.⁶¹ Ya hemos estudiado algunos aspectos de esa realidad, sobre todo el hecho de que las ciudades tienden a convertirse, desde el siglo X, en lugares de encuentro de las élites,

⁵⁸ Dutour, T., *Une société de l'honneur*, op. cit.

⁵⁹ Peyer, H., *Viaggiare nel Medioevo*, op. cit., pag. 239. Monnet, P., op. cit., págs. 97-102.

⁶⁰ Mollat, *Le Commerce maritime normand à la fin du Moyen Age. Etude d'histoire économique et sociale*, Paris, 1952, pág. 8.

⁶¹ Raulin, A., *Anthropologie urbaine*, Paris, 2001, pág. 72.

y los lazos que los ex aldeanos urbanizados conservan con el campo. El interés por la doble pertenencia, es decir, rural y urbana, que Louis Wirth intentó llamar en la década de 1930 «urbanismo»,⁶² es relativamente reciente, sin duda porque la diferencia, la distinción (ser ciudadano es signo de distinción) y la separación entre ciudad y campo parecen dimensiones de la relación entre la ciudad y su entorno campesino más dignas de atención que cualquier otra: es una herencia de formas de pensar la ciudad originadas en los tiempos medievales.⁶³ La novedad de este «urbanismo» en los tiempos medievales procede de su difusión cada vez mayor, por la elección de los miembros de las élites sociales que tratan de sacar partido de las ventajas de la vida en la ciudad y de la vida en el campo, para lo cual disponen de una residencia en la ciudad y otra en el campo. Se distingue del de los tiempos industriales por el hecho de que la doble pertenencia, rural y urbana, al proceder de una elección, es sobre todo cosa de las élites sociales. Vamos a fijarnos en su caso.

Muchos ricos ciudadanos poseen tierras y dominios fuera de su ciudad, donde pueden disponer de una residencia, utilizada más o menos ocasionalmente, para su esparcimiento —eso es lo que significa la expresión «casa de recreo» que los lioneses, al final de la Edad Media, utilizan para designarla—⁶⁴ y para velar personalmente por sus intereses y sus derechos en el campo. Blanchard Le Sec, hombre de negocios que

⁶² Wirth, L., «Urbanism as a way of life», *American Journal of Sociology*, 1938; trad. it. *L'Urbanismo come modo di vita. In appendice. Memorandum sul Rurbanesimo*, Roma, Armando, 1928.

⁶³ Su permanentemente sólido queda de manifiesto, por ejemplo, cuando E. Braudel, sumándose en esto a una larga serie de «ministros de una sabiduría establecida» (Hannerz, U., *Exploring the City*, Columbia University Press, 1980; trad. fr.: *Explorer la ville. Éléments d'anthropologie urbaine*, París, 1983, pag. 90 [trad. cast.: *Exploración de la ciudad: hacia una antropología urbana*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993]), responde a la pregunta «¿Qué es una ciudad?» del siguiente modo: «Ante todo una ciudad es una dominación. Y lo que curiosa para definirla, para calibrarla, es su capacidad de mando, el espacio donde esa capacidad se ejerce». Esto es exactamente lo que E. Braudel pone de relieve posteriormente analizando diversos casos en un centenar de páginas (Braudel, E., 1986, *L'identité de la France. Espace et histoire*, París, 1980, pag. 179 [trad. cast.: *La identidad en Francia*, vol. I, *El espacio y la historia*, Barcelona, Gedisa, 1993]). De hecho, si los investigadores actuales observan las relaciones entre un espacio urbano y un espacio rural que se distinguen por una serie de gradaciones (Stewart, C. T., «The urban-rural dichotomy: concepts and uses», *American Journal of Sociology*, t. 64, 1958, pag. 152-158), el argumento del continuo rural urbano es todavía reciente, ya que ese incluyó en los manuales de ciencias sociales sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial y en Estados Unidos» (Hannerz, U., *op. cit.*, pag. 92).

⁶⁴ Bourassa, J., *Les rues et consolidations 1330-1330s*, en G. Duby (comp.), *Histoire de la France urbaine*, t. 2, *La Ville médiévale*, París, 1980, pag. 609.

tiene puestos de cambio en las ferias de Champaña, con domicilio en Reims en la plaza del Mercado, adquiere una casa en Grantchamp, a una docena de kilómetros al suroeste de la ciudad; manda construir una capilla privada y obtiene en 1217 del arzobispo de Reims la autorización de celebrar cuatro misas por semana por el cura del pueblo vecino.⁶⁵ Poinsard Bourgeoise, burgués de Dijon, bastante rico, es el alcalde de la ciudad en 1360 y señor de Chevigny-Saint-Sauveur; posee en este lugar una residencia en la que «tiene sus sesiones», es decir, él mismo preside su tribunal señorial.⁶⁶ El cronista de Florencia, Giovanni Villani, dice en 1338 que en torno a esta ciudad «no había ciudadano burgués o magnate que no hubiera edificado o estuviera edificando en el condado una grande y rica propiedad y una rica mansión [...]. Todos sucumbaron a este vicio».⁶⁷ En la castellanía de Lille, a finales del siglo XV, el 64,3 % de los titulares de feudos no pertenecen a la nobleza.⁶⁸ A finales de la Edad Media todo esto es trivial por lo que huelga poner más ejemplos.

Más bien subrayaremos que si los ciudadanos acomodados tienen residencias en el campo, los aristócratas rurales tienen residencias en la ciudad y que eso también llega a ser un hecho corriente. Muchos aristócratas del campo poseen en propiedad o alquilan una residencia en la ciudad en la que pasan una parte del año. La razón más evidente es que ciudad y poder van íntimamente unidos.⁶⁹ Las ciudades son comunidades autónomas, pero también la sede de los poderes territoriales; así se explican las constantes visitas de los nobles a ciertas ciudades donde están instaladas o bien la sede de la dominación que esos poderes ejercen (por ejemplo en París, Londres, Viena, Milán), o bien ciertas instituciones de su Estado (por ejemplo Francfort con las dietas imperiales). En Francia, la alta nobleza del reino, desde el siglo XIII como muy tarde, frecuenta París y tiene allí sus residencias; la alta nobleza de los principados hace lo mismo en las capitales de dichos principados. El duque de Borgoña posee un hotel en París y sus propios barones tienen uno en Dijon.

⁶⁵ Desportes, P., *Reims et les Rémois aux XIII^e et XIV^e siècles*, París, 1979, pag. 155.

⁶⁶ Dutour, T., *Une société de l'honneur*, op. cit.

⁶⁷ Villani, G., *Cronica*, XI, 114; texto citado y traducido al francés por De la Roncière, C. M., Contamine y R. Delort, *L'Europe au Moyen Âge. Documents expliqués*, vol. 3, *Fin XIII^e siècle-fin XV^e siècle*, París, 1971, pag. 140.

⁶⁸ Cools, H., «Le prince et la noblesse dans la châtellenie de Lille à la fin du XV^e siècle: un exemple de la plus grande emprise de l'Etat sur les élites locales», *Réisme du Nord*, n° 77, 1995, pag. 396-398.

⁶⁹ Morsel, J., *La Noblesse contre le prince. L'espace social des Thurgau à la fin du Moyen Âge (Franconie, vers 1230-1325)*, Stuttgart, 2000, pag. 365-383.

En cuanto a las demás ciudades, que podríamos llamar en la terminología actual ciudades de provincia, son los nobles de rango medio y simples gentilhombres quienes las visitan de ordinario. Se conoce por ejemplo el caso de los Paston, familia de la baja aristocracia inglesa del siglo XV, gracias a la conservación de una parte de su abundante correspondencia —cerca de mil cartas— intercambiada entre muchos de sus miembros. Con extensas propiedades rurales y dueños de un buen número de castillos habitables, pasan el año entre la ciudad y el campo, en Londres, en Winchester, en Cambridge o en Norwich, según los asuntos que tengan que tratar, los cargos que ejercer, sobre todo el de miembro del parlamento, los estudios que tengan que hacer los más jóvenes, o sencillamente según las ocasiones de la vida social.

He aquí lo que escribe Margaret Paston, que reside en Norwich a comienzos de la década de los años 1450, sobre todo en invierno, pero a veces casi todo el año, acerca de una comida en casa de un rico comerciante de esta ciudad, Robert Toppes, en una carta a su marido: «He comido con los Toppes en la fiesta de san Pedro. A lady Felbrigge y a otras nobles damas les hubiera gustado verte. Dijeron que esta comida hubiera sido mucho más agradable si hubieras estado entre nosotros».⁷⁰ Estas comidas muestran una forma de recibir que pone a las élites urbanas y a las rurales en un plano similar. Lo mismo sucede por ejemplo en Francfort, donde Bernhard Rohrbach, en la segunda mitad del siglo XV, ofrece recepciones en su jardín de la ciudad, cerrado, dotado de baños de agua y de vapor; y en Nuremberg donde, en 1498, un ciudadano eminente «viene el placer de plantar doscientos veinte lirios en el jardín de su arquitecto».⁷¹ En Inglaterra lo mismo que en otras partes, a nobles y a ricos ciudadanos no les faltan ocasiones de codearse, en una vida social cuya residencias urbanas de unos y otros son lugares privilegiados. Uno y otros, observa Léopold Génicot acerca de Namur de finales de la Edad Media, «lo mismo son jueces que guerreros de élite, personas ricas y honradas honorables»,⁷² fortunas sobre todo rurales y residencia urbana se unen cada vez más estrechamente hasta el siglo XVIII.⁷³

70. Virgo, R., *Illustrated Letters of the Paston Family*, trad. fr.: Virgo, R. (comp.), *Les Pastons, une famille anglaise au XV^e siècle. Correspondance et vie quotidienne illustrée*, París, 1985, pág. 73.

71. Monner P., op. cit., págs. 193-194.

72. Génicot L., *L'économie nantaise au Bas Moyen Âge*, vol. 2, *Les hommes - La ville*, Lourdes, 1966, pág. 288; véanse también las págs. 308-309.

73. Achour, G., «El aislamiento en la villa en el XIXth siècle. Reflexión a partir del cas de ren. suizo. Historia urbana», n° 4, 2001, págs. 127-149.

Del tiempo de los guardianes del castillo de Vendôme en el año 1000, ciudadanos un mes al año, al de las comidas de Margaret Paston y más adelante hay una evolución ininterrumpida. Y puesto que las élites urbanas y las rurales se encuentran, al menos, y alternan mutuamente con frecuencia, nada tiene de extraño que se influyan las unas a las otras. Hay élites urbanas sensibles a lo que tiene de prestigioso el modo de vida nobiliario rural: sobre este tema existe una amplia bibliografía. La inversa no es menos cierta, pero quizás menos conocida por lo que se refiere a la Edad Media *stricto sensu* que por lo que se refiere a lo que se ha dado en llamar «Tiempos modernos» (siglos XVI-XVIII).⁷⁴

La movilidad de las personas no es un invento de los tiempos medievales y no son menos móviles tras el final de la Edad Media que antes. Sin embargo es cierto que existe una novedad propia de los tiempos medievales. El desplazamiento de las personas ya no es el de los campesinos que huyen en un régimen de fuera de la ley a las exigencias del fisco imperial romano, ni el de los pueblos nómadas bajo la dirección de reyes convertidos en jefes guerreros. Es, al menos desde el siglo X, el de hombres y de familias del campo. Ansiosos por hallar un lugar bajo el sol, buscan en las ciudades las posibilidades de un establecimiento ventajoso, que les procure prosperidad personal, en el contexto de un desarrollo de la economía de intercambios comerciales a escala de la Europa latina. Es cierto que hay novedad; pero también hay diferencia con los tiempos industriales en el sentido de que en los tiempos medievales no se produce (salvo excepciones locales, o a todo lo más regionales) un éxodo rural masivo que deja los campos vacíos.

Pero aunque la inmigración en la ciudad no es comparable por su magnitud a la de los tiempos industriales, no obstante es considerable. Ahora bien, con el traslado a la ciudad cambian las actividades profesionales, la situación social, a veces la condición jurídica, y en resumidas cuentas los modos de vida. Poco a poco hay cierto número de rurales que adoptan una forma de vida nueva para ellos, y la circulación incansable de las personas entre ciudad y campo la dan a conocer fuera de las ciudades. Ésa es una de las modalidades de esa urbanización del campo cuya importancia ya hemos señalado y que es uno de los aspectos del desarrollo urbano. La gente del campo descubre a la vez en la ciudad

74. Ruggiu, E. J., *Les élites et les villes moyennes en France et en Angleterre (XVII-XVIIIth siècles)*, París, 1997.

una forma de reorganización social en la que la estabilidad hereditaria de un núcleo de familias (y la lenta integración de quienes entre los nuevos llegados lograron la estabilidad) garantiza el mantenimiento de una actividad social urbana, a pesar del rápido reemplazo de la mayoría de la población.⁷⁵ En Europa ha durado hasta el éxodo rural masivo provocado por la industrialización: así, en Francia por ejemplo hasta la década de los años 1920. Tanto la inmigración procedente del campo como la de origen urbano convierten a las ciudades en mosaicos de redes de solidaridad, tan gruesas diferentes, todas son así. En ese contexto, la lentitud o la rapidez de la aparición de comunidades urbanas a escala de ciudades enteras es una prueba, según los casos, «del dinamismo de esas sociedades urbanas»,⁷⁶ como ha observado Simone Roux, o de un desarrollo menos manifiesto.

La movilidad es también cosa de los ciudadanos más antiguos. Ésta se entiende en el marco del desarrollo de una economía de intercambios caracterizada por el papel de las ciudades en la producción y el intercambio comercial. Esta movilidad y ese desarrollo van de la mano; ciertos sectores profesionales nuevos o secundarios hasta entonces reciben un impulso capital. Hemos citado a propósito de esto la hostelería, pero también se podría haber mencionado, por ejemplo, la navegación marítima comercial (que es cosa de ciudadanos y hace navegar navíos de puerto en puerto, es decir, de ciudad en ciudad), la navegación fluvial (que es esencial para el transporte de productos pesados y también es cosa de los ciudadanos, supone una organización e infraestructuras de las que las ciudades se van dotando),⁷⁷ o la constitución en las ciudades de Italia de compañías de comercio y de banca que tienen sucursales dondequiera que posean intereses.

Lo que se ha llamado, quizás de una forma excesiva pero expresiva, «urbanismos» se comprende por el hecho de que «el sistema económico y social integran [...] completamente la ciudad y el campo» (B. Kayser).⁷⁸

75. Mendras, H. y M. Forsté, *Le Changement social. Tendances et paradigmes*, París, 1963, pág. 69.

76. Roux, S., *Le Monde des villes au Moyen Âge V^e-XV^e siècles*, París, 1994, pág. 44.

77. Sunier, M., «Ponts, débarcadères et moulins: les équipements fluviaux des villes moyennes des origines à la fin du XVI^e siècle», en N. Coulet y O. Guyotcannin (comps.), *La Ville au Moyen Âge. Actes du 12^e congrès national des sociétés historiques et scientifiques*, 1993, Aix-en-Provence y París, 1995, págs. 95-109.

78. Kerner, B., *La Renaissance rurale. Sociologie des campagnes du monde occidental*, París, 1950, pág. 29.

Aunque esto se pone de relieve sobre todo en las sociedades industriales contemporáneas, en las sociedades europeas de larga duración es una característica, y no una novedad. Su difusión cada vez mayor hace a veces difícil distinguir, por el criterio de la residencia, a ciudadanos de rurales. Esta dificultad prueba el papel de lugar de encuentro de las élites sociales que cada vez más desempeñan las ciudades. Es una de las señales del poder de su desarrollo, y a la vez uno de los rasgos distintivos de las regiones urbanizadas, que es como decir desarrolladas.

Igualmente, la influencia de los modos de vida y de las concepciones originadas en la ciudad es un hecho permanente hasta el siglo XVIII, y en las élites que podríamos llamar rurales, los modos de vida estrictamente de campo son más bien casos particulares desde los siglos XIV-XV, mucho antes de que Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616) publicara, en enero de 1605, la primera parte de *Don Quijote de La Mancha*, que obtiene de inmediato un éxito aplastante.

Capítulo 8

Creaciones urbanas

La compleja realidad social de la Europa urbana hizo aparecer fenómenos nuevos, sobre todo a partir del siglo X, que se pueden agrupar en cuatro secciones. En primer lugar, se produce una diversificación inédita de las élites sociales. Ésta lleva a una evolución de las mismas bases de la identidad de las élites en la Europa latina. Al mismo tiempo se multiplican y se diferencian las formas adoptadas por los vínculos entre las personas. Al final, las necesidades de las poblaciones urbanas quedan satisfechas mediante la creación de instituciones sociales nuevas.

UNA DIVERSIFICACIÓN INÉDITA DE LAS ÉLITES SOCIALES

El desarrollo de las ciudades va acompañado de una diversificación de las élites sociales de la que ya hemos hablado en el capítulo sexto; vamos a situarla ahora en un marco más general.

La continuidad de los rasgos principales que caracterizan a las élites urbanas

Hay tres rasgos principales que caracterizan de forma permanente a las élites urbanas: que las actividades de los miembros de las élites son variadas, que las élites son compuestas y que la expresión de su superioridad sobre otro pone de manifiesto la existencia de características cada

vez más variadas de la preeminencia social (pero no la coexistencia de medios sociales distintos). Estos rasgos se ven claramente examinando los casos expuestos en el capítulo 6.

Advirtamos sobre todo que no se pueden definir las élites por la sola práctica del comercio. El negocio figura generalmente entre las actividades que practican los miembros de las élites ciudadanas y adquiere con el paso del tiempo un lugar más importante. Sin embargo, esto es para los ciudadanos una ocupación más entre muchas otras. El punto de partida para percibir la realidad de las élites urbanas no es una actividad cualquiera, sino una organización social. Esta actividad se caracteriza por el hecho de que los primeros en la ciudad, los que dominan en ella la vida social, son los primeros en la sociedad, en la medida en que son ellos quienes frecuentan la ciudad y residen en ella. Éstos son nobles de diversas categorías, laicos o eclesiásticos; también son quienes obtienen rango y beneficio del servicio de los poderes laicos y eclesiásticos sobre todo en su *familia*. Son finalmente quienes sacan provecho de las oportunidades que ofrece la vida urbana (los intercambios, la disponibilidad de dinero, el papel de intermediarios, la prestación de servicios especializados) entre los cuales prosperan sobre todo aquellos cuya parte de eminencia social se distingue con el calificativo de *burgueses*. Éstos, evidentemente, pueden ser los mismos que los anteriores.

De hecho, todos ellos se conocen, se codean, se frecuentan y se encuentran en el entorno del señor o de los señores (laicos o eclesiásticos) del lugar. De entre ellos, o al menos de entre quienes pueden ser considerados ciudadanos permanentes, los más notables generalmente son tenidos por nobles (recuérdese la descripción que hace Otón de Freising de la jerarquía social de las ciudades del reino de Italia) y con frecuencia por caballeros. En sus manos está el destino de las ciudades, en las que ellos desempeñan los principales papeles. Los representantes de la autoridad señorial sobre la ciudad se reclutan entre ellos en Lieja, como hemos visto, en Dijon (el alcalde es a veces un chambelán del duque de Borgoña), en Toulouse (el veguer, representante del conde, es con frecuencia, según los documentos, un miembro de una de las grandes familias locales)¹ y en otras partes. Las élites urbanas son variadas. El hecho principal es que en las ciudades, tanto pequeñas como grandes, se hallan las élites locales.

¹ Mundy, J. H., *Liberty and Political Power in Toulouse, 1050-1230*, Nueva York, 1954, págs. 104-114.

No hay motivos para pensar que quienes constituyen esas élites locales formen categorías sociales o medios claramente distintos.² Las investigaciones minuciosas del comportamiento efectivo de hombres y de grupos cuyas actividades permiten delimitarlos muestran las élites urbanas como grupos de familias dispuestas a adaptarse a las condiciones cambiantes del éxito social y a aprovechar las oportunidades que se presentan. Esas familias tienen intereses en la ciudad y en el campo, se componen de caballeros y de no caballeros, de servidores de los poderes y de negociantes, e incluso en Toulouse,³ de ramas cátaras y de ramas que permanecen en la ortodoxia. En la sociedad considerada en su conjunto aquéllas constituyen un elemento de las élites cuya importancia, rango, influencia y composición dependen en gran medida de la intensidad del desarrollo urbano y del peso de las ciudades. Por eso no hay que sorprenderse de que, de manera global, su papel y su brillo social sean más importantes en Italia y en Flandes que en otras partes. Evidentemente, es en Italia y en Flandes donde más han llamado la atención; y en ambas partes muestran rasgos básicos análogos.⁴

Élites urbanas cada vez más señoriales antes de serlo cada vez menos

Los tiempos que estamos analizando experimentan una evolución en la que se pueden distinguir dos giros, una vez aceptada la parte de simplificación que implica la presentación de estas realidades.

En los siglos IX-X, en una sociedad donde todos los poderes se convierten en señoriales, las élites urbanas también lo hacen. El hecho es

2. Así se ha creido durante mucho tiempo y se ha averiguado en qué se diferencian nobles y no nobles —en Francia nobles y burgueses—; también se ha pensado que en el reino de Francia los caballeros se excluyen por sí mismos de las comunas cuando éstas se constituyen. Estos puntos de vista se han consolidado mediante investigaciones que han alcanzado una gran resonancia (Keller, H., *Adelherrschaft und städtische Gesellschaft im Obermittelalter (9.-12. Jahrhundert)*, Tübingen, 1979; trad. it.: *Signori e vassalli nell'Italia della città (secoli IX-XII)*, Turín, UTET, 1995) sin llegar a una adhesión general. De hecho, estos puntos de vista proceden de un razonamiento sobre ciertas categorías, definidas *a priori*, en el que se atribuyen de oficio a los individuos las características que se supone pertenecen a su categoría, tanto más estrechamente definidas cuanto que se las cree determinadas en ciertos estatus absurdos. Hoy en día esos puntos de vista están prácticamente abandonados.

3. Mundy, J. H., *op. cit.*

4. Jones, P., «La storia economica. Dalla caduta dell'Impero romano al secolo XIV», en R. Romano y C. Vivanti (comps.), *Storia d'Italia*, vol. 2, *Dalle crociate dell'Impero normanno al secolo XVIII*, t. 2, 1974, págs. 1.674-1.675.

claro en las grandes ciudades, sobre todo en Italia. Es evidente en el caso de las ciudades nacidas en los tiempos señoriales, como Vendôme y tantas otras, por ejemplo Macerata, en las Marcas, analizada en un estudio reciente.⁵ Grupos de vasallos armados se hallan en el castillo en concepto de guarnición por cuenta del señor, que es un conde en Vendôme, un príncipe en Dijon o un obispo con mucha frecuencia en Italia.

En el siglo XII, a causa del desarrollo de las ciudades y de la diversidad cada vez mayor de las sociedades urbanas, este aspecto de la existencia de las élites pierde poco a poco parte de su importancia relativa. Además, esas élites se forman, giran y prosperan en torno a poderes cuyo contenido, medios de expresión y ambiciones se hallan en período de cambio. Los poderes locales autónomos cuyo desarrollo es característico de los siglos IX-XII proceden del desarrollo señorial. No obstante, jamás hubo igualdad entre esos poderes desde el punto de vista de sus medios de acción y del alcance de sus proyectos. En el contexto de un mayor crecimiento y, a partir del siglo XII de un mayor interés por el comercio, ciertas situaciones de dominio aprovechan un nuevo proceso de concentración y de jerarquización de los poderes en detrimento de otros. Los reyes y los príncipes (cuyo poder lleva consigo prerrogativas públicas que les distinguen y que en muchas regiones conservan una preeminencia sobre el resto de la aristocracia), ciertas familias a la cabeza de dominios señoriales más poderosos que otros, o en posesión de privilegios que les dan una ventaja (por ejemplo los sustanciosos peajes de los condes de Saboya, dueños de los collados alpinos), y las ciudades establecen formas de dominación hasta entonces inéditas. Esas formas de dominación se refieren sobre todo a medios más eficaces de gobierno en materia de recaudación de impuestos y de administración de la justicia, a un pensamiento político remozado bajo la influencia sobre todo de los hombres de Iglesia (el príncipe laico es el garante de la justicia y el que la aplica, el Estado está fundado en la ley); y al aumento constante de gente instruida que permite reclutar administradores competentes.⁶ Comienzan tiempos nuevos: el poder cada vez mayor de los reyes, de los príncipes y de ciertas ciudades, el peso de sus exigencias,

los medios de que disponen en sus guerras, llevan consigo un declive de la función militar de los caballeros⁷ y disminuye el interés de su presencia armada en el castillo tanto para ellos como para su señor. Así pues, las élites urbanas del siglo XII tienen un aire más pacífico que dos siglos antes: la caballería del país ya no tiene guardería en el castillo, y las carreteras al servicio de los poderes se hacen tanto mediante la pluma o la habilidad en las gestiones como mediante la espada.

Y precisamente porque la combinación de actividades que llevan al éxito social ya no es la misma que los intereses de muchos linajes de aristócratas urbanos o que frecuentan la ciudad, éstos toman otros derroteros.

Situaciones diversas en un marco común (siglos XII-XIII)

¿En qué sentido los intereses toman otros derroteros? Depende esencialmente del grado de urbanización de las regiones estudiadas. Tal como se suele hacer, conviene distinguir entre regiones muy urbanizadas (de las que las de Italia del norte y central son el mejor ejemplo) y las que están menos o muy poco urbanizadas (de las que las del reino de Francia, exceptuada Flandes y sus inmediaciones hasta el río Somme, son una prueba contundente). La evolución de unas y otras no es la misma. Todo el problema consiste en saber cómo se ha de interpretar y se ha de presentar esta evidencia diferente.

Durante mucho tiempo se insistió precisamente en la amplitud de este hecho. Los puntos de vista de N. Ottokar, que eran como un resumen del sentimiento predominante, ejercieron una considerable influencia y aún siguen ejerciéndola; aún siguen citándose y presentándose como textos con autoridad.⁸ En 1931 escribe que «la comuna francesa, belga, alemana, inglesa es un mundo cerrado y distinto, una excepción, una isla (*isolotto*) en medio de una sociedad que sigue viviendo en condiciones jurídicas y políticas completamente diferentes. Sus elementos tienen un aire socialmente específico y económicamente distinto (la burguesía); los elementos que no participan en la actividad económica del

5. Jansen, P., *Démographie et société dans les Marches à la fin du Moyen Âge. Macerata aux XIV^e et XV^e siècles*, Roma, 2001.

6. Strayer, J. R., *On the Medieval Origins of the Modern State*, Princeton University Press, 1970; Vergote, J., *Les Gens de savoir en Europe à la fin du Moyen Âge*, Paris, 1997 (trad. cast.: *Gentes del saber en la Europa de la Edad Media*, Madrid, Complutense, 1999).

7. Barthélémy, D., *La Société dans le comté de Vendôme de l'an mil au XIV^e siècle*, Paris, 1993, pág. 734.

8. Piccini, G., *I Mille Anni del Medioevo*, Milán, Mondadori, 1999, pág. 185; Antona, E., «Città e comuni», *Storia medievale*, Roma, Manuali Donzelli, 1999, pág. 303 ss.

mundo ciudadano se hallan por lo mismo fuera del organismo jurídico y político de la comuna [...] En definitiva, la comuna de allende los Alpes es un fenómeno social y territorialmente aislado, limitado a la específica naturaleza económica del mundo ciudadano [...]. En cambio en la comuna italiana el aspecto político prevalece sobre el aspecto económico; ésta no constituye un organismo específicamente ciudadano en el sentido económico-social, pero tiende a la forma de un Estado territorial que tiene su centro en la ciudad.⁹ Esta presentación de las cosas se apoya en la constatación de una diferencia, pero la exagera, convirtiendo a las ciudades de Italia y de fuera de Italia en realidades irreductibles, antinómicas, antitéticas y contradictorias; y no lo son. Atribuye a la autonomía política de los poderes urbanos una importancia que no tiene. Muchas ciudades alemanas tuvieron al menos tanta autonomía como las cuarenta ciudades italianas aproximadamente que se conocen por este hecho, y no pocas ciudades del reino de Italia no tuvieron más que una autonomía restringida. En fin, convierte a las ciudades fuera de Italia en islotes separados del mundo que los rodea, lo que es un contrasentido. Tiene el mérito de orientar la atención hacia el aspecto de las cosas que realmente lo merece y en el que nosotros nos detendremos: las relaciones de las ciudades con el campo.

Volvamos al problema en su conjunto insistiendo en lo que es común a las ciudades y a las regiones de la Europa latina por encima de sus diferencias. En la Italia del norte y del centro las comunidades políticas más poderosas en el plano local son con frecuencia las ciudades. Su poder político unido al incentivo de su desarrollo económico, llevan a los linajes aristocráticos, que hasta entonces han tenido y siguen teniendo intereses tanto en la ciudad como en el campo, a aceptar insertarse en el espacio político urbano, renunciando con ello a desarrollar un poder territorial políticamente autónomo. La ciudad es el campo de sus ambiciones, de su acción política, del despliegue de su preeminencia social (que se advierte en el paisaje urbano sobre todo con mansiones fortificadas dotadas de torres), y su dominación rural, de una forma o de otra, tiende a integrarse en el espacio gobernado desde la ciudad (el *contado*). Un estudio reciente sobre una ciudad de las Marcas, en Italia central, nos ofrece un ejemplo claro de ello. Cuando la comuna de Macerata, a mediados del siglo XIII, logró someter a su autoridad el *castrum* de Lor-

⁹ Ottokar, N. (1931), «Le comuni cittadini del Medio Evo», en N. Ottokar, *Studi comunali e fiorentini*, Florencia, 1948, págs. 3-49.

nano, tuvo que firmar un acuerdo con sus señores, por lo demás familiares de la comuna (sus antepasados habían sido los dos primeros cónsules de la misma), e indemnizarlos. Una de las cláusulas de este acuerdo prevé la demolición de la mitad del *castrum*, comprado por la comuna, y el transporte a Macerata de los materiales de la demolición a cargo de la comuna, para que los señores pudieran construir allí sus mansiones con ellos.¹⁰ En el reino de Francia, donde las ciudades están menos desarrolladas y las redes urbanas son menos densas, el rey, los príncipes y algunos grandes señores elaboran amplias construcciones políticas en las que las ciudades quedan insertas como las demás células del poder local. Las ciudades son en esas construcciones un poder importante, tan importante como para que se pueda decir con Yves Sassier: «Rey, príncipes y condes, dueños de las ciudades, apoyados por el poder del dinero que se desarrolla en el marco urbano, van a hacer de su dominio económico y financiero el instrumento esencial de la recuperación de su dominio político respecto de los *sires* del ámbito campesino».¹¹ Añadimos a esto que los señores de la dominación territorial utilizan los servicios de un personal político de origen ampliamente ciudadano, instruido en la ciudad y formado en ella para la gestión de los negocios; se ha estudiado este fenómeno, por ejemplo, con respecto a los Estados de la casa de Saboya.¹² Sin embargo, las ciudades no son el poder más importante por sí mismas. La reorganización de los poderes que se puede apreciar a partir del siglo XII no se efectúa en beneficio de ellas. En ese sentido se puede decir que el impulso dado en la época señorial al desarrollo urbano en su aspecto social y político dejó sentir sus efectos en lo que había sido la Europa carolingia, pero de una forma variada: en unas regiones de manera plena, como en Italia, en otras de manera más mitigada.

En ambos casos el comportamiento de la baja aristocracia llama la atención y parece ser una de las llaves de la evolución, tal como un gran historiador, Gioacchino Volpe, observaba ya en 1904.¹³ En Italia, ciertas

10. Jansen, P., *op. cit.*, págs. 69-70.

11. Sassier, Y., «De l'ordre seigneurial à l'ordre féodal (fin X^e-début XII^e siècles)», en O. Guillot y E. Sassier, *Pouvoir et institutions dans la France médiévale. Des origines à l'époque féodale*, t. 1, 1994, págs. 171-302, cita en pág. 245.

12. Castelnuovo, G., «Quels offices, quels officiers? L'administration en Savoie au milieu du XV^e siècle», *Études savoyardes*, vol. II, 1993, págs. 3-43; Castelnuovo, G., *L'officiale e gentiluomini: la società politica sabauda nel tardo Medioevo*, Milán, 1994.

13. Volpe, G., *Questioni fondamentali sull'origine e sviluppo dei comuni italiani nel XII-XIV*, Pisa, 1904; en G. Volpe, *Medio Evo Italiano*, Florencia, 1921, reed. 1992, Bari, págs. 91-123, véanse págs. 94-97.

élites rurales se urbanizan y el movimiento que las lleva hacia la ciudad (*inurbamento*) puede adquirir el aspecto de una especie de emigración. Por eso uno se sorprende ante la presencia en las ciudades italianas de amplios grupos familiares con intereses tanto en la ciudad como en el campo y que desempeñan en la vida social, política y económica de la ciudad un papel de primer orden. En Francia se advierte que una parte de la aristocracia que G. Volpe llamaba «menor» orienta sus intereses hacia el campo en los siglos XII y XIII; eso está bien claro en casos como el de Vendôme (donde después de 1160 ya no se encuentran más *milites vindocinenses*).¹⁴ Y es que la ciudad ofrece menos oportunidades de triunfar; el campo y el Estado señorial, principesco o real le hacen la competencia. La ciudad, fuera del reino de Italia, apenas se puede considerar el campo de la acción política de la gran aristocracia. Eso no significa, como hemos visto, que nobles y grandes propietarios, fuera de Italia, se aíslen en sus tierras, que no frecuenten la ciudad, que no tengan en ella mansiones ni intereses, ni que en Francia los nobles abandonen las ciudades.¹⁵ ¿Significa eso que fuera de Italia no hay nobleza urbana? Naturalmente que no. En Francia, en las ciudades del siglo XIII, la élite urbana agrupa siempre a nobles y a aquellos cuya preeminencia urbana se manifiesta de otro modo, entre los que figuran los que no dan importancia a la calidad nobiliaria ni la reivindican, cuando podrían hacerlo. En efecto, la nobleza media y baja, en la ciudad, entra en un lugar donde reinan la coexistencia y la competencia de formas de superioridad social muy diversas y en las que la nobleza no es el único valor social, y a veces ni siquiera el más codiciado. La ciudad se caracteriza por una combinación propia de las dimensiones de la superioridad social, y por el hecho de asociarlas y combinarlas, de tal forma que el conjunto tiene una tonalidad que varía según los casos. Es esa tonalidad lo que distingue a las ciudades italianas de las otras; la combinación es su punto en común. Éste remite a la naturaleza misma de la ciudad, organismo que reúne a hombres socialmente heterogéneos cuya diversidad incluso da origen a combinaciones singulares.

14. Bathélémy, D., *La Société dans le comté de Vendôme de l'an mil au XIV^e siècle*, op. cit., pág. 749.

15. Dutour, T., «La noblesse dijonnaise dans la seconde moitié du XIV^e siècle (vers 1350 vers 1410)», en P. Contamine, T. Dutour y B. Schnerb (comps.), *Commerce, finances et sociétés (XIV-XV^e siècles). Recueil de travaux d'histoire médiévale offert à M. le professeur Henn Dubois*. París, 1993, págs. 311-326.

Así pues, no se puede sacar la conclusión de que la diferencia entre las ciudades del reino de Italia y las de fuera de él es radical, ni que aristocracia y vida urbana son opuestas fuera de Italia, sino que las relaciones entre ciudad y campo, ciudad y aristocracia, ciudad y poder se establecen de forma distinta, en un marco general que es el mismo para todas. Por lo demás, las dos líneas de evolución que distinguimos aquí son dos tendencias que permiten ordenar la variedad de situaciones regionales, pero que no agotan esa variedad.¹⁶

Finalmente, las evoluciones que distinguen en los siglos XII y XIII regiones con un nivel de urbanización diferente tienden desde el siglo XIII a perder su importancia en beneficio de otras evoluciones comunes a todas ellas. Ésa es la tercera tendencia en la evolución.

LA PROMOCIÓN DE VALORES SOCIALES NUEVOS

Nuevas formas de preeminencia social adquieren de hecho una importancia cada vez mayor en un movimiento general que fomenta ciertos valores sociales que en la lengua de hoy en día llamaremos civiles. Esos valores son una competencia para los valores guerreros que dominan en las sociedades de la Alta Edad Media.

Ciudades y burguesía

El primero es la burguesía, que parece ser un valor propio de las ciudades. La palabra «burgués» está documentada, pero fuera de Italia, donde las comunidades urbanas jamás lograron obtener una completa autonomía, sino que permanecieron sometidas a la autoridad superior

16. Incluso en Italia existen amplios territorios gobernados por dinastías con ambiciones principescas, que tratan de someter o que someten a su obediencia las ciudades de su territorio: piénsese por ejemplo en el dominio de los condes de Saboya en el Piamonte, en los marqueses de Montferrat y de Saluces, de Este, en los condes Aldobrandeschi en la Maremma toscana, señores de Grosseto que ya hemos señalado. También se ha señalado en el capítulo 6 que, fuera de Italia, no faltan ciudades implicadas en una construcción política principesca, pero con un peso social suficiente como para contar por sí mismas, por lo que respecta a Francia, piénsese en Dijon, Toulouse o simplemente en París. Por lo tanto, el grado de análisis pertinente para comprender la multiplicidad de situaciones lo determina con frecuencia la región (por ejemplo, la Toscana está menos urbanizada que la Lombardía, las ciudades tienen un mayor peso en Borgoña que en la Bretaña) y no el reino (Italia, Alemania, Francia, etc.).

de un rey, de un príncipe o de un señor cualquiera, y designa ante todo a los habitantes de los burgos que se multiplican a partir del siglo XI. La palabra burgo, de origen germánico, designaba en su país las fortalezas señoriales, y fuera de él, los grupos de viviendas construidas en torno a los castillos, monasterios o fuera de las murallas de las ciudades de origen romano (es decir, situadas *foris burgus*, de donde deriva la palabra francesa *faubourg* y la italiana *sobborgo*).¹⁶ Muy pronto el sentido de la palabra «burgues» se extiende para designar a los habitantes de las ciudades no episcopales en general (*burgenses*, en oposición a los habitantes de las ciudades episcopales, *cives*), pero a la vez se precisa el nombre desde el momento en que la mayoría de las ciudades, procedan o no de comunas previas, obtienen exenciones o franquicias: se llaman burgueses los ciudadanos que gozan de esas exenciones o franquicias. Los burgueses del siglo XII se pueden definir como miembros de una comunidad que goza de privilegios concedidos por el señor de la misma, privilegios que en su conjunto forman los llamados derechos de burguesía. Las condiciones necesarias para ser admitido como burgués de una comunidad urbana varían según los tiempos y los lugares. Residir y pagar las cargas que incumben a los habitantes puede ser suficiente (Dijon), pero se pide con frecuencia un periodo de residencia de una duración mínima (cinco años en Burdeos, diez años en Ratisbona a partir de 1230), la posesión de una vivienda, el pago de un derecho llamado de burguesía, lo que implica la inclusión de los burgueses en los libros de burguesía. Las cartas urbanas reconocen a los burgueses privilegios extraordinariamente variados, a veces enviables. Por ejemplo, así los burgueses de París pueden embargar los bienes de sus deudores foráneos. La burguesía es pues un estatus jurídico (cuya historia dura hasta el siglo XVIII). Este estatus no está al alcance de toda la población ciudadana, sino que puede ser adquirido por aquellos que en la ciudad desempeñan un papel destacado. Eso incluye a los nobles si son ciudadanos, y los nobles burgueses, muy conocidos en ciertos casos (Dijon), tampoco son raros.

Así se comprende que la palabra «burgués» adquiriera muy pronto un sentido social regido en cuanto tal no por el derecho sino por el uso, es decir, por el consenso de quienes lo emplean. En Francia, a partir del siglo XIII como muy tarde, la calificación de «burgués» queda reservada

¹⁶ En cambio la palabra española *caballero* no recurre a la alemana *Burg*, sino a la latina (*in urbe*).

en la vida corriente a quienes forman la élite social ciudadana (y en las ciudades, *cives*, ciudadano, viene a ser en la práctica sinónimo de burgués). Y puesto que sólo el consenso de los ciudadanos puede otorgarla, de ahí que implique la integración a la élite de una sociedad urbana determinada. Equivale a reconocimiento de una dignidad social y de la pertenencia a una condición honorable. Los títulos reservados a nobles y a burgueses («señor», «señora», «señorita») manifiestan una consideración social y constituyen epítetos de honor. En los siglos XIV y XV los burgueses son aquellos que se acercan lo más posible a lo que los ciudadanos consideran el modelo ideal del notable: hombres conocidos y preferentemente de familias también conocidas, instalados, bien integrados en la sociedad en que viven, aptos por consiguiente para las responsabilidades que conlleva la participación en la gestión de lo público, en fin, hombres honorables cuya honorabilidad queda de manifiesto en el uso de epítetos de honor para designarlos, epítetos que en los países de lengua francesa¹⁷ se van diversificando a partir del siglo XIV («hombre honorable», «persona honorable y discreta», «persona respetable», «hombre venerable»). Las actividades profesionales de los burgueses son las que se consideran especialmente honrosas: la gestión de bienes, el comercio, las finanzas, la administración, las profesiones jurídicas; eso excluye las actividades manuales y por lo tanto el artesanado, excepto cuando la actividad artesanal es la base de un comercio.

Sin embargo, los burgueses no tienen el monopolio de la honorabilidad, que es una medida del juicio de los demás. Por una parte, una identificación precisa, una actividad regular conocida, un afincamiento estable en la ciudad, un nivel de fortuna que no excluye de la vida social otorgan una posición en la sociedad. Al margen de la élite local, el resto de la población da a su honorabilidad una importancia extrema¹⁸ y los gremios de oficios se preocupan de la honra colectiva de cada oficio.¹⁹ Por otra parte, todos los que en la ciudad gozan de una condición suficientemente honorable como para que se les distinga de los demás no

17. Y no sólo en el reino de Francia: Genicot, L., *L'Économie marchande au Bas Moyen Age*, vol. 2, *Les hommes - La noblesse*, Louvain, 1960, págs. 283-284.

18. Gauvard, C. (1991), *De gracie especial. Crime, État et société France à la fin du Moyen Âge*, 2 vols., Paris, 1991.

19. Boone, M., «Les gens de métier à l'époque corporative à Gand et les bruges protestants (1350-1450)», en M. Boone y M. Peuk (comps.), *Statuts administratifs, statuts corporatifs et statuts judiciaires dans les villes européennes (Moyen Âge et temps modernes)*, Actes du colloque tenu à Gand les 12-14 octobre 1993, Leuven-Apeldoorn, 1996, págs. 23-47.

sus burgueses; identificar sus raíces élites urbanas y burguesía sería un error. Los nobles ciudadanos en particular, presentes en muchas ciudades de Francia, no se identifican con los burgueses por más que muchos de ellos son a la vez burgueses y nobles (42 % en Dijon en el siglo XIV). El acceso a la nobleza, que puede tener lugar mediante cartas de ennoblecimiento del rey o de un príncipe, permite a los impacientes hacerse un hueco en las élites ciudadanas sin haber sido reconocidos aún como burgueses por sus contemporáneos, o sin haberlo sido todavía.²⁰

Ciudades y artesanos

La actividad de los artesanos, es decir, la de los trabajadores manuales cualificados que trabajan por su cuenta, también origina una forma de preeminencia social. Esta es a la vez limitada y real.

Por lo general los notables ciudadanos no son artesanos. Las actividades artesanales enriquecen poco, excepto cuando son la base de un comercio: el artesano que triunfa se convierte en un artesano comerciante, es decir, en un artesano y en un comerciante especializado en una cierta clase de productos (como es el caso de los peleteros),²¹ cuyo éxito, si logra elevados vuelos, pasa por la polivalencia. Por lo demás, las actividades artesanales no otorgan por sí mismas una notabilidad capaz de introducir a uno en la élite, porque son actividades manuales sobre las que pesa en los tiempos medievales un considerable descrédito. Los individuos de fortuna modesta que no son artesanos abundan más en las élites ciudadanas que los artesanos, ricos o no. Un procurador sin dinero o un pequeño notario tienen más posibilidades de acceder a los cargos municipales que un artesano incluso rico. Las actividades artesanales apenas conducen a la superioridad social, incluso cuando son abiertamente productivas, exceptuando casos particulares o actividades especialmente apreciadas.

Sin embargo, los artesanos (y todos los que dependen del trabajo que éstos ofrecen) representan la parte numéricamente más importante de la población de las ciudades medievales. Hay que subrayar que des-

20. Dufour, T., *Une société de l'honneur. Les notables et leur monde à Dijon à la fin du Moyen Âge*, París, 1978
21. Delom, R., *Le Commerce des fourrures en Occident à la fin du Moyen Âge, vers 1300 vers 1450*, 2 vols., Roma, 1978.

de los siglos IX-X la ciudad se consolida no sólo como lugar de poder y de intercambio comercial, sino también como lugar de producción. Esto vale sobre todo para las ciudades donde se trabaja para mercados lejanos (en Gante, cuya prosperidad se basa en la exportación de paños de lana, el 60 % de la población trabaja en el sector textil en el siglo XIV).²² Pero también vale para las ciudades cuya producción satisface sólo las exigencias de un mercado local (en Dijon, en 1357, un informe de impuesto directo nos revela que los contribuyentes menos gravados ejercen 76 oficios diferentes; la mitad de aquellos cuya actividad profesional se indica trabajan en la producción de objetos manufacturados), o regional (en Provins, en 1324, más de la mitad de los habitantes trabajan en el sector textil).²³ El mundo de los artesanos se organiza poco a poco, elabora reglas para el ejercicio del trabajo y reivindica privilegios que le permitan proteger sus intereses. De esta forma aparecen asociaciones propias de las artes mecánicas, los oficios (llamados artes en Italia) que, en diversas regiones, terminan por conseguir, de una forma o de otra, que se les asocie al gobierno de las ciudades, desde el siglo XIII en Italia sobre todo, en el siglo XIV en Alemania y en los antiguos Países Bajos, y en menor grado en Francia. Así es como en las ciudades de Picardía, a partir del siglo XIII, se establecieron fórmulas similares que tenían en común el confiar la elección del cuerpo municipal a los oficios. En Abbeville por ejemplo, existen diecisésis enseñas que agrupan cada una oficios pertenecientes al mismo sector de actividad, dotadas cada una de cuatro principales o alcaldes. Esos alcaldes de enseña forman una asamblea que, desde la primera mitad del siglo XIV, elige al alcalde de la ciudad de una tercia presentada por la municipalidad saliente, y elige después los doce primeros regidores del consejo de la ciudad. En 1329 se implanta el principio de que cualquier leva de tala (impuesto directo) requiere la aprobación de los alcaldes de enseña. Este sistema demuestra el interés por vincular a todos los componentes de la sociedad urbana al gobierno de la ciudad.²⁴

22. Prevenier, W. y M. Boone, «Les villes des Pays-Bas méridionaux au Bas Moyen Âge: identité urbaine et solidarités corporatives», *Bulletin du crédit commercial*, n° 183, 1993, págs. 25-42

23. Chapin, E., *Les Villes de foires de Champagne des origines au début du XVIIe siècle*, París, 1937, págs. 60-61.

24. Desportes, P., *Aspects de la Picardie au Moyen Âge*, Amiens, 1995; Foussat, R. (comp.), *Histoire de la Picardie*, Toulouse, 1974; Leducq, A., *Histoire d'Abbeville*, 1974; Maugis, E., *Recherches sur les transformations du régime politique et social de la ville d'Amiens, des origines de la commune à la fin du XVIe siècle*, París, 1906.

Pero encuentra un límite en el hecho de que el mundo de los oficios está dominado y con frecuencia representado por acaudalados hombres de negocios.

En efecto, el desarrollo del artesanado urbano fue considerable hasta el punto de que su modo de organización sirvió de modelo a las organizaciones de trabajadores no manuales: las asociaciones de comerciantes, los maestros y estudiantes de la universidad (que es ante todo un oficio organizado). El mundo de los oficios urbanos reagrupa a quienes se instalan por su cuenta, viven en ese marco de su trabajo y de su empresa y ejercen una profesión, es decir, para los contemporáneos, una actividad reconocida socialmente. Eso incluye el artesanado aunque vaya mucho más allá de él. En la jerarquía de los oficios que establecen el prestigio y la influencia, los no manuales están de ordinario entre los primeros. De este modo coexisten en Florencia las «artes mayores» (de los laneros, comerciantes, banqueros, jueces, notarios) y las «artes menores» que reagrupan los oficios artesanales propiamente dichos.

La evolución de los valores sociales que se produce en este marco se puede observar desde el siglo XII. Se produce una rehabilitación del trabajo. «El trabajo penitencia, el trabajo castigo de la Alta Edad Media, visión procedente de una lectura bíblica centrada en el Génesis, va cediendo poco a poco el puesto a la idea de un trabajo útil para los hombres y capaz de conducir a los trabajadores a la salvación», dice J. Le Goff.²⁵ Al mismo tiempo se elabora la noción de oficio entendido como actividad que requiere una habilidad reconocida: el valor del trabajo, el derecho mismo a ejercerlo, requieren un saber, ya sea el trabajo manual o no. La generalización del aprendizaje como medio reconocido y reglamentado para la adquisición de la habilidad necesaria responde a la necesidad de exigir la prueba de la habilidad, en la que se basa el reconocimiento social de una actividad (y mediante él la estima social que lleva aneja). La posesión de una habilidad reconocida se convierte de este modo en una especie de riqueza: quien no la posee ni dispone del dinero para establecerse por su cuenta es un trabajador manual, un servidor, un doméstico.

A fin de cuentas, la habilidad se convierte en un valor social. Y lo es en efecto en la medida en que contribuye a situarse socialmente. En Francia, a finales de la Edad Media, indicar después del nombre, el ofi-

²⁵ Le Goff, J., *el apogée de la France urbaine médiévale 1150-1330*, en G. Duby (comp.), *Histoire de la France urbaine*, t. 2, *La Ville médiévale*, Paris, 1980, págs. 282-283.

cio, la actividad o las funciones que se ejercen es la forma más usual de presentarse y de ser definido por otros. De igual modo, la habilidad es un valor social en lo que tiene de distinción ventajosa para quien la posee. En Dijon en el siglo XIV se llama «maestro» a quien se distingue por la superioridad de su ciencia o de su talento: los graduados de la universidad, los juristas y los médicos, pero también los comerciantes, los artesanos, los hospederos. Llamar «maestro» a un albañil, a un carpintero, a un herrero, a un curtidor, a un calderero, a un pintor, a un fontanero, al experto que paga la municipalidad dijonesa en 1368 por ocuparse de sus cañones equivale a tener en cuenta la habilidad y a manifestar la estima social que ella proporciona. Esta concepción es compartida por la sociedad desde el primer escalafón hasta el último. En el siglo XIV, los nobles que han estudiado derecho (o que sin haberlo estudiado han ejercido funciones importantes) manifiestan su preeminencia social no sólo señalando su calidad nobiliaria, sino también anteponiendo su habilidad. Se presentan como «hombre noble y prudente» (*prudente*), donde la palabra «prudente» tiene el sentido de experto. Los *prudentes* son los expertos en el ámbito de su especialidad.²⁶ En 1437 el duque de Bretaña ennoblecía a Raoulet le Charpentier, experto en carpintería, jefe de obras y jefe de la artillería ducal en los asedios. La carta de ennoblecimiento nos dice que es «muy habilidoso y experto obrero mecánico en el arte y ciencia de la carpintería».²⁷

Finalmente, la habilidad se convierte también en uno de los criterios de la distinción entre ciudad y campo. La agricultura, a ojos de los ciudadanos, no es un oficio porque es una actividad genérica; no necesita especialización.²⁸ Se convierte en oficio si requiere una especialización específica, es decir, si se trata de una agricultura especializada. Eso sucede con los viticultores, numerosos en muchas ciudades, y también con los hortelanos, presentes por doquier, ambos organizados con frecuencia en oficios en los que uno se inicia mediante el aprendizaje. La ciudad nace, se desarrolla y prospera con la división del trabajo.

²⁶ Dutour, T., «Se situer socialement dans la société urbaine. Le cas des Dijonnais à la fin du Moyen Âge», en J. Ponter (comp.), *À la recherche de la considération sociale. Colloque organisé par le CESURB-histoire, université Michel de Montaigne-Bordeaux III*, 8-9 noviembre 1998, Burdeos, Maison des sciences de l'homme de Aquitaine, 1999, págs. 143-158.

²⁷ Texto publicado por Fragniez, G., *Documents relatifs à l'histoire de l'industrie et du commerce en France*, t. 2, Paris, 1900, págs. 233-235.

²⁸ Berengo, M., *L'Europa delle città. Il volto della società urbana europea fra Medioevo ed Età moderna*, Turín, 1999, pág. 164.

LA DIVERSIFICACIÓN DE LAS FORMAS

ATERRIADAS MUY MUY ESTRECHAS ENTRE LAS PERSONAS

La aparición de nuevas formas en los vínculos que unen a las personas entre dentro de la lógica de esta evolución. En el campo, la relación que se mantiene con la tierra (tener tierra o no tenerla, o tener poco, o mucho, ser propietario, arrendatario o arrocero), con las estructuras de donde está situada (ser señor o no), la condición jurídica (tal como explica Beaumanoir citado en el capítulo 2) determinan en gran medida las posibilidades para un hombre y su familia de establecerse y de lograr los medios para su subsistencia.

Establecerse, para un ciudadano

En la ciudad es muy distinto.

En ella la condición jurídica desempeña un papel menos importante ya que los ciudadanos gozan si no siempre —¡qué más quisieran!— al menos con la mayor frecuencia de la libertad personal, y porque en la ciudad hay otros motivos de atribución de una posición social que desempeñan un papel importante: la antigüedad de la instalación en ella, la integración, la reputación, las alianzas en el plano local o la pertenencia a redes de solidaridad.

Las condiciones para establecerse en ella, por lo demás, son completamente distintas. Es cierto que se trabaja en familia, lo mismo que en el campo. Establecerse, casarse, encontrar una vivienda son cosas que van juntas; allí se necesita dinero. Pero para establecerse (y mantener, para quienes se encuentran en estas circunstancias, una posición y una hoguera heredadas), hay que contar también con una habilidad. Un artesano, un comerciante, un jurista son algo que no se puede improvisar: hay que adquirir una habilidad que, a los ojos de los contemporáneos, es una riqueza. Así, quien ha aprendido un oficio, escribe Ramon Llull en 1283, «siempre podrá vivir, sea cual fuere el país donde se halle [...]. Si un día le fallara la fortuna, al menos podrá vivir gracias a su oficio [...]». Lo más seguro para enriquecer a un hijo no es legarle bienes sino procurarle un oficio.³⁹ Así pues, las fronteras sociales no son las mismas

^{39.} Ramon Llull, *Contra pauperes*, textos citados por A. Llinares, «Le travail manuel et les arts mécaniques chez Raymond Llull», *Cahiers de l'Anjou*, n° 22, 1987, págs. 175-189.

que en el campo. Quienes pueden y quienes no pueden establecerse en ella no son sólo los que tienen o no tienen fortuna. Son también los que disponen o no de una habilidad. Los primeros de éstos, los artesanos, los comerciantes y quienes ofrecen servicios de todo género (poseedores, notarios, juristas, médicos, etc.) son los primeros que ofrecen empleo en las ciudades medievales; los segundos son sus empleados y sus domésticos. En este contexto, la empresa familiar, el salariado y el servicio doméstico tienen una importancia particular.

La empresa familiar

La empresa familiar, llevada a cabo en el marco de la familia conjugal y del hogar y basada en el trabajo de los esposos es la forma más extendida de organización de las actividades económicas y a la vez su norma. La producción medieval de objetos manufacturados es artesanal. Por lo tanto, la forma que adopta materialmente el trabajo es la del ejercicio individual de una actividad, para el que cada artesano trabaja en su taller y cada comerciante toma iniciativas por su cuenta. Taller y vivienda familiar van por lo demás generalmente asociados. El taller del artesano está situado en su vivienda, generalmente en la planta baja. Esta forma responde por lo general a una regla. En efecto, el artesano, lo mismo que la mercancía, se conciben como asuntos no individuales sino familiares.⁴⁰ La situación en que se coloca a los aprendices es una prueba entre otras: se comprometen al servicio no de un maestro, sino de un maestro y su mujer. Éstos gozan de autoridad sobre el aprendiz, que habita con ellos, pasa allí varios años y puede ser un niño.

El salariado

Las personas establecidas que tienen taller, tienda, negocio, puesto en el mercado, posada o bufete de notario emplean a aprendices que adquieren una cualificación técnica, a compañeros que ya la poseen pero que trabajan para otro, a obreros no cualificados y, para sus casas, a do-

^{40.} Dutour, T., «Le mariage, institution, enjeu et idéal dans la société urbaine. De 1200 de Dijon a la fin du Moyen Âge», en J. Teyssot (comp.), *Le Mariage au Moyen Âge à Dijon de Clermont-Ferrand, 3 mai 1997*, Montferrand, 1997, págs. 29-34.

méticos de todo género, desde la doncella hasta el sacerdote que, a falta de parroquia, acepta una situación de capellán privado. Este es el mundo del salariado.³¹ Su importancia numérica es considerable. La aparición del salariado en tanto que fenómeno social masivo, en el marco de una economía de mercado, es una consecuencia del desarrollo urbano. Con él, un tipo de vínculo social, marginal hasta entonces, se convierte en elemento que hay que tener muy en cuenta para comprenderlo. No se conoce suficientemente en general por falta de documentación (quienes habitan en casa de otros esquivan los censos fiscales, es decir, los que no son maestros de un oficio no están censados entre los miembros de los oficios organizados, gremios, artes), pero no de interés: éste es particularmente intenso en la historiografía italiana. Subrayemos una característica notable de este vínculo: las relaciones que los asalariados mantienen con sus empleadores se conciben por lo general según el modelo de las relaciones familiares. En Dijon, el contrato de un aprendiz de tundidor de paños, en 1382, estipula que el maestro puede llevar al aprendiz a seguir durante tres semanas, a vendimiar durante quince días y que, cuando el maestro vaya a hacer los trabajos estacionales a una viña de su propiedad, el aprendiz irá también a trabajar con él; es decir, ayuda al maestro en todos sus trabajos. En París, a finales de la Edad Media, la contratación a largo plazo, o sea, anual y prorrogable (que ofrece al empleado una notable seguridad), lleva consigo la obligación de vivir en casa del maestro y de permanecer a su cargo.³² También en Dijon, el obrero debe vivir en casa del maestro y estar sometido a la autoridad del patrón de la casa. Ésa es la situación considerada ideal por los hombres instalados que gobernan la ciudad y dominan los oficios. Las ordenanzas municipales del siglo XV relativas a los obreros les prohíben hallarse por las calles después de las nueve de la noche y ordenan a los maestros acoger en sus casas a todos sus obreros. La reglamentación de los oficios, o de las cofradías de oficios, les hace responsables de las deudas de sus empleados ante el oficio o su cofradía. Así se comprende por qué un panadero de la calle Vieille-du-Temple, en París, en 1407, llama «mi gente» a los criados a quienes da empleo y aloja en su casa.³³ Entre el empleo para el ejercicio de un trabajo cualificado y el servicio domés-

tico, la diferencia está sobre todo en la habilidad reconocida: el obrero cualificado que no está contento puede ir a buscar fortuna en otra parte. Ése no es el caso de los criados y de las doncellas, que pueden ser menores de edad y jovencitas respectivamente, cuyas necesidades sufragar el patrón y eventualmente un peculio cuando abandonan la casa, ya que están contratadas a veces por mucho tiempo. Sin embargo, entrar a servir es algo codiciado. Ese servicio da una seguridad mucho mayor de la que pueden dar los trabajos a destajo o por jornadas, al menos para quienes no tienen una especialidad reconocida que les permita razonablemente poder encontrar trabajo. A veces es un recurso contra las dificultades materiales.

En ese mundo de la empresa familiar, del salariado, del servicio remunerado, los papeles sociales heredados pierden gran parte de su importancia en beneficio de otros papeles sociales adquiridos, los itinerarios sociales individuales se diversifican y la complejidad social es cada vez mayor. Es en la ciudad donde más se desarrolla esta pluractividad de las personas que constituye una característica estructural de las sociedades urbanas medievales puesta de manifiesto por algunos trabajos recientes.³⁴

LA APARICIÓN DE NUEVAS INSTITUCIONES SOCIALES

Aparecen a la vez instituciones sociales³⁵ como respuesta a las necesidades de la población urbana. Esas necesidades no son en sí mismas propias de los ciudadanos, sino que el desarrollo de las ciudades les da una importancia desconocida hasta entonces, y la forma de satisfacerlas adopta en la ciudad formas nuevas. El punto en que coinciden la mayoría de ellas es la búsqueda de una seguridad ante la incertidumbre de la vida urbana (subrayada de forma bastante innovadora, en contra de una

34. Dutour, T., *Une société de l'honneur*, op. cit.; Marin, M. S., «A travers des lieux et mestiers pour camper la vie», *Travail et transformations en Europe au Moyen Âge et au début des Temps modernes*, Toronto, 1991, págs. 253-271; Pusch, T., *Protections pour une ville du monde du travail à Paris au XV^e siècle*, tesis doctoral, Universitat de Pots-Sorbonne (Fr IV), 2001.

35. Esta expresión, en el sentido más comúnmente admitido, designa un conjunto relativamente estable de formas de comportamiento y por lo tanto de papeles y de relaciones sociales orientado a facilitar la satisfacción de una necesidad social. La pluralidad y la satisfacción de esa necesidad ponen de manifiesto la naturaleza de complejidad.

31. Geromek, B., *Le Salariat dans l'artisanat parisien aux XIII^e-XV^e siècles. Étude sur le marché de la main-d'œuvre au Moyen Âge*, París, 1962.

32. Ibid., pag. 38.

33. Ibid., pag. 38.

tradición anterior irónica y sosegada, por Jan Dhondt en 1950³⁶ y después en trabajos posteriores).³⁷ Como decía John Stuart Mill, «tener un derecho es [...] poser cualquier cosa cuya posesión debe garantizarme la sociedad [...]. Lo que aquí se halla en juego es la seguridad [...]. En efecto, nada, excepto la satisfacción en el momento presente, podría tener valor para nosotros si corremos el peligro de ser desposeídos en el momento siguiente por quien fuera más fuerte que nosotros [...]. Por eso, cuando pedimos a nuestros semejantes que se unan a nosotros para garantizarnos el fundamento mismo de nuestra existencia, esta petición provoca sentimientos mucho más intensos de los que se dan en los casos más corrientes de utilidad».³⁸

Por esa razón vamos a hablar de la necesidad de seguridad en la organización de las relaciones sociales, la de apoyarse en personas u organismos solidarios, parecida a la anterior pero distinta, la necesidad de saber, y por último la necesidad de una nueva acción pastoral.

La búsqueda de seguridad en la organización de las relaciones sociales

Vivir juntos supone —como hemos observado en el capítulo 7— reglas de vida en común.

Al ser la mayoría de las ciudades comunidades autónomas, el desarrollo de la vida civil necesita una organización institucional del ejercicio del poder que permita mantener la paz civil y organizar la gestión del bien común con la participación de todos aquellos que tienen voz en el capítulo. Las ciudades medievales, por lo común, siguen unos usos o elaboran reglamentaciones relativas a la definición de la ciudadanía urbana (y de los grados de ciudadanía: el caso más célebre es el de Venecia), a la participación en las asambleas por parte de la población y a la definición de la composición y de los poderes de consejos encargados de funciones ejecutivas y delegados para representar a la colectividad. Así se elabora un derecho público que obedece, en la variedad —extre-

36. Dhondt, J., «Ordres ou puissances. L'exemple des États de Flandre», *Annales Économies, sociétés civilisations*, vol. 5, 1950, págs. 289-305.

37. Dhondt, J., «Les "solidarités" médiévales. Une société en transition: la Flandre en 1127-1128», *Annales Économies, sociétés civilisations*, vol. 12, 1957, págs. 529-560.

38. Mill, John Stuart (1863), *Utilitarismo*, trad. fr.: *L'Utilitarisme. Essai sur Bentham*, París, 1938, págs. 124-125 (trad. cast.: *El utilitarismo*, Madrid, Alianza, 2002).

ma— de las situaciones y de los destinos políticos de las ciudades, a ciertos principios comunes. Estos definen al mismo tiempo los objetivos y con ello, para utilizar una célebre expresión de Giuglielmo Ferrero, los «principios de legitimidad»³⁹ que justifican la existencia de los poderes. Los poderes municipales deben actuar para todos y en nombre de todos, y la necesidad de la aprobación por parte de los habitantes de los actos efectuados en su nombre es una consecuencia lógica de ese principio. Los poderes municipales deben estar al servicio del bien común y no de los intereses particulares. Por lo tanto deben ejercerse respetando la justicia y asegurando la paz, es decir, la existencia de relaciones pacíficas entre los habitantes por una parte y entre los habitantes y el poder municipal por otra. Eso requiere la especificación de reglas de la acción política y respetarlas. En fin el poder, de una forma general, debe preocuparse de la cosa pública. Esos principios considerados en conjunto constituyen una teoría política (con motivo de la cual y refinándose a los antiguos Países Bajos, Heinz Schilling habla de «repúblicaanismo implícito»), cuya expresión, fuera de Italia, se halla generalmente en los documentos (ordenanzas, reglamentaciones, actas de debates de consejos municipales) originados por el funcionamiento de los poderes públicos urbanos.⁴⁰ En Italia a veces alguien la proclama por todos: así sucede, por ejemplo, en los frescos realizados por Ambrogio Lorenzetti y su taller para el *palazzo pubblico* de Siena entre 1337 y 1346 que representan por una parte el mal gobierno y por otra el buen gobierno y sus efectos. Esta teoría da fe de una cultura política compartida, que inspira una práctica política y a la vez una gestión de los negocios.⁴¹ No cabe duda de que los ideales cívicos característicos de esta cultura constituyen la base de un consenso mínimo entre los ciudadanos.

La vida en la ciudad supone también la elaboración de reglas que gobiernan categorías especiales de relaciones de interés entre las personas, poco o menos extendidas en el campo. Las actividades de producción, de intercambio y de prestación de servicios de los ciudadanos se desarrollan: la especialización técnica avanza sin cesar en el campo del trabajo artesanal con lo que se crean nuevos oficios, aparecen nuevas re-

39. Ferrero, G. (1942), *Poder*, trad. fr.: *Pouvoir. Los poderes municipales de la città*, París, 1983 (trad. cast.: *El poder. Los poderes municipales de la ciudad*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1990).

40. Cournot, A. y A. Rapaport (comp.), *Réminiscences du maître législateur et préteur de l'Etat*, Montpellier, 1888; Schilling, H., *República. Political Culture and the Development of Early Modern Society. Essays in German and Dutch History*, London, 1982.

41. Dubois, T., *Une société de l'absence*, op. cit.

tores de actividad (la hostelería por ejemplo) o adquieren una dimensión inédita (por ejemplo la navegación fluvial). Ahora bien, la actividad económica necesita que la protejan contra la arbitrariedad mediante normas que definan lo que se debe, lo que se puede y lo que no se puede de hacer. La necesidad de la seguridad que proporcionan las normas lleva a los actores de la vida económica a adoptar y a perfeccionar usos⁴² constitutivos de un derecho generalmente consuetudinario. El que guía la producción artesanal es bien conocido, el del derecho comercial también (se lo ha estudiado, por ejemplo, refiriéndose a las ciudades hanseáticas),⁴³ pero tratándose de este último, el derecho de las ferias sobre todo no lo es tanto. Quizá sea más instructivo y, gracias a los trabajos de Henri Laurent y de Henri Dubois,⁴⁴ vamos a detenernos en él. Las relaciones comerciales de los comerciantes que frecuentan las ferias internacionales se rigen por reglas exorbitantes del derecho común, que se reagrupan bajo la denominación genérica de «derecho de ferias». Se muestran a plena luz en la época del éxito de las ferias de Champaña, entre la segunda mitad del siglo XII y la primera del siglo XIII. Ciertas garantías especiales se refieren a las obligaciones contraídas en la feria. Existe una justicia de las ferias administrada por el tribunal de las «grandes ferias», asistido por numerosos —más de cien— «sargentos de ferias» jurados que son al mismo tiempo guardias de paz, ujieres e inspectores. El tribunal tiene su sede durante la feria en la ciudad donde ésta se celebra. Hace las veces de policía de la feria y garantiza la administración de la justicia. Su competencia se extiende sobre todo a los litigios relativos a las obligaciones contraídas en la feria (llamadas «de cuerpo de ferias»). Implican a los deudores en cuerpo y bienes y crean una hipoteca general sobre los bienes, prioritaria sobre cualquier compromiso anterior del deudor. La apelación de éste no implica aplazamiento alguno, no puede obtener prórroga ni aducir incompetencia del tribunal. Estas disposiciones se justifican por la amplitud del plazo de pago que va de una feria a otra y por la facilidad que tiene el deudor de esquivar sus obligaciones no presentándose en la feria que para él es final del plazo

42. Ellickson, R., *Order without Law: How Neighbors Settle Disputes*, Cambridge, Mass., 1991.

43. Friedland, K., *Die Hanse*, Stuttgart, Berlín y Colonia, 1991, cap. 9.

44. Laurent, H., *Un grand commerce d'exportation au Moyen Âge. La draperie des Pays-Bas en France et dans les pays méditerranéens (XIIe-XVe siècle)*, Brionne, sobre todo la sección parisina, cap. 5, el organismo y el funcionamiento de la justicia de las ferias, págs. 276-313; los trabajos de H. Dubois relativos a este tema ya se han mencionado antes.

de pago. La justicia de las ferias envía requisitorias a las demás justicias. Si el deudor contumaz (*fugitivo de ferias*, *fugitus*) no tiene su domicilio en Champaña, es extranjero para el tribunal de ferias, que es un tribunal internacional pero tiene su sede en el condado de Champaña. Entonces el acreedor obtiene del tribunal el envío a la justicia extranjera de la que depende el deudor de una requisitoria para que sea ejecutada. Si la incautación y la venta de los bienes del deudor no se pudiera llevar a cabo o no bastara para saldar la deuda, el tribunal de ferias pide el arresto y el envío del deudor a Champaña. Si finalmente la acción de la justicia de ferias no consigue su objetivo entonces su fallo es la defensa de las ferias. En ese caso se detiene a todos los que dependen de la justicia extranjera recalcitrante y se requisan sus bienes si vienen a las ferias. Ésa es la sanción suprema y económicamente decisiva cuando todo el mundo tiene necesidad de ferias. Este procedimiento consiste, en el fondo, en una reglamentación que permite al antiguo derecho de represalias bajar de la arbitrariedad, lo atenua y le somete a ciertas normas de derecho. Además muestra hasta qué punto la figura del extranjero es familiar y confirma el hecho de que los contactos entre instituciones de regiones y de países distintos son permanentes y están reglamentadas. Finalmente, implica la existencia de un verdadero derecho internacional privado consuetudinario, y por lo tanto de una circulación intensa de las personas y de las mercancías. Y por añadidura se admite una superioridad de este derecho sobre todas las costumbres regionales. En 1295 por ejemplo, un documento de la justicia de ferias afirma que: «dichas costumbres [de las ferias] están por encima de todas las demás costumbres de cualquier parte».⁴⁵ Los comerciantes europeos admiten una jurisdicción y un derecho especiales, superiores a todos los demás. Hacen que sus poderes públicos reconozcan esta jurisdicción y este derecho y satisfacen de este modo la necesidad de seguridad de sus relaciones.

La necesidad de solidaridades

La ciudad es también el lugar donde se establecen relaciones entre los hombres nacidas de una necesidad de solidaridad ante los avatares de la existencia. Los lazos de hombre a hombre que existen en el resto

45. Laurent, H., op. cit., pag. 284.

do rural no bastan en la ciudad para ofrecer a las personas el apoyo que tanto necesitan. El resultado es la inseguridad.

El reagrupamiento de personas reunidas por un interés común, es decir, la asociación, contribuye a atenuar esa inseguridad. Por ejemplo, para un artesano, adherirse a un gremio organizado equivale a gozar de ciertas garantías jurídicas (por ejemplo, serán los expertos del gremio quienes solucionarán un litigio entre el artesano y su cliente o los maestros del oficio quienes pondrán fin a un desacuerdo entre el maestro y su aprendiz hasta llegar a la ruptura del contrato de aprendizaje), beneficiarse de ciertos privilegios de orden económico obtenidos por el gremio, tener más posibilidades de obtener crédito o de asociarse con otros miembros del gremio para invertir.⁴⁶ Las asociaciones de todo género se multiplican en las ciudades, hecho que queda claramente reflejado a partir del siglo XII. Las asociaciones no tienen nada de específicamente urbano, pero su proliferación es un fenómeno típico de las ciudades. Es en la ciudad donde se produce una diferenciación social y una división del trabajo que los intereses o las preocupaciones distintas ponen más de manifiesto, a la vez que aparece la concienciación de su existencia. Por eso los hombres se asocian. En la ciudad es donde el reagrupamiento de las personas en un espacio restringido facilita la formación de lazos que no han quedado determinados por una condición ni son fruto de la herencia, sino única y exclusivamente de la elección personal.

Este papel de la elección en la formación de asociaciones ha llamado la atención de los contemporáneos (sobre todo en el momento de la formación de las comunas juradas) y también de los historiadores; se ha despertado el interés ante el hecho del reagrupamiento de hombres con las mismas condiciones de igualdad. Eso no significa que las asociaciones reúnan a iguales: reúnen a hombres con frecuencia de condición distinta, no ponen en tela de juicio, e incluso reflejan en su organización las jerarquías y distinciones de la sociedad a la que pertenecen sus miembros. No obstante, los que participan en ellas, al menos en principio, lo hacen voluntariamente y ellas les reagrupan en virtud de un punto común, que es su interés por su objetivo. Así pues, en ese sentido, con las mismas condiciones de igualdad. Los miembros de las cofradías de anti-

46. Bonne, M., «Les gens de métier à l'époque corporative à Gênes et les litiges protestants (1350-1450)», op. cit.; Degrazia, D., *L'Economia artigianale nell'Italia medievale*, Roma, 1976; Franceschini, F., *Oltre il tumulto. I lavoratori fiorentini della lana fra tre e Quattrocento*, Florencia, 1993.

guos peregrinos de Santiago de Compostela no eran iguales, pero admitían una igualdad de interés hacia el objeto de su reunión. Los miembros de una comuna jurada no son iguales, pero están igualmente interesados por el éxito de su empresa común.

Ya hemos mencionado varios tipos de asociaciones: las comunas juradas, los oficios organizados en gremios, las asociaciones profesionales cuyos usos tienen el valor de ley, las agrupaciones de comerciantes extranjeros en una ciudad, la confederación de comerciantes del agua de París. Hay muchísimas otras. Piénsese por ejemplo en las fábricas (asociaciones de parroquianos formados para la administración de los bienes de una parroquia, para el mantenimiento de los edificios de culto, para la conservación de los bienes muebles de la parroquia, sobre todo el mobiliario litúrgico). En París, a finales de la Edad Media, los maestros de la fábrica autorizan o deniegan la sepultura en la iglesia. Eso origina a veces no pocos conflictos. Así, a mediados del siglo XIV, el cura de la parroquia parisina de Saint-Gervais niega a la fábrica el derecho de autorizar las sepulturas en la iglesia; se origina un proceso que va hasta el parlamento del rey, el cual da razón a la fábrica.⁴⁷

Señalemos sobre todo la importancia de las cofradías, asociaciones piadosas de laicos, erigidas canónicamente, cuyo objeto principal es promover el culto mediante obras supererogatorias. Éstas practican en beneficio de sus miembros la mutua ayuda espiritual y material (cuya forma más frecuente es la intervención en los funerales de un coterráneo muerto). La diversidad de las cofradías se debe sobre todo a los límites de su campo de reclutamiento, típico de las características de la vida urbana, por la variedad de criterios utilizados. Estos son geográficos, con las cofradías de los barrios y las cofradías de comerciantes extranjeros, por ejemplo los de Luca residentes en París. Pero también los hay sociales: existen cofradías de notables.⁴⁸ Incluso los hay profesionales: las cofradías están destinadas de forma prioritaria, en principio, a quienes ejercen una actividad determinada o a quienes ejercen actividades tecnicamente relacionadas, aunque su reclutamiento no se limite en general a quienes las ejercen. Al principio de su historia quizá sirvieron de puerta llave jurídica a la organización profesional, en la medida que permitían a

47. Le Bras, G., *Institutions ecclésiastiques de la chrétienté médiévale*, libro 1, t. 12, Pars. 2 vols. (Historia de la Iglesia desde sus orígenes hasta nuestros días, traducida por A. Fischer y V. Martín, t. 12, vols. 1 y 2), 1935 y 1944.

48. Gazzola, M., «Patriziati urbani e spazi confinanziari in età rinascimentale. L'esempio di Milano», *Archivio storico italiano*, vol. 178, 2000, págs. 391-394.

ésta adquirir la personalidad jurídica que se le negaba. Los criterios pueden referirse también a un objeto específico, por ejemplo haber llevado a cabo cierta peregrinación o impulsar una forma particular de espiritualidad. Estos criterios también pueden ir unidos o combinados: en Venecia, en el siglo XV, existen tres cofradías de panaderos; una de ellas reagrupa a los maestros del gremio, otra a los obreros de origen lombardo y la tercera a los obreros de origen alemán.⁴⁹ Más adelante de nuevo hablaremos de las cofradías.

La necesidad de saber

Antes hay que mencionar la necesidad de saber. Con ello no queremos defender un ansia desinteresada por parte de los hombres de enriquecer sus conocimientos, sino llamar la atención sobre el hecho de que, en las ciudades medievales, los valores sociales y las condiciones del éxito hacen del saber una necesidad y de la posesión de ese saber un criterio de la distinción social. El desarrollo en la ciudad de instituciones sociales capaces de satisfacer la necesidad de saber caracteriza la historia de las ciudades medievales⁵⁰ y de los tiempos posteriores.⁵¹ La aparición desde el siglo XII de escuelas superiores y su organización en universidades desde el siglo XIII han captado en gran medida la atención de los contemporáneos y después de los historiadores.⁵² No obstante, la adquisición del saber en la universidad es cosa de una minoría infinita de la población. Hay que destacar aquí ante todo, de entre los modos de adquisición de una educación y de una instrucción que alejan de la familia al individuo joven, la multiplicación de las escuelas elementales y la generalización por doquier del aprendizaje.

La multiplicación de las «escuelas sencillas» (para alumnos de unos 7 a 14 años que aprenden a leer, a escribir, a calcular y las nociones ele-

49. Crouzet-Pavan, E., *Venise triomphante. Les horizons d'un mythe*, París, 1999, pág. 348.

50. Riché, P., *Écoles et enseignement dans le Haut Moyen Âge*, París, 1979 (trad. cast.: *La educación en la cristianidad antigua*, Barcelona, Herder, 1982).

51. Houston, R. A., *Literacy in the Early Modern Europe. Culture and Education, 1500-1800*, Londres y Nueva York, 1998, sobre todo cap. 1: «The world of the schools», págs. 10-55.

52. De Ridder-Symons, H. (comp.), *A History of the University in Europe*, vol. 1, *Universities in the Middle Ages*, Cambridge, 1992 (trad. cast.: *Historia de la universidad en Europa*, vol. 1, *Las universidades en la Edad Media*, Vizcaya, Universidad del País Vasco, 1995).

mentales de gramática) que se observa en el siglo XII, su organización y la pedagogía de los maestros que enseñan en ellas son un campo puesto de actualidad por las investigaciones de los últimos veinte años.⁵³ A finales de la Edad Media no hay ciudad, por más pequeña que sea, que no tenga escuelas elementales; la abundancia y la variedad de la oferta escolar marcan la diferencia entre ciudad y campo.⁵⁴

El aprendizaje no fue objeto del mismo interés: sin embargo uno y otro ofrecen una educación, introducen a la cultura y dependen de lo que la lengua francesa actual llama «la enseñanza». Se distinguen en que el marco del aprendizaje es normalmente la familia. Ésta puede ser la del niño o la de otro dentro de una gran variedad de situaciones: demasiados hijos para ser aprendices con su propio padre, quizás atraídos por un oficio que no es el de su padre o para que los padres puedan asumir el coste del aprendizaje de un oficio remunerador, niños colocados en la ciudad para el aprendizaje por padres del campo, en fin, niños abandonados o huérfanos. El aprendiz es un individuo joven, falso de formación profesional, que se compromete a prestar unos servicios junto a un maestro que asume esta formación como contrapartida. Las actas de esta práctica (contratos notariales de entrada como aprendiz y juicios de los tribunales colocando como aprendices a menores huérfanos) nos informan sobre la formación y sus objetivos. Las obligaciones de un maestro son de tres clases: satisfacción de las necesidades materiales, la formación profesional y la educación intelectual y moral. En definitiva son análogas a las de los padres —ya hemos visto anteriormente la importancia del modelo de las relaciones familiares en el mundo profesional ciudadano— y es fácil encontrar en los contratos notariales de aprendizaje formulaciones que remiten explícitamente a las obligacio-

53. Alexandre-Bidon, D. y D. Lett, *Les Enfants au Moyen Âge V-XV^e siècles*, París, 1997; Black, R., *Humanism and Education in Medieval and Renaissance Italy. Tradition and Innovation in Latin Schools from the Twelfth to the Fifteenth Centuries*, Cambridge, 2000; Bouvier, J. P., A. Guerreau-Jalabert y M. Sot, *Histoire culturelle de la France, t. I. Le Moyen Âge*, París, 1997; Beccati, E. y D. Julia (comp.), *Histoire de l'école en Occident, t. I. De l'Antiquité au XVII^e siècle*, París, 1998; Melhi, J.-M., *Les Jeux au Moyen Âge. X^e-XV^e siècles*, París, 1990; *Les Entrées dans la vie. Institution et apprentissage*, Actas de los congresos de la Société des historiens médiévistes de l'enseignement supérieur public, Nantes, 1992.

54. Verger, J., *Les Gens de savoir en Europe à la fin du Moyen Âge*, París, 1997, pág. 32.

55. Dutour, T., *Une société de l'humanité*, op. cit.; Pinch, T., *L'Aprendizaje a Distancia en XV^e siècle d'après les actes notariales*, tesis doctoral, Universidad de París Sorbona, París, 1999.

nes familiares (el maestro y su mujer cuidarán al aprendiz «de la misma forma que le cuidarían si fuera su propio hijo», se puede leer en un contrato de Dijon de 1382, y un aprendiz de notario, en 1363, debe servir a su maestro «como un buen hijo», *tanquam bonus puer*). El objetivo de la formación es aprender, así que no hay que perder el tiempo («si acaeciera que alguno o alguna tomasen más de un aprendiz o aprendiza, que el excedente se le retire y se confie a la corporación para que ésta lo asigne a otro con el fin de que el aprendiz o aprendiza no pierdan su tiempo», según el estatuto de los bordadores y bordadoras de París aprobado en 1316). Su objetivo es «convertir en experto» (París, 1399). La forma de conseguirlo está señalada en un juicio por lo civil del Châtelet de París.⁵⁶ Este tribunal, supliendo las carencias de la familia, confía en 1399 de una niña de 5 años, abandonada por su padre, a «Marion, mujer de Michiel Piédelièvre, cardador de lanas», «por vía de justicia a dicha mujer desde ahora hasta los 7 años». Durante ese tiempo Marion tendrá que «alimentarla, mostrarle, introducirla y enseñarle el oficio de ropa vejera en el que ella se ocupa, y tratarla con delicadeza». De este modo queda prescrito el método en el orden cronológico de su aplicación: procediendo de forma progresiva, sin olvidar que se trata de una niña («tratarla con delicadeza»), mostrarle primero, después «introducirla», lo que abarca sin duda toda la dimensión del juego (la niña en cuestión tiene 5 años) y finalmente enseñarla. Este proceso concuerda con los principios que exponen los tratados pedagógicos de los siglos XIII-XIV.⁵⁷ Digamos también que el aprendizaje de varios oficios es bastante corriente, porque el pluriempleo de los individuos en las actividades tanto de fabricación como de venta, como hemos visto, es una característica de las sociedades urbanas de finales de la Edad Media.⁵⁸ En Pisa, en 1419, el estatuto de los herreros lo dice claramente al recordar a «todo aquel que ejerce este oficio, un poco o mucho, incluso si no establece tienda principal de esta arte, como muchos, que ejercen varios oficios en una sola tienda» (*qualunque che della detta arte exercita, o pocho o assai,*

56. Se trata de un tribunal real y no municipal como podría pensarse; París es una excepción desde el punto de vista de los poderes conservados por el príncipe.

57. Giallongo, A., *Il Bambino medievale. Educazione ed infanzia nel Medioevo*, Bari, 1990, sobre todo el cap. 5: «Strategie nell'educazione infantile in Francia e in Italia XIII-XV sec.», págs. 199-255; Giallongo, A., *L'Aventura dello sguardo. Educazione e comunicazione visiva nel Medioevo*, Bari, 1995 (sobre todo el cap. 2: «L'educazione all'immagine», págs. 45-80).

58. Dutour, T., *Une société de l'honneur*, op. cit.

benche non facesse bottega principale di detta arte come molti sono che esercitano di più arti in una bottega»).⁵⁹ Los registros del tribunal del Châtelet en París, también en 1399, nos ofrecen otro ejemplo: el tribunal confirma el acuerdo por el que un niño queda confiado a «Guérin le Bossu, tabernero, hostelero y comerciante de paños, que ejerce dos oficios, «a VI años con la condición de que le enviará a la escuela un año [...] y durante éste el dicho niño le servirán bien y debidamente en el negocio de taberna y comercio de paños que posee».⁶⁰

El caso tiene el interés de llamar la atención sobre el hecho de que el envío del aprendiz a la escuela para que reciba una formación general, durante su tiempo de aprendizaje, no es excepcional. Se encuentra por ejemplo en Dijon: en un contrato de 1394 el maestro promete al aprendiz «tenerle o mandar que le tengan tres años tanto en la escuela como en el escritorio y el resto del tiempo enseñarle el oficio de tundidor de paños». Aunque aprendizaje y escuela son naturalmente compatibles, la frecuencia del fenómeno es difícil de determinar. La verdadera cuestión es la de la duración del paso por la escuela, cuestión realmente capital y muy variable, ya que depende de los medios financieros. En las grandes ciudades de Italia y de Flandes existen escuelas destinadas a los niños de los comerciantes.⁶¹

En resumidas cuentas, el desarrollo de la instrucción que se produce en las ciudades medievales es considerable. La tendencia durante siglos hacia este ideal hace que a finales de la Edad Media la escritura sea para los ciudadanos algo familiar, aunque no sepan leer o dominen mal una habilidad aprendida con demasiada celeridad.⁶² La alfabetización es corriente en las élites urbanas⁶³ y fuera de ellas no es desconocida. Por ejemplo, se advierte que si en Toscana los libros familiares (*manzùi*) de grandes negociantes notablemente cultivados han llamado la aten-

59. Archivio di Stato di Pisa, Com. Div. B. 13, f° 6 vº; texto citado por Pischel, T., *Perspectives pour une étude du travail à Pise au XV^e siècle*, op. cit., pag. 93.

60. Fagniez, G., *Etudes sur l'industrie et la classe industrielle à Paris au XIII^e et au XIV^e siècles*, Paris, 1877, págs. 61-62, 66, para los documentos parisienses citados.

61. Prevenier, W., «Court and city culture in the low countries from 1100 to 1500», en E. Kooper (comp.), *Medieval Dutch Literature in its European Context*, Cambridge, 1996, págs. 11-29.

62. Dutour, T., «L'élaboration, la publication et la diffusion de l'université à la fin du Moyen Âge (Bourgogne ducale, France royale)», *Le Cr au Moyen Âge. Table ronde des 25 janvier 1999 et 29 février 2000*, Paris, 2002.

63. Desportes, P., *Reims et les Remois aux XII^e et XIII^e siècles*, Paris, 1927, págs. 206-207.

ción,⁶⁴ también existen los de artesanos que no han suscitado el mismo interés, y por cierto en un número bastante mayor de lo que se suele decir generalmente; en Pisa, en el siglo XV, un maestro cantero y carpintero y un orfebre han dejado escritos que permanecen inéditos.⁶⁵ Añadamos a eso que los profesores numerarios de grandes universidades no son raros entre los hombres dedicados al negocio y que la competencia profesional de los artesanos y de los comerciantes no solamente está extendida sino que es cada vez más variada. La evolución de la cultura escrita se caracteriza por la diversificación de su público.⁶⁶ De este modo llega a crearse un entorno favorable a este desarrollo del que el desarrollo urbano es a la vez causa, señal y consecuencia.

*A la espera de una acción pastoral
adaptada a las poblaciones ciudadanas*

Las condiciones en las que se desarrollaba la vida religiosa de las poblaciones ciudadanas provocaron una especie de inseguridad, o al menos hicieron que el pueblo quedara a la espera de una acción pastoral que tuviera en cuenta los rasgos específicos de la ciudad y de su población. Se ha señalado hace mucho tiempo la adecuación existente entre la predicación de las órdenes mendicantes, aparecidas a principios del siglo XIII, y las preocupaciones espirituales de los ciudadanos. Analizaremos aquí las características de la estructura parroquial y las formas de vida religiosa que paliaban las deficiencias de aquella estructura.

En la Iglesia medieval, el creyente se define canónicamente (pero no teológicamente)⁶⁷ como un parroquiano, y la parroquia es la circunscripción institucional básica. Ésta permite circunscribir al pueblo cristiano, y la vida espiritual de la mayoría de la población tiene lugar en ella. Al haber comenzado la cristianización en las ciudades, la Iglesia local fue

64. Beck, P., *Les Marchands-écrivains. Affaires et humanisme à Florence 1375-1434*, París-La Haya, 1967.

65. Pitsch, T., *Perspectives pour une étude du monde du travail à Pise au XVI^e siècle*, op. cit., pág. 105.

66. Genet, J. P. (comp.), *L'histoire et les nouveaux publics dans l'Europe médiévale (XII^e-XV^e siècles)*. Actes du colloque international organisé par la Fondation européenne de la science a la Casa Velázquez, Madrid, 23-24 avril 1993, Paris, 1997.

67. Girea, Dom A., *De l'église et de sa divine constitution*, Paris, 1965, sobre todo págs. 68-77 y 289-297.

ante todo la Iglesia de una ciudad, antes de que se definiera canónicamente la diócesis como la unión de la ciudad y el territorio del interior por el que ésta está rodeada. La cristianización del campo europeo durante los siglos de la Alta Edad Media llevó a la creación de circunscripciones más pequeñas que la diócesis y desde los siglos VII-VIII el término «parroquia» designa la circunscripción característica de las iglesias rurales. Con mucha frecuencia parroquia y comunidad rural se corresponden. Al inicio del desarrollo urbano, la delimitación de los ciudadanos cada vez más numerosos se llevaba a cabo mediante una extensión del sistema establecido en el campo: las parroquias se multiplicaban en la ciudad. La parroquia, en tanto que comunidad de cristianos, no es más que un modo de organización nacido en el campo para los rurales y trasladado como tal a la ciudad. Pero en la ciudad las relaciones sociales de las personas pueden ir más allá de la vecindad; la parroquia, si puede formar una comunidad en la ciudad, nunca será la única. Los ciudadanos, al menos los que no han inmigrado recientemente del campo y que aún están mal integrados en la ciudad, tienen múltiples ocasiones, aunque sólo fuera por su actividad profesional o por su compromiso en las luchas políticas, de establecer relaciones en toda la ciudad. Pueden participar sobre todo en una de esas múltiples asociaciones cuya aparición es una de las características de la vida social urbana. En la ciudad, pronto o tarde, es la misma comunidad urbana en su conjunto la que se impone como comunidad de referencia. La parroquia urbana queda con el aspecto de una comunidad parcial, truncada, ya que no puede responder a todas las necesidades de la vida espiritual.

Así pues, nada tiene de extraño constatar que, en la ciudad, la vida religiosa halla en ciertas asociaciones modos de organización y de expresión que, sin ser incompatibles con el marco parroquial, son independientes de él. Las más importantes de esas asociaciones son las cofradías. La cofradía, por «su naturaleza asociativa y su carácter electivo, por la piedad que promueve y la vida religiosa que se desarrolla en ella (con la celebración regular de una misa, al menos una vez al año), por la caridad que en ella se prevé ejercitar, por su independencia respecto del marco parroquial (las cofradías se administran ellas mismas, eligen libremente sus dirigentes y acuden a los sacerdotes que ellas mismas eligen para las necesidades del culto)» responde a una necesidad real y tiene un vacío que no llenaba por entonces de forma satisfactoria ninguna de las estructuras existentes». El desarrollo del movimiento cofrade a partir del siglo IX, la precocidad de su aparición en las comunas italianas, la ampli-

tud que adquiere en la ciudad, y más en la ciudad que en el campo, son un testimonio de aquel hecho. A finales de la Edad Media hay en las mayores ciudades de Francia un centenar de cofradías y en las ciudades de tamaño medio unas treinta (C. Vincent).⁶⁸ Señálemos que la espiritualidad que se vive en las cofradías se basa en gran parte en las ansias de penitencia. Los ciudadanos, enfrascados en la producción y el intercambio comercial y en la búsqueda de beneficios, ven cómo la Iglesia, en los primeros tiempos del desarrollo urbano, les propone un modelo de vida cristiana poco relacionado con la realidad de su existencia. En Occidente existen monasterios desde la Alta Edad Media, y todos admiten que la forma de vida religiosa más pura y más capaz de conducir a la salvación es la de los monjes. La existencia consagrada a Dios es la que conduce con mayor seguridad a la salvación y permite una vida religiosa digna de ese nombre. El estado laico es incompatible con una existencia consagrada a Dios. A partir del siglo XII se manifiesta, sobre todo en la ciudad, una aspiración de los laicos a vivir una vida espiritual intensa sin tener que entrar en las órdenes (monásticas o canónicas). Para ellos se trata de seguir siendo laicos, de permanecer en su estado conyugal, social o profesional, de seguir en el mundo, como dice André Vauchez, sin vivir de forma mundana, sino según el mandato de Cristo y según los valores y las exigencias de su estado. De ese modo va apareciendo poco a poco una espiritualidad penitencial. El estado penitencial se convierte en un género de vida religiosa libremente elegido por quienes aspiran a la perfección sin querer, o sin poder salir del mundo. Este estado lleva consigo el ascetismo (entendido como una imitación de Cristo en sus sufrimientos físicos), el ideal apostólico (que lleva a querer vivir como Cristo y los apóstoles y sitúa en primer plano la imitación de Cristo, el espíritu de pobreza y el espíritu de caridad) y un concepto de la penitencia según el cual ésta no es simplemente el arrepentimiento del pecado, sino la renuncia al pecado, y por lo tanto un cambio de vida (la búsqueda de la paz, la reconciliación con los enemigos, el rechazo del espíritu de lucro). Así nace un «nuevo estilo de vida cristiana» (A. Vauchez) que lleva a una emancipación espiritual de los laicos, patente sobre todo en las ciudades. Y efectivamente, el éxito de la vida penitencial en ellas es enorme. En la década de los años 1200 se asiste a una multiplicación en las regiones más urbanizadas de la Europa latina de grupos de hombres o de

68. Vincent, C., *Les Confréries médiévales dans le royaume de France, XIII^e-XV^e siècle*, Paris, 1994, págs. 10, 11, 42-43, 47.

mujeres piadosas que se esfuerzan por vivir una vocación cristiana en el mundo temporal. Así es como aparecen por ejemplo los grupos de mujeres piadosas llamadas beguinas, sobre todo en las regiones que corresponden en términos generales a lo que hoy es Bélgica, y en menor grado al norte de Francia, que se dedican a la práctica de la asistencia a los enfermos, a la oración y al trabajo manual; o también los «humillados» en Milán y en Lombardía, grupos de hombres y de mujeres que viven en el mundo de su trabajo, pero con un comportamiento especial (nada de mentiras, nada de procesos), movimiento condenado primero como herejía en 1184, pero aprobado en 1201 por el papa Inocencio III que le otorga un estatus. En 1221 el papado aprueba un texto que define de forma general el estatus y las obligaciones de las que se llamarán en adelante las cofradías de penitentes.⁶⁹ La fuerza y el vigor de las aspiraciones que manifiestan se halla para muchos en el éxito considerable de las órdenes mendicantes, que ponen en práctica una predicación adaptada, tanto en sus medios como en su contenido (la penitencia, la pobreza, la simplicidad, la humildad, la fraternidad), a las expectativas de los ciudadanos.

En los tiempos medievales las estructuras permanentes del encuadramiento del pueblo cristiano siguieron siendo con la parroquia las mismas que las de la sociedad rural.⁷⁰ Sin embargo, es muy cierto que hubo una adaptación de la acción pastoral a las circunstancias específicas cada vez más claras del mundo urbano, y las expectativas que se originaron en las sociedades urbanas ejercieron una influencia considerable en los matices de la espiritualidad.

En el siglo XII Otón de Freising se sorprendía al ver en las autoridades urbanas de Italia «incluso artesanos que ejercen despreciables oficios mecánicos». En el siglo XV se los ennoblecen. Es fácil hallar, entre los siglos X y XV, la continuidad de una evolución sin corte ni ruptura. La diversificación de las élites urbanas va acompañada de una evolución progresiva de las bases de la identidad de las élites tanto urbanas como rurales. Es cierto que la elaboración por parte de los ciudadanos de una identidad cultural específica, sobre todo en Italia⁷¹ y en Alemania,⁷²

69. Vauchez, A. (1975), *La Spiritualité du Moyen Âge occidental VIII^e-XIII^e siècle*, París, 1994 (trad. cast.: *La espiritualidad del occidente medieval*, Madrid, Catedra, 1985).

70. Comblin, J., *Théologie de la ville*, París, 1968.

71. Bec, P., *op. cit.*

72. Monnet, P., *Les Rohrbach de Francfort. Pionniers, élégants et parvenus à l'aube de la Renaissance allemande*, Ginebra, 1997.

principalmente mediante la redacción de crónicas y memorias en las que se subrayaba el orgullo de pertenecer a una élite y a una ciudad, puede dar la impresión de ser un testimonio válido sólo para las ciudades. Pero no se dirá lo mismo de la promoción de los valores civiles. Su influencia terminará por extenderse mucho más allá de las sociedades urbanas hasta tal punto que se han llegado a considerar casos particulares aquellos donde esos valores civiles toparon en los «tiempos modernos» con límites infranqueables, como pasó, por ejemplo, en el reino de Nápoles o en el de Francia.⁷³ Pero incluso en esos casos, su particularidad se halla inserta en un marco común a toda la Europa latina. A comienzos de la Edad Media, la guerra es una actividad que pone de manifiesto la condición del hombre libre y que es inseparable de la noción de libertad. A finales de la Edad Media la guerra se concibe como una actividad destructiva, perjudicial al bien común y a la justicia, que no halla justificación ni legitimidad si no es bajo ciertas condiciones. Ése es el concepto que demuestra tener, por ejemplo, el rey de Francia Carlos VII al dirigirse en 1449 mediante una ordenanza a los habitantes de Lisieux, en Normandía, conquistada por sus tropas: «Como por el honor y reverencia de Dios nuestro creador, que encareció la paz entre los hombres de buena voluntad, mandó evitar la efusión de sangre humana y cristiana y restablecer la justicia, y para que el pueblo de este reino pueda vivir cada uno según su estado, es decir [...] los nobles y burgueses en sus heredades, derechos y prerrogativas [...] y los demás cada uno en su nivel, nos condescenderemos sólo bajo esa condición a proponer y a aceptar treguas». ⁷⁴

Lo mismo sucede con los vínculos entre los hombres. En la ciudad, sobre todo con el afianzamiento de la condición de asalariado como fenómeno de masas y la aparición de la vida asociativa, sus formas e incluso su misma esencia quedan profundamente modificadas. Las institucio-

73. F. J. Ruggiu señala con razón que «la lógica guerra de la monarquía» desempeña aquí un papel considerable: «La retórica que justificaba la renovación del segundo orden [la nobleza] se fundaba [...] en el principio del servicio armado y de la fidelidad a la monarquía. Esta mantuvo su vigencia hasta el reinado de Luis XVI, con lo que logró una unidad en la nobleza, que había ido cristalizando en torno a las carreras militares. Así pues, no hubo recomposición de las élites, sino, en ciertos aspectos, ruptura entre la nobleza y otras élites». Ruggiu, F. J., *Les élites et les villes moyennes en France et en Angleterre (XVII^e-XVIII^e siglo)*, París, 1997, págs. 106, 296.

74. Olfersstadt, N., *Discours et gestes de paix pendant la guerre de Cent Ans*, tesis doctoral, Universidad de París-I, 2001, t. 1, pág. 40, y t. 2, pág. 308.

nes sociales de origen ciudadano responden de forma inédita a necesidades también inéditas. La mayoría de esas instituciones perduran hasta la industrialización, e incluso algunas van mucho más lejos bajo formas hasta entonces desconocidas. Piénsese por ejemplo en el afán de competencia, que adquiere la forma de un culto por la titulación,⁷⁵ o en la inseguridad de la vida urbana que tiene necesidad de que las instituciones urbanas recurran a las operaciones de policía hasta que en el siglo XVIII la policía, en el sentido actual de la palabra, se convierte en una de las principales instituciones urbanas, cosa que sigue siendo en la actualidad.⁷⁶ Esas instituciones sociales tienen tanta o más influencia en el campo que el vasallaje, el feudo y los tipos de señorío que se conocen tuvieron en la ciudad.

Pero además manifiestan en el día a día de la vida urbana el carácter multifacético de los individuos, implicados en ámbitos de la acción social tan variados y heterogéneos como lo puede ser un ciudadano. «Cada hombre», escribía William James en 1890, posee tantos «yo» sociales como individuos hay que le conocen y que se forman una idea de él.» Esto se manifiesta claramente a finales de la Edad Media, por ejemplo con las actividades que los ciudadanos anteponen a la hora de presentarse. Pero éstas apenas agotan la realidad de lo que se supone que quieren decir: éste, que se presenta como sacerdote, es también notario; aquél, que dice ser comerciante de paños, es también peletero; un tercero, que dice ser peletero, lo es efectivamente, pero también es licenciado «en leyes» (en derecho civil); otro cualquiera, consejero en el parlamento (tribunal de apelaciones) del rey de Francia en París y noble, es también burgués y comerciante de paños, lleva él mismo un puesto en la feria —y no se dedicará quizás en las tardes de feria a estudiar sus libros de derecho?—; el abogado fiscal del duque de Borgoña es también comerciante y se presenta como administrador a los recaudadores de impuestos directos —y quizás lo es entre otras cosas—, y así centenares de ejemplos.⁷⁷ Cuando el estudio de las sociedades toma como punto de partida el estudio de destinos individuales, su complejidad salta a la vista inmediatamente de forma espectacular. Un mismo individuo puede ser a la

75. Kracauer, S. (1929), *Les Employés. Aperçus de l'Allemagne moderne*, París, 2001. Perivolaropoulou, N. y P. Despoix (comps.) *Culture de masse et modernité. Sigurd Kracauer, sociologue, critique, écrivain*, París, 2001.

76. L'Heuillet, H., *Basse Politique, haute police. Une approche historique et pluridisciplinaire de la police*, París, 2001.

77. Dutour, T., *Une société de l'honneur*, op. cit.

vez carpintero, tonelero, comerciar con su producción y la de otros, ocuparse de sus viñedos, cultivar algunas fincas en los campos cercanos y vigilar de cerca otras que tiene en régimen de aparcería, a la vez que tiene una esposa costurera o tejedora, un aprendiz de tonelería, otro de carpintería, y eso sin contar la aprendiza que tiene su mujer.

Capítulo 9

Ciudad, Edad Media y cambio social

La visión más corriente de la Edad Media durante mucho tiempo ha dejado poco espacio a las ciudades. Por ejemplo, Marc Bloch, al estudiar «los vínculos de hombre a hombre» en la segunda parte de su obra capital, *La sociedad feudal* (1939) analizaba uno tras otro: «los lazos de la sangre», «el vasallaje y el feudo» y «los vínculos de dependencia en las clases inferiores» (el señorío, la servidumbre y la libertad, las nuevas formas del régimen señorial).¹ Su obra era el testimonio de un interés orientado sobre todo hacia el campo.

Esas formas de considerarla se explican por la herencia de concepciones antiguas; el examen crítico de éstas pone de relieve el hecho de que los siglos medievales se caracterizan por un movimiento y que este es sobre todo el del desarrollo urbano. Captar por completo este último presupone un interrogante sobre el cambio social.

DESARROLLO URBANO Y EDAD MEDIA

La noción convencional de una «Edad Media» procede de una visión de la historia que no tiene en cuenta el desarrollo urbano. En esas condiciones, hablar de Edad Media sólo es posible con la condición

1. Bloch, M., *La Sociedad feudal*. París, 1939 (trad. cast.: *La sociedad feudal*, Trea Editores, Akal, 1987).

entre otras,² de definirla de otro modo, y por consiguiente de forma sucinta.

¿Oscura Edad Media o Edad Media luminosa?

La idea de Edad Media lleva consigo una visión de la evolución de la cultura europea, surgida en los siglos XV y XVI entre artistas y escritores, especialmente italianos y más en concreto florentinos. Forma parte integrante de una afirmación polémica basada en la convicción de un presente (los «Tiempos modernos») mejor en todos los sentidos que los siglos anteriores que sucedieron a la civilización de la Antigüedad. En el entusiasmo del descubrimiento de lo que se consideraba una liberación del espíritu, de la vuelta a las obras y a los principios de la Antigüedad, de la reforma de la Iglesia, esos escritores y artistas miraron con desprecio los siglos que les habían precedido inmediatamente. De ahí el descrédito con que se vio, a veces con mala fe,³ un período de la historia definida de forma negativa, en falso, como una edad del medio (*Èta di mezzo*), como un tiempo intermedio (*Moyen Âge, medium ævum, Middle Ages, Mittelalter*), como una separación entre dos períodos durante los cuales se desarrollaron grandes culturas. Ese descrédito se va consolidando con el tiempo. Así pues, la expresión «Edad Media», en su primer sentido, delimita un período que la define por lo que no es. Invita a no buscar más que los orígenes, necesariamente rodeados de oscuridad, y presentes sólo como esbozos: por ejemplo los del capitalismo, los de las sociedades burguesas o los de la democracia representativa. Esta herencia se pone en tela de juicio a partir del siglo XIX. Con el desarrollo de la erudición y después de los métodos científicos, y también con el incremento de las preocupaciones respecto a la construcción de una identidad nacional (los pensadores e investigadores alemanes del siglo XIX, por ejemplo, dedican una gran atención a la Edad

Media, explicable por el deseo de mostrar el verdadero valor de la contribución de los pueblos germánicos en la formación de Europa), los estereotipos antiguos finalmente se discutieron y después se rechazaron de forma más o menos rápida.

Pero sólo fue de forma parcial. Se sigue admitiendo —por comodidad o por costumbre, como ha observado Giuseppe Sergi⁴— no sólo la existencia de un período llamado «Edad Media», sino la delimitación cronológica de éste hecha en el Renacimiento.⁵ Se ha añadido simplemente al reparto de los tiempos pasados, habitual en el siglo XVI y utilizado, por ejemplo, por el historiador del arte Giorgio Vasari en 1550 (Antigüedad, Edad Media, Edad Moderna), lo que parece más moderno que la Edad Moderna: la Edad Contemporánea. De este modo, en la visión de las cosas más corrientemente admitida aún, la Edad Media comienza mal y termina bien porque desaparece. No podía ser de otro modo. Cualquier elección de límites cronológicos considerados significativos implica una visión de la evolución. En el hecho de conservar para delimitar la Edad Media, unos límites cronológicos justificados por una visión del período que todos los historiadores consideran nulo y sin valor hay una contradicción y de esa contradicción nace una confusión. Un examen del valor de esos límites cronológicos tradicionales de la Edad Media no elimina esa confusión. Inicio y fin de la Edad Media se determinan según el punto de vista que se adopte y de la región que se considere. No hay consenso entre los sabios sobre los límites cronológicos, pero lo más común es que consideren los tiempos que van del siglo XI al XIII como el centro de la Edad Media, porque son los únicos cuya atribución a los tiempos medievales parece indiscutible.

«¿Por qué motivos especiales —se preguntaba Marc Bloch— esta época del pasado ha merecido que se la separe de sus vecinas?»⁶ Plantear la cuestión es reconocer que la noción de Edad Media solo puede basarse en un contenido positivo. La historia de las sociedades urbanas ofrece ese contenido. El Imperio Romano constituye una civilización urbana que camina hacia el ocaso a partir del siglo III. Como ya hemos

2. Y finalmente Sergi, G., «L'idea di Medievo», *Storia medievale*, Roma, Manuelli Donzelli, 1999, págs. 3-41; trad. fr. *L'idée de Moyen Âge. Entre sens commun et pratique historique*, París, 2000 (trad. cast.: *La idea de Edad Media: entre el sentido común y la práctica histórica*, Barcelona, Crítica, 2001); Wagner, D. L., «The middleness of the Middle Ages: periodizing European history», *Essays in Medieval Studies*, vol. 5, 1988, págs. 33-42.

3. Jouanna, A., «Le temps de la Renaissance en France (vers 1470-1559)», en Jouanna, A., P. Hamon, D. Bologhi y G. Le Thiec, *La France de la Renaissance. Histoire et dictionnaire*, París, 2001, págs. 3-359.

4. Sergi, G. *L'idée de Moyen Âge*, op. cit., pag. 13.

5. Se puede señalar a este respecto la rareza en la producción reciente de los manuales que comienzan hacia el año 300 después de Cristo. Rosewater, B., *A Short History of the Middle Ages*, Peterborough, Ontario, 2002, es una excepción (cap. I hasta el año hacia el 600).

6. Bloch, M., *La Société féodale*, op. cit., pag. 10.

visto, con la primera gran ola de invasiones bárbaras las ciudades, a partir de los años 250-270, se rodean de fortificaciones y adquieren un aspecto nuevo: tienen murallas, son pequeños (*intra-muros*), su papel comercial queda reducido, los aristócratas las dejan cada vez más para vivir en el campo, el gran dominio rural se convierte en el marco esencial de la sociedad, la influencia política, social y económica de los medios ciudadanos se reduce a la vez que aumenta la de la aristocracia. La desaparición del tipo de urbanización y el ideal de vida civil propia de la Antigüedad romana clásica y la nueva situación social del Imperio indican en este sentido el comienzo de la Edad Media. Con razón Ferdinand Gregorovius comienza con la entrada en Roma en el año 403 del emperador Honorio, hijo de Teodosio, acompañado de su *magister militum*, el vándalo Estilicón, el primer volumen, publicado en 1859, de su monumental *Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter*.⁷ Entonces aparecen creaciones urbanas propias de la Edad Media: la ciudad episcopal, y después el movimiento de recuperación del esplendor urbano que comienza, según las regiones de que se trate, entre el siglo VIII y el X. También es en este tiempo, como señalamos en la introducción de este libro, cuando la civilización europea se convierte plenamente en una civilización urbana.

En este sentido la Edad Media dura hasta los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX, porque en esta época se producen cambios que afectan, con una intensidad sin parangón desde los siglos III-V, a los modos de organización de la vida humana y al concepto que los hombres se forman de ella. Comienza el conjunto de transformaciones llamado *a posteriori* «revolución industrial»; esas transformaciones se manifiestan a partir de la década de los años 1760 en Inglaterra. Con ellas la vida europea preindustrial, nacida en la Edad Media, va cediendo poco a poco el paso a la ciudad industrial, que procede infinitamente menos que la ciudad medieval de sus relaciones con un país interior, profundo y campesino,⁸ alcanza con frecuencia un tamaño antaño inimaginable y da lugar a la aparición de formas nuevas de relaciones entre los hombres. Al mismo tiempo un conjunto de cambios políticos halla una salida con el acta de fundación que viene a ser la declaración de independencia de Estados Unidos el 4 de julio de 1776 («Todos los hombres

7. Gregorovius, F., *Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter*, 1859-1866; trad. it.: *Storia di Roma nel Medioevo*, 6 vols., Roma, 1972

8. Le Goff, J., *Pour l'amour des villes. Entretiens avec Jean Lebrun*, Paris, 1997.

son creados iguales; son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; entre éstos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres los gobiernos, que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados; cuando quiera que una forma de gobierno se haga destructora de estos principios, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla e instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes de forma que a su juicio ofrecerá las mayores probabilidades de alcanzar su seguridad y felicidad»). De este modo las sociedades de tradición europea caminan hacia la desaparición de los poderes de derecho divino y la elaboración de un concepto común de la vida civil que admite en principio que todos los seres humanos tienen derechos naturales⁹ y que el reinado de la ley permite llevarlos a la práctica.

Una Edad Media que comienza en el siglo IV y termina a caballo entre los siglos XVII y XIX: ¿y por qué no? Por más que este punto de vista de la evolución¹⁰ no sea del dominio común, es el que hemos admitido implícitamente a lo largo de este libro. Tiene el mérito de no cargar de valor a ciertas rupturas que vendrían a ser como naufragios (del mundo antiguo), a ciertas discontinuidades (revolución feudal, urbana, comercial, etc.), a ciertos fines (de la Edad Media) o a retornos a una gloria pasada (ciertos renacimientos): subraya más bien el hecho de la continuidad de los géneros de una evolución caracterizada por una metamorfosis que convierte la civilización medieval en una civilización urbana, y después por una segunda metamorfosis que convierte esta civilización urbana en una civilización industrial. De este modo se desvanece la oscura Edad Media, *sicut nubes... quasi naves... velut umbra*¹¹ y aparece una Edad Media luminosa.

9. Fukuyama, F., *Our Posthuman Future. Consequences of the Biotechnology Revolution*, Nueva York, 2002, caps. 7, 8 y 9.

10. Esto ya lo han propuesto otros. «Para mí —escribe por ejemplo Jacques Le Goff en 1964—, el corazón de la Edad Media sigue estando situado en los tres siglos (más o menos) que van desde el año mil a la peste negra», pero añade: «Yo me sentiría más inclinado a restringir esa Edad Media dentro de una Edad Media que se extendería desde aproximadamente el siglo III hasta mediados más o menos del siglo XIX [...] Mi Edad Media se habría [...] claudado en la larga duración»; Le Goff, J., *La Civilización medieval*, París, 1994, págs. 3-4 (trad. cast.: *La civilización del Occidente medieval*, Barcelona, Paidós, 1996, pag. 1).

11. Job 8,9; 9,26, 14,2.

Sociedades medievales en movimiento

La evolución es lo esencial en ellas. Señalaremos algunos rasgos significativos.

Durante los siglos medievales, indisolublemente unido al desarrollo urbano que lo acompaña y muy pronta será su fuente de energía, se da un lento desplazamiento del centro de gravedad de Occidente, del Mediterráneo hacia el noroeste de Europa. Desde este punto de vista no existe adecuación entre la importancia política y económica de las diferentes regiones y la visión ideal del mundo que comparten los contemporáneos. El centro ideal del mundo conocido es el Mediterráneo (con Jerusalén, donde Cristo nació, vivió y murió; con Roma, donde Pedro halló el martirio, ciudad del sucesor de Pedro, el obispo universal; con Santiago de Compostela, donde están los restos del apóstol Santiago), pero social, política y económicamente el centro de Europa es una zona que incluye, evidentemente Italia, pero que no se limita a ella. Es una zona que va de Roma al mar del Norte por la Toscana, la Lombardía, la Renania, las comarcas del Mosa y del Escalda y la región de Flandes. En esa zona se hallan las redes urbanas más densas y las regiones más pobladas y más ricas, los centros de innovación artística, cultural y religiosa. Ese desplazamiento del centro de gravedad de Europa hacia el norte y el noroeste no se produce a costa del empobrecimiento o la depauperación de unas regiones en beneficio de otras, sino gracias a una expansión cuyas manifestaciones espectaculares aparecen en el siglo XIII: la actividad artesanal intensa y el poder de las ciudades entre el Somme y el Rin, el papel de las ferias de la Champaña, encuentro de mercaderes en un itinerario que une Flandes e Italia; el desarrollo y las empresas comerciales de las ciudades hanseáticas. Las sociedades medievales son sociedades en movimiento aunque no se consideren así.

Para comprobarlo basta una mirada de conjunto a ciertas evoluciones de la práctica de la fe cristiana durante los siglos medievales. Fueron cristianos¹² hasta en su concepto del poder.¹³ Sin embargo no lo fueron

12. Faïco, G. (1942). *La Sainte République romaine. Profil historique du Moyen Âge*, Paris, 1970.

13. Y de este modo prevalece una visión de la autoridad estrechamente unida a la certeza de que el hombre tiene un destino espiritual, que convierte al gobierno en una función al servicio de una concepción cristiana del hombre, que impone a los monarcas ciertas obligaciones, sobre todo la de reinar mediante la virtud; Sassier, Y., *Royauté et idéologie du Moyen Âge. Bas Empire, monde franc, France (IV-XII^e siècle)*, París, 2002, págs. 3 y 323.

de la misma forma antes y durante el desarrollo de las ciudades. La comparación del antes y del después permite hacerse una idea de la magnitud de la diferencia. Durante la Alta Edad Media se produce un desarrollo de la vida monástica que sitúa en el campo las fuerzas más dinámicas del cristianismo.¹⁴ Una de sus figuras más significativas es un personaje singular que llega a la Galia el año 590 acompañado de un grupo de discípulos: Columbano. Este monje irlandés, nacido hacia el año 540, viene del monasterio de Bangor, en el Ulster. A una edad ya avanzada y para hacer penitencia decide llevar en el continente una vida de peregrinación misionera. Su audiencia es considerable entre los aristócratas de la Galia del norte y del norte de Italia, a quienes propone un nuevo género de vida monástica y de ascetismo. La penitencia que propone Columbano es de una austeridad inédita fuera de Irlanda, penitencia que prepara a los hombres para un juicio individual de los actos de su existencia. El impulso que da a la vida monástica es considerable. Ahora bien, Columbano viene de un mundo sin ciudades: Irlanda se vio libre de la conquista romana y no conoció las ciudades. Se dirige a aristócratas que son propietarios de tierras y rurales cuyo papel en el encuadre religioso de las poblaciones es grande (porque controlan las iglesias fundadas por ellos mismos en sus dominios, las cuales se consideran bienes patrimoniales). Los monasterios que se fundan por su iniciativa o por la de sus discípulos con dotaciones ofrecidas por esos grandes propietarios son rurales, mientras que los que existían hasta entonces eran ciudadanos o se hallaban en los suburbios, lo mismo en la Galia (por ejemplo Saint-Germain-des-Prés, en París, fundado hacia el año 543 al fondo de los jardines del palacio del emperador Juliano)¹⁵ que en otras partes (por ejemplo en Roma donde, como se recordará, Gregorio Magno había transformado su casa familiar en monasterio). En la Galia del norte hay unos 200 monasterios hacia el año 600, pero hacia el año 700 son 520; en un siglo se fundan más de 300. Esos monasterios, ricos y dotados de inmensos dominios, se instalan en el campo donde contribuyen quizá más que los obispos a establecer el cristianismo. La vida según la regla consagrada a Dios, se hace rural en gran medida —dejando aparte el

14. Brown, P., *The Rise of Western Christianity. Triumph and Decay AD 300-800*, Oxford, 1996; trad. fr.: *L'essor du christianisme occidental. Triomphe et déclin 300-800*, París, 1997 (trad. cast.: *El primer milenio de la cristianidad. Barcelona, Crítica, 1997*).

15. Lehoux, F., *Le Bourg Saint-Germain des Prés depuis ses origines jusqu'à la fin de la guerre de Cent Ans*, París, 1951.

caso de los canónigos y sobre todo los de los cabildos catedralicios— hasta que el desarrollo urbano puso en tela de juicio las antiguas verdades sobre las que se apoyaron hombres como Rupert de Deutz. Después hubo que hacer frente a los nuevos problemas que planteaba la vida urbana a los hombres de Iglesia ansiosos de vida pastoral. No cabe duda de que el cambio se hacía necesario dado el desarrollo de las ciudades. Los hombres que respondieron a las necesidades que se hacían patentes entre las poblaciones ciudadanas y que promovieron ese cambio a caballo entre los siglos XII y XIII, Francisco de Asís y Domingo de Guzmán en particular, eran también ciudadanos. También los teólogos lo son cada vez con más frecuencia con el desarrollo de las escuelas urbanas a partir del siglo XII. Finalmente su doctrina, sobre todo con Tomás de Aquino, incluye la ciudad en su objetivo, se preocupa por los problemas relativos a la producción de bienes y al intercambio comercial, establece una reflexión sobre la naturaleza social del hombre que da sentido a su plena realización en la ciudad. Tomás de Aquino advierte que son tantas y tan diversas las necesidades del hombre que sólo la ciudad ofrece las actividades que puedan satisfacerlas; que el lenguaje humano es capaz de ponérse en contacto con los demás hombres para hablar de lo que puede ser la base de una vida en común, cuya mejor expresión es la ciudad.¹⁶

Con el desarrollo urbano (y a pesar de una concepción inmovilista y aristocrática de la jerarquía social compartida por los contemporáneos) nace también lo que se designa en la nomenclatura social de hoy en día con el nombre de «clases medias». En efecto, entre los pequeños y los grandes están todos los demás, y en la evolución de su nombre, de su destino y de su posición social se observan cambios considerables. Distingamos entre ellos, en primer lugar, a los ciudadanos y a los rurales. En los siglos IV y V el ocaso de las poblaciones ciudadanas con estatus de libres es manifiesto, desde el punto de vista tanto de su número como de su influencia social. En el campo no sucede lo mismo, ya que allí se pueden ver hombres que no son grandes propietarios, pero que tampoco son los aparceros de un señor, o que lo son sólo respecto de una parte de los bienes que poseen. Entre los aristócratas de primera fila, laicos o eclesiásticos, y los que obedecen a un señor, dependientes de todo género con un estatus jurídico no muy claro, colonos, siervos, esclavos, libertados, hay otros, las «clases medias», caracterizados por una servidumbre a medias y a la vez por una caballería de segundo orden y por la

16. Comblin, J., *Développement de la ville*, París, 1968, págs. 440-444.

indiferencia hacia estos criterios» (D. Barthélémy).¹⁷ Son mal conocidos (porque la documentación habla esencialmente de los grandes dominios de los reyes y de las grandes abadías),¹⁸ aunque lo son mejor en Italia que en otras partes,¹⁹ pero existen. Su dignidad social, su número, su peso en la vida económica son muy reales. Apenas existe equivalente en la ciudad. Si se busca en la Alta Edad Media algo comparable a lo que hoy en día llamamos «clases medias» sólo se encontrará en el campo. El desarrollo urbano ha modificado esta situación profundamente. Los ejércitos de artesanos que triunfaron ante los caballeros en Legnano en 1176 y en Courtrai en 1302 estaban compuestos por aquellos a quienes se designaba en los textos de los siglos X y XI como *mediocres* (distintos por esta razón de los *maiores* y los *minores*)²⁰ y en la Francia de finales de la Edad Media como *moyens*. Estos «medianos» son hombres instalados, independientes por sus medios de subsistencia, artesanos en su mayoría, ni ricos hasta el punto de distinguirse radicalmente del resto de la población, ni pobres hasta el punto de verse excluidos de ella, disfrutando de un reconocimiento social, empleadores de una multitud de obreros, de aprendices y de domésticos. En Francia el vocabulario social de la lengua vulgar recoge su existencia desde el siglo XIII, por ejemplo con Philippe de Beaumanoir que en el párrafo citado en el capítulo 2 distingue a los «medianos» del «común». Aquellos constituyen una novedad social de una importancia considerable que, sin lugar a dudas, no cabe separar del desarrollo urbano.

Éste ha sido también un elemento de transformación de instituciones sociales consideradas durante mucho tiempo características de la Edad Media: el señorío, por el que pasaron la mayoría de las personas, el vasallaje y el feudo, que fueron cosa de una minoría, los valores, normas sociales, maneras de comportamiento y formas de pensar asociadas

17. Barthélémy, D., «Nouvelle contribution au débat sur l'âge en France», en J. Pérez y S. Aguado Nieto (comps.), *Les Origines de la féodalité. Hommage à Claudio Sanchez Albornoz*, Madrid, 2000, págs. 85-105.

18. Barthélémy, D., «Le statut servile au premier âge féodal. Réflexions et questionnements», *Mélanges de l'Ecole française de Rome Moyen Âge*, n° 112, 2000, págs. 515-549.

19. Carocci, S., «El signori: il dibattito concettuale», *Societas, storia y cultura en la Alta Edad Media*, XXVIII Semana de Estudios Modernos, Ercilla 10-30 mayo 2001, Pamplona, 2002, págs. 147-181.

20. Cammarosano, P., «élites sociales et institutions politiques des villes libres en Italie de la fin du XIII^e siècle au début du XIV^e siècle», *Les élites urbaines au Moyen Âge. 1er congrès de la SIMES* (Roma, mai 1996), Roma y París, 1997, págs. 192-200.

con él y, sobre todo, lo que llamamos caballería.²¹ Tan pronto como los ciudadanos fueron accediendo a las élites y las ciudades se fueron convirtiendo en poder (es decir, en señoríos colectivos, en cuanto personas morales, como lo son por ejemplo las abadías), ciudadanos y ciudades participaron en estas formas de relaciones sociales. Y aunque éstas habían nacido en el campo y habían tenido su importancia durante mucho tiempo para los rurales, evolucionaron, con la participación de ciudadanos con intereses en el campo y de rurales que se convertían en urbanos, en el sentido indicado en los capítulos precedentes, llevando consigo ideales de los que las prácticas sociales ciudadanas se fueron alejando poco a poco, o que también, en función de éstas, se fueron reinterpretando, recomponiendo, modificando y a veces inventando. Otros modos de relaciones sociales fueron adquiriendo importancia al mismo tiempo. Los lazos nacidos del vasallaje son una forma entre otras de establecer clientelas.²² La historia de estas clientelas se caracteriza por la importancia de las relaciones de vasallaje, porque el vasallaje fijó, para uso de las élites, normas y costumbres de recomendación de sí mismo a otros. Pero también existieron otras normas y costumbres que no procedían del vasallaje, y además las normas y costumbres del vasallaje no afectaron a toda Europa. Por si fuera poco, las relaciones de vasallaje pierden poco a poco su importancia política a partir del siglo XII; entre ese momento y el del establecimiento de Estados administrativos en el siglo XVIII hay un tiempo —de los siglos XIII al XVII— en el que ciertas clientelas cuya formación y perpetuación nada tienen que ver con el vasallaje desempeñan un papel considerable.²³ Por todas estas razones sería preferible hablar de edad señorial que de tiempos feudales, ya que los po-

21. Dutour, T., «X^e-XIX^e siècles: féodalités et monarchies», *Encyclopédie Théma*, vol. 3, *Les hommes et leur histoire*, París, Larousse, 1990, págs. 308-309.

22. La clientela en Roma era una institución social y política que indicaba una relación de dependencia entre hombres de condición inferior y una *gens patricia*. Por analogía, la palabra designa por una parte la relación que se establece entre el protegido y la persona que le protege y por otra el conjunto de aquellos que se adhieren de alguna forma a la persona de un hombre con más poder que ellos para gozar de alguno de sus favores. Entendida de esta forma, también se aplica a los vínculos de dependencia en general por muy poco que éstos sean consentidos. Así pues, su sentido es muy amplio; el diccionario de Antoine Furetière, en el siglo XVII, ya señala que el término se aplica a los vasallos, a los domésticos y a las familias de los aristócratas.

23. Boushevain, J., *Friends of Friends*, Oxford, 1974 ; Cazelles, R., *Société politique, noblesse et couronne sous Jean le Bon et Charles V*, París, 1982; Durand, Y., *Les Solidarités dans les sociétés humaines*, París, 1987; Hicks, M., *Bastard Feudalism*, Londres y Nueva York, 1993.

deres locales de las élites no proceden de la concesión de feudos a cambio del homenaje de vasallo y son una realidad antes y durante los tiempos carolingios, aunque después se hagan más manifiestos, ciertamente, y queden bien consolidados. Por el contrario, el señorío continúa existiendo mucho tiempo después de que las relaciones feudales se hayan convertido en un simple modo entre otros de posesión de bienes. Vasallaje y ciudades mantienen una relación de circunstancias: las relaciones de vasallaje, el feudo, existen en la ciudad, y tanto más cuanto que es una aristocracia de origen rural quien más recurre a ellas. Señorío y ciudades mantienen una relación más estrecha, más capaz en este sentido de crear un rasgo característico de los tiempos medievales. La ciudad de los tiempos del crecimiento urbano, ya lo hemos dicho, además de otros, recibe del señorío un fuerte impulso a su desarrollo, ya que señorío y ciudades se desarrollan a la vez y respaldan reciprocamente su progreso.

A fin de cuentas, una de las confusiones que nos depara la noción de Edad Media heredada del pasado es la idea, anclaje a esa noción, de una especie de incompatibilidad de principio entre lo que define con mayor profundidad los tiempos medievales y la ciudad. Y ésa es una idea falsa. La Edad Media no es un estado estático de sociedades ancladas, la Edad Media es cambio.

DESARROLLO URBANO Y CAMBIO SOCIAL

La argumentación mantenida hasta ahora²⁴ implica una cierta mirada dirigida al cambio. Ésta se caracteriza por la atención al actor social, por el hecho de tener en cuenta las prácticas sociales, por la circunspección frente a las representaciones de los contemporáneos, de donde se deriva finalmente una forma de concebir la noción de evolución.

La atención al actor social

El interés por el actor social se ha visto fomentado desde la década de 1920 por una corriente del pensamiento sociológico formada en la

24. Dutour, T., «La fécondité d'un tournant historiographique. Perspectives d'analyse interactionnistes et histoire médiévale», en P. Laborier y D. Troux (comp.), *L'Économie et l'action publique. Activités pratiques et histoire des dispositifs publics. Actes du colloque*, 2000, París, 2002.

Universidad de Chicago en la que las sociedades urbanas han sido siempre el terreno privilegiado de las investigaciones.²⁵ Ésta coloca el acento en el estudio de la acción social y establece, como unidad concreta de observación de la realidad social, la relación entre dos individuos, es decir, la interacción que se produce por las relaciones que éstos mantienen. A partir de ahí, lo que los historiadores llaman corrientemente «sociedad» no se puede concebir más que como el conjunto de relaciones que existen entre los individuos que pertenecen a ella: no un conjunto de individuos, sino de actores sociales individuales vistos desde la perspectiva de las interacciones que les unen. En esa perspectiva, dichas interacciones se convierten en el objeto de la investigación. Según eso, estudiar una sociedad es observar el conjunto de marcas dejadas por la acción y las relaciones sociales de los individuos y obligarse a llevar a cabo, cuando la documentación lo permite, una reflexión sobre cada existencia social individual. Este concepto pone de manifiesto la necesidad de estudiar las estrategias de los actores sociales preguntándose por el sentido que tiene para ellos y para otro su acción, y la de reconstruir la incertidumbre de las situaciones reales. Eso equivale a estudiar el pasado en el presente,²⁶ implica rechazar cualquier visión lineal de una existencia social, admitir una causalidad probabilista, «escuchar lo que dicen los hombres de su vida social»²⁷ —*Die einfache Leute, die es nie sind*, dice Bertolt Brecht («La gente sencilla, que no lo es nunca»)—, preguntarse cómo se presentan los intereses mismos, tratando sobre todo de ajustar con mayor o menor éxito su identidad social al lugar que ocupan en la sociedad.

Eso es lo que hemos tratado de hacer. Hemos rechazado sobre todo el supuesto de la unidad de sentido de toda existencia social individual, supuesto indemostrable y simplificador.²⁸ De ahí se deduce la necesidad de tener en cuenta el carácter plural de los individuos. Éstos se hallan enfrentados en su existencia, sobre todo en la ciudad, a diversas expe-

25. Chapoulie, J. M., *La Tradition sociologique de Chicago 1892-1961*, Paris, 2001.

26. Levi, G., *L'Eredità immateriale. Carrera di un exorcista nel Piemonte del Seicento*, Turin, 1985, trad. fr. *Le Pouvoir au village. Histoire d'un exorciste dans le Piémont du XVII^e siècle*, Paris, 1989 (trad. cast. *La herencia inmaterial. la historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*, Guipúzcoa, Nerea, 1990).

27. Crouzet Pavan, E., *La Mort lente de Torcello. Histoire d'une cité disparue*, Paris, Favard, 1995, pag. 256.

28. Longa, S., *Soldats. Un laboratoire disciplinaire l'armée piémontaise au XVIII^e siècle*, Paris, 1991; Longa, S., «La biographie comme problème», en J. Revel (comp.), *Jeux d'échelle. La microanalyse à l'expérience*, Paris, Gallimard-Seuil, 1996, págs. 209-231, véanse los págs. 227-228; Kaufmann, J. C., *Ego. Pour une sociologie de l'individu*, Paris, 2001.

riencias y a papeles variados que les sitúan en contextos sociales distintos que les obligan a apelar a recursos culturales también variados, heterogéneos e incluso contradictorios.²⁹ Es necesario tener en cuenta la multiplicidad de sus actividades para captar por ejemplo el desarrollo de la vida asociativa característica de las ciudades medievales, o la complejidad con que se presenta en ellas el problema de la determinación de las posiciones sociales. Al ocupar cada individuo tantas posiciones y tantos roles sociales como grupos hay de los que forma parte, la posición social global es la síntesis de las posiciones que ocupa en diferentes contextos, niveles de actividad o grupos institucionalizados. Esta síntesis es en sí misma objeto de estudio porque, incluso cuando una posición particular se muestra como capital, la posición social global de un individuo no se identifica completamente con ella.³⁰

Admitirla es reconocer en la identidad individual una construcción cuyo resultado siempre es más o menos provisional. Es admitir también que no se puede definir a los individuos, de manera unidimensional, por su pertenencia a un grupo. En fin, es procurar no confundir grupos con categorías.³¹ Hemos procurado no presentar en este libro como grupos ciertas categorías de individuos (los nobles, los comerciantes, los burgueses, los siervos, los señores, los ricos, incluso los empleados de un Estado, etc.) y por lo tanto no hacer de esas categorías actores colectivos, independientes de los individuos que se supone que las forman.³²

29. Macioti, M. I. (1993), *Il Concetto di ruolo nel quadro della teoria sociologica generale*, 4th ed. rev., Roma y Bari, 1998.

30. Barthélémy, D., *La mutation de l'an Mil a-t-elle eu lieu? Servage et chevalerie dans la France des X^e et XI^e siècles*, Paris, 1997; Dutour, T., *Une société de l'bonheur. Les nobles et leur monde à Dijon à la fin du Moyen Âge*, Paris, 1998.

31. Von Hayek, F., *Scientism and the Study of Society*, Glencoe, 1952, trad. fr. *partiel: Scientisme et sciences sociales. Essai sur le mauvais usage de la raison*, Paris, 1953; Mongardini, C., *La Conoscenza sociologica*, t. I, *Concetti fondamentali*; t. II, *Epsistemologia e storia*; t. III, *Tecnic e ricerca empirica*, Roma, 1983; Schütz, A. (1953), «Sens commun et interprétation scientifique de l'action humaine», en A. Schütz, *Le Chercheur et le quotidien*, Paris, 1987.

32. Los grupos sociales existen en las interacciones efectivas, tienen a veces una capacidad de acción colectiva y pueden ser objeto de una observación directa. En cambio, una categoría es un conjunto de individuos concebido y creado por el investigador (o determinado por las representaciones de los contemporáneos), en el que los individuos presentan, desde un determinado punto de vista, ciertas características comunes. Ese es el caso, por ejemplo, del estrato social: es una categoría de personas que ocupan una posición análoga en una escala jerárquica formada por las características determinadas de una situación, como son los ingresos, el prestigio, el estilo de vida. Las categorías son herramientas descriptivas, formas de ordenar el investigador (o los contemporáneos) la complejidad social.

La atención a las prácticas sociales

La diferencia entre el comportamiento efectivo y el de los modelos culturales de comportamiento procede de esta forma de ver las cosas. Uno y otro son a veces contradictorios. La influencia de los modelos de comportamiento necesita que éstos puedan aplicarse a situaciones reales, y por lo tanto no sólo que los actores sociales puedan utilizarlos³³ sino también que quieran hacerlo.

Por lo tanto esas contradicciones son un dato permanente del análisis social. La cultura es un patrimonio de representaciones y de valores transmitidos por la lengua, los textos, la existencia social, que es al mismo tiempo memoria colectiva y fundamento de toda memoria colectiva, es decir, un conjunto diverso de representaciones (sobre todo de valores, modelos de comportamiento y rituales).³⁴ Este conjunto, lo mismo que un sistema coherente de significados, es un complejo en el que actúan (e interactúan) elementos heterogéneos y diferentes niveles de pertenencia.³⁵ En una situación social concreta, este conjunto —y las instituciones sociales en las que el mismo se puede concretar—³⁶ no constituye sólo para el individuo una recopilación de prescripciones de obligado cumplimiento, sino también un amplio abanico de recursos, un conjunto de formas simbólicas públicamente disponibles a través de las cuales los individuos expresan significados —dicho de otro modo, una caja de herramientas (*tool kit*)³⁷ en la que los actores sociales buscan, a veces eligen, o cuyos elementos combinan de forma distinta.³⁸

33. Blumer, H., «The methodological position of symbolic interactionism», en H. Blumer, *Symbolic Interactionism*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, 1969, pág. 87.

34. Offenstadt, N., *Discours et gestes de paix pendant la guerre de Cent Ans*, tesis doctoral, Universidad de París-I; Dutour, T., «L'élaboration, la publication et la diffusion de l'information à la fin du Moyen Âge (Bourgogne ducale, France royale)», *Le Cri au Moyen Âge Table ronde des 19 janvier 1999 et 29 février 2000*, París.

35. Geertz, C., *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, 1973 (trad. cast.: *Interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1988).

36. Dutour, T., «Le mariage, institution, enjeu et idéal dans la société urbaine. Le cas de Dijon à la fin du Moyen Âge», en J. Teyssot (comp.), *Le mariage au Moyen Âge. Colloque de Clermont-Ferrand, 3 mai 1997*, Montferrand, 1997, págs. 29-54.

37. Swidler, A., «Culture in action: symbols and strategies», *American Sociological Review*, vol. 51, n° 2, 1986.

38. Ellickson, R., *The Evolution of Social Norms. A Perspective from the Legal Academy*, Yale Law School Program for Studies in Law, Economics, and Public Policy, documento de trabajo n° 230, 1999.

Esta forma de proceder permite rechazar cualquier montaje de objetos de investigación que se puedan calificar de imaginarios, en cuanto contradicen o ignoran las prácticas sociales efectivas. Con ellos se llega a más de una conclusión.

La distancia crítica frente a las representaciones de los contemporáneos

También invitan a aceptar únicamente a título de inventario la percepción del mundo social transmitida por las representaciones de los contemporáneos. Éstos son un elemento constitutivo de su sociedad; ellos vivieron, pensaron y actuaron en función de la visión del mundo que admitían. Pero esas representaciones son también una opinión que ellos se formaron, y por lo tanto una teoría, que explica y justifica a la vez un estado social y transmite un punto de vista sobre su evolución; en ese sentido esa opinión puede inducirnos a error. Es una fuente para nuestro estudio y un objeto del mismo.³⁹ Considerarla como tal es procurarse el medio de comprender que cualquier representación de un ente colectivo es un reto, puesto que contribuye a corroborar la idea de su existencia y al mismo tiempo a definirlo.

La representación más difundida sin discusión alguna, y la que más influencia ha ejercido y sigue aún ejerciendo, es la de las ciudades y las categorías de hombres que las pueblan como otros tantos entes colectivos. Es una herencia de las formas de ver de los tiempos medievales, la herencia de las sociedades en las que ciertas ciudades autónomas, señores colectivos, producían relatos de su pasado, la herencia también de sociedades que trataban de representarse a sí mismas utilizando la metáfora de un cuerpo a cuya buena marcha contribuyen los órganos. Esas representaciones llevan siempre una cierta visión del cambio y de un pasado histórico (es decir, que excede la duración de una existencia individual y constituye un conjunto de imágenes del pasado retenidas como elementos significativos de una historia).⁴⁰ Así es como en Vene-

39. Von Hayek, F., *Scientisme et sciences sociales*, op. cit., págs. 49-63.

40. Jedlowski, P., *Memoria, experiencia e modernidad*, Milán, 1989; Luckmann, T., «Les temps vécus et leurs entrecroisement dans le cours de la vie quotidienne», en J. P. Heurtin y D. Trom (comp.), *Se référer au passé*, París, 1997, págs. 17-38 (*Revue des sciences sociales de politique*, n° 39).

cia, desde el momento en que aparece un relato que trata del pasado de la ciudad a comienzos del siglo XI, se inventa un pasado imaginario. En él se oculta el hecho de que Venecia es en la Edad Media una ciudad nueva y se omite lo que contradice a la lógica de la demostración.⁴¹ De igual modo en Italia y en Alemania, a finales de la Edad Media, se multiplican las crónicas de las ciudades, escritas en prosa, generalmente en lengua vulgar y no en latín. Éstas «desempeñan un papel decisivo en la formación de una conciencia cívica y de una memoria colectiva» en una época en que el incremento de los poderes territoriales es una amenaza para los poderes urbanos⁴² y se convierten en un elemento necesario de la acción política de las ciudades.

Lo mismo ocurre respecto de la representación de las categorías sociales (los burgueses y los nobles, que desempeñan en las ciudades un papel preeminente, son figuras sociales inventadas en la Edad Media), la de las categorías de la acción social (la noción de oficio adquirido mediante el aprendizaje, por ejemplo, es una creación medieval) y la del mundo urbano y el mundo rural. Existe un parentesco entre el sentido medieval de la palabra «burgués» y el sentido, general y un poco difuso, del término en la lengua de hoy en día (en ésta la palabra designa a quienes pueden sufragarse unas comodidades superiores a las de la media y no ejercen actividad manual alguna, aunque se definen por una relación al mundo al menos parcialmente basado en el trabajo). Este lejano parentesco explica por qué la historiografía contemporánea se permite con frecuencia hablar de burgueses refiriéndose a países que no conocieron el término en la Edad Media, Italia en concreto, cuando es un hecho que la burguesía medieval se distingue radicalmente de la burguesía contemporánea. En cuanto a la noción de oficio, se observa que en la lengua usual, un oficio es un oficio artesanal, por más que los diccionarios amplien un poco el sentido de la palabra. La palabra designa una «profesión de un arte mecánica» para el *Dictionnaire de l'Académie française* en el siglo XIX, y «cualquier profesión manual o mecánica» según el diccionario Larousse actual. El diccionario contemporáneo recurre de nuevo a la *gente mecánica* del discurso social medieval; añade que la palabra oficio designa también una «profesión cualquiera», pero para

41. Crouzet-Pavan, E., *La Mort lente de Torcello*, op. cit.

42. Chauz, G., «Coellen en kroyen boven allen steden schoyn. L'historiographie colonaise à la fin du Moyen Âge», en M. Bourin (comp.), *Villes, bonnes villes, cités et capitales*, Tours, 1989, págs. 315-322.

ilustrar el aserto no halla más que un ejemplo que remite al sentido antiguo de la palabra: «el oficio de ingeniero». Incluso hoy en día, en las lenguas latinas, jamás se dirá de un universitario, de un prefecto o de un médico que desempeñan un oficio, pero sí que se dirá de un artesano. En fin, en cuanto a la definición de la ciudad y del campo, los autores de los más prestigiosos diccionarios manifiestan durante bastante tiempo la convicción de que la superioridad del ciudadano sobre el hombre de campo es tan evidente que sería ridículo discutirlo. Por ejemplo, en el *Dictionnaire de l'Académie française*, hasta el siglo XIX, un pueblo es «un cierto número de casas campestres que sirven de morada a campesinos y que generalmente no están cerradas por ninguna clase de defensa común» (edición de 1694), un «lugar no cerrado con murallas, compuesto principalmente de casas de campesinos» (edición de 1835). Para precisar el sentido de la palabra, el ilustre (y ciudadano) diccionario cita algunos proverbios: «A gente de pueblo trompeta de madera» («para decir que la gente sencilla no necesita más que cosas proporcionadas a lo que ella es», edición de 1694); «para decir que a los ignorantes, a los zafios, les basta con cosas en consonancia con su estado, sus gustos y su inteligencia», edición de 1798), «este hombre es de su pueblo» («apenas tiene idea de lo que ocurre en el mundo», edición de 1835).

Hemos recibido de los tiempos medievales una representación de esas categorías; en ella se basa la que nosotros recibimos. Algunas realidades sociales de la Edad Media se perciben mal por culpa de esta herencia. Es difícil, por ejemplo, tener en la consideración que se merecen a los siervos ricos y bien considerados, a los campesinos inteligentes, respetables y respetados, a los artesanos instruidos, a los comerciantes tan cultivados como los graduados de la universidad, a los nobles burgueses de finales de la Edad Media.

Evolución y cambio social

Las exigencias del método expuestas anteriormente requieren también una reflexión sobre el cambio social. En efecto, la construcción de objetos de estudio imaginarios procede con frecuencia de la forma de concebir el tiempo y el cambio social, de la creencia en un tiempo lineal orientado según ciertos fines y de la convicción de que ciertos cambios sociales importantes se pueden explicar por causas simples claramente detectables. Esas formas de proceder constituyen maneras de ver las co-

sas, importantes para los fines de este libro: la definición convencional de la Edad Media procede de ellas, lo mismo que una cierta visión de la historia de las ciudades durante los siglos medievales.

Se ha caracterizado en primer lugar por una atención dirigida sobre todo a los siglos XI-XIII. Eso pudo llevar a creer que estos siglos estaban precedidos por un tiempo de preparación y que tras ellos hubo un tiempo de disturbios y de crisis. Por eso a veces se ha creído que lo verdaderamente importante en la Alta Edad Media era lo que precedía a los siglos XI-XII y daba la impresión de prepararlos.⁴³ En esta perspectiva se han definido durante mucho tiempo los siglos X y XI como época «pre-comunal» de la historia de las ciudades, sobre todo en la historiografía italiana. Bajo este punto de vista se estudian en ella sobre todo los inicios, los pródromos, los más tenues indicios del desarrollo futuro de las comunas, como si la única razón de considerar esos tiempos consistiera en que preceden a otros mucho más interesantes, en una evolución a la que se ve tácitamente como lineal y necesaria. En efecto, el acceso de muchos ciudadanos a la autonomía en la gestión de los asuntos de su ciudad y la forma que adopta esta autonomía con la aparición de las comunas llaman mucho la atención. El interés recae entonces en las ciudades y en las comunas, y se plantea una relación entre estos dos términos. Por venir el primero antes que el segundo cronológicamente, la relación se ve sobre todo como una evolución, y es entonces cuando se busca en el siglo X una sociedad e instituciones «precomunales».⁴⁴

A partir de ahí vienen las preguntas sobre los agentes del cambio. Se asigna el papel a ciertas categorías de individuos, delimitadas por razón de su actividad (el negocio ante todo, porque parece característico de las ciudades) y definidas como categorías sociales, mientras que a otras se las ve, al menos de forma implícita, como agentes, o testigos, del pa-

43. Por ejemplo Paolo Brezzi dedica un capítulo a las ciudades de los siglos V-VIII en el primero de los cuatro volúmenes de su obra sobre *La Civiltà del Medioevo europeo*. Ese capítulo, a pesar de su innegable interés, adolece de una atención del autor dirigida hacia lo que anuncia el desarrollo futuro de las comunas. Eso le lleva a conceder toda la importancia a los testimonios de la existencia de una «conciencia ciudadana» (sobre todo las asambleas de la población urbana) esencial desde su punto de vista porque, según él, «esa conciencia transforma un simple *habitatulum* en una *urbis*», pero a pasar por alto todo lo demás; Brezzi, P. *La Civiltà del Medioevo europeo*, vol. 1. *L'Urto delle civiltà nell'Alto Medioevo* (395-814), Roma, 1978, págs. 393-414.

44. Capitani, O., «Città e comuni», en G. Galasso (comp.), *Storia d'Italia*, vol. 4, O. Capitani y otros, *Comuni e signorie. Istituzioni, società e lotte per l'egemonia*, Turín, UTET, 1981, págs. 5-57.

sado. Se pone de relieve entonces el papel de aquellos a quienes se agrupa bajo la denominación de «burgueses». Se ha dicho muchas veces que el significado de la existencia de burgueses en la Edad Media se ha interpretado durante mucho tiempo en función de las preocupaciones del presente. Los historiadores europeos continentales del siglo XIX, impresionados por los acontecimientos de la Revolución francesa, consideraban que la burguesía encarna las novedades y los valores de la sociedad industrial y democrática nacida a finales del siglo XVIII y a comienzos del XIX. Siguiendo a éstos, nobleza y burguesía se han visto como dos entidades que no se pueden reducir la una a la otra y la segunda como una categoría social que ha disputado a los nobles la hegemonía social desde el siglo XI, primero en Italia y después en otras partes. Bajo este punto de vista, el movimiento comunal es el primer asalto de un largo combate entre la nobleza y una burguesía elevada a la categoría de actor colectivo nacido en la Edad Media de una historia que se supone tiene un sentido; la burguesía medieval habría sido un fermento de disolución de una sociedad aristocrática; se creyó que los burgueses eran ante todo comerciantes, por eso cuando colocaban su dinero en tierras y se convertían en nobles se habló de la «traición de los burgueses».⁴⁵ Esta visión de las cosas ya no es de recibo. En Italia lo mismo que en otras partes los nobles han desempeñado un papel esencial en el movimiento comunal ya sea dirigiéndolo (Italia) o, con frecuencia, participando simplemente en él (Francia). Nobleza y burguesía se entremezclan; los burgueses no son necesariamente comerciantes y no faltan nobles que practican el comercio. De hecho, la palabra «burgués» ni siquiera existe en el vocabulario italiano medieval (en el que la única palabra justa para designar los medios ciudadanos activos en la rama del comercio y de la producción de bienes es la de *popolo*). Pero la influencia de tales formas de ver las cosas ha sido profunda y duradera. Walter Prevenier y Marc Boone, por ejemplo, dicen que «desde hace muchas décadas los historiadores de los Países Bajos meridionales han ido en busca de la identidad de las ciudades de los Países Bajos [...]. Henri Pirenne, deslumbrado por los éxitos del joven Estado parlamentario belga de 1830 y por su innegable

45. Boone, M., «La terre, les hommes et les villes. Quelques considérations autour du thème de l'urbanisation des propriétaires terriens». *La Ville et la transmission des valeurs culturelles au Bas Moyen Âge et aux Temps modernes - Die Stadt und der Übertragung von kulturellen Werten im Spätmittelalter und die Neuzeit - Cities and the Transmission of Cultural Values in the Late Middle Ages and Early Modern Period. Actes - Aufsätze - Recursos*, Bruselas, 1996, págs. 153-173.

desarrollo económico, ha creído encontrar la esencia de la actividad política de las ciudades flamencas y brabanzonas de la Edad Media, precursora del parlamentarismo de su época, en su calidad de "antiguas democracias". Pirenne es autor también de una tesis según la cual la nación belga de 1830 sería el punto de llegada de un largo proceso que se remonta al Estado borgoñón del siglo XV, el cual a su vez sería una necesidad histórica.⁴⁶ Semejante tesis tiene muy poco que ver con el objetivo de la investigación histórica.

De igual modo en la historiografía, esta vez francesa, la producción relativa al tema de la historia del Estado llamado «moderno» se ha caracterizado por una visión evolucionista de las cosas que minimiza el peso de las ciudades en las sociedades políticas. Este tema procede de una pregunta que se formulaba en el siglo XIX, bien aceptada primero⁴⁷ y popularizada después.⁴⁸ Se supone que aparece un «Estado moderno» (aunque este postulado es cada vez menos de recibo para los especialistas de los «Tiempos modernos» porque «el régimen político de las sociedades del Antiguo Régimen se basaba en una pluralidad de poderes»)⁴⁹ y se trata de percibirlo en su nacimiento y en su primera evolución. Se ha observado que, en esta perspectiva, «la fuerza de la costumbre, la amplitud de las fuentes y una visión teleológica de las cosas conduce inevitablemente a concentrar la mirada en el devenir del Estado monárquico».⁵⁰ Por eso éste se llama corrientemente Estado a secas: en el contexto francés se entiende espontáneamente por «Estado» el poder central.

46. Prevenier, W. y M. Boone, «Le villes des Pays-Bas méridionaux au Bas Moyen Âge: identité urbaine et solidarités corporatives», *Bulletin du crédit communal*, n° 183, 1993, págs. 23-42, cita en pág. 25.

47. Guenée, B., «L'histoire de l'Etat en France à la fin du Moyen Âge vue par les historiens français depuis cent ans, essai d'un bilan», *Revue historique*, 1964, págs. 331-360 (reed. en *Politique et histoire au Moyen Âge Recueil d'articles sur l'histoire politique et l'histoire-géographie médiévales*, París, 1981); Strayer, J. R., *On the Medieval Origins of the Modern State*. Princeton University Press, 1970 (trad. cast.: *Sobre los orígenes medievales del Estado moderno*, Barcelona, Ariel, 1986).

48. Bois, G., *La Grande Dépression médiévale XIV^e-XV^e siècles. Le précédent d'une crise systémique*, París, 2000 (trad. cast.: *La gran depresión medieval, siglos XIV-XV: el precedente de una crisis sistemática*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001).

49. Castellano, J. L. y J. P. Dedieu (comps.), *Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de l'Ancien Régime*, París, 1998, CNRS Éditions, pág. 47.

50. Autrand, F., D. Barthélémy y P. Contamine, «L'espace français: histoire politique du début du XX^e siècle à la fin du XV^e siècle», en *Société des médiévistes de l'enseignement supérieur public, L'histoire médiévale en France. Bilan et perspectives*, París, 1991, págs. 101-123, véase sobre todo las págs. 112-114.

Sin embargo el Estado se encarna principalmente en tres realidades en el reino de Francia de finales de la Edad Media, y más ampliamente en Europa: el rey, los príncipes y las ciudades. Los poderes municipales en particular son uno de los elementos del Estado y, para los gobernados, una de sus caras. Su autonomía y la autoridad superior de poderes centrales (el rey o un príncipe, que no son ellos todo el Estado) no son cosas contradictorias en principio. Eso se olvida cuando se pronostica *a posteriori* que la ciudad está destinada a incorporarse a los cauces del Estado (cuando de hecho forma parte de él por el hecho de existir en cuanto colectividad autónoma y desde el momento en que existe como tal) o cuando se afirma que ciudades y príncipes tratan esencialmente de imitar un Estado central implícitamente presentado como Bien Soberano y fuente de todo progreso. En efecto, si puede haber competencia y conflicto entre los poderes en el Estado —como en Alemania y en el reino de Italia—, mostrar esta posible competencia como un conflicto entre el Estado y lo que es exterior a él equivale a ignorar la naturaleza de tales poderes.⁵¹ De este modo se ha hecho historia durante mucho tiempo de los poderes públicos diferentes del Estado central, sobre todo principados y ciudades, bajo el punto de vista no de la lógica interna de su desarrollo, sino de sus relaciones con el Estado central, vistas bajo el prisma de la colaboración o del conflicto. Por ejemplo, se ha estudiado la función de las ciudades en cuanto socias o relevantes, sobre todo a finales de la Edad Media,⁵² pero no solamente eso: sociólogos y politólogos que estudian el Estado contemporáneo aceptan espontáneamente como una evidencia la idea de que éste es el resultado de una «modernización». Sin embargo, como señala Y. Papadopoulos,⁵³ «hablar de apremios derivados de la modernización de las sociedades implica por regla general adoptar una postura evolucionista que conduce a ocultar las dimensiones de la complejidad social en el pasado, poniendo

51. Dutour, T., «La noblesse dijonnaise dans la seconde moitié du XV^e siècle vers 1350-vers 1410», en P. Contamine, T. Dutour y B. Schneb (comps.), *Commerce, finance et société (XIV^e-XVI^e siècles). Recueil de travaux d'histoire médiévale offert à M. le professeur Henn Dubois*, París, 1993, págs. 311-326; Dutour, T., *Une société de l'boom dans un temps*, Chevalier, B., *Tours ville royale (1356-1520). Origine et développement d'une capitale à la fin du Moyen Âge*, Lovaina, París y Bruselas-Nauvoo, 1975; Chevalier, B., *Les Bonnes Villes de France du XIV^e au XVII^e siècle*, París, 1982.

52. Chevalier, B., *Tours ville royale (1356-1520). Origine et développement d'une capitale à la fin du Moyen Âge*, Lovaina, París y Bruselas-Nauvoo, 1975; Chevalier, B., *Les Bonnes Villes de France du XIV^e au XVII^e siècle*, París, 1982.

53. Papadopoulos, Y., «Gouvernance et transformations de l'action publique quelques notes sur l'apport d'une perspective de sociologie historique», en P. Laborde y D. Tron (comps.), *L'Historicité de l'action publique. Activités prépubliques et bases des dispositifs publics*, Amiens 5-6 octubre 2000, París, 2002.

el acento, por oposición a la modernidad, en el aspecto monocromático de las sociedades del Antiguo Régimen». Pero la postura evolucionista, aplicada a otras épocas distintas de la nuestra, produce los mismos efectos: razonar en función de un Estado del siglo XVIII a quien se considera «moderno» conduce a eliminar la complejidad de los modos de funcionamiento de los poderes públicos en épocas anteriores. En capítulos anteriores hemos subrayado esta complejidad.

Parece preferible considerar por sí mismo todo el período que se estudia; ése es el camino que adopta la historiografía más actual, que no acepta los estancamientos de la historia de la ciudad-Estado⁵⁴ como el postulado del Estado moderno necesario, justo y bueno.⁵⁵ Eso no equivale a abstenerse de buscar en ese sentido respuestas a interrogantes sobre el período siguiente, pero si a negarse a considerarlo en función de éstas. Permitirse esa búsqueda conduce fácilmente a subestimar la complejidad del cambio social. Pesamos aquí en las explicaciones que hacen comenzar todo en un momento dado (sea cual fuere), bien determinado e identificable. Esta forma de proceder ha llevado a veces a asignar causas determinantes a ciertas evoluciones, a concederles un peso considerable y a ver en ellas la explicación de cambios extraordinarios, origen de convocatorias. Con frecuencia cualquier organización del razonamiento halla necesariamente su punto de partida en el siglo XI, incluso en el siglo XII. Eso corrobora implícitamente la idea de que todo comienza entonces (incluso si el discurso utilizado, más matizado que la distribución de los capítulos, explica de pasada que no es ése el caso) incluso cuando se trata de analizar evoluciones de larga duración en las que no ha habido interrupción alguna.⁵⁶ Ahora bien, el concepto de cambio social

54. Crozat Pavan, E., *Sopra le acque salte. Espaces, pouvoir et société à Venise à la fin du Moyen Âge*, 2 vols., Roma, 1992.

55. Boone, M., *Gent en Bourgondische hertogen ca 1384-ca 1453. Een sociaal politieke studie van een staatswarmingproces*, Turnhout, 1990.

56. Sorprende sobre todo en lo que respecta a la historia demográfica. Así, para poner un ejemplo, la notable *Histoire de la population française* dirigida por J. Dupâquier, en su tomo 1, *Des origines à la Renaissance*, señaló un marco cronológico a los autores que aceptaron contribuir en ella. Ese cuadro distingue «Alta Edad Media» (capítulo 3) y «Desarrollo medieval» (capítulo 4); eso equivale a sobreentender que el segundo es posterior a la primera. Pero, al tratar del desarrollo medieval, el eminentemente especialista de la demografía que es H. Dubois no tiene para nada en cuenta el marco que se le ha señalado y se remonta sin titubear al siglo VI; ya hemos visto en el capítulo 4 de este libro, donde le hemos citado con ese motivo, que tiene toda la razón para hacerlo. En fin, cuando se llega al capítulo titulado «El crecimiento urbano», su subtítulo, «Siglos XII-XIV», tiende a hacernos creer que si hay un crecimiento urbano antes de la década de 1100 ni siquiera vale la pena citarlo. Sin embargo,

como un proceso contrariado, obligado a hallar una explicación en causas bien definidas y el punto de vista teleológico van con frecuencia unidos.

Tales formas de ver las cosas explican quizás por qué muchas interpretaciones de la expansión económica de los siglos centrales de la Edad Media se apoyan en la oposición del mundo rural (señores y arrendatarios) y el mundo urbano (comerciantes, actividades de intercambio comercial, la aparición de comunidades políticas consideradas extrañas a las realidades señoriales). Esta oposición, explícita o con frecuencia implícita, ha llevado a los estudiosos en el pasado —Henri Pirenne por ejemplo, por la década de los años 1920— a establecer una equivalencia entre sociedades agrarias e inmovilidad y sociedades urbanas y movimiento, desarrollo e innovación. Semejante visión general de las cosas es exacta en sus principios, pero su utilización en el plano de la enunciación de algo general no puede ser suficiente para explicar un caso determinado; y su aplicación sin matices puede dar origen a contrastes. Entonces la ciudad aparece como una novedad (que lo es ciertamente, pero sólo en parte), como el producto del desarrollo del comercio a gran escala (cuando es sobre todo, como hemos señalado, el producto del desarrollo del campo), en fin, como una especie de revolución: cosa que no es. Estos puntos de vista han ejercido una influencia considerable.

Más recientemente, sobre todo con los trabajos de Georges Duby,⁵⁷ se ha revalorizado el papel capital de la expansión agraria desde el siglo VII y el de ese establecimiento de los señoríos territoriales que vive una etapa en el siglo XI. Desde este punto de vista, la articulación del campo y de la ciudad se percibe infinitamente mejor y es una inapreciable aportación de la investigación de los treinta o cuarenta últimos años. Pero el papel de la ciudad pasa entonces al segundo plano y se termina pensando que «la ciudad de antes de 1200 es un cuerpo extraño, un quiste, una malformación en la sociedad medieval y hay que estudiarla

el autor del capítulo escribe que «el desarrollo de las ciudades ya se venía notando desde la segunda mitad del siglo X», es decir, ciento cincuenta años antes de lo indicado por el subtítulo del capítulo; Dupâquier, J. (comp.), *Histoire de la population française*, t. 1, *Des origines à la Renaissance*, Paris, 1988.

57. Duby, G., *Guerreros y campesinos VII-XII siglos. Premier essai de l'économie européenne*, París, 1973 (trad. cast.: *Guerreros y campesinos: desarrollo social de la economía europea (500-1200)*, Madrid, Siglo XXI, 1992).

como el feudalismo o el oro, es decir, como una excepción. Sea cual fuere el papel que haya podido desempeñar después de 1300, o incluso un poco antes como espejo del mundo, no deja de ser un escándalo en la sociedad del orden, una anomalía en la economía "feudal", un foco de perturbación en la obra divina. Sin embargo existe, cual Hércules en la infancia: no hay más remedio que hablar de ella» (R. Fossier).⁵⁸ En esta perspectiva la ciudad medieval aparece como un fenómeno perturbador; la cronología de su aparición es comparable, por más que finalmente se desarrolle en torno al año 1000;⁵⁹ cuando hay un comienzo tiene que haber un final. En este libro hemos tratado de subrayar el hecho de que la ciudad medieval no es un fenómeno perturbador, de que no hay motivos para dar mayor importancia a lo que sucede en torno al año 1000 que a lo que sucede antes o después, y de que se debe considerar cualquier período en función de lo que le precede y le acompaña, pero nunca de lo que le sigue. En fin, que el cambio social es una propiedad permanente de la existencia de las sociedades.

Esta última afirmación nos lleva aún a liberarnos de un legado de las representaciones del mundo elaboradas en los tiempos medievales: el legado de las concepciones estáticas, incluso fijistas de la sociedad, que consideran la inmutabilidad como el estado social normal de las sociedades ordenadas y el cambio como algo que procede de una dimensión especial de la explicación. Tales concepciones —que no manifiestan una propiedad de la realidad, sino una forma de representársela— dicen que cualquier evolución es una contingencia, y como tal poco digna de interés, o un enigma que hay que dilucidar. Pero hay muy poca distancia entre el enigma y la anomalía, la perturbación, la mutación o la revolución.

En la perspectiva en la que se sitúa este libro se ha definido la Edad Media como la época del segundo movimiento de urbanización que afectó a las sociedades de la Europa latina. Se ha caracterizado este movimiento como continuo, endógeno, espontáneo, movido por anónimos espontáneamente oscuros cuya labor es digna de toda la atención posible —como escribía san Pablo, *si minor loquitur, maior taceat*.⁶⁰ Hemos

observado no rupturas sino una diversificación de formas de la libertad y de la dependencia (con el establecimiento de jerarquías sociales propias de las ciudades, caracterizadas por la importancia del artesano y del salariado, y el desarrollo de asociaciones voluntarias), de valores sociales (con nuevas concepciones de la superioridad social), de normas de comportamiento, de formas de concebir aspectos importantes de la vida social (la forma de practicar y de vivir la fe, de satisfacer la necesidad de saber y por lo tanto de la enseñanza), de la reflexión sobre la legitimidad y los fines del poder (que halla en las experiencias urbanas una fuente de su desarrollo), y de formas de captar el fenómeno urbano (que en la acción pastoral de los hombres de Iglesia va de la sospecha y del rechazo al reto pastoral asumido y realizado). En esta diversificación, con mucha frecuencia lo nuevo no hace desaparecer lo antiguo, pero se une a ello de forma distinta en cada momento que se considere.

⁵⁸ Fossier, R., *Enfance de l'Europe. Aspects économiques et sociaux*, t. 2, *Structures et problèmes*, París, 1982 pag. 980.

⁵⁹ Fossier, R., «Discours de M. Robert Fossier, président de la Société d'histoire de France en 2000», *Annuaire-bulletin de la Société de l'histoire de France, année 2000*, París, 2002, págs. 3-9, véase sobre todo la pág. 8.

⁶⁰ Primera Epístola a los Corintios, 14,30.

Conclusión: Desarrollo urbano y urbanización

Ya he llegado al otoño de las ideas
y hay que utilizar la pala y los rastrillos
para atropar de nuevo las tierras inundadas
donde el agua cava enormes agujeros como tumbas.

CHARLES BAUDELAIRE

¡Oh noches! ni la claridad desierta de mi lámpara
sobre el papel vacío que defiende la blancura...

STÉPHANE MALLARMÉ

Los tiempos medievales, y después los industriales, experimentan una evolución social que transforma un mundo rural en un conjunto de sociedades de las que la ciudad es el horizonte. En 1500 la Europa latina cuenta con 154 ciudades con 10.000 habitantes por lo menos.¹ El desarrollo urbano tiende a ejercer una influencia sobre una parte, primera mínima y durante mucho tiempo limitada pero constantemente creciente, de las actividades sociales, de las poblaciones y de los espacios que éstas ocupan. Esta influencia, su crecimiento y los mecanismos de su generalización sólo se pueden percibir con la condición de ver la ciudad como un fenómeno social. Cualquier ciudad considerada en particular es un lugar en el que se concentran los hombres en un espacio restringido y más o menos delimitado, lo que hace que se distinga del campo. Pero la ciudad de los tiempos medievales e industriales constituye un hecho social que tiende a darse por todas partes. Al preguntarle una vez a Jean Cocteau por los problemas de la vida urbana, propuso

1. Blackman, W., «Voracious states and obstructing cities. An aspect of state formation in preindustrial Europe», *Theory and Society*, nº 18, 1989, págs. 733-755.

para resolverlos que se hicieran las ciudades en el campo: jocosa propuesta, pero nada nueva, porque ya se ponía en práctica en la Edad Media. La distinción entre ciudad y campo no es la única útil para la comprensión de la evolución a la que hemos consagrado este libro, ya que el estudio de lo que ocurre en la ciudad no podía ser su objeto exclusivo.

Este objeto es a la vez un movimiento y la dimensión urbana de las actividades sociales. Vamos a intentar percibir uno y otra.

EL MOVIMIENTO DEL DESARROLLO URBANO

La ciudad es una forma de interdependencia entre los hombres cuya aparición ha sido posible gracias a la difusión de la agricultura sedentaria.² Después de Fustel de Coulanges,³ diversos autores han puesto de relieve que las primeras ciudades, hasta las de la Antigüedad, han sido ciudades del poder. La existencia de un poder organizado sobre una base territorial permite la recogida de los excedentes de producción que garantizan la subsistencia de las ciudades. Éstas, lugares donde tienen lugar ritos y liturgias, logran su subsistencia gracias a una dominación simbólica y material cuya sede son ellas mismas.⁴ Son ante todo, en el plano que llamamos económico, lugares de consumo en los que la producción de bienes y el comercio libre desempeñan un papel secundario.⁵ Sin ignorar la parte de caricatura que ocultan simplificaciones de este género, hay que admitir que la ciudad romana del siglo III es una ciudad del poder. Es un centro político y administrativo. Obtiene sus medios de subsistencia de un impuesto directo del Estado establecido sobre los bienes raíces, que grava ante todo a la agricultura y financia un aparato militar que absorbe las tres cuartas partes de los gastos del Estado.⁶ Su peso económico se mide por su importancia como lugar de resi-

2. Childe, V. G., «The urban revolution», *The Town Planning Review*, vol. 21, nº 1, 1950, págs. 3-17.

3. Fustel de Coulanges, N. D., *La Cité antique*, París, 1864 (trad. cast.: *La ciudad antigua*, Barcelona, Edicions 62, 1984).

4. Wheatley, P., *The Pivot of the Four Quarters*, Edimburgo, 1971 (para la civilización china).

5. Finley, M. I., *L'Économie antique*, París, 1975.

6. Shaw, B., «War and violence», en G. W. Bowerstock, P. Brown y O. Grabar, *Interpreting Late Antiquity. Essays on the Postclassical World*, Cambridge y Londres, 2001, págs. 130-169.

dencia de los propietarios terratenientes. El caso de Roma, con toda su exageración, es un ejemplo de este funcionamiento: desde hace mucho tiempo se la define como una ciudad parásita. La población romana recibe partidas gratuitas de trigo o de pan procedentes no de los intercambios entre la ciudad y los campos del interior, sino del envío, organizado por el Estado, de grano procedente de regiones sometidas a diversas formas de tributo (Sicilia, Egipto, África del norte). Entre los siglos III y V según las regiones que habían pertenecido al Imperio, este impuesto sobre los bienes raíces deja de llegar, y los efectivos de la población romana se derrumban. A partir de entonces, las relaciones que mantienen las ciudades con el campo de sus alrededores son completamente distintas.

Efectivamente, la existencia de las ciudades ya no queda garantizada por un acto de coacción, sino por la residencia en la ciudad de los propietarios de las tierras que continúan viviendo en ella (el obispo, su clero, ciertas instituciones eclesiásticas), por intercambios comerciales libres y finalmente por un consenso sobre la necesidad de la ciudad. La fuerza de este consenso es considerable; donde no existía, en los primeros tiempos la ciudad desapareció (en Inglaterra) o no llegó a aparecer (en Irlanda). Pero es especialmente claro en Italia, donde las élites continúan urbanizadas y las élites lombardas se urbanizan. También se puede de apreciar en otros lugares: jamás ha pensado nadie en poner en tela de juicio el hecho patente de la residencia urbana de los obispos. En los tiempos carolingios se manifiesta de diversas formas, como ya hemos explicado en el capítulo 2. Ese consenso hace por completo de la ciudad de la Alta Edad Media una ciudad medieval y no una forma degenerada de la ciudad antigua. Digámoslo sencillamente: la ciudad romana existe porque el Estado romano la impone; la ciudad medieval existe porque sin que nadie la imponga (aparte de una herencia que fue aceptada pero que podía haber sido rechazada). El análisis que se proponía este libro tiene su punto de arranque en esta constatación. En cierto modo sucede lo mismo respecto del Estado. El Estado romano recauda, por medio de la coacción, unos impuestos que financian un ejército permanente; los grandes terratenientes obtienen de sus posesiones prestigio, influencia y poder. El Estado, sin el impuesto sobre los bienes raíces, vive «de lo suyo», como se dice en el reino de Francia en el siglo XIII (es decir, de lo que el rey, el príncipe o el potentado tienen de su propiedad) y la propiedad de tierras ya no es un medio de obtener el poder, ya que más o menos esa propiedad es directamente el poder. En

esas condiciones, como ha observado Chris Wickham, cualquier poder público depende del consenso de quienes pueden apoyarlo, o dicho de otro modo, de los propietarios terratenientes, que forman la aristocracia de las sociedades de la Alta Edad Media.⁷ Ese consenso, desde Carlos Martel, hizo la fortuna de los carolingios, que lograron establecerla, y el final de esa fortuna fue también el suyo.

El desarrollo urbano que se manifiesta a partir de los siglos VII-IX se produce en este marco. Procede de la combinación de la expansión demográfica con el desarrollo agrario y con el desarrollo de la producción artesanal y de los intercambios comerciales mantenidos a escala del mundo de entonces. Directamente unido al desarrollo de la economía rural y por lo tanto a las iniciativas de los campesinos, logra sin duda un gran impulso con la transformación gradual de la gran propiedad rural en señorío. Desde los siglos IX-X la variedad de la Europa urbana es muy grande. Al lado de ciudades antiguas (cuya permanencia se explica ante todo por su papel de sede de la diócesis y lugar de residencia del obispo) se consolidan otras ciudades nuevas. Éstas se muestran ante todo como mercados locales, regionales, incluso interregionales y a veces internacionales, con esos puertos del mar del Norte que unen el comercio frísico con ciertas ciudades costeras de Italia como Venecia. Los estrechos lazos mantenidos por estas ciudades con su campo circundante del interior es impresionante: es un apoyo local y agrario que explica en parte su desarrollo.

Y lo será aún más cuando la aristocracia, a partir del siglo IX, comience a deshacerse del dominio del poder carolingio. La adquisición de cargos hereditarios por parte de los responsables de los lugares fortificados y el establecimiento de lugares fortificados nuevos amplían el radio de acción de las aristocracias locales en el contexto de una expansión agraria de la que salen beneficiados también los campesinos. La realidad del poder se ejerce cada vez más a escala local, con el señorío de bienes raíces y el señorío territorial. Esta evolución constituye un nuevo impulso al desarrollo urbano: favorece la expansión agraria, el desarrollo o la creación de centros locales de intercambio comercial y de producción artesanal de interés local y revaloriza el papel de centro que desempeñan las conglomeraciones para un territorio, que se convierten, sobre

7. Wickham, C., *Early Medieval Italy. Central Power and Local Society 400-1000*, Macmillan Press, 1981; trad. it.: *L'Italia nel primo Medioevo. Potere centrale e società locale (400-1000)*, Milán, 1982.

todo, en uno de los lugares de encuentro de las élites. La evolución fomenta igualmente la aparición de colectividades urbanas, que se definen como tales en un diálogo con el señor y que, tras salir de los poderes locales, se convierten a su vez en poderes.

Entonces, hacia el siglo XII, un poco antes o un poco después según los lugares, mientras que las ciudades nuevas continúan multiplicándose, una intensificación del crecimiento que es la causa del desarrollo urbano y a la vez su consecuencia (y que manifiesta en el campo la influencia de las iniciativas urbanas y del capital ciudadano) comienza a dar señales de que el impulso al crecimiento ya no procede solamente del campo sino también de las ciudades. Así pues, la urbanización de la Europa latina sobrepasa un umbral que, considerado *a posteriori*, parece ser irreversible. El crecimiento demográfico de una ciudad, de un conjunto de ciudades, de las ciudades de un país o incluso de toda Europa puede quedar en entredicho por un accidente demográfico. Eso se produce en el siglo XIV cuando el desarrollo demográfico tiene que enfrentarse a un límite infranqueable de las condiciones económicas y técnicas que experimenta por entonces la producción agrícola y que van sucediéndose, lo que Edouard Perroy había llamado «las crisis del siglo XIV».⁸ No obstante, la urbanización, en cuanto hecho social, ya no puede quedar afectada. Cuando después del siglo XIII apenas se fundan ya ciudades nuevas hasta los tiempos industriales, cuando la población de Europa, tras haber retrocedido ampliamente en el siglo XIV, no recupera sus efectivos de antes de la crisis hasta el siglo XVI, la urbanización, en cuanto hecho social, continúa adelante.

LA DIMENSIÓN URBANA DE LAS ACTIVIDADES SOCIALES

Así pues, la dimensión urbana de las actividades sociales llama tanto más la atención cuanto que las manifestaciones del desarrollo urbano son bien patentes. Esta dimensión se puede percibir de dos formas.

Cabe dentro de lo posible separar y después reunir ciertos rasgos generales cuyo conjunto esboza el retrato ideal de una ciudad medieval que represente una especie de tipo estadísticamente medio, que no ha

8. Perroy, E., «À l'origine d'une économie contractée: les crises du XIV^e siècle», *Annales: Économie, sociétés, civilisations*, vol. 4, 1949, págs. 165-182; red. en Perroy, E., *Etudes d'histoire médiévale*, París, 1979, págs. 395-410.

existido en ninguna parte, pero que está construido basándose en la observación de las ciudades del siglo XII y de los siglos posteriores. Su utilidad es doble: permite dejar patentes ciertas características de la ciudad medieval que, vinculadas a su misma naturaleza, la constituyen como ciudad y también permite subrayar rasgos relacionados con las condiciones del desarrollo de las ciudades. Hagámoslo. En la ciudad medieval media, la proporción de la población que vive de la producción de bienes artesanales y del intercambio comercial es claramente superior a la que se puede hallar en las aldeas y en los burgos, y tanto más importante cuanto mayor es la ciudad. Esta población, móvil, se compone en su mayoría de inmigrados llegados del campo. Las élites son heterogéneas. La clientela del poder señorial local, compuesta con frecuencia de vasallos, es el punto de partida, al que hay que añadir todo lo que permite hallar la variedad de posibilidades de enriquecimiento y de ascenso social que ofrece la ciudad. El negocio tiene aquí un lugar importante, sobre todo en las regiones más urbanizadas, a las que ven los contemporáneos, para decirlo con palabras de Philippe de Commynes hablando de los antiguos Países Bajos en el siglo XV, como «tierras de promesas».⁹ La vida asociativa está muy desarrollada y la primera asociación es la de los ciudadanos de pleno derecho, tomados en su conjunto, que los establece como colectividad. La ciudad, en cuanto colectividad, está dotada de prerrogativas más o menos amplias; a veces los ciudadanos se contentan con su autonomía y a veces intentan llevar a su ciudad por los derroteros del poder territorial. En cualquier caso, la ciudad goza por lo general de un régimen jurídico distinto del régimen jurídico del campo y constituye, en razón de las necesidades particulares de su población, consagrada a las actividades de producción de bienes manufacturados, de negocio y de prestación de servicios, el lugar idóneo para la elaboración de nuevas ramas del derecho. Quienes participan en el funcionamiento del poder ciudadano tienen la impresión de que éste constituye un poder público. Los poderes urbanos consolidan su vocación de precuparse por el bien común, primero en Italia, donde ciertos hombres dotados de una sólida cultura jurídica (jueces, notarios) ven en la ciudad episcopal un poder muy capaz de ejercer una autoridad sobre el condado del que ella era el centro (*contado* procede de la palabra latina

9. Boone, M., «Elites urbaines, noblesse d'état: bourgeois et nobles dans la société des Pays-Bas bourguignons (principalement en Flandre et Brabant)», en J. Paviot (comp.), *Le ber amicorum Raphaël de Smedt*, Lovaina, 2001, págs. 61-85, cita en pág. 63.

comitatus, condado) y después en otras partes. Ciertos individuos pertenecientes a diversos medios ciudadanos expresan un sentimiento de pertenencia a la comunidad ciudadana, sentimiento que desean mantener, reforzar o incluso crear. Se apoya en una representación de los orígenes de la ciudad (a veces muy independiente de la realidad de los hechos: Venecia es un caso típico),¹⁰ en la participación a la vida cívica, en construcciones que para los habitantes llevan consigo la memoria de un pasado («una memoria depositada en las piedras», dice con bella expresión Joseph Comblin),¹¹ en la frecuentación de lugares donde se produce el contacto físico de los ciudadanos entre ellos y de ellos con los lugares, contacto que renueva el sentimiento de pertenencia a la ciudad (la catedral, las plazas y lugares de reunión o los itinerarios de las procesiones, por ejemplo). En el siglo XII va adquiriendo forma una cultura con rasgos propios, entre los que se halla el de tener que satisfacer las necesidades de los laicos,¹² y entonces las instituciones de enseñanza experimentan en la ciudad su mayor desarrollo.

Muchas obras consagradas a la ciudad medieval analizan este retrato introduciendo matices y diferencias en el transcurso de los capítulos, por ejemplo el notable trabajo de Marino Berengo, que abarca los siglos XII-XVIII.¹³ No obstante, tal procedimiento, si abandona el cuidado de la narración para ir a su conclusión lógica, desemboca en la creación de tipos ideales de ciudades, como había hecho Max Weber y con el mismo resultado: multiplicar los tipos ideales para dar cuenta de la diversidad urbana, insistir en lo que distingue la ciudad del campo y terminar por considerar que, de entre todos esos tipos ideales, uno de ellos es el que mejor da cuenta de la originalidad del fenómeno estudiado. El tipo ideal, que en principio es un elemento de análisis y nada más que eso, se convierte entonces en el modelo de una plena realización de lo que no ha existido más que como esbozo.¹⁴

10. Crouzet-Pavan, E., *La Mort lente de Tonello. Histoire d'une cité disparue*. París, Fayard, 1995.

11. Comblin, J., *Théologie de la ville*, París, 1968, pag. 293.

12. Prevenier, W., «Court and city culture in the low countries from 1100 to 1350», en E. Kooper (comp.), *Medieval Dutch Literature in its European Context*, Cambridge, 1994, págs. 11-29.

13. Berengo, M., *L'Europa delle città. Il ruolo della società urbana europea tra Medioevo ed Età moderna*, Turín, 1999.

14. Weber, M., «Die Stadt», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 1921, trad. en M. Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, Tübingen, 1967; trad. fr.: *La Ville*, París, 1982 (trad. cast.: *La ciudad*, Madrid, Ediciones de la Pequeña, 1987).

Y puesto que la utilidad del retrato tiene sus límites, es preferible intentar captar un movimiento, considerando la dimensión urbana de las actividades sociales sin limitarse al examen de las ciudades. El despliegue del desarrollo urbano y la acumulación de sus efectos influyen en el mundo en el que se producen, el cual, lentamente, va cambiando como por efecto de pequeñas pinceladas. De entre estos cambios subrayemos los que permiten situar el desarrollo medieval dentro de una evolución de mayor calado.

El desarrollo de los poderes públicos, que se manifiesta a partir del siglo XII, es primero el desarrollo de poderes locales, y entre ellos, los que manifiestan mayores ambiciones hallan sus medios de acción más firmes en su incardinación local. Las ciudades figuran entre esos poderes locales. Ellas son las receptoras de las nuevas formas de consenso ante los poderes reales y principescos que se están elaborando. En ese sentido, si se quieren ver en esto creaciones que conducen al Estado de hoy en día, hay que subrayar que el Estado parte de abajo. Su poder procede del consenso de quienes gozan de un poder local, entre los que se encuentran las ciudades. Éstas son a la vez poder (con frecuencia), plataforma administrativa (siempre), grupo de presión (siempre), fuente principal de la riqueza del príncipe, lugar donde se elaboran conceptos de la vida civil y reglas de derecho, y también lugar de formación de administradores en las escuelas y en los gobiernos urbanos. El desarrollo urbano facilitó de muchas maneras el desarrollo de los grandes poderes territoriales.¹⁵ Ésa es la razón de por qué los reyes, los príncipes y las ciudades son las principales fuerzas políticas a finales de la Edad Media y por qué es inconcebible, después del siglo XII,¹⁶ la reunión de asambleas representativas de los países sin invitar a las ciudades a que envíen también ellas sus representantes. Y en el condado de Flandes, con un grado de desarrollo económico y de urbanización sin parangón, las ciudades no se reúnen por la convocatoria del príncipe: lo hacen por su propia autoridad y se presentan como las portavoces de la población en su conjunto.¹⁷

El peso y la influencia cada vez mayor de las élites urbanas dentro y fuera de las ciudades van unidos, como hemos dicho, no sólo a su diver-

¹⁵ Blockmans, W., *op. cit.*

¹⁶ Guérard, B., *L'Occident aux XIV^e et XV^e siècles. Les États*, París, 1971, págs. 245-251.

¹⁷ Provost, W. y M. Boone, «Les villes des Pays-Bas méridionaux au Bas Moyen Âge: identité urbaine et solidarités corporatives», *Bulletin du crédit communal*, n.º 183, 1993, págs. 29-42.

sificación, sino también a la de las élites sociales en general, y a una evolución de las bases de su identidad. Las élites, desde el comienzo hasta el final de la Edad Media, se definen siempre en su discurso como la expresión de lo que la sociedad engendra de más preciado. Su definición evoluciona a medida que se van promocionando los valores civiles. Eso muestra a la vez su diversificación (la nobleza no es la única forma de eminencia social y, por lo demás, la forma de concebirla también evoluciona) y un cambio profundo de los valores sociales. Al comienzo de la Edad Media casi se puede decir que la tierra lo es todo; al final, la ciudad quizás no lo es todo, pero en las élites ya no hay carrera ni vida social que pueda evitarla. En los siglos VI, VII y VIII, la libertad, el ejercicio de la guerra y la posesión de la tierra y de los derechos sobre los hombres que viven en ella definen y delimitan la eminencia social. En las leyes del rey Liutprando, en el siglo VIII, se utilizan los términos de «soldado», «proprietario» (de tierra) y de «hombre libre» como equivalentes y de significado parecido.¹⁸ En el siglo XIII, en ciertas regiones, el doctorado en derecho equivale a nobleza: a quien es doctor en derecho se le tiene por noble, y en Francia se le conoce con la bonita expresión de «señor en leyes». Este cambio supone la revalorización de conductas, de modos de vida, de tipos de hombres y de criterios del valor social (la habilidad sobre todo) cuya aparición está intimamente unida al desarrollo urbano y al de instituciones sociales capaces de responder a las necesidades de las poblaciones ciudadanas. Estas instituciones sociales responden efectivamente a las necesidades de los ciudadanos, pero en un mundo urbano que los rurales freqüentan cada vez más, y responden igualmente a una necesidad que habiendo nacido en la ciudad se manifiesta mucho más allá de ella. Las escuelas urbanas, por ejemplo, reclutan sus efectivos en un radio que cada vez se extiende más hacia el campo. Pedro Abelardo (1079-1142), hijo de un señor, había nacido y crecido en el campo antes de ir buscando, de ciudad en ciudad, las enseñanzas de los maestros más famosos para terminar enseñando él mismo en París. Este ciudadano era un urbano.

De este modo, el afianzamiento de la ciudad en una entremezcla cada vez mayor de los mundos rural y urbano lleva necesariamente a ciudadanos y rurales a mantener continuas relaciones. A veces se hace difícil distinguir a unos y a otros. Pero es que estamos estudiando un mundo en el que los rurales freqüentan la ciudad y en el que los ciudadanos

¹⁸ Wickham, C., *L'Italia nel primo Medioevo*, *op. cit.*, pág. 99.

tienen intereses en el campo, es decir, un mundo complejo desde este punto de vista. Esta misma complejidad obliga a no tomar al pie de la letra las definiciones claras del ciudadano y del rural que nos ofrecen las reglamentaciones urbanas o las opiniones convencionales sobre el mundo rural que a los ciudadanos les gusta difundir. Es un mundo en el que se encuentran ciudadanos a tiempo parcial. En Vendôme hacia el año 1000, si los guardias del castillo, con su mes anual de guardia, son sin lugar a dudas rurales en una proporción de 11/12, al menos son también, de manera indiscutible, ciudadanos en la proporción de 1/12. Su existencia llama la atención sobre el hecho de que si durante los tiempos medievales los ciudadanos continúan estando cerca de la tierra, los rurales se van acercando a la ciudad. Por lo tanto, oponer los rurales a un mundo urbano que conocen y que frecuentan sería artificial; olvidar que los ciudadanos tienen generalmente un pie en el campo y otro en la ciudad no lo sería menos. Por esta razón hemos analizado ciertos perfiles sociales (sobre todo el de la nobleza de segundo rango, que no posee señoríos territoriales, vive como vasallo de los grandes y de la que están poblados los castillos hasta el siglo XII), caracterizados por intereses sucesivamente más ciudadanos y después rurales, o a la inversa. Así pues, nos vemos obligados a insistir, como los especialistas de otras regiones del mundo caracterizadas en otros tiempos por una urbanización importante en la que ciudad y campo se distinguen pero mantienen estrechas relaciones,¹⁹ en el hecho de que uno no es un ciudadano o un rural, ya que esos dos términos no designan realidades capaces de definir la esencia de los seres. Se es más lo uno o más lo otro, pero a veces ora lo uno ora lo otro. Un ciudadano es una persona que vive en la ciudad, nos dicen los diccionarios: pero una persona que habita en la ciudad puede no haber habitado toda su vida en ella, sus allegados pueden vivir en el campo, ella misma puede tener intereses en él, o habitar en la ciudad sólo una parte del año.

Una mirada de conjunto sobre los tiempos medievales pone de manifiesto la importancia del desarrollo urbano que representa para ellos el mayor factor de unidad, el desarrollo de la inagotable complejidad de la vida social vinculada al desarrollo de las ciudades, y el papel capital, para la sociedad en su conjunto, del tipo de relaciones mantenidas entre ciudad y campo. Esas relaciones, en los tiempos industriales, cambiaron

19. Southall, A. (comp.), *Social Change in Modern Africa*, Londres, 1961; Banton, M. (comp.), *The Social Anthropology of Complex Societies*, Londres, 1966.

completamente en dos o tres siglos. En el siglo XVII aparecen algunas grandes ciudades cuya población sobrepasa los 500.000 habitantes (París, Londres). Aunque excepcionales en ese tiempo, estas ciudades se multiplican en los siglos siguientes, reagrupando una parte cada vez mayor de las poblaciones urbanas. En estas ciudades, el vínculo de los hombres con la tierra se va distendiendo: aumenta la parte de la inmigración de origen lejano o muy lejano hasta el punto de que, en ciertos casos (piénsese en Estados Unidos y en ciudades como Chicago), la ciudad crea su propio campo del extrarradio o del interior en la misma o mayor medida que se alimenta de él.

Cuando se llega a este punto, la Edad Media ha terminado sin discusión alguna; el espectáculo de la urbanización del mundo comienza a suscitar tal interés que la pregunta sobre las ciudades viene a ser uno de los campos privilegiados del trabajo de los estudiosos. Uno se imagina entonces que los tiempos industriales lo inventaron todo, que lo crearon todo y que antes la vida era bien sencilla (sobre todo la sociología quedó afectada por esta ilusión). Su llegada se convierte en una ruptura, en una revolución —una más, ésta más importante que las demás—. Se comulga con una opinión que Arnaud de Ratisbona expresaba hacia el año 1030, en su tiempo muy minoritaria: «No sólo es menester que lo nuevo cambie lo antiguo, sino que si lo antiguo carece de orden hay que suprimirlo por completo, y si está conforme con el orden que se desea, pero ya apenas es útil, hay que enterrarlo con todo respeto».²⁰

Así pues, enterremos con todo respeto la Edad Media, pero tengamos mucho cuidado de estudiarla sin definirla como punto de llegada o como comienzo, porque fue un movimiento. Eso es lo que, con todas sus deficiencias puesto que

el arte es largo y el tiempo corto (C. Baudelaire)

ha tratado de hacer este módico ensayo.

20. Citado por Geary, P., *Phantoms of Remembrance*, Princeton, 1994, pag. 8.

Bibliografía

La bibliografía se compone de obras citadas al menos una vez.

- Alexandre-Bidon, D. y D. Lett, *Les Enfants au Moyen Âge Ve-XVe siècles*, París, 1997.
- Alibert, D., *Les Carolingiens et leurs images. Iconographie et idéologie*, tesis doctoral, París, Universidad de París-Sorbona, 1994.
- Alston, R., «Urban population in Late Roman Egypt and the end of the Ancient World», en W. Scheidel (comp.), *Debating Roman Demography: Mnemosyne Supplement 211...*, Leiden, 2001, págs. 161-204.
- Amselle, J. L., *Logiques métisses: Anthropologie de l'identité en Afrique et ailleurs*, París, Payot, 1990.
- Andreolli, B., V. Fumagalli y M. Montanari (comps.), *Le Campagne italiana prima e dopo il mille: Una società in trasformazione*, Bolonia, 1985.
- Arizaga Bolumburu, B., «Formation et évolution du tissu urbain dans le Pays basque: l'exemple du Guipuzcoa», en N. Coulet y O. Guyotjeannin (comps.), *La Ville au Moyen Âge. Actes du 120e congrès national des sociétés historiques et scientifiques*, 1995, Aix-en-Provence y París, 1995, págs. 41-50.
- Antifoni, E., «Città e comuni», *Storia medievale*, Roma, Manuali Donzelli, 1999, págs. 363-386.
- Aubert, G., «La noblesse et la ville au XVIII^e siècle: Réflexions à partir du cas rennais», *Histoire urbaine*, n° 4, 2001, págs. 127-149
- Autrand, F., D. Barthélémy y P. Contamine, «L'espace français: histoire

- politique du début du XV^e siècle à la fin du XV^e siècle», en Société des médiévistes de l'enseignement supérieur public, *L'Histoire médiévale en France. Réalis et perspectives*, Paris, 1991, págs. 101-125.
- Bauch, P., *De Jéricho à Mexico. Villes et économie dans l'histoire*, Paris, 1985.
- Balmelle, C., *Les Demeures aristocratiques d'Aquitaine. Société et culture de l'Antiquité tardive dans le sud ouest de la Gaule*, Burdeos y Paris, 2001.
- Banton, M. (comp.), *The Social Anthropology of Complex Societies*, Londres, 1966.
- Barber, M. W. (comp.), *European Towns*, Londres, Nueva York y San Francisco, 1977.
- Barnet, C., «Une ville provençale et sa campagne au XIV^e siècle. Toulon, les noblesses et leur clientèles» en N. Coulet y O. Guyotjeannin (comp.), *La Ville au Moyen Âge. Actes du 12th congrès national des sociétés historiques et scientifiques*, 1993, Aix en Provence y Paris, 1995, págs. 233-245.
- Bartolomé, D., *L'Ordre seigneurial XI^e-XIV^e siècle*, Paris, 1990.
- , «Dominations cheftaines de l'an mil», en R. Delort (comp.), *La France de l'an mil*, Paris, 1990, págs. 101-112.
- , «La Société dans le comté de Vendôme de l'an mil au XIV^e siècle», Paris, 1993.
- , *La mutation de l'an Mil a-t-elle eu lieu? Servage et chevalerie dans la France des X^e et XI^e siècles*, Paris, 1997.
- , «Le statut servile au premier âge féodal. Réflexions et questions», en *Mélanges de l'Ecole française de Rome. Moyen Âge*, n° 112, 2000, págs. 535-549.
- , «Nouvelle contribution au débat sur l'an mil en France», en J. Pérez y S. Aguado Nieto (comp.), *Les Origines de la féodalité. Hommage à Claudio Sanchez Albornoz*, Madrid, 2000, págs. 85-105.
- Benard, B., «L'évêque dans la cité en Gaule aux VI^e-VII^e siècles», en C. Le-pelley (comp.), *La Fin de la cité antique et les débuts de la cité médiévale. De la fin du III^e siècle à l'avènement de Charlemagne*, Bari, 1996, págs. 127-145.
- Becchi, L. y D. Julia (comp.), *Histoire de l'enfance en Occident*, t. I, *De l'Antiquité au XVII^e siècle*, Paris, 1998.
- Benevento, L., *La Città nella storia d'Europa*, Bari, 1996 (trad. cast.: *La ciudad europea*, Barcelona, Crítica, 1993).
- Berenguer, M., *La Europa delle città. Il volto della società urbana europea tra Medioevo ed Età moderna*, Turín, 1999.

- Bertini Guidetti, S. (comp.), *Jacopo da Varagine. Cronaca della vita di Gesù dalle origini al 1297*, Génova, 1999.
- Biddle, M. y D. Hill, «Late Saxon planned towns», *Archaeological Journal*, n° 51, 1971, págs. 70-85.
- Black, R., *Humanism and Education in Medieval and Renaissance Italy. Tradition and Innovation in Latin Schools from the Twelfth to the Fifteenth Century*, Cambridge, 2001.
- Blockmann, W., «Virtual cities and abstracting cities. An aspect of city formation in preindustrial Europe», *Theory and Society*, n° 18, 1989, págs. 733-755.
- Blumer, H., «The methodological position of symbolic interactionism», en H. Blumer, *Symbolic Interactionism. Englewood Cliffs*, New Jersey, Prentice Hall, 1969.
- Bois, G., *La Grande Dépression médiévale XIV^e-XV^e siècle. Le point de vue d'une crise systémique*, Paris, 2000 (trad. cast.: *La gran depresión medieval, siglos XIV-XV. el pensamiento de una crisis sistémica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001).
- Bossevain, J., *Friends of Friends*, Oxford, 1974.
- Bonnassie, P., *La Catalogne des milles du VI^e siècle à la fin du XII^e siècle. Renaissance et mutations d'une société*, Toulouse, 2 vols., 1973-1974 (trad. cast.: *Cataluña mil años atrás siglos XI-XII*, Barcelona, Edicions 62, 1990).
- , *Les Cinquante Mots clefs de l'espagnol médiéval*, Toulouse, 1981 (trad. cast.: *Vocabulario básico de la historia medieval*, Barcelona, 1991).
- , «D'une servitude à l'autre. Les peuples de l'ouest (VI^e-XII^e s.)», en R. Delort (comp.), *La France de l'an mil*, Paris, 1990, págs. 125-140.
- Bonvesin della Rivara, *De magnitudibus Mundi et Universi. Monographia et Historia. Texto crítico, traducción y notas a cargo de Pedro Chacón*, Vilna, 1996.
- Boone, M., *Gens et de Bourgondie. Bretagne de 1284 à 1471. Essai sur l'ordre politico-social sous ces deux monarques*, Toulouse, 1996.
- , «Les gens de métiers à l'époque médiévale à Genève et les corps professionnels (1310-1450)», en M. Boone + M. Poulin (comp.), *Sociedad, ciudadanos, estados corporativos et ciudades medievales. Estudios en honor a Juan José Gómez de la Fuente* (12-14 octubre 1993), Leiden-Apeldoorn, 1996, págs. 21-47.
- , «La terre, les hommes et les villes. Quelques contributions autour du thème de l'urbanisation des provinces asturianas. La Ville et à transmission des valeurs culturales en las provincias Asturianas

- dernes - *Die Städte und die Übertragung von kulturellen Werten im Spätmittelalter und die Neuzeit - Cities and the Transmission of Cultural Values in the Late Middle Ages and Early Modern Period, Actes - Abhandlungen - Records*, Bruselas, 1996, págs. 153-173.
- , «Élites urbaines, noblesse d'état: bourgeois et nobles dans la société des Pays-Bas bourguignons (principalement en Flandre et en Brabant)», en J. Paviot (comp.), *Liber amicorum Raphaël de Smedt*, Lovaina, 2001, págs. 61-85.
- Bordier, M. H., *Philippe de Remi, sire de Beaumanoir*, 2 vols., París, 1869-1873.
- Bordone, R. y J. Jarnut (comps.), *L'Evoluzione delle città italiane nell'XI secolo*, Bolonia, 1988.
- Bortolotti, L., *Siena*, Bari, Laterza, col. «Le città nella storia d'Italia», 1988.
- Boudet, J. P., A. Guerreau-Jalabert y M. Sot, *Histoire culturelle de la France*, t. I, *Le Moyen Âge*, París, 1997.
- Bougard, F., «Trésors et mobilia italiens du Haut Moyen Âge», en J. P. Caillet (comp.), *Les Trésors de sanctuaires, de l'Antiquité à l'époque romane* (Centre de Recherches sur l'Antiquité tardive et le Haut Moyen Âge, Cahier VII), Nanterre, 1996, págs. 161-197.
- , «Les palais royaux et impériaux de l'Italie carolingienne et ottonienne», en A. Renoux (comp.), *Palais royaux et princiers au Moyen Âge. Actes du colloque international tenu au Mans les 6, 7 et 8 octobre 1994*, Le Mans, Publications de l'université du Maine, 1996, págs. 181-196.
- Bourdieu, P., *Questions de sociologie*, París, 1984.
- , «L'illusion biographique», en *Actes de la recherche en sciences sociales*, vols. 62-63, 1986, págs. 69-72.
- Bourilly, V. L. y R. Busquet, *La Provence au Moyen Âge. Histoire politique. L'Église. Les institutions*, París, 1924.
- Bourin-Derruau, M., *Villages médiévaux en Bas-Languedoc (X^e-XIX^e siècles)*, París, 1987.
- Boutruche, R., *Seigneurie et féodalité*, t. I, *Le Premier Âge des liens d'homme à homme*, París, 1968 (trad. cast.: *Señorío y feudalismo*, vol. 1, *Los vínculos de dependencia*, Madrid, Siglo XXI, 1973).
- Braudel, F., *L'identité de la France. Espace et histoire*, París, 1990 (trad. cast.: *La identidad en Francia*, vol. 1, *El espacio y la historia*, Barcelona, Gedisa, 1993).
- Brechon, F., «Le réseau urbain en Cévennes et en Vivarais», en N. Coulet y O. Guyotjeannin (comps.), *La Ville au Moyen Âge. Actes du 120^e congrès national des sociétés historiques et scientifiques*, 1995, Aix-en-Provence y París, 1995, págs. 265-277.
- Brezzi, P., *La Civiltà del Medioevo europeo*, vol. 1, *L'Urto delle civiltà nell'Alto Medioevo (395-814)*, Roma, 1978.
- Brogliolo, G. P. y B. Ward-Perkins (comps.), *The Idea and Ideal of the Town between Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Leiden, Brill, 1999.
- Brown, P., *The Rise of Western Christendom. Triumph and Diversity, AD 200-1000*, Oxford, 1997; trad. fr.: *L'Essor du christianisme occidental. Triomphe et diversité 200-1000*, París, 1997 (trad. cast.: *El primer milenio de la cristianidad*, Barcelona, Crítica, 1997).
- Brown, W., *Unjust Seizure. Conflict, Interest and Authority in an Early Medieval Society*, Ithaca, Nueva York, 2001.
- Brühl, C. y C. Violante, *Die «Honorable civitatis Papie». Transkription, Edition, Kommentar*, Colonia y Viena, 1983.
- Bührer-Thierry, G., «De saint Germain de Paris à saint Ulrich d'Augsbourg: l'évêque du haut Moyen Âge, garant de l'intégrité de sa cité», en P. Boucheron y J. Chiffolleau (comps.), *Religion et société urbaine au Moyen Âge. Études offertes à Jean-Louis Biget par ses anciens élèves*, París, 2000, págs. 29-41.
- Camille, M., *Mirror in Parchment. The Luttrell Psalter and the Making of Medieval England*, Chicago, 1998.
- Cammarosano, P., «Le strutture feudali nell'evoluzione dell'Occidente mediterraneo: note su un colloquio internazionale», *Studi medievali*, n.º 22, 1981, págs. 837-870.
- , «Feudo e proprietà nel Medioevo toscano», *Nobiltà e ceti dirigenti in Toscana nei secoli XI-XII. Strutture e concetti. Atti del IV convegno, Firenze 12 dicembre 1981*, Florencia, 1982.
- , «Élites sociales et institutions politiques des villes libres en Italie de la fin du XII^e siècle au début du XIV^e siècle», *Les Élites urbaines au Moyen Âge: 27^e congrès de la SHMES (Rome, mai 1996)*, Roma y París, 1997, págs. 192-200.
- , *Nobili e re. L'Italia politica nell'Alto Medioevo*, Roma y Bari, 1998.
- , *Storia dell'Italia medievale dal VI all'XI secolo*, Roma y Bari, 2001.
- Capitaní, O., «Henri Pirenne: le città del Medioevo», en O. Capitaní, *Medioevo passato prossimo*, Bolonia, 1979, págs. 103-144.
- , «Città e comuni», en G. Galasso (comp.), *Storia d'Italia*, vol. 4, O. Capitaní, Bologna, 1996.

- pitani y otros. *Comuni e signorie: istituzioni, società e lotte per l'egemonia*, Turín, UTET, 1981, págs. 5-57.
- . *Storia dell'Italia medievale 410-1216*, Bari, Laterca, 1986.
- Cardini, F., *Europa e Islam. Storia di un malinteso*, Roma y Bari, 2000 (trad. cast.: *Nosotros y el Islam: historia de un malentendido*, Barcelona, Crítica, 2002).
- Carocci, S., «Signori, castelli, feudi», en *Storia medievale*, Roma, Manuali Donzelli, 1999, págs. 247-267.
- , «I signori: il dibattito concettuale», en *Señores, siervos y vasallos en la Alta Edad Media, XXVIII Semana de Estudios Medievales, Estella 16-20 julio 2001*, Pamplona, 2002, págs. 147-181.
- Carpentier, E. y M. Le Mené, *La France du XI^e au XV^e siècle: population, société, économie*, París, 1996.
- Castellano, J. L. y J. P. Dedieu (comps.), *Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de l'Ancien Régime*, París, CNRS Éditions, 1998.
- Castelnuovo, G., «Quels offices, quels officiers? L'administration en Savoie au milieu du XV^e siècle», *Études savoisiennes*, vol. II, 1993, págs. 3-43.
- , *Ufficiali e gentiluomini: la società politica sabauda nel tardo Medioevo*, Milán, 1994.
- Cazelles, R., *Société politique, noblesse et couronne sous Jean le Bon et Charles V*, París, 1982.
- Cecchelli, C., «Continuità storica di Roma antica nell'Alto Medioevo», *Città nell'Alto Medioevo (Settimane di studio del centro italiano di studi sull'Alto Medioevo, VI)*, Espoleto, 1959, págs. 89-150.
- Chaix, G., «Coellen eyn kroyn boven allen steden schoyn. L'historiographie colonaise à la fin du Moyen Âge», en M. Bourin (comp.), *Villes, bonnes villes, cités et capitales*, Tours, 1989, págs. 315-322.
- Chapin, E., *Les Villes de foires de Champagne des origines au début du XIV^e siècle*, París, 1937.
- Chapoulie, J. M., *La Tradition sociologique de Chicago 1892-1961*, París, 2001.
- Chédeville, A., *Chartres et ses campagnes (XI^e-XIII^e siècles)*, París, 1973.
- , «De la cité à la ville 1000-1150», en G. Duby (comp.), *Histoire de la France urbaine*, t. II, *La Ville médiévale*, París, 1980, págs. 31-181.
- Cherubini, G., «La campagna nel Buon Governo di Ambrogio Lorenzetti: il paesaggio agrario medievale della Toscana», *Città e ragione*, n° 1, 1976, págs. 37-42.

- , «Le campagne italiane dall'XI al XV secolo», en G. Galasso (comp.), *Storia d'Italia*, vol. 4, *Comuni e Signorie: istituzioni, società e lotte per l'egemonia*, Turín, 1981, págs. 267-448.
- Chevalier, B., *Tours ville royale (1356-1520). Origine et développement d'une capitale à la fin du Moyen Âge*, Lovaina, París y Beatrice-Nauwelaert, 1975.
- , *Les Bonnes Villes de France du XIV^e au XVI^e siècle*, París, 1982.
- Childe, V. G., «The urban revolution», *The Town Planning Review*, vol. 21, n° 1, 1950, págs. 3-17.
- Christaller, W., *Die zentralen Orte in Süddeutschland, eine ökonomisch-geographische Untersuchung über die Gesetzmässigkeit, der Verbreitung und Entwicklung der Seidlungen mit städtischen Funktionen*, Darmstadt, 1933.
- Clarke, H. y B. Ambrosiani, *Towns in the Viking Age*, Londres, 1991.
- Claval, P., *La Logique des villes. Essai d'urbanologie*, París, 1981.
- Collavini, S., «Grosseto nel quadro della contea aldobrandesca (sec. XIII)», *La Cattedrale di Grosseto e il suo popolo (1295-1995). Atti del convegno di studi storici, Grosseto, 3-4 novembre 1995*, Grosseto, 1996, págs. 127-151.
- , «I conti Aldobrandeschi nel contesto storico generale e locale», en M. Ascheri (comp.), *Gli Aldobrandeschi. Una famiglia feudale nel medioevo toscano. Atti del convegno, S. Fiora 26 maggio 2001*, 2002.
- Comba, R., G. Piccinni y G. Pinto, *Strutture familiari, epidemie, migrazioni nell'Italia medievale*, Nápoles, 1984.
- Comblin, J., *Théologie de la ville*, París, 1968.
- Contamine, P., *La Guerre au Moyen Âge*, París, 1980.
- Cooley, C. H., *Social Organization*, Nueva York, 1909.
- Cools, H., «Le prince et la noblesse dans la châtellenie de Lille à la fin du XV^e siècle: un exemple de la plus grande emprise de l'État sur les élites locales», *Revue du Nord*, n° 77, 1995, págs. 396-398.
- Coulet, N., «Les confréries de métiers à Aix au Bas Moyen Âge», en P. Lambrechts y J. P. Sosson (comps.), *Les Métiers au Moyen Âge. Aspects économiques et sociaux. Actes du colloque international de Louvain-la-Neuve 7-9 octobre 1993*, Lovaina la Nueva, 1994, págs. 55-73.
- Crouzet, D., *Les Guerriers de Dieu. La violence au temps des troubles de religion (vers 1525-vers 1610)*, 2 vols., París, 1990.
- Crouzet-Pavan, E., *Sopra le acque salse: Espaces, pouvoir et société à Venise à la fin du Moyen Âge*, 2 vols., Roma, 1992.

- , *La Mort lente de Torcello. Histoire d'une cité disparue*, París, Fayard, 1995.
- , «Entre collaboration et affrontement: le public et le privé dans les grands travaux urbains (l'Italie de la fin du Moyen Âge)», *XXII Semana de Estudios Medievales, Estella 1995. Tecnología y Sociedad: las grandes obras públicas en la Europa Medieval*, Pamplona, 1996, págs. 363-380.
- , *Venise triomphante. Les horizons d'un mythe*, París, 1999.
- , *Enfers et paradis. L'Italie de Dante et de Giotto*, París, 2001.
- Cursente, B., *Les Castelnau de la Gascogne médiévale*, Burdeos, 1980.
- Dagron, G., *La Romanité chrétienne en Orient*, Londres, 1984.
- Daviso di Charvensod, M. C., *I Pedaggi delle Alpi occidentali nel Medioevo*, Turín, 1961.
- De Beaumanoir, P., *Coutumes de Beauvaisis*, 2 vols., París, A. Salmon, 1899-1900.
- De la Roncière, C. M., P. Contamine y R. Delort, *L'Europe au Moyen Âge. Documents expliqués*, 3 vols., París, 1971.
- De Lubac, H., *Histoire et esprit*, París, 1950.
- De Maio, M., *Alle radici di Solofra. Dal tratturo transumanico all'autonomia territoriale*, Avellino, 1997.
- De Ridder-Symoens, H. (comp.), *A History of the University in Europe*, vol. 1, *Universities in the Middle Ages*, Cambridge, 1992 (trad. cast.: *Historia de la universidad en Europa*, vol. 1, *Las universidades en la Edad Media*, Vizcaya, Universidad del País Vasco, 1995).
- De Vries, J., *European Urbanization: 1500-1800*, Londres, 1984.
- Degrandi, A., «Vassalli cittadini e vassalli rurali nel Vercellese del XII secolo», *Bullettino storico-bibliografico subalpino*, nº 91, 1993, págs. 5-45.
- Degrassi, D., *L'Economia artigianale nell'Italia medievale*, Roma, 1996.
- Delogù, P., *Mito di una città meridionale. Salerno secc. VII-X*, Nápoles, 1977.
- , «Il passaggio dall'Antichità al Medioevo», en A. Vauchez (comp.), *Roma medievale*, Roma y Bari, 2001, págs. 3-40.
- Delort, R., *Le Commerce des fourrures en Occident à la fin du Moyen Âge, vers 1300-vers 1450*, 2 vols., Roma, 1978.
- , «Les animaux dans la ville occidentale à la fin du Moyen Âge», en M. Bourin (comp.), *Villes, bonnes villes, cités et capitales. Études d'histoire urbaine offertes à Bernard Chevalier*, Tours, 1989, págs. 343-350.
- (comp.), *La France de l'an mil*, París, 1990.

- Delumeau, J. P. e I. Heuillant-Donat, *L'Italie au Moyen Âge V^e-XV^e siècles*, París, 2000.
- Deluz, C., «Villes et organisation de l'espace. La Chine de Marco Polo», en M. Bourin (comp.), *Villes, bonnes villes, cités et capitales. Études d'histoire urbaine (XII^e-XVIII^e siècles) offertes à Bernard Chevalier*, Tours, 1989, págs. 161-176.
- Derville, A. (comp.), *Histoire de Saint-Omer*, Lille, 1981.
- , «La population du Nord au Moyen Âge. I: avant 1384», *Revue du Nord*, nº 80, 1998, págs. 501-530.
- Desportes, P., *Reims et les Rémois aux XIII^e et XIV^e siècles*, París, 1979.
- (comp.), *Histoire de Reims*, Toulouse, 1983.
- , «Les villes», en J. Favier (comp.), *La France médiévale*, París, 1983, págs. 201-215.
- , «Les communes picardes au Moyen Âge: une évolution originale», *Revue du Nord*, nº 70, 1988, págs. 265-284.
- , *Aspects de la Picardie au Moyen Âge*, Amiens, 1995.
- Devailly, G., *Le Berry du X^e au milieu du XIII^e siècle. Étude politique, religieuse, sociale et économique*, París y La Haya, 1973.
- Devroey, J.-P., *Études sur le grand domaine carolingien*, Londres, 1993.
- Dhondt, J., «Développement urbain et initiative comtale en Flandre au XI^e siècle», *Revue du Nord*, 1948, págs. 133-156.
- , «Ordres ou puissances. L'exemple des États de Flandre», *Annales Économies, sociétés, civilisations*, 5, 1950, págs. 289-305.
- , «Les "solidarités" médiévales. Une société en transition: la Flandre en 1127-1128», *Annales. Économies, sociétés civilisations*, nº 12, 1957, págs. 529-560.
- , «L'essor urbain entre Meuse et mer du Nord à l'époque mérovingienne», en *Studi in onore di Annando Sapori*, t. I, Milán, 1957, págs. 57-78.
- Die Strasse. Zur Funktion und Perzeption öffentlichen Raums im späten Mittelalter. Internationales Round Table Gespräch. Krems an der Donau, 2 und 3 oktober 2000*, Viena, 2001.
- Doehaerd, R., *Le Haut Moyen Âge occidental. Économies et sociétés*, París, 1982.
- Dollinger, P., *La Hanse XII^e-XVII^e siècles*, París, 1964.
- Dubois, H., «L'histoire démographique de Chalon-sur-Saône à la fin du XIV^e siècle et au début du XV^e siècle d'après les recherches de Jean, La Démographie médiévale, sources et méthodes. actes du congrès de l'Asso-

- cation des historiens médiévistes de l'enseignement supérieur public (Nice, 15-16 mai 1970), Niza, 1972, págs. 89-102.
- , *Les Foires de Chalon et le commerce dans la vallée de la Saône à la fin du Moyen Âge (vers 1280-vers 1430)*, París, 1976.
- , «Le commerce et les foires au temps de Philippe Auguste», *La France de Philippe Auguste: le temps des mutations, actes du colloque international du CNRS, septembre-octobre 1980*, París, 1982, págs. 691-709.
- , «Les échanges», en J. Favier (comp.), *La France médiévale*, París, 1983.
- , «Marchands dijonnais aux foires de Chalon-sur-Saône à la fin du Moyen Âge: essai de prosopographie», *Publication du Centre européen d'études bourguignonnes*, n° 27, 1987, págs. 63-80.
- , «Milan et la Bourgogne, un couple commercial à la fin du Moyen Âge», *Publication du Centre européen d'études bourguignonnes (XIV^e-XV^e siècles)*, n° 28, 1988, págs. 185-194.
- , «L'essor médiéval», en J. Dupâquier (comp.), *Histoire de la population française*, t. 1, *Des origines à la Renaissance*, París, 1988, págs. 207-266.
- , «Crédit et banque en France aux deux derniers siècles du Moyen Âge», *Banchi pubblici, banchi privati e monti di pietà nell'Europa preindustriale: Amministrazione, tecniche operative e ruoli economici, atti del convegno, Genova 1-6 ottobre 1990*, Génova, 1991, págs. 753-779.
- Duby, G., *La Société aux XI^e et XII^e siècles dans la région mâconnaise*, París, 1953.
- , *Guerriers et paysans VII^e-XII^e siècles. Premier essor de l'économie européenne*, París, 1973 (trad. cast.: *Guerreros y campesinos: desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*, Madrid, Siglo XXI, 1992).
- , *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*, París, 1978 (trad. cast.: *Tres órdenes o lo imaginario en el feudalismo*, Madrid, Taurus, 1992).
- , *Histoire de la France urbaine*, vol. 1, *La Ville antique des origines au IX^e siècle*, París, 1980.
- Duby, G. y A. Wallon, *Histoire de la France rurale*, vol. 1, París, 1975.
- Dumas-Dubourq, F., *Le Monnayage des ducs de Bourgogne*, Lovaina la Nueva, 1988.
- Dupâquier, J. (comp.), *Histoire de la population française*, t. 1, *Des origines à la Renaissance*, París, 1988.
- Durand, Y., *Les Solidarités dans les sociétés humaines*, París, 1987.
- Dutour, T., «X^e-XII^e siècles: féodalités et monarchies», *Encyclopédie Thématisée*, vol. 3, *Les Hommes et leur histoire*, París, Larousse, 1990, págs. 308-309.

- , «Les relations de Dijon et du duc de Bourgogne au XIV^e siècle. Les Relations entre princes et villes aux XIV^e-XVI^e siècles: aspects politiques, économiques, et sociaux. 33^{es} rencontres du Centre européen d'études bourguignonnes, Gand 24 au 27 septembre 1992, *Publication du Centre européen d'études bourguignonnes (XIV^e-XVI^e siècles)*, n° 33, 1993.
- , «La noblesse dijonnaise dans la seconde moitié du XIV^e siècle (vers 1350-vers 1410)», en P. Contamine, T. Dutour y B. Schnerb (comps.), *Commerce, finances et société (XIV^e-XVI^e siècles). Recueil de travaux d'histoire médiévale offert à M. le professeur Henri Dubois*, París, 1993, págs. 311-326.
- , «La supériorité sociale à Dijon à la fin du Moyen Âge (XIII^e-début XV^e siècles)», *Les Élites urbaines au Moyen Âge. 27^{er} congrès de la SHMES (Rome, mai 1996)*, Roma y París, 1997, págs. 305-318.
- , «Le mariage, institution, enjeu et idéal dans la société urbaine. Le cas de Dijon à la fin du Moyen Âge», en J. Teyssot (comp.), *Le Mariage au Moyen Âge. Colloque de Clermont-Ferrand, 3 mai 1997*, Montierrand, 1997, págs. 29-54.
- , *Une société de l'honneur. Les notables et leur monde à Dijon à la fin du Moyen Âge*, París, 1998.
- , «Se situer socialement dans la société urbaine. Le cas des Dijonnais à la fin du Moyen Âge», en J. Pontet (comp.), *À la recherche de la considération sociale. Colloque organisé par le CESURB-bistore, université Michel de Montaigne Bordeaux-III, 8-9 janvier 1998*, Burdeos. Maison des sciences de l'homme d'Aquitaine, 1999, págs. 143-158.
- , «Le rôle du crédit dans une société urbaine à la fin du Moyen Âge. L'exemple de Dijon», *Crédit et société. Rencontres du Centre européen d'études bourguignonnes, Asti et Chambéry, 24 au 27 septembre 1998. Publication du Centre européen d'études bourguignonnes (XIV-XVII^e siècles)*, n° 10, 1999.
- , «La fécondité d'un tournant historiographique. Perspectives d'analyse interactionnistes et histoire médiévale», en P. Laborier y D. Troux (comps.), *L'Historicité de l'action publique. Actes des pratiques et besoins des dispositifs publics*, Amiens 5-6 octubre 2000, París, 2002.
- , «La réhabilitation de l'acteur social en histoire médiévale. Sciences sociales et histoire, n° 47, *L'Individuo social*, 2002, págs. 21-41.
- , «L'élaboration, la publication et la diffusion de l'information à la fin du Moyen Âge (Bourgogne ducale, France royale). Le Cas du Moyen Âge. Table ronde des 19 janvier 1999 et 29 febrero 2000, París, 2002.

- Eisenstadt, S. N. (comp.), *The Origins and Diversity of Axial Age Civilization*, Albany, Nueva York, 1986.
- Ellickson, R., *Order without Law: How Neighbors Settle Disputes*, Cambridge, Mass., 1991.
- , *The Evolution of Social Norms: A Perspective from the Legal Academy*, Yale Law School Program for Studies in Law, Economics, and Public Policy, documento de trabajo nº 230, 1999.
- Ennen, E., «Les différents types de formation des villes européennes», *Le Moyen Âge*, t. 62, 1956, págs. 397-411.
- Entrées dans la vie, *Les: Initiations et apprentissages. Actes du XII^e congrès de la Société des historiens médiévistes de l'enseignement supérieur public*, Nancy, 1982.
- Esposito, A., «La città e i suoi abitanti», en A. Pinelli (comp.), *Storia di Roma dall'Antichità a oggi*, t. 3, *Roma del Rinascimento*, 2001, págs. 3-47.
- Etienne, R., «Gaule romaine», en J. Dupâquier (comp.), *Histoire de la population française*, t. 1, *Des origines à la Renaissance*, París, 1988, págs. 65-117.
- Ewig, E., «Résidence et capitale pendant le Haut Moyen Âge», *Revue historique*, 1963, págs. 36-47.
- Fagniez, G., *Études sur l'industrie et la classe industrielle à Paris au XIII^e et au XIV^e siècles*, París, 1877.
- , *Documents relatifs à l'histoire de l'industrie et du commerce en France*, t. 2, París, 1900.
- Falco, G. (1942), *La Sainte République romaine. Profil historique du Moyen Âge*, París, 1970.
- Fanelli, G. (1980), *Firenze*, 4^a ed., Bari, Laterza, col. «Le città nella storia d'Italia», 1988.
- Favier, J., *Philippe le Bel*, París, 1978.
- Fehring, G., «Former roman towns and new foundations in Central Europe», en G. P. Brogiolo (comp.), *Early Medieval Towns in West Mediterranean*, Mantua, 1996, págs. 155-174.
- Feller, L., «Paysages et cadres de vie dans les Abruzzes durant le Haut Moyen Âge», *La Storia dell'alto Medioevo italiano (VI-X secolo) alla luce dell'archeologia*, 1992, págs. 217-230.
- , «La population abruzzaise durant le Haut Moyen Âge: les conditions de possibilité d'une croissance démographique (VIII^e-X^e siècles)», en R. Comba e I. Naso (comps.), *Demografia e società nell'Italia medievale*, Cuneo, 1994, págs. 327-349.
- , «Statut de la terre et statut des personnes. La thématique de l'alleu paysan dans l'historiographie depuis Georges Duby», *Études rurales*, 1997, págs. 147-164.
- , «Liberté et servitude en Italie centrale (VIII^e-X^e siècles)», *Les Formes de la servitude: esclavages et servages de la fin de l'Antiquité au monde moderne*, Roma, 2001, págs. 511-533 (Mélanges de l'École française de Rome, 113/2).
- , «Éléments de la problématique du fief en Italie», en N. Fryde, P. Monnet y O. G. Oexle (comps.), *Die Gegenwart des Feudalismus - Présence du féodalisme - The Presence of Feudalism*, Gottinga, 2002, págs. 153-174.
- Ferrero, G. (1942), *Potere*; trad. fr.: *Pouvoir. Les génies invisibles de la cité*, París, 1988 (trad. cast.: *El poder. los genios invisibles de la ciudad*, Madrid, Tecnos, 1998).
- Finley, M. I., *L'Économie antique*, París, 1975.
- Fixot, «Une image idéale, une réalité difficile: les villes du VII^e au X^e siècle», en G. Duby (comp.), *Histoire de la France urbaine*, t. I, *La Ville antique*, París, 1980, págs. 497-563.
- Fossier, R., *La Terre et les hommes en Picardie jusqu'à la fin du XIII^e siècle*, 2 vols., Lovaina y París, 1968.
- (comp.), *Histoire de la Picardie*, Toulouse, 1974.
- , *Enfance de l'Europe. Aspects économiques et sociaux*; t. 1, *L'homme et son espace*; t. 2, *Structures et problèmes*, París, 1982.
- , *Le Moyen Âge*, t. 2, *L'Éveil de l'Europe*, París, 1982 (trad. cast.: *El despertar de Europa*, Barcelona, Crítica, 2001).
- , «Franchises rurales, franchises urbaines dans le nord de la France», en M. Bourin (comp.), *Villes, bonnes villes, cités et capitales. Études d'histoire urbaine (XII^e-XVIII^e siècles) offertes à Bernard Chevalier*, Tours, 1989, págs. 179-192.
- , «Discours de M. Robert Fossier, président de la Société de l'histoire de France en 2000», *Annuaire-bulletin de la Société de l'histoire de France*, année 2000, París, 2002, págs. 3-9.
- Fourquin, G., *Les Campagnes de la région parisienne à la fin du Moyen Âge, du milieu du XIII^e siècle au début du XVI^e siècle*, París, 1964.
- Franceschi, F., *Oltre il tumulto. I lavoratori fiorentini della lana fra tre e Quattrocento*, Florencia, 1993.
- François, M., «Les bonnes villes», *Académie des inscriptions et belles-lettres. Comptes rendus*, 1975, págs. 551-560.

- Friedland, K., *Die Hanse*, Stuttgart, Berlín y Colonia, 1991.
- Frugoni, A. y C., *Storia di un giorno in una città medievale*, Roma y Bari, 1997.
- Frugoni, C., *Una Lontana Città. Sentimenti e immagini nel Medioevo*, Turín, 1983.
- Fukuyama, F., *Our Posthuman Future. Consequences of the Biotechnology Revolution*, Nueva York, 2002.
- Fumagalli, V., «Note per una storia agraria altomedievale», *Studi medievali*, 1968, págs. 359-378.
- , *Terra e società nell'Italia padana. I secoli IX e X*, Turín, 1976.
- , «"Langobardia" e "Romania": l'occupazione del suolo nella Pentapoli altomedievale», en *Ricerche e studi sul "Breviarium Ecclesiae Ravennatis" (Codice bavaro)*, Roma, 1985, págs. 95-107.
- , *La Pietra viva. Città e natura nel Medioevo*, Bolonia, 1988 (trad. cast.: *Las piedras vivas: ciudad y naturaleza en la Edad Media*, Guipúzcoa, Nerea, 1996).
- Fustel de Coulanges, N. D., *La Cité antique*, París, 1864 (trad. cast.: *La ciudad antigua*, Barcelona, Edicions 62, 1984).
- Gasparri, S., «Dall'età longobarda al secolo X», en D. Rando y G. M. Varanini (comps.), *Storia di Treviso*, vol. II, *Il Medioevo*, Venecia, 1991, págs. 3-39.
- Gauthier, N., «La topographie chrétienne entre idéologie et pragmatisme», en G. P. Brogiolo y B. Ward-Perkins (comps.), *The Idea and Ideal of the Town between Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Leiden, Brill, 1999, págs. 195-209.
- Gauthier, N. y H. Galinié (comps.), *Grégoire de Tours et l'espace gaulois*, Tours, 1997.
- Gauvard, C., *De grace especial. Crime, État et société en France à la fin du Moyen Âge*, 2 vols., París, 1991.
- , *La France au Moyen Âge du Ve au XV^e siècle*, París, 1996.
- Gazzini, M., «Patriziati urbani e spazi confraternali in età rinascimentale: l'esempio di Milano», *Archivio storico italiano*, vol. 158, 2000, págs. 491-514.
- Geary, P., *Before France and Germany. The Creation and Transformation of the Merovingian World*, Oxford, 1988.
- , *Phantoms of Remembrance*, Princeton, 1994.
- Geertz, C., *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books, 1973 (trad. cast.: *Interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1988).

- Gelichi, S., «Note sulle città bizantine dell'Esarcato e della Pentapoli tra IV e IX secolo», en G. P. Brogiolo (comp.), *Early Medieval Towns in West Mediterranean*, Mantua, 1996, págs. 67-76.
- Genet, J. P. (comp.), *L'Histoire et les nouveaux publics dans l'Europe médiévale (XIII^e-XV^e siècles). Actes du colloque international organisé par la Fondation européenne de la science à la Casa Velasquez*, Madrid, 23-24 abril 1993, París, 1997.
- Genicot, L., *L'Économie namuroise au Bas Moyen Âge*, 2 vols., Lovaina, 1960.
- , *Les Lignes de faîte du Moyen Âge*, París, 1969.
- Geremek, B., *Le Salarariat dans l'artisanat parisien aux XIII^e-XV^e siècles. Étude sur le marché de la main-d'œuvre au Moyen Âge*, París, 1962.
- Giallongo, A., *Il Bambino medievale. Educazione ed infanzia nel Medioevo*, Bari, 1990.
- , *L'Avventura dello sguardo. Educazione e comunicazione visiva nel Medioevo*, Bari, 1995.
- Gobbi, G. y P. Sica, *Rimini*, Bari, 1982.
- Gonthier, N., «La population dijonnaise inscrite au papier rouge 1383-1479», *Annales de Bourgogne*, 1989, págs. 101-114.
- , *Cris de baine et rites d'unité. La violence dans les villes, XIII^e-XVI^e siècles*, Brepols, 1992.
- Gouron, A. y A. Rigaudière (comps.), *Renaissance du pouvoir législatif et genèse de l'État*, Montpellier, 1988.
- Gracco, G., *Società e stato nel Medioevo veneziano (secoli XII-XIV)*, Florencia, 1967.
- , *Un «altro mondo». Venezia nel Medioevo dal secolo XI al secolo XIV*, Turín, 1986.
- Grand, R. y R. Delatouche, *L'Agriculture au Moyen Âge, de la fin de l'Empire romain au XVI^e siècle*, París, 1951.
- Gréa, Dom A. (1885), *De l'Église et de sa divine constitution*, París, 1965.
- Gregorovius, F., *Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter 1859-1866*; trad. it.: *Storia di Roma nel Medioevo*, 6 vols., Roma, 1972.
- Grimal, P., *Rome*, París, 1962.
- Guadagnin, R., *L'Origine du village en Pays de France*, París, 1982.
- , *Un village au temps de Charlemagne. Moines et paysans de l'abbaye de Saint-Denis du VII^e siècle à l'an mil*, París, 1988.
- Guenée, B., «L'histoire de l'État en France à la fin du Moyen Âge vue par les historiens français depuis cent ans, essai d'un bilan», *Revue historique*

- que, 1964, págs. 331-360 (reed. en *Politique et histoire au Moyen Âge. Recueil d'articles sur l'histoire politique et l'historiographie médiévales*, París, 1981).
- , *L'Occident aux XIV^e et XV^e siècles*. Les États, París, 1971.
- Guillot, O., «Les origines de la France (de la fin du V^e siècle à la fin du X^e)», en O. Guillot e Y. Sassier, *Pouvoirs et institutions dans la France médiévale*, t. I, París, 1994, págs. 9-168.
- Guyotjeannin, O., *Episcopus et comes. Affirmation et déclin de la seigneurie épiscopale au nord du royaume de France (Beauvais, Noyon, X^e siècle-début XIII^e siècle)*, París y Ginebra, 1987.
- , *Archives de l'Occident*, t. 1, *Le Moyen Âge V^e-XV^e siècles*, París, 1992.
- Hannerz, U., *Exploring the City*, Columbia University Press, 1980; trad. fr.: *Explorer la ville: Éléments d'anthropologie urbaine*, París, 1983 (trad. cast.: *Exploración de la ciudad: hacia una antropología urbana*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993).
- Heers, J., *La Ville au Moyen Âge en Occident. Paysages, pouvoirs et conflits*, París, 1990.
- Hicks, M., *Bastard Feudalism*, Londres y Nueva York, 1995.
- Higounet, C., «Centralité, petites villes et bastides dans l'Aquitaine et la Gascogne médiévales», en J. P. Poussou y P. Loupès (comps.), *Les Petites Villes du Moyen Âge à nos jours. Hommage à Georges Dupeux*, París, 1987, págs. 41-48.
- Higounet-Nadal, A., «Le relèvement», en J. Dupâquier (comp.), *Histoire de la population française*, t. 1, *Des origines à la Renaissance*, París, 1988, págs. 367-420.
- Hirschman, A. O., *The Passions and the Interests. Political Arguments for the Capitalism before Its Triumph*, Princeton, 1977; trad. fr.: *Les Passions et les intérêts. Justifications politiques du capitalisme avant son apogée*, París, 1980 (trad. cast.: *Las pasiones y los intereses: argumentos políticos a favor del capitalismo previos a su triunfo*, Barcelona, Península, 1999).
- Hohenberg, P. y L. H. Lees, *The Making of Urban Europe 1000-1950*, Harvard University Press, 1985; trad. it.: *La Città europea dal Medioevo a oggi*, Bari, 1987.
- Houston, R. A., *Literacy in the Early Modern Europe. Culture and Education, 1500-1800*, Londres y Nueva York, 1988.
- Howell, M. y W. Prevenier, *From Reliable Sources: An Introduction to Historical Methods*, Ithaca, 2001.
- Hubert, E., «L'organizzazione territoriale e l'urbanizzazione», en A. Vauchez

- (comp.), *Roma medievale (Storia di Roma dall'Antichità a oggi*, t. 21, 2001, págs. 159-186.
- Hubert, J., «La topographie et l'aspect des villes de Gaule du V^e au X^e siècle», *La Città nell'Alto Medioevo (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo*, VI), Espoleto, 1959, págs. 529-558.
- Jansen, P., *Démographie et société dans les Marches à la fin du Moyen Âge Macerata aux XIV^e et XV^e siècles*, Roma, 2001.
- Jedłowski, P., *Memoria, esperienza e modernità*, Milán, 1989.
- Jones, P., «La storia economica. Dalla caduta dell'Impero romano al secolo XIV», en R. Romano y C. Vivanti (comps.), *Storia d'Italia*, vol. 2, *Dalla caduta dell'Impero romano al secolo XVIII*, 1974, págs. 1.469-1.931.
- Joris, A., *La Ville de Huy au Moyen Âge*, París, 1959.
- Jouanna, A., «Le temps de la Renaissance en France (vers 1470-1559)», en A. Jouanna, P. Hamon, D. Biloghi y G. Le Thiec, *La France de la Renaissance. Histoire et dictionnaire*, París, 2001, págs. 3-359.
- Journal d'un bourgeois de Paris, París, A. Tuetey, 1881.
- Judic, B., «La diffusion de la Regula pastoralis de Grégoire le Grand dans l'Église de Cambrai, une première enquête», en *Revue du Nord*, n° 71, 1994, págs. 207-230.
- Kammerer, O., *Entre Vosges et Forêt-Noire. Pouvoirs, terroirs et villes de l'Oberreich 1250-1350*, París, 2002.
- Kaufmann, J. C., *Ego: Pour une sociologie de l'individu*, París, 2001.
- Kayser, B., *La Renaissance rurale: Sociologie des campagnes du monde occidental*, París, 1990.
- Keene, D., «Du seuil de la cité à la formation d'une économie morale: l'environnement hanséatique à Londres entre XII^e et XVII^e siècle», en J. Botin y D. Calabi, *Les Etrangers dans la ville. Minorités et espace urbain du Bas Moyen Âge à l'époque moderne*, París, 1999, págs. 409-424.
- Keller, H., *Adelherrschaft und städtische Gesellschaft in Oberitalien (9.-12. Jahrhundert)*, Tubinga, 1979; trad. it.: *Signori e vassalli nell'Italia delle città (secoli IX-XII)*, Turín, UTET, 1995.
- Kim, K., *Aliens in Medieval Latin: The Origins of Modern Citizenship*, Cambridge, 2000.
- Klapisch-Zuber, C., «La famille médiévale», en J. Dupâquier, *Histoire de la population française*, t. 1, *Des origines à la Renaissance*, París, 1985, págs. 463-511.
- Kohn, R., *Les Juifs de la France du Nord dans la seconde moitié du XIV^e siècle*, Lovaina y París, 1988.

- Kracauer, S. (1929), *Les Employés. Aperçus de l'Allemagne nouvelle*, París, 2001.
- Lambrechts, P., «Le commerce des Syriens en Gaule du Haut-Empire à l'époque mérovingienne», *L'Antiquité classique*, t. 6, 1937, págs. 35-61.
- Lasteyrie, R. de, *Cartulaire général de Paris*, París, 1887.
- Latouche, R., *Les Origines de l'économie occidentale (IV^e-XI^e siècles)*, París, 1956.
- Laurent, H., *Un grand commerce d'exportation au Moyen Âge. La draperie des Pays-Bas en France et dans les pays méditerranéens (XII^e-XV^e siècle)*, Brionne.
- Le Bras, G., *Institutions ecclésiastiques de la chrétienté médiévale*, libros I à VI, París, 2 vols. (Historia de la Iglesia desde sus orígenes hasta nuestros días, creada por A. Fliche y V. Martin, t. 12, vols. 1 y 2), 1959 y 1964.
- Le Goff, J., *La Civilisation médiévale*, París, 1964 (trad. cast.: *La civilización del Occidente medieval*, Barcelona, Paidós, 2002).
- , «L'apogée de la France urbaine médiévale 1150-1330», en G. Duby (comp.), *Histoire de la France urbaine*, t. 2, *La Ville médiévale*, París, 1980.
- , *Saint Louis*, París, 1996.
- , *Pour l'amour des villes. Entretiens avec Jean Lebrun*, París, 1997.
- Le Jan, R., *Histoire de la France: origines et premier essor 480-1180*, París, 1996.
- Le Mené, M., *L'Économie médiévale*, París, 1977.
- Lebecq, S., *Marchands et navigateurs frisons du Haut Moyen Âge*, 2 vols., Lille, 1983.
- , *Les Origines franques V^e-IX^e siècles*, París, 1990.
- Ledieu, A., *Histoire d'Abbeville*, Abbeville, 1907.
- Leguay, J. P., «Le paysage urbain de Rennes au milieu du XV^e siècle d'après un livre-rentier», *Mémoires de la Société d'histoire et d'archéologie de Bretagne*, vol. 54, 1977, págs. 69-116, y vol. 55, 1978, págs. 185-221.
- , *La Rue au Moyen Âge*, Rennes, 1984.
- Lehoux, F., *Le Bourg Saint-Germain-des-Prés depuis ses origines jusqu'à la fin de la guerre de Cent Ans*, París, 1951.
- Lepelley, C. (comp.), *La Fin de la cité antique et le début de la cité médiévale. De la fin du III^e siècle à l'avènement de Charlemagne*, Bari, 1996.
- Lequin (comp.), *Histoire des étrangers et de l'immigration en France*, París, 1988.
- Les Entrées dans la vie. Initiations et apprentissages. Actes du XII^e congrès*

- de la Société des historiens médiévistes de l'enseignement supérieur public, Nancy, 1982.
- Lestocquoj, J., «Abbayes et origines des villes», *Revue d'histoire de l'Église de France*, n° 23, 1947, págs. 108-112.
- , *Les Villes de Flandre et d'Italie sous le gouvernement des patriciens*, París, 1952.
- Levi, G., *L'Eredità immateriale. Carriera di un exorcista nel Piemonte del Seicento*, Turín, 1985; trad. fr.: *Le Pouvoir au village. Histoire d'un exorciste dans le Piémont du XVII^e siècle*, París, 1989 (trad. cast.: *La herencia inmaterial: la historia de un exorcista piamontés del siglo XVII*, Guipúzcoa, Nerea, 1990).
- L'Hermite-Leclercq, P., *Le Monachisme féminin dans la société de son temps. Le monastère de La Celle (XI^e-début XVI^e siècle)*, París, 1989.
- L'Heuillet, H., *Basse Politique, haute police. Une approche historique et philosophique de la police*, París, 2001.
- Llinares, A., «Le travail manuel et les arts mécaniques chez Raymond Lulle», en *Cahiers de Fanjeaux*, n° 22, 1987, págs. 175-189.
- Lombard-Jourdan, A., «Oppidum et banlieue. Sur l'origine et les dimensions du territoire urbain», *Annales: Économie, Société, Civilisations*, vol. 27, 1972, págs. 373-395.
- Loriga, S., *Soldats. Un laboratoire disciplinaire: l'armée piémontaise au XVIII^e siècle*, París, 1991.
- , «La biographie comme problème», en J. Revel (comp.), *Jeux d'échelle. La microanalyse à l'expérience*, París, Gallimard-Seuil, 1996, págs. 209-231.
- Low, S. M., *Theorizing the City. The New Urban Anthropology Reader*, New Brunswick, New Jersey, 1999.
- Luckmann, T., «Les temps vécus et leurs entrecroisements dans le cours de la vie quotidienne», en J. P. Heurtin y D. Trom (comps.), *Se referir al pasado*, París, 1997, págs. 17-38 (*Revue des sciences sociales du politique*, n° 39).
- Luzzato, G., *Storia economica d'Italia*, vol. I, *L'Antichità e il Medio Evo*, Roma, 1949.
- , *Breve Storia economica dell'Italia medievale. Dalla caduta dell'Impero romano al principio del Cinquecento*, Turín, 1958.
- , *Dai servi della gleba agli albori del capitalismo*, Bari, 1966.
- Macioti, M. I. (1993), *Il Concetto di ruolo nel quadro della teoria sociologica generale*, 4^a ed. rev., Roma y Bari, 1998.

- Maduech, G., «La "bonne ville": origine et sens de l'expression», *Annales. Économie, sociétés, civilisations*, vol. 27, 1972, págs. 1.441-1.448.
- Margairaz, D., *Foires et marchés dans la France préindustrielle*, París, 1988.
- Maugis, E., *Recherches sur les transformations du régime politique et social de la ville d'Amiens, des origines de la commune à la fin du XVI^e siècle*, París, 1906.
- Mehl, J. M., *Les Jeux au royaume de France, XII^e-XVI^e siècles*, París, 1990.
- Melis, F., *I Trasporti e le comunicazioni nel Medioevo*, Florencia, 1984.
- Menant, F., «Aspetti delle relazioni feudo-vassallatiche nelle città lombarde dell'XI secolo: l'esempio cremonese», en R. Bordone y J. Jarnut (comps.), *L'Evoluzione delle città italiane nell'XI secolo*, Bolonia, 1988.
- Mendras, H. y M. Forsé, *Le Changement social. Tendances et paradigmes*, París, 1983.
- Meynen, E. (comp.), *Zentralität als Problem des mittelalterlichen Stadtgeschichtsforschung*, Colonia y Viena, Böhlau, 1979.
- Mill, John Stuart (1861), *Utilitarianism* trad. fr.: *L'Utilitarisme. Essai sur Bentham*, París, 1998 (trad. cast.: *El utilitarismo*, Madrid, Alianza, 2002).
- Miller, M., *The Bishop's Palace: Architecture and Authority in Medieval Italy*, Ithaca, Nueva York, 2000.
- Miquel, A., «L'Europe occidentale dans la relation arabe d'Ibrâhîm b. Ya'qûb (X^e siècle)», *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, vol. 21, 1966, págs. 1.048-1.064.
- Mollat, M., *Le Commerce maritime normand à la fin du Moyen Âge. Étude d'histoire économique et sociale*, París, 1952.
- Mongardini, C., *La Conoscenza sociologica*; t. I, *Concetti fondamentali*; t. II, *Epistemologia e storia*; t. III, *Teoria e ricerca empirica*, Roma, 1983.
- Monneret de Villard, U., «L'organizzazione industriale nell'Italia langobarda durante l'Alto Medioevo», *Archivio storico Lombardo*, 1919, págs. 1-83.
- Monnet, P., *Les Rohrbach de Francfort. Pouvoirs, affaires et parentés à l'aube de la Renaissance allemande*, Ginebra, 1997.
- Montanari, M., *L'Alimentazione contadina nell'Alto Medievo*, Nápoles, 1979.
- , *Campagne medievali: Strutture produttive, rapporti di lavoro, sistemi alimentari*, Turín, 1984.
- Moore, R., *The First European Revolution c. 970-1215*, Oxford, Basic Blackwell, 2001; trad. fr.: *La Première Révolution européenne X^e-XIII^e siècles*, París, 2001.
- Morsel, J., *La Noblesse contre le prince. L'espace social des Thüngen à la fin du Moyen Âge (Franconie, vers 1250-1525)*, Stuttgart, 2000.

- Mousnier, M., «Bastides de Gascogne toulousaine: Un échec?», en *Société des historiens médiévistes de l'enseignement supérieur public. Villages et villageois au Moyen Âge*, París, 1992, págs. 101-116.
- Muenkler, M., *Erfahrung des Fremden. Die Beschreibung Ostasiens in den Augenzeugeberichten des 13. and 14. Jahrhunderts*, Berlin, Akademie-Verlag, 2000.
- Mumford, L., *The City in History*, Londres, 1961.
- Mundy, J. H., *Liberty and Political power in Toulouse, 1050-1230*, Nueva York, 1954.
- Musset, L., «A-t-il existé en Normandie au XI^e siècle une aristocratie d'argent?», *Annales de Normandie*, 1959, págs. 285-299.
- , *Les Invasions: les vagues germaniques*, París, 1965.
- , *Les Invasions: le second assaut contre l'Europe chrétienne (VII^e-XI^e siècles)*, París, 1965.
- , «L'aristocratie normande au XI^e siècle», en P. Contamine (comp.), *Noblesse au Moyen Âge XI^e-XV^e siècles. Essais à la mémoire de Robert Boutruche*, París, 1976, págs. 71-96.
- , «Essai sur la bourgeoisie caennaise (1150-1250)», *Recueil d'études offert en hommage au doyen Michel de Boüard*, Ginebra, 1982, t. 2, págs. 409-436.
- Neiss, R., «La structure urbaine de Reims antique et son évolution du I^e au III^e siècle», *Revue Archéologique de Picardie*, n^o 3-4, 1984, págs. 171-192.
- Nicholas, D., *Trade, Urbanisation and the Family. Studies in the History of Medieval Flanders*, Aldershot, Variorum, col. «Collected Studies», vol. 531, 1996.
- Nithard, *Histoire des fils de Louis le Pieux*, París, col. «Les classiques de l'histoire de France au Moyen Âge», vol. 7, 1926.
- Nogent, Guibert de, *Histoire des croisades*, París, 1825.
- Noyé, G., «Les fortifications de terre dans la seigneurie de Toucy du IV^e au XIII^e siècle», *École nationale des chartes. Positions des thèses soutenues par les élèves de la promotion de 1974*, París, 1974, págs. 183-189.
- , «Villes, économie et société dans la province de Bruttium-Lucanie du IV^e au VII^e siècle», en R. Francovich y G. Noyé (comps.), *La Scena dell'Alto Medioevo Italiano (VI-X secolo) alla luce dell'archeologia*, Florencia, 1994, págs. 693-733.
- , «Les villes des provinces d'Apulie-Calabre et de Bruttium-Lucanie du IV^e au VII^e siècle», en G. P. Brogiolo (comp.), *Early Medieval Towns in West Mediterranean*, Mantua, 1996, págs. 97-120.

- Nuova Encyclopédia del diritto e dell'economia Garzanti, La*, Roma, 1985.
- Offenstadt, N., *Discours et gestes de paix pendant la guerre de Cent Ans*, Universidad de París-I, 2001.
- Orselli, A. M., «Simboli della città cristiana fra Tardoantico e Medioevo», en F. Cardini (comp.), *La Città e il sacro*, Milán, 1994, págs. 419-450.
- , «Coscienza e immagini della città nelle fonti tra V e IX secolo», en G. P. Brogioli (comp.), *Early Medieval Towns in West Mediterranean*, Mantua, 1996, págs. 9-16.
- , «L'idée chrétienne de la ville. Quelques suggestions pour l'Antiquité tardive et le Haut Moyen Âge», en G. P. Brogioli y B. Ward-Perkins (comps.), *The Idea and Ideal of the Town between Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Leiden, Brill, 1999, págs. 181-193.
- Ottokar, N. (1931), «I comuni cittadini del Medio Evo», en N. Ottokar, *Studi comunali e fiorentine*, Florencia, 1948, págs. 3-49.
- Pacaut, M., «Naissance et renaissance d'une petite ville: Louhans du XIII^e au XVI^e siècle», en M. Bourin (comp.), *Villes, bonnes villes, cités et capitales. Etudes d'histoire urbaine (XII^e-XVIII^e siècles) offertes à Bernard Chevallier*, Tours, 1989, págs. 123-132.
- Papadopoulos, Y., «"Gouvernance" et transformations de l'action publique: quelques notes sur l'apport d'une perspective de sociologie historique», en P. Laborier y D. Trom (comp.), *L'Historicité de l'action publique. Activités pratiques et histoire des dispositifs publics*. Amiens 5-6 octobre 2000, París, 2002.
- Pavoni, R., «L'evoluzione cittadina in Liguria nel secolo XI», en R. Bordone y J. Jarnut (comps.), *L'Évoluzione delle città italiane nell'XI secolo*, Bolonia, 1988.
- Perivolaropoulou, N. y P. Despoix (comps.), *Culture de masse et modernité. Siegfried Kracauer, sociologue, critique, écrivain*, París, 2001.
- Perrin, C. E., «Observations sur le manse dans la région parisienne au début du IX^e siècle», *Annales d'histoire sociale*, 1945, págs. 39-51.
- Perroy, E., «Les origines urbaines en Flandre, d'après un ouvrage récent», *Revue du Nord*, nº 29, 1947, págs. 49-63; reed. en E. Perroy, *Études d'histoire médiévale*, París, 1979, págs. 453-467.
- , «À l'origine d'une économie contractée: les crises du XIV^e siècle», *Annales: Économies, sociétés, civilisations*, vol. 4, 1949, págs. 167-182; reed. en E. Perroy, *Études d'histoire médiévale*, París, 1979, págs. 395-410.
- Petralia, G., «Crescita ed espansione», *Storia medievale*, Roma, Manuali Donzelli, 1999, págs. 291-318.

- Peyer, H. C., *Von der Gastfreundschaft zum Gasthaus. Studien zur Gastlichkeit im Mittelalter*, Hanover; trad. it.: *Viaggiare nel Medioevo. Dell'ospitalità alla locanda*, Roma y Bari, 1997.
- Pirsch, T., *L'Apprentissage à Dijon au XIV^e siècle d'après les actes notariés*, tesisina, Universidad de París-Sorbona (París-IV), 1999.
- , *Perspectives pour une étude du monde du travail à Pise au XV^e siècle*, París, tesis doctoral, Universidad de París-Sorbona (París-IV), 2001.
- Piccini, G., «I villani incittadinati nella Siena del XIV secolo», *Bullettino senese di storia patria*, vols. 82-83, 1975-1976, págs. 180-184.
- , *I Mille Anni del Medioevo*, Milán, Mondadori, 1999.
- Piganoli, A., *Le Sac de Rome*, París, 1964.
- Pinsolle, E., *La Représentation de la ville dans l'iconographie carolingienne*, tesisina, París, Universidad de París-Sorbona, 1999.
- , *L'Image de la ville dans l'art des VIII^e-XI^e siècles*, tesisina, París, Universidad de París-Sorbona, 2000.
- Pinto, G., «Tra "onore" e "utile": proprietà fondiane e mercatura nella Siena medievale», en G. Pinto, *Toscana medievale. Paesaggi e realtà sociale*, Florencia, 1993, págs. 37-50.
- Pirenne, H., *Mahomet et Charlemagne*, Bruselas, 1937 (trad. cast.: *Mahoma y Carlomagno*, Madrid, Alianza, 2003).
- Poly, J. P., *La Provence et la société féodale (879-1166). Contribution à l'étude des structures dites féodales dans le Midi*, París, 1976.
- Poly, J. P. y E. Bournazel, *La Mutation féodale X-XII^e siècles*, París, 1980.
- Prevenier, W., «La démographie des villes du comté de Flandre aux XIV^e et XV^e siècles», *Revue du Nord*, nº 65, 1983, págs. 255-275.
- , «Court and city culture in the low countries from 1100 to 1530», en E. Kooper (comp.), *Medieval Dutch Literature in its European Context*, Cambridge, 1994, págs. 11-29.
- Prevenier, W. y W. Blockmans, *Les Pays-Bas bourguignons*, Amberes, 1983.
- Prevenier, W. y M. Boone, «Les villes des Pays-Bas méridionaux au Bas Moyen Âge: identité urbaine et solidarités corporatives», *Bulletin du crédit communal*, nº 183, 1993, págs. 25-42.
- Procopio de Cesarea, *Guerre des Goths*, IV, 33-34, en D. Comparetti, *La Guerra gotica di Procopio di Cesarea*, Roma, 1988.
- Quiroga, J. L. y M. R. Lovelle, «De la cité antique aux évêchés du Haut Moyen Âge en Galice et dans le nord du Portugal (IV^e-X^e siècle)», en N. Coulet y O. Guyotjeannin (comp.), *La Ville au Moyen Âge. Actes de*

- 120^e congrès national des sociétés historiques et scientifiques, Aix-en-Provence y París, 1998, págs. 15-40.
- Racine, P., *Plaisance du X^e à la fin du XIII^e siècle. Essai d'histoire urbaine*, Paris y Lille, 1979.
- Raulin, A., *Anthropologie urbaine*, París, 2001.
- Raynaud, C., «À la bache!»: *Histoire et symbolique de la bache dans la France médiévale (XIII^e-XV^e siècles)*, París, 2002.
- Reynolds, S., *An Introduction to the History of English Medieval Towns*, Oxford, 1977.
- Richard, J., *Les Ducs de Bourgogne et la formation du duché du XI^e au XIV^e siècles*, París, 1954.
- , «Ministériaux, capitalistes et petits seigneurs: les Billon d'Ouges, chevaliers dijonnais», en P. Contamine, T. Dutour y B. Schnerb (comp.), *Commerce, finances et sociétés (XI^e-XVI^e siècles). Recueil de travaux d'histoire médiévale offerts à M. le professeur Henri Dubois*, París, 1993, págs. 301-310.
- Riché, P., *Écoles et enseignement dans le Haut Moyen Âge*, París, 1979 (trad. cast.: *La educación en la cristiandad antigua*, Barcelona, Herder, 1982).
- , «La représentation de la ville dans les textes littéraires du V^e au IX^e siècles», en C. Lepelley (comp.), *La Fin de la cité antique et le début de la cité médiévale. De la fin du III^e siècle à l'avènement de Charlemagne*, Bari, 1996.
- Rigaudière, A., *Gouverner la ville au Moyen Âge*, París, 1993.
- Riva, F., «La città e l'origine. Indagine filosofico-religiosa sulla natura della città», en F. Riva (comp.), *La Città. Un alba o un tramonto*, Roma, 1999, págs. 3-32.
- Roberts, S., *Order and Dispute: an Introduction to Legal Anthropology*, Hardcover, 1979.
- Roncayolo, M., *La Ville et ses territoires*, París, 1997 (trad. cast.: *La ciudad*, Barcelona, Paidós, 1988).
- Rosenwein, B., *A Short History of the Middle Ages*, Peterborough (Ontario), 2002.
- Rossetti, G., *Società e istituzioni nel contado longobardo*, Milán, vol. 1, 1968.
- Rossaiaud, J., «Crises et consolidations 1330-1530», en G. Duby (comp.), *Histoire de la France urbaine*, t. 2, *La Ville médiévale*, París, 1980.
- Rothmann, M., *Die Frankfurter Messen im Mittelalter*, Stuttgart, 1998.

- Roux, S., *Le Monde des villes au Moyen Âge V^e-XV^e siècles*, París, 1994.
- Ruggiu, F. J., *Les Élites et les villes moyennes en France et en Angleterre (XVII^e-XVIII^e siècles)*, París, 1997.
- Russell, J. C., «Population in Europe», en Carlo M. Cipolla (comp.), *The Fontana Economic History of Europe*, vol. I, *The Middle Ages*, Glasgow, 1972, págs. 25-71.
- Saint-Jean-Vitus, B., «Caractères et transformations du parcellaire dijonnais aux XV^e et XVI^e siècles: contribution à l'étude de l'habitat et de la ville», *Annales de Bourgogne*, 1990, págs. 97-116.
- Sassier, Y., «De l'ordre seigneurial à l'ordre féodal (fin X^e-début XIII^e siècle)», en O. Guillot e Y. Sassier, *Pouvoirs et institutions dans la France médiévale. Des origines à l'époque féodale*, t. 1, 1994, págs. 171-302.
- , *Royauté et idéologie au Moyen Âge. Bas-Empire, monde franc, France (IV^e-XII^e siècle)*, París, 2002.
- Scheidel, W. (comp.), *Debating Roman Demography. Mnemosyne Supplement 211...*, Leiden, 2001.
- Schilling, H., *Religion, Political Culture and the Emergence of Early Modern Society. Essays in German and Dutch History*, Leiden, 1992.
- Schneider, J., *La Ville de Metz aux XIII^e et XIV^e siècles*, Nancy, 1950.
- Schütz, A. (1953), «Sens commun et interprétation scientifique de l'action humaine», en A. Schütz, *Le Chercheur et le quotidien*, París, 1987.
- Schwarzmaier, Hans-Martin, *Lucca und das Reich bis zum Ende des 11. Jahrhunderts*, Tübinga, Niemeyer, 1972.
- Sergi, G., «Vescovi, monasteri, aristocrazia militare», en G. Chittolini y G. Miccilo (comp.), *Storia d'Italia. Annali, IX, La Chiesa e il potere politico dal Medioevo all'età contemporanea*, Turín, 1986, págs. 75-98.
- , *L'Aristocrazia delle preghiere. Politica e scelta religiosa nel medioevo italiano*, Roma, 1994.
- , «L'idea di Medioevo», en *Storia medievale*, Roma, Manuali Donzelli, 1999, págs. 3-41; trad. fr.: *L'Idee de Moyen Âge: Entre sens commun et pratique historique*, París, 2000 (trad. cast.: *La idea de Edad Media: entre el sentido común y la práctica historiográfica*, Barcelona, Crítica, 2001).
- Stesan, E., «La città comunale italiana dei secoli XI-XIII nelle sue note caratteristiche rispetto al movimento europeo», *Actes du XI^e congrès international des sciences historiques Stockholm 1960*, Lovaina, 1961.
- Shaw, B., «War and violence», en G. W. Bowerstock, P. Brown y O. Grabar, *Interpreting Late Antiquity: Essays on the Postclassical World*, Cambridge y Londres, 2001, págs. 130-169.

- Sivéry, G., *Terrains et communautés rurales dans l'Europe occidentale au Moyen Âge*, Lille, 1990.
- Souiac, P. J., «Défendre Toulouse durant la première guerre de Religion», *Histoire urbaine*, nº 3, 2001, págs. 39-65.
- Southall, A. (comp.), *Social Change in Modern Africa*, Londres, 1961.
- Spitz, J.-F., «Les trois misères de l'universitaire ordinaire», *Le Débat*, 2000, págs. 4-17.
- Staffa, A. R., «Le campagne abruzzesi fra tarda Antichità ed Alto medioevo secc. IV-XII», *Archeologia medievale*, t. 27, 2000, págs. 47-99.
- Stewart, C. T., «The urban-rural dichotomy: concepts and uses», *American Journal of Sociology*, t. 64, 1958, págs. 152-158.
- Strayer, J. R., *On the Medieval Origins of the Modern State*, Princeton University Press, 1970 (trad. cast.: *Sobre los orígenes medievales del Estado moderno*, Barcelona, Ariel, 1986).
- Suttor, M., «Ponts, débarcadères et moulins: les équipements fluviaux des villes mosanes des origines à la fin du XVI^e siècle», en N. Coullet y O. Guyotjeannin (comp.), *La Ville au Moyen Âge. Actes du 120^e congrès national des sociétés historiques et scientifiques*, 1995, Aix-en-Provence y París, 1995, págs. 95-109.
- Swidler, A., «Culture in action: symbols and strategies», *American Sociological Review*, vol. 51, nº 2, 1986.
- Taviani-Carozzi, H., *La Principauté lombarde de Salerne (IX^e-XI^e): Pouvoir et société en Italie lombarde méridionale*, 2 vols., Roma, 1991.
- Taviani-Carozzi, H. y B. Vetere, *Salerno nel Medioevo*, Lecce, 2000.
- Timms, D. W. G., *The Urban Mosaic. Towards a Theory of Residential Differentiation*, Cambridge, 1971 (trad. cast.: *El mosaico urbano*, Madrid, Instituto Nacional de la Administración Pública, 1976).
- Toubert, P., *Les Structures du Latium médiéval. Le Latium méridional et la Sabine du IX^e siècle à la fin du XII^e siècle*, 2 vols., Roma y París, 1973.
- Van Houtte, J. A., *Bruges. Essai d'histoire urbaine*, Bruselas, 1967.
- Van Werveke, H., *Gand, esquisse d'histoire sociale*, Bruselas, 1946, págs. 13-21.
- Vauchez, A. (1975), *La Spiritualité du Moyen Âge occidental VIII^e-XIII^e siècle*, París, 1994 (trad. cast.: *La espiritualidad del occidente medieval*, Madrid, Cátedra, 1985).
- Vercauteren, F., *Luttes sociales à Liège, XIII^e-XIV^e siècles*, Bruselas, 1946.
- , «La vie urbaine entre Meuse et Loire du VI^e au IX^e siècle», *La Città nell'Alto Medioevo (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo, VI)*, Espoleto, 1959, págs. 453-484.

- Verdon, L., «La seigneurie templière à Perpignan au XIII^e siècle», en N. Coullet y O. Guyotjeannin (comp.), *La Ville au Moyen Âge*, París, 1998, págs. 529-536.
- Verger, J., *Les Gens de savoir en Europe à la fin du Moyen Âge*, París, 1997 (trad. cast.: *Gentes del saber en la Europa de la Edad Media*, Madrid, Complutense, 1999).
- Verhulst, A. (comp.), *Le Grand Domaine aux époques mérovingienne et carolingienne*, Gante, 1985.
- , «Villages et villageois au Moyen Âge», en Société des historiens médiévistes de l'enseignement supérieur public, *Villages et villageois au Moyen Âge*, París, 1992, págs. 9-13.
- , «Les origines de la ville d'Ypres (XI^e-XII^e siècles)», en *Revue du Nord*, nº 81, 1999, págs. 7-19.
- , *The Rise of Cities in North-West Europe*, Cambridge, 1999.
- Vincent, C., *Les Confréries médiévales dans le royaume de France, XIII^e-XV^e siècle*, París, 1994.
- Violante, C., *La Società milanese nell'età precomunale*, Bari, 1953.
- , «Les prêts sur gage foncier dans la vie économique et sociale de Milan au XI^e siècle (fin)», en *Cahiers de civilisation médiévale*, vol. 5, 1962, págs. 437-459.
- Virgoe, R., *Illustrated Letters of the Paston Family*; trad. fr.: *Les Paston, une famille anglaise au XV^e siècle. Correspondance et vie quotidienne illustrée*, París, 1989.
- Volpe, G., *Questioni fondamentali sull'origine e svolgimento dei comuni italiani (secoli X-XIV)*, Pisa, 1904; en G. Volpe, *Medio Evo Italiano*, Florencia, 1923; reed., 1992, Bari, págs. 91-123.
- Von Hayek, F., *Scientism and the Study of Society*, Glencoe, 1952; trad. fr. parcial: *Scientisme et sciences sociales. Essai sur le mauvais usage de la raison*, París, 1953.
- Wagner, D. L., «The middleness of the Middle Ages: periodizing european history», *Essays in Medieval Studies*, vol. 5, 1988, págs. 33-42.
- Webb, D., *Medieval European Pilgrimage*, Basingstoke, 2002.
- Weber, M., «Die Stadt», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* 1921, reed. en M. Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, Tübinga, 1947; trad. fr.: *La Ville*, París, 1982 (trad. cast.: *La ciudad*, Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1987).

- Werner, K.-F., *Histoire de France*, t. 1, *Les Origines (avant l'an mil)*, París, 1984.
- Wheatley, P., *The Pivot of the Four Quarters*, Edimburgo, 1971.
- White, H., *Nature, Sex, and Goodness in a Medieval Literary Tradition*, Nueva York, 2000.
- White, L., *Medieval Technology and Social Change*, Oxford, 1962 (trad. cast.: *Tecnología medieval y cambio social*, Barcelona, Paidós, 1990).
- Wickham, C., *Early Medieval Italy. Central Power and Local Society, 400-1000*, MacMillan, 1981; trad. it.: *L'Italia nel primo Medioevo. Potere centrale e società locale (400-1000)*, Milán, 1982.
- _____, *Società degli Apennini nell'Alto Medioevo*, 2 vols., Bolonia y Florencia, 1982 y 1985.
- _____, *The Mountains and the City: The Tuscan Appenines in the Early Middle Ages*, Oxford, 1988.
- _____, «Early medieval archaeology in Italy: the last twenty years», *Archeologia medievale*, vol. XXVI, 1999, págs. 7-20.
- _____, «Economia altomedieval», en *Storia medievale*, Roma, Manuali Donzelli, 1999, págs. 203-226.
- Wirth, L., «Urbanism as a way of life», *American Journal of Sociology*, 1938; trad. it.: *L'Urbanesimo come modo di vita. In appendice: Memorandum sul Rurbanesimo*, Roma, Armando, 1998.
- Wolff, P., «La noblesse toulousaine, essai sur son histoire médiévale», *La Noblesse au Moyen Âge XI^e-XV^e siècles: Essais à la mémoire de Robert Boutruche*, en P. Contamine (comp.), París, 1976, págs. 153-174.
- Xhayet, G., *Réseaux de pouvoir et solidarités de parti à Liège au Moyen Âge (1250-1468)*, Ginebra, 1997.
- Zimmermann, M., «Entre royaume franc et califat, soudain, la Catalogne», en R. Delort (comp.), *La France de l'an mil*, París, 1990, págs. 74-99.
- _____, «Le château contre la cité: Les représentations de l'espace politique dans la Catalogne féodale (XI^e-XII^e siècles)», en P. Lardin y J.-L. Roch (comps.), *La Ville médiévale en deçà et au-delà de ses murs: Mélanges Jean-Pierre Leguay*, Ruán, 2000, págs. 387-402.





«El prodigioso fenómeno de la ciudad no ha desaparecido. Ésa es la razón por la que tantas veces he buscado la ciudad medieval en las ciudades actuales y, preferentemente, en las que no existían en la Edad Media. A quien se interese por ésta le será muy provechoso sumergirse en el bullicio de Nueva York, recorrer el puerto de Amberes, descubrir Abidjan, deambular por Tegucigalpa o pasar un día de mercado en Choluteca. Visitar museos o sumergirse en la contemplación entusiasta de viejas piedras bien conservadas está de acuerdo con la idea que tenemos del hombre culto; sin embargo, la observación de las ciudades que están ante nuestros ojos nos acerca más a la comprensión de la vida urbana. Son un elemento indispensable de la reflexión sobre la ciudad medieval, porque ésta no es una realidad incomparable, sino una encarnación, entre tantas otras, del fenómeno urbano.»

THIERRY DUTOUR

ISBN 84-493-1518-2
71043

9 788449 315183